

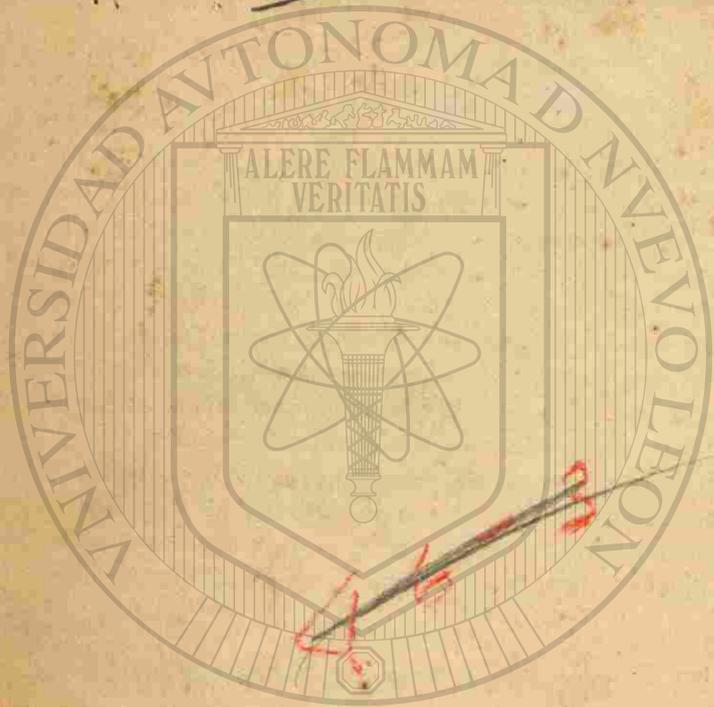
MAI

DA

CIÓN

1857
F. 8
PQ229

Les Misérables
by Victor Hugo
A. Dumas



*Esta obra fue regalada a la
Biblioteca por el Sr. Francisco García.*

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la República *VXE*
concebido una aficio. *10*
lir por medio de un ed.

Núm. Clas.	<i>RW</i>
Núm. Autor	<i>D 8862 k</i>
Núm. Adq.	<i>30935</i>
Procedencia	<i>- 5 -</i>
Preço	
Fecha	
Clasificó	<i>267</i>
Catálogo	

E#68#141

EE

TULIPAN NEGRO.

NOVELA HISTÓRICA

POR

el Alejandro Dumas, D.



EDICIÓN DE LA SEMANA

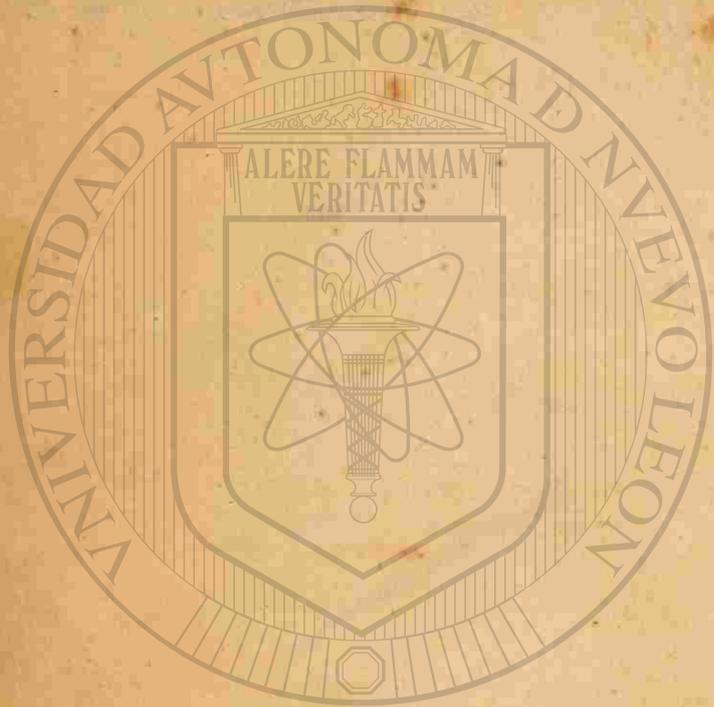
DE LAS SEÑORITAS MEXICANAS.



MÉJICO.

la República IMPRENTA DE JUAN R. NAVARRO,
concebó una afec. calle de Chiquis número 6.
lir por medio de un ca. 1850.

30935



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Como es muy frecuente que los pueblos, cuando se hallan poseidos de entusiasmo político, crean ver en ciertos hombres personificado este ó el otro principio, tras la república vislumbraba el de Holanda las dos figuras graves de los hermanos Witt, de estos nuevos Cincinnatos, amigos inflexibles de una libertad sin licencia, así como tras el estatuderato entreveía el rostro reflexivo de Guillermo de Orange, á quien sus contemporáneos bautizaron con el nombre de Taciturno.

Los dos Witt amenazaban á Luis XIV, cuyo ascendiente moral veían aumentarse en toda la Europa, y cuyo brazo acababan de sentir sobre la Holanda, por el suceso de la maravillosa campaña del Rhin, ilustrada con el héroe de romance el conde de Guiche, cantado por Boileau, campaña que en el breve espacio de tres meses, acababa de abatir el poder de las Provincias Unidas.

Luis XIV era, hacia tiempo, enemigo declarado de los holandeses, quienes le insultaban y motejaban á cada paso, segun testimonio de los franceses refugiados en Holanda. El orgullo nacional veía en él al Mitrídates de la república. Había, pues, contra los de Witt, la doble animosidad que resulta siempre de toda vigorosa resistencia, opuesta por un poder en abierta lucha con el gusto nacional, y de la disposición natural á todos los pueblos vencidos cuando esperan que otro los salve de la ruina y la vergüenza.

Este otro jefe, dispuesto á salir á la palestra, dispuesto á competir con Luis XIV, á pesar de lo temerario de la empresa, era Guillermo, príncipe de Orange, hijo de Guillermo II y nieto, por Enriqueta Stuardo, de Carlos I de Inglaterra.

Contaba 22 años en 1672. Juan de Witt le habia educado con la idea de formar de este príncipe un buen ciudadano. Impulsado por su decidido patriotismo, superior en mucho al amor que á su discípulo profesaba, se propuso quitarle la esperanza del estatuderato por medio del edicto perpetuo; pero la Providencia, que destruye y echa por tierra los cálculos que hacen y deshacen las potestades de la tierra sin consultar á la del cielo, se valió del capricho de los holandeses y del terror inspirado por Luis XIV, para dar al traste con la política del gran pensionario, y abolir el edicto perpetuo, restableciendo el estatuderato para Guillermo de Orange, sobre el cual tenia sus designios, ocultos todavía en los arcanos misteriosos del porvenir.

El gran pensionario cedió ante la voluntad de sus conciudadanos; pero Cornelio de Witt se mantuvo inexorable, y á pesar de las amenazas furibundas de la plebe orangista, se negó rotundamente á firmar el acta que restablecía el estatuderato.

Finalmente, á instancias de su mujer decidióse á firmar, añadiendo á su nombre estas dos letras: V. C. *vi coactus*, que significaba: *obligado por la fuerza*.

Un verdadero milagro fué aquel día que saliera vivo de entre las manos de sus enemigos.

Por lo que toca á Juan Witt, no le aprovechó mucho la sumisión á la voluntad de sus conciudadanos. Pocos días después intentaron asesinarle, aunque afortunadamente no consiguieron su intento, pues pudo curarse y restablecerse, á pesar de haber sido acribillado de profundas heridas.

No se contentaron con esto los orangistas. La vida de los dos hermanos era un obstáculo eterno para sus proyectos, y en la necesidad de adoptar otro rumbo y variar completamente de táctica, apelaron á la calumnia, para consumir por ella lo que no habian conseguido con el puñal.

Muy frecuente es, en momentos dados, encontrar un gran hombre que dé cima á una grande accion. Cuando llega esta combinacion providencial, la historia busca el nombre del elegido, y le recomienda á la admiracion de la posteridad.

Pero cuando el diablo se entromete en los negocios humanos, para cortar el hilo de una existencia ó destruir un imperio, no se deja de encontrar algun desalmado que se preste á la mas leve indicacion á poner manos á la obra.

Este malévoló, que muy luego se encontró enteramente dispuesto á ser el instrumento del ángel de las tinieblas, se llamaba, como creemos haberlo ya dicho, Tickelear, y era cirujano de profesion.

Prestóse á declarar que Cornelio de Witt, desesperado del resultado de su nota, puesta al pié de la abrogacion del edicto perpetuo y restablecimiento del estatuderato, é inflamado de odio contra Guillermo de Orange, habia buscado un asesino que quitase de en medio al nuevo estatuder, y que este asesino era él, Tickelear, que atormentado por los remordimientos de su conciencia, se habia resuelto á descubrir un crimen, cuya enormidad le espantaba y aturdia.

Bien puede juzgarse cuál seria la explosion que la noticia de este complot haria entre los orangistas. El procurador fiscal hizo arrestar en su casa á Cornelio de Witt, el 16 de Agosto de 1672. El Ruart de Pulten, el noble hermano de Juan de Witt, sufría en uno de los calabozos de Bnitenhoff, la tortura preparatoria, destinada á arrancarle, como á los mas viles criminales, la confesion de sus pretendidas maquinaciones contra el príncipe Guillermo.

Pero el ánimo de Cornelio, la firmeza de su espíritu y la grandeza de su alma, preparábanse á luchar con los tormentos; era de la gran familia de los mártires, que teniendo tanta fe política como sus antepasados, fe religiosa, sonreían en medio de los mayores suplicios, y tuvo valor para recitar durante la tortura, con voz firme y dando á los versos la inflexion que su medida requeria, la primera estrofa del *Justum et tenacem* de Horacio, no confesar nada, y cansar no tan solo la fuerza, sino el fanatismo de sus verdugos.

Los jueces, sin absolver á Ticklelaer de la responsabilidad de la acusacion,

impusieron á Cornelio una sentencia, que le degradaba de todos sus cargos y dignidades, condenándole á un destierro perpetuo del territorio de la república.

Parecía natural que un pueblo cuyos intereses habia defendido constantemente Cornelio de Witt, se aquietase con una sentencia, que si bien no imponía una pena grave, tampoco recaía sobre un delincuente. Sin embargo, esto no era bastante para los vecinos de la Haya.

Los atenienses, que á todos excedieron en ingratitud, se quedaron muy atrás respecto de los holandeses. Aquellos se contentaron con desterrar á Aristides.

Juan de Witt, al primer rumor de la acusacion de su hermano, habia hecho dimision del cargo de gran pensionario: Su amor á la Holanda era para él la única recompensa, y al retirarse á la vida privada solo le acompañó el recuerdo de sus enemigos y de sus heridas, únicos beneficios que generalmente reportan los que olvidándose de sí mismos, solo viven para su patria.

Mientras tanto, Guillermo de Orange, poniendo en juego todos los resortes, empleando todos los medios que estaban á su disposicion, esperaba que el pueblo á quien creía tener de su parte y con cuyo firme apoyo contaba, le hiciese de los cadáveres de los Witt, la escala que necesitaba para subir á la ambicionada dignidad de estatuder.

Pero volviendo al 20 de agosto de 1672, en que, como hemos dicho al principio de este capitulo, todos los vecinos de la Haya se hallaban reunidos en la plaza de la prision, con ánimo de presenciar la salida de Cornelio de Witt para su destierro, y las señales que en él hubiese dejado la tortura, debemos añadir, que aquella muchedumbre no iba ciertamente impulsada por el solo é inocente deseo de asistir á una funcion, sino en realidad decidida á representar un papel, á ejercitar un empleo que no se habia desempeñado muy á su gusto.

Hablamos del empleo de verdugo.

No se crea, sin embargo, que todos acudian con el mismo fin: muchos habia entre ellos, á quienes no animaban intenciones tan hostiles, y cuyo único objeto se reducía á presenciar un espectáculo siempre grato para la muchedumbre: el de ver en el polvo al que ha estado largo tiempo en el candelero.

Ese Cornelio de Witt, decian, por mas valor que haya mostrado, ¿no lo hemos de ver debilitado, pálido y sangriento? ¿No ha de haber dejado el potro alguna señal en su cuerpo? Y esto ¿no era un gran triunfo, en que debía tomar parte todo buen vecino de la Haya?

Además, decíanse unos á otros los orangistas, hábilmente mezclados entre la plebe, á quien creían manejar como un instrumento á la vez cortante y punzante: ¿quién quita que en el espacio que media entre Bnitenhoff y la puerta de la ciudad, podamos á nuestro sabor vengarnos de este malvado Ruartid

de Pulten, que no solo ha dado el estatuderato al príncipe de Orange, *vi coactus*, sino que ha intentado después asesinarle?

Y cuenta, añadian los feroces enemigos de la Francia, que obrando en justicia, de ningun modo debe permitirse que salga Cornelio de Witt, porque una vez libre, volverá á anudar sus pérfidas intrigas con la Francia, y se mantendrá en union con su hermano, con el oro del marqués de Louvois.

Con tales disposiciones, nada tenia de extraño que se apresurasen los espectadores, y esta era la razon del movimiento de los habitantes de la Haya hácia la parte de Bnitenhoff.

Entre los mas furiosos veíase al honrado Tickelaer, llevado en triunfo por los orangistas, ni mas ni menos que si fuese un modelo de probidad, de honor nacional y de caridad cristiana.

Este infame, embelleciendo su discurso con todas las galas y recursos de su imaginacion, contaba hasta la saciedad las tentativas que Cornelio de Witt habia hecho de su virtud (á toda prueba por supuesto), las enormes sumas que le habia prometido y la maquinacion infernal preparada de antemano para allanarle todas las dificultades que se opusiesen á la realizacion del crimen.

Y á cada frase de su discurso, el pueblo prorumpia en repetidos gritos de amor entusiasta para con el príncipe Guillermo, á la vez que dejaba manifestar su ira contra los hermanos Witt y contra los jueces, porque no habian pronunciado sentencia de muerte contra un criminal tan abominable como Cornelio.

Algunos alborotadores decian en voz baja:

—Si no nos oponemos, se marchará impunemente.

Otros murmuraban:

—Un buque francés le espera en Schwemisgen. Tickelaer le ha visto:

—¡Viva Tickelaer! ¡viva Tickelaer! gritaba en coro la muchedumbre.

—Y cuidado, decía una voz, que mientras se fuga Cornelio se salvará también su hermano, que no es menos traidor y delincuente.

—Y los dos infames irán á comerse en Francia nuestro dinero, el dinero de nuestros buques, de nuestros arsenales y astilleros vendidos á Luis XIV.

—¡Que muera! gritaba un avanzado y furibundo patriota.

—¡A la prision, á la prision! repetía el coro.

Y exaltados con estos clamores, los mosquetes se aprestan, brillan las hachas y centellean los ojos de toda la muchedumbre.

Sin embargo, todavía no se habia cometido la menor violencia; la línea de carabineros que guardaban los afueras de Bnitenhoff permanecía impassible, fria, silenciosa, mas amenazadora por su calma, que todo el paisanaje con sus gritos, y dispuesta á obedecer á la menor insinuacion de su jefe el conde de Tilly, capitan de la caballería de la Haya.

Esta tropa, única muralla que defendía la prision, contenía por su actitud

no tan solo á las turbas populares desordenadas, sino al destacamento de la guardia de la ciudad, que colocado en frente de Buitenhoff para mantener el órden, era el primero á perturbarle con sus gritos sediciosos de:

—¡Viva Orange! ¡abajo los traidores!

La presencia de Tilly y sus carabineros era indudablemente un freno saludable para los soldados, pero poco después, como se propagase hasta ellos el vértigo que trastornaba á la plebe orangista, imputaron á timidez el silencio de los jinetes de Tilly y dieron un paso hácia la prision, arrastrando en pos de sí toda la turba.

Pero el conde de Tilly les salió entonces al encuentro, y desenvainando su espada con toda la arrogancia de un verdadero militar:

—¡Eh! señores de la guardia miliciana, preguntó, ¿á dónde os dirigís?

Los soldados agitaron sus mosquetes, repitiendo los gritos sediciosos de:

—¡Viva Orange! ¡Muerte á los traidores!

—¡Viva Orange! en buena hora, dijo Mr. de Tilly, aunque si voy á decir lo que siento, mas me gusta una cara de pascuas que una de viernes; muerte á los traidores! Corriente, si no pasa de gritos, podeis gritar cuanto se os antoje; pero en cuanto á matarlos efectivamente, aquí estoy yo para impedirlo, y ¡vive Dios! que lo impediré

En seguida exclamó, volviéndose hácia sus soldados:

—¡A las armas!

La órden de Tilly fué obedecida con tal precision y ligereza, que el pueblo y la milicia retrocedieron inmediatamente, no sin una confusion que hizo sonreír al oficial de caballería.

—¡Ho! a! ¡hola! dijo con ese aire truhan propio solo del militar. Tranquilizaos, milicianos, mis soldados no dispararán de modo alguno, pero dadnos palabra de no dar un paso hácia la prision.

—¿Sabeis, señor oficial, qué tenemos mosquetes? dijo ardiendo en ira el comandante de los milicianos.

—Vaya si lo sé, dijo Tilly, pero es menester que sepais tambien vosotros, que tenemos aquí unas carabinas que ponen la bala á cincuenta pasos, y casualmente no estais mas que á veinticinco.

—¡Muerte á los traidores! volvía á gritar enfurecida la compañía de milicianos.

—¡Bah! siempre lo mismo, susurró el oficial, esto es insufrible!

Y volvió á tomar su puesto á la cabeza de la tropa, mientras que el tumulto se iba acrecentando al rededor del Buitenhoff.

Y sin embargo, el pueblo en medio de sus clamores ignoraba que en el momento mismo en que sacrificara á su furor á una de sus víctimas, pasaba la otra como á cien pasos de la plaza, detrás de los grupos y los carabineros, en direccion á la prision de Cornelio.

En efecto, Juan de Witt acababa de bajar de un coche con su criado, y atravesaba tranquilamente el primer patio que precedía á la prision, donde anunciándose al alcaide, le dijo:

—Dios te guarde, Grifus, vengó en busca de mi hermano Cornelio, condeñado, como tú sabes, al destierro.

Y el alcaide, especie de animal dedicado á abrir y cerrar la puerta de la prision, dejó entrar al exgran pensionario en el edificio, cerrando las puertas inmediatamente.

Poco antes habia encontrado á una hermosa jóven, como de diez y siete á diez y ocho años, á quien preguntó:

—¿Cómo está mi hermano, bella Rosa?

—¡Oh! señor, habia contestado la jóven, mucho ha sufrido, pero no es eso lo que yo temo; al fin y al cabo ha pasado ya.

—¿Qué temes, pues, hermosa niña?

—Temo lo que le resta aun que sufrir.

—¿Del pueblo, acaso, no es verdad? dijo de Witt.

—¿Lo habeis oido?

—Sí; está en efecto algo conmovido, pero yo confio en que se calmará al vernos, ¡siempre le hemos hecho tanto bien!

—No basta eso desgraciadamente, murmuró la jóven alejándose para obedecer á una señal imperativa de su padre.

—Tienes razon, hija mia.

Juan de Witt continuó su camino.

—He aquí, susurró, una niña que no sabrá leer probablemente, y acaba de reasumir en una palabra la historia completa del mundo.

Y con la misma calma, aunque mas melancólico que á la entrada, el exgran pensionario se dirigió hácia la habitacion de su hermano.



II.

LOS DOS HERMANOS.

CUMPLIÉNDOSE los vaticinios de Rosa, mientras que Juan de Witt subia la escalera de piedra contigua á la habitacion de su hermano Cornelio, los milicianos hacian los mayores esfuerzos para alejar á la tropa de Tilly que los contenia.

El pueblo, que adivinaba perfectamente las buenas intenciones de su milicia, gritaba aferradamente:

—¡Vivan los milicianos!

En cuanto á Mr. de Tilly, prudente y firme como siempre, aunque mas que todo confiado en sus carabinas, hablaba con pausa á los alborotadores, manifestándoles que la consigna dada por los Estados le obligaba á guardar con tres compañías la plaza de la prision y sus alrededores.

—¿Y á qué viene esa orden? ¿A qué guardar la prision? gritaban los orangistas.

—¡Ola! respondia Mr. de Tilly, mucho preguntar es eso. Se me ha dicho: «guardad;» y guardo. Vosotros, que sois semimilitares, sabeis que nunca se pone á discusion una consigna.

—Pero se ha dado esa orden para que los traidores salgan de la ciudad.

—Claro es que saldrán si se les ha condenado á destierro.

—Pero ¿quién ha dado esa orden?

—¡Los Estados, ¡pardiez!

—¡Los Estados nos venden!

—Sea enhorabuena.

—Y vos mismo nos vendéis.

—¡Yo!

—Sí, vos.

—A ver: entendámonos, señores: ¿A quién vendo yo? ¿á los Estados? bien veis que no puedo venderlos, porque estando á su servicio tengo que ejecutar puntualmente sus órdenes.

Y como las razones que daba el conde eran tan concluyentes que no admitian la menor réplica, redoblaron sus clamores y amenazas, á las cuales el conde se esforzaba en responder con toda la urbanidad posible.

—Pero, señores, decia, bien podiais bajar esos mosquetes, no sea que salga un tiro y hiera á uno de mis carabineros; porque entonces me veré en la precision de hacer un escarmiento que os tenga á raya, aunque con bastante sentimiento mio.

—Si tal hiciéseis, romperiamos el fuego contra vosotros.

—Sí, pero amigos míos, es preciso convenir que aunque acabáseis con todos, desde el primero hasta el último, los que nosotros os hubiéramos muerto no por eso habian de resucitar.

—Pues entonces, despejad, y obraréis como un buen ciudadano.

—Yo no soy ciudadano, dijo Tilly: soy oficial, que es muy diferente: además, tampoco soy holandés, sino francés, cosa que me impone mayores deberes. No conozco sino á los Estados que pagan; traedme de los Estados la orden de retirarme, y doy media vuelta al instante, porque me aburro aquí extraordinariamente.

—Sí, sí, gritaron cien voces, que se multiplicaron al momento por otras tantas. ¡Vamos á la casa capitular! ¡Vamos á ver á los diputados! ¡Vamos vamos!

—Sí, murmuró Tilly, mirando alejarse á aquellos enérgicos; id á pedir una vileza á los diputados y vereis si se os concede; andad, amigos míos, andad.

El pundonoroso oficial contaba con el honor de los magistrados, como estos por su parte habian contado en Tilly con el honor del soldado.

—Me parece, capitán, murmujeó al oido del conde su primer lugarteniente, que, accedan ó no los diputados, no estará demás que nos envíen un poco de refuerzo.

Entretanto, Juan de Witt, á quien hemos dejado subiendo la escalera de piedra, habia llegado á la puerta del aposento, donde yacia sobre un colchon su hermano Cornelio, después de haber sufrido la tortura preparatoria por orden del procurador fiscal, siendo ya inútil, á causa de la sentencia de destierro, la aplicacion de la tortura extraordinaria.

Cornelio tendido en un lecho de dolor, con las muñecas rotas, los dedos destrozados, sin haber confesado un crimen que solo existia en la cabeza de los orangistas, acababa en fin de respirar, al cabo de tres dias de sufrimientos al saber que los jueces, de quienes no esperaba sino la muerte, solo le condenaban al destierro.

Aquel cuerpo enérgico, aquella alma invencible, hubiera concluido por desarmar enteramente á sus enemigos, si hubiesen podido ver brillar en sus pálidos labios, por entre las tinieblas de Brytenhoff, la sonrisa del mártir, que olvida el cieno de la tierra, luego que ha entrevisto los resplandores del cielo.

El Ruart habia recobrado sus fuerzas, mas bien por el poder de su voluntad que por un socorro efectivo, y calculaba el tiempo que aun le retendrian en la prision las formalidades de justicia.

En aquel momento fué cuando los clamores de la milicia urbana, mezclados con los del pueblo, amenazaban á los dos hermanos y al capitán Tilly que los contenia. Aquel ruido, que venia á estrellarse como una marea creciente al pié de las murallas de la prision, llegó hasta los oidos de los prisioneros.

Mas á pesar de lo amenazador é imponente del ruido, Cornelio no quiso averiguar la causa, ni se tomó el trabajo de levantarse, para mirar por la estrecha ventana que daba paso á la luz, lo que pasaba en los afueras de la prision. Su sensibilidad estaba embotada, á fuerza de ser el mal continuo.

Creia ya divisar el momento en que su alma y su razon iban á desprenderse; parecia verlas cerniéndose suavemente, á la manera que voltea sobre una hoguera casi apagada la última llama que se desprende para subir al cielo. El mismo pensamiento le ocupaba con respecto á su hermano Juan.

Cuando Cornelio iba á pronunciar su nombre, entró aquel en la prision y se

abanzó al lecho de su hermano, cuyos brazos y manos desollados se extendieron para abrazar al ilustre pensionario, á quien habia dejado muy atrás en las persecuciones de que eran víctimas por parte de los holandeses.

Juan besó á su hermano con ternura, y rechazó suavemente sobre el colchon sus manos martirizadas.

—Cornelio, dijo interrumpiendo el silencio, pobre hermano mio, sufres mucho, ¿no es verdad?

—No, te tengo á mi lado, y esto basta para olvidarlo todo.

—¡Ah! yo tambien he sufrido mucho con tu ausencia.

—En medio de mis tormentos solo me ocupaba tu recuerdo; siempre estabas presente á mi memoria. Solo me he quejado una vez para decir: ¡Pobre hermano mio! Pero ya estás aquí, olvidémoslo todo. Tú vienes á buscarme, ¿no es cierto?

—Sí.

—Ayúdame á levantar, hermano mio, ya podré andar perfectamente.

—No hay para qué, dijo Juan, tengo mi carruaje en el Vivero, tras de los carabineros de Tilly.

—¿Los carabineros de Tilly? ¿Por qué están en el Vivero?

—Porque se teme, dijo el pensionario con aquella sonrisa melancólica que le era tan habitual, que al vernos partir los vecinos de la Haya armen un tumulto.

—Un tumulto! repitió Cornelio mirando á su hermano atentamente, un tumulto!

—Sí, Cornelio.

—Esa habrá sido entonces la causa de los gritos que se oian ahora poco, dijo el prisionero como hablando consigo mismo.

Después, volviéndose á su hermano, preguntó:

—¿Hay mucha gente en Brytenhoff?

—Sí, hermano mio.

—Pero entonces para venir aquí. . .

—Y bien.

—¿Cómo te han dejado pasar?

—Tú sabes que aun tenemos simpatías, dijo el gran pensionario con amargura. Yo me he dirigido por las calles mas extraviadas. . .

—¿Tú te has ocultado, Juan?

—Tenia determinado unirme contigo sin pérdida de tiempo, y he hecho lo que se hace en política y en el mar cuando el viento es contrario.

En aquel momento el ruido subia mas furioso de la plaza á la prision. Tilly hablaba con la guardia miliciana.

—¡Oh! ¡oh! dijo Cornelio, eres verdaderamente un gran piloto Juan; pero yo no sé si sacarás á tu hermano de Brytenhoff con esta marejada y sobre los

escollos populares, tan dichosamente como condujiste la flota de Tromp á Amberes, en medio de los bajos de Escaut.

—Con la ayuda de Dios, Cornelio, lo intentaremos al menos, respondió Juan; pero escúchame.

—Habla.

Los clamores se oyeron de nuevo.

—¡Oh, cómo se encolerizan esas gentes! ¿Será contra mí todo su encono?

—Creo que será contra los dos, Cornelio. Decia, pues, hermano mio, que lo que nos echan en cara los orangistas en medio de sus infames calumnias, es haber negociado con la Francia.

—¡Inocentes!

—Sí, pero nos lo echan en cara.

—Si estas negociaciones hubiesen tenido efecto, les hubieran evitado las derrotas de Rees, de Orsay, de Vesel y de Rheinberg; les hubiesen evitado el pasar el Rhin, y la Holanda podria creerse todavia invencible en medio de sus pantanos y de sus canales.

—Todo eso es verdad, hermano mio; pero no lo es menos, que si hallaran en este momento nuestra correspondencia con Mr. de Louvois, por mas piloto que yo fuese, no salvaria al esquife tan frágil que va á llevar á los de Witt y su fortuna fuera de Holanda. Esta correspondencia que probaria al pueblo mi amor á la patria, los sacrificios personales que haria por su libertad y por su gloria, nos perderia para con los orangistas, nuestros vencedores. Así, querido Cornelio, me inclino á creer que la habrás quemado antes de abandonar á Dordrecht para unirme conmigo en la Haya.

—Hermano mio, respondió Cornelio, tu correspondencia con Mr. de Louvois, prueba que eres el mas grande, el mas generoso, el mas hábil ciudadano de las siete Provincias Unidas. Yo amo la gloria de mi país: amo tu gloria sobre todo, hermano mio, y no podia quemar de modo alguno esa correspondencia.

—Entonces somos perdidos por este camino, dijo tranquilamente el exgran pensionario acercándose á la ventana.

—Te engañas, Juan; al contrario, es el único medio para obtener nuestra libertad, la salvacion del cuerpo y la resurreccion de la popularidad.

—¿Qué has hecho, entonces, de aquellas cartas?

—Las he confiado á Cornelio van Baerle, ahijado mio, á quien conoces y reside en Dordrecht.

—¡Oh pobre muchacho! ¿A un sabio que á pesar de sus estudios y sus conocimientos no piensa sino en las flores que saltan á Dios, y en Dios que hace nacer las flores, has encargado de este depósito mortal? ¡Está perdido, hermano mio! . . . ¡pobre Cornelio!

—¡Perdido!

—Si; porque él, una de dos, ó ha de ser fuerte ó débil: si es fuerte (porque es preciso convenir, que aunque sepultado en Dordrecht, y por ajeno que esté á la política, ha de saber el día menos pensado lo que nos sucede), se vanagloriará de su afecto hácia nosotros; si débil, temerá nuestra intimidad. Si lo primero, voceará y publicará el secreto; si lo segundo, dejará arrebatarlo: de todas maneras, él está perdido y nosotros tambien. Así, hermano mio, huyamos si aun es tiempo.

Cornelio se levantó sobre su lecho y tomando la mano de su hermano:

—¿No conozco yo acaso á mi ahijado? le dijo; ¿no he aprendido yo á leer el menor pensamiento en la cabeza de van Baerle, el menor sentimiento en su alma? ¿Me preguntas si es débil ó si es fuerte? Pues bien, ni es una cosa ni otra, y aunque lo fuese, tendria que guardar un secreto que él mismo no posee, de que no tiene el menor conocimiento.

Juan se volvió sorprendido.

—¡Oh! continuó Cornelio con su melancólica sonrisa: el Ruart de Pulten es un político criado en la escuela de Juan. Yo te lo repito, hermano mio, van Baerle ignora la naturaleza y el valor del depósito que le he confiado.

—¡Presto entonces! exclamó Juan, pues que todavía es tiempo, démosle orden de quemar el legajo.

—¿Por quién se le pasará esta orden?

—Por mi criado, Cornelio, que debia acompañarnos á caballo, y que ha entrado conmigo en la prision para ayudarme á bajar la escalera.

—Reflexiona, Juan, antes de quemar esos títulos gloriosos.

—Reflexiono, Cornelio, que ante todo es necesario que los hermanos de Witt salven su vida para salvar su fama. Muertos, ¿quién nos defenderá, Cornelio? ¿quién nos habrá comprendido siquiera?

—¿Crees que nos matarian si encontraran esos papeles?

Juan, sin responder á su hermano, extendió la diestra hácia el Brytenhoff, de donde se levantaba una gritería espantosa.

—Sí, sí, dijo Cornelio, ya escucho; ¿pero qué significan esos clamores?

Juan abrió la ventana.

—¡Muerte á los traidores! voceaba el populacho.

—¿Lo oyes, Cornelio?

—¡Y somos nosotros los traidores! dijo el prisionero, alzando los ojos al cielo é incorporándose.

—Sí, nosotros, repitió Juan de Witt.

—¿Dónde está Craecke?

—Creo que está á la puerta del aposento.

—Haz que entre inmediatamente.

Juan abrió la puerta: el fiel criado esperaba en efecto en el umbral.

—Venid, Craecke, y retened en la memoria lo que os va á decir mi hermano.

—Oh, no, no basta solo decirlo, Juan: desgraciadamente es preciso que se lo escriba.

—¿Y por qué?

—Porque van Baerle no dará el depósito, ni le quemará, sin una orden terminante.

—Pero, ¿podrás tú escribir, querido hermano? preguntó Juan al aspecto de aquellas manos quemadas y desolladas.

—¡Oh! si yo tuviera pluma y tinta, ya verias, dijo Cornelio.

—He aquí un lápiz.

—¿Tienes papel?

—Esta biblia. Corta la primera hoja.

—Bien.

—¡Pero tu escritura será ilegible!

—Manos á la obra, dijo Cornelio mirando á su hermano. Estos dedos que han resistido á las mechas de los verdugos, esta voluntad que ha domado su dolor, van á unirse con un esfuerzo comun; y tranquilízate, hermano mio, las líneas se trazarán sin el mas mínimo temblor.

Y en efecto, Cornelio tomó el lápiz y escribió.

Entonces vióse bajo el trapo blanco transparentarse las gotas de sangre que arrojaban los dedos en carne viva, con la presion que hacian al mover el lápiz.

El sudor corría por las sienes del gran pensionario. Cornelio escribió:

« Querido ahijado:

« Quema el depósito que te he confiado; quémale sin mirarle, sin abrirle, á fin de que á tí mismo te sea desconocido. Los secretos de este género matan á los depositarios. Quémale y salvas á Juan y á Cornelio.

« A dios y no me olvidéis.—CORNELIO DE WITT. »

Juan vertiendo lágrimas, limpió una gota de aquella noble sangre que habia manchado la hoja, la puso en manos de Craecke con su postrera recomendacion, y acercóse hácia Cornelio, quien á causa del sufrimiento estaba próximo á desmayarse.

—Animo, pues, dijo; cuando oigamos á Craecke dar su antiguo silbido de ontramaestre, será señal de que ha pasado los grupos y está de la otra parte del Vivero. . . . Entonces partiremos nosotros.

No habian trascurrido cinco minutos, cuando un largo y vigoroso silbido como el de un marino, penetró por entre las altas y frondosas copas de los olmos, dominando los clamores de Brytenhoff.

Juan alzó los brazos para dar gracias al cielo. Marchemos pues, dijo á Cornelio.



EL DISCÍPULO DE JUAN DE WITT.

MIENTRAS que los ahullidos de la multitud reunida en el Brytenhoff, su-
biendo cada vez mas aterradores, obligaban á Juan de Witt á apresurar la
marcha de su hermano Cornelio, una diputacion se habia dirigido, como he-
mos dicho, á la casa capitular para pedir que despejase la plaza la caballería
de Tilly.

Presenciaba esta escena tragicocómica un extranjero desde que empezó el
tumulto. Como los demás, siguió la corriente.

Este extranjero tenia como 22 á 23 años, aunque no demostraba el vigor
propio de la juventud: ocultaba su figura pálida bajo un fino pañuelo de te-
la de Prusia, con el cual no cesaba de limpiar su frente empapada en sudor.

Tenia la vista perspicaz como la de una ave de rapina, la nariz aguileña y
larga, los labios delgados y la boca hundida. Este hombre hubiera sido para
Lavater un objeto de estudios filosóficos, que no le habria dejado nada que
desear.

¿Cuál es la diferencia que existe, decian los antiguos, entre la figura del
conquistador y la del pirata? La que hay entre el águila y el buitre.

La serenidad ó la inquietud.

Así, aquella fisonomía lívida, aquel cuerpo delgado y miserable, aquella
marcha inquieta del Brytenhoff á Hoogstraet, en seguimiento de todo aquel
pueblo bullicioso, era el tipo, la imagen de un amo receloso ó de un ladron
inquieto, aunque un hombre de mundo le hubiera tenido ciertamente por es-
to último en vista del constante empeño que mostraba tener por ocultarse.

Por lo demás, su traje era bastante sencillo. Tenia la mano izquierda fa-
miliarmente puesta sobre el hombro de un oficial, que con un interés fácil de
comprender habia mirado todas las escenas de Brytenhoff, hasta el momento
en que su compañero habia emprendido la marcha.

Cuando llegaron á la plaza de Hoogstraet, el hombre del semblante pálido
se colocó al abrigo de una puerta y fijó los ojos en el balcon de la casa ca-
pitular.

A los gritos del pueblo se abrió la puerta de Hoogstraet y se adelantó un
hombre para hablar á la muchedumbre.

—¿Quién aparece en el balcon? preguntó el jóven al oficial, mostrándole
con la vista al arengador, que parecia demasiado conmovido, sosteniéndose
mas bien que inclinándose en la balaustrada.

—Es el diputado Bowelt, replicó el oficial.

—¿Y quien es ese diputado Bowelt? ¿Le conocéis?

—Un excelente sugeto; á lo menos así lo creo, señor. El jóven al esou-

char esta calificación del carácter de Bowelt, hecha por el oficial, hizo un
ademán de desaprobacion tan extraño, y dió á entender un descontento tan
visible, que el oficial lo advirtió y se apresuró á añadir:

—Se dice así á lo menos, señor. Por mi parte no puedo afirmarlo, no co-
nociendo personalmente á monsieur Bowelt.

—Excelente sugeto, repitió el designado con el título de monseñor, me pa-
rece que os equivoçais ó. . .

—Dispensadme, monseñor; yo no me atreveria á juzgar á un hombre, á
quien, repito á S. A., no conozco sino de vista.

—Vamos, murmuró el jóven; aguardemos y saldremos de dudas.

El oficial inclinó la cabeza en señal de asentimiento, y guardó silencio.

—Si ese Bowelt es un excelente sugeto, accederá á la demanda de estos fu-
riosos.

Y el movimiento nervioso de su mano, que á pesar suyo se agitaba sobre
la espalda de su compañero, como los dedos de un instrumentista sobre las
teclas de un clave, revelaba su ardiente impaciencia, tan mal disfrazada en
ciertos momentos, bajo el aire glacial y sombrío de su figura.

El jefe de la diputacion ciudadana preguntó entonces al diputado en dónde
se hallaban sus colegas.

—Señores, repitió por segunda vez Mr. Bowelt, os digo que en este mo-
mento estoy solo con Mr. d'Asperen, y no puedo tomar decision alguna.

—¡La órden! ¡la órden! gritaron millares de voces.

Mr. Bowelt quiso hablar, pero sus palabras se confundian con los clamo-
res, y viósele solamente agitar sus brazos con gestos multiplicados. Pero co-
nociendo que no podia hacerse oír, llamó á Mr. d'Asperen.

Mr. d'Asperen se asomó al balcon, donde fué saludado con gritos aun mas
enérgicos que los que habian acogido diez minutos antes á Mr. Bowelt.

Trató tambien, aunque inútilmente, de arengar al pueblo: pero la muche-
dumbre prefirió obligar la guardia de los Estados, que por su parte no opuso
la menor resistencia, á escuchar la arenga de Mr. d'Asperen.

—Vamos, dijo friamente el jóven, mientras que el pueblo se precipitaba
por la puerta principal de Hoogstraet, parece que la deliberacion tendrá efec-
to en el interior, coronel; vamos á oír la deliberacion.

—¡Ah, monseñor, monseñor! andad con tiento.

—¿Por qué?

—Entre estos diputados, hay muchos que han estado en relacion con vos,
y basta que uno solo reconozca á V. A. . .

—Sí, para que se me acuse como el instigador de todo esto. Tienes razon,
dijo el jóven, cuyas mejillas se enrojearon un instante, arrepentido de ha-
ber mostrado tanta precipitacion en sus deseos, si, tienes razon. Desde aquí

los veremos volver con la autorizacion ó sin ella, juzgaremos de esta manera si Mr. Bowelt es un buen sugeto.

—Pero presumo, repuso el oficial mirando con admiracion á aquel á quien daba el título de monseñor, que vuestra alteza no supone que los diputados manden alejar á los jinetes de Tilly, ¿no es esto?

—¿Por qué? preguntó friamente el jóven.

—Porque esto seria lo mismo que condenar á muerte á Cornelio y Juan de Witt.

—Ya lo veremos, respondió con sangre fria su alteza; solo Dios puede saber lo que pasa en el corazon de los hombres.

El oficial miró al descuido el rostro impasible de su compañero, y se estremeció.

Desde el paraje en que se habian quedado su alteza y el compañero, oian rumores y las pisadas del pueblo en las escaleras de la casa capitular.

Después parecia como que salia el ruido por las puertas de la sala en cuyo balcón habian aparecido MM. Bowelt y d'Asperen, quienes habian entrado por temor de que el pueblo los arrojase por encima de la balaustrada.

Viéronse después pasar por delante de las ventanas multitud de sombras agitadas y tumultuosas.

La sala de las deliberaciones se llenaba.

De repente cesó el ruido; después tambien de repente redobló en intension y llegó á un grado tal de explosion, que parecian conmoverse los cimientos del antiguo edificio.

Finalmente, aquel torrente volvió á correr por las galerías y las escaleras hasta la puerta, bajo cuya bóveda vino á despeñarse como un torbellino.

A la cabeza del primer grupo, corria á toda prisa un hombre horrorosamente desfigurado por la alegría.

Era el cirujano Tykelaer.

—¡Ya la tenemos! ¡ya la tenemos! gritó agitando un papel en el aire.

—¡Tienen la orden! murmujeó el oficial estupefacto.

—Ya estoy enterado, dijo tranquilamente S. A.; no sabias, querido coronel, si Mr. Bowelt era ó no un excelente hombre. No es ni lo uno ni lo otro.

Siguiendo después con la vista todo aquel tropel que le pasaba por delante:

—Coronel, dijo, vamos al Brytenhoff; creo que hemos de ver un espectáculo extraño.

El oficial se inclinó y siguió á su amo sin responder.

La muchedumbre era inmensa en la plaza y en las cercanías de la prision; pero los jinetes de Tilly la contenian siempre con el mismo éxito, y sobre todo con la misma firmeza.

El rumor creciente que hacia aquel flujo de hombres al acercarse, corriendo con la rapidez de una catarata que se precipita, llegó á los oidos del con-

de. Al mismo tiempo divisó el papel que flotaba en el aire por encima de sus armas centellantes.

—¡Eh! exclamó alzándose sobre los estribos, creo que los miserables tienen la orden.

—¡Ruines, cobardes! gritó el lugarteniente.

Era en efecto la orden que la compañía de milicianos recibió con alegres rugidos.

Esta se puso inmediatamente en movimiento y marchó con las armas preparadas y dando grandes gritos, al encuentro de los jinetes de Tilly.

Pero el conde no era hombre para dejarlos acercarse mas de lo regular.

—¡Alto! gritó, ¡alto! y que se quiten del paso, si no quieren que mande ¡adelante!

—He aquí la orden, respondieron cien voces insolentes.

El conde la tomó con estupor, y echándole una ojeada rápida, exclamó:

—Los que han firmado esta orden, son los verdaderos verdugos de Mr. Cornelio de Witt. Por mi parte, primero hubiera muerto mil veces que escribir una sola letra de esta orden infame.

Y rechazando con el puño de su espada al hombre que queria volverla á tomar:

—¡Alto ahí! dijo; un escrito tan importante como este debe guardarse.

Y dobló el papel, y le puso con cuidado en la faltriquera de su casaca.

Volviéndose en seguida hácia su tropa:

—¡Jinetes de Tilly! gritó; conversion á la derecha.

Y á media voz, aunque de manera que sus palabras no fuesen perdidas para todo el mundo:

—Degolladores, dijo, concludid vuestra obra.

Un grito furioso y general acogió la retirada de Tilly.

Los jinetes desfilaban lentamente.

El conde permaneció detrás, haciendo frente hasta el último momento al populacho desenfrenado, que ganaba el terreno á medida que le perdía el caballo del capitán.

Como se ha visto, Juan Witt no habia exagerado el peligro, cuando ayudando á su hermano á levantarse, le instaba á partir.

Cornelio bajó, pues, apoyado en el brazo del exgran pensionario, la escalera que conducia al patio, á cuyo pié encontró á la bella Rosa trémula y agitada.

—¡Oh! señor, dijo esta, qué desgracia!

—¿Qué hay? preguntó de Witt.

—Hay, que parece han ido á buscar á Hoogstraet la orden para alejar á los jinetes del conde de Tilly.

—¡Oh! dijo Juan. En efecto, hija mia, si los jinetes se van de ahí estamos mal.

- Así, si yo pudiera daros un consejo. . . dijo la jóven temblando.
- Dale, hija mia. ¿Qué tuviera de extraño que Dios me hablase por tu boca?
- Pues bien, señor Juan, yo no saldría por la calle Mayor.
- ¿Y por qué, ya que los jinetes de Tilly están siempre en su puesto?
- Sí, pero hasta tanto que no sea revocada, tienen órden de permanecer delante de la cárcel.
- Sin duda.
- ¿Teneis alguno que os acompañe hasta fuera de la ciudad?
- No.
- Pues, en el momento en que hayais pasado á los primeros jinetes, caeréis en las manos del pueblo.
- ¿Pero y la milicia urbana?
- ¡Oh! la milicia urbana es peor.
- ¿Y qué hacemos entonces?
- Si fuera vos, señor Juan, continuó tímidamente la jóven, yo saldría por la puerta secreta que da á una calle desierta, porque todos están en la calle Mayor, aguardando en la entrada principal, y me dirigiria á la puerta de la ciudad por donde quereis salir.
- Pero mi hermano no podrá andar, dijo Juan.
- Yo lo intentaré, respondió Cornelio con una expresion sublime de firmeza.
- ¿No teneis carruaje? preguntó la jóven.
- El carruaje está allí, en el umbral de la puerta grande.
- No, respondió la jóven. He dicho al cochero que os vaya á esperar á la puerta secreta, confiando en que os es adicto.
- Los dos hermanos se miraron con ternura, y su doble mirada, que manifestaba toda la expresion del reconocimiento, se concentró en la jóven.
- Ahora, dijo el gran pensionario, resta saber si Grifus nos querrá abrir esa puerta.
- ¡Oh, no! dijo Rosa, no querrá.
- Bien ¿y entonces?
- Entonces, he previsto su negativa y mientras conversaba por la ventana de la cárcel con un carabinero, he tomado la llave del manajo.
- ¿Y la tienes en tu poder?
- Vedla aquí, señor.
- Hija mia, dijo Cornelio, nada tengo que darte en cambio del servicio que me has hecho, excepto la Biblia que hallarás en mi cuarto: esa es la última dádiva de un hombre de bien; yo espero que te traerá la felicidad.
- Gracias, señor Cornelio, yo no la abandonaré jamás, respondió la jóven. Después dijo para sí suspirando:
- ¡Oh! cuánta desgracia es no saber leer.

- ¿Oyes cómo redoblan los clamores, hija mia? dijo Juan; me parece que no se debe perder un instante.
- Venid, pues, dijo la bella Rosa, y por un corredor interior condujo á los dos hermanos al lado opuesto de la cárcel.
- Siempre guiados por Rosa, bajaron una escalera de doce gradas, atravesaron un pequeño patio, y habiéndose abierto la puerta, se encontraron al otro lado de la cárcel en la calle desierta, enfrente del carruaje que les esperaba con la portezuela abierta.
- ¡Eh! presto, presto, mis amos, ¡lo oí! gritó el cochero despavorido.
- Poco después de haber ayudado á Cornelio á entrar, el gran pensionario se volvió hácia la jóven:
- A dios, hija mia, le dijo; todo lo que podríamos decirte no expresaria bastante nuestro reconocimiento. Te encomendamos á Dios, que yo espero se acordará de que acabas de salvar la vida de dos hombres.
- Rosa tomó la mano que le tendia el gran pensionario y la besó respetuosamente.
- Marchad, dijo, parece que derriban la puerta.
- Juan de Witt subió precipitadamente, se colocó junto á su hermano y cerró la cortina del carruaje.
- ¡A Tol-Hekl!
- El Tol-Hek era la reja que cerraba la puerta que conducia al pequeño puerto de Schweningen, en el cual esperaba á los dos hermanos un pequeño buque. El carruaje partió al galope de dos vigorosos caballos flamencos, llevándose á los fugitivos.
- Rosa los siguió hasta que doblaron por el ángulo de la calle.
- Entonces entró, y cerrando la puerta, arrojó la llave en un pozo.
- El ruido que habia hecho presentir á Rosa que el pueblo derribaba la puerta, era en efecto del pueblo, que después de haber hecho evacuar la plaza de la cárcel, se precipitaba contra la puerta.
- Por sólida que fuese, y aunque el carcelero Grifus rehusase obstinadamente abrirla, era de creer no resistiese mucho tiempo á tan vigorosos empujes, y Grifus, azorado, se preguntaba si valdria mas abrirla ó dejarla romper, cuando sintió que le tiraban suavemente de la ropa.
- Volvió la cara y vió á Rosa.
- ¿Oyes esos gritos? preguntó.
- Los oigo tan bien, padre mio, que en vuestro lugar. . .
- Abrirías, ¿no es esto?
- No, dejaria romper la puerta.
- Pero, quieren matarme.
- Si os ven, nada tiene de extraño.
- ¿Y cómo quieres que no me vean?

—Ocultándoos.

—¿Dónde?

—En el calabozo secreto.

—Pero, ¿y tú, hija mía?

—Yo bajaré allí con vos. Cerraremos la puerta, y cuando hayan dejado la cárcel, saldremos de nuestro encierro.

—Pardiez que tienes razon, exclamó Grifus; es admirable, añadió, el juicio que hay en esa cabeza tan pequeña.

Después, como la puerta cedía ante el populacho:

—Venid, venid, padre mio, dijo Rosa, abriendo una pequeña trampa.

—¿Y nuestros prisioneros? dijo Grifus.

—Dios velará sobre ellos, padre mio, dijo la jóven; por ahora permitidme que vele sobre vos.

Grifus siguió á su hija, y la trampa volvió á caer, justamente en el momento en que rota la puerta daba paso al populacho.

Por lo demás, el calabozo en que Rosa hacia bajar á su padre, y que se llamaba el calabozo secreto, ofrecia á los dos personajes, á quienes nos hemos visto obligados á abandonar por un instante, un asilo seguro, no siendo conocido sino de las autoridades que de vez en cuando encerraban en él algun gran culpable.

El pueblo se arrojó en la cárcel gritando:

—¡Mueran los traidores! ¡á la horca Cornelio de Witt! ¡mueran! ¡mueran!



IV.

UNA PRECAUCION DE GUILLERMO DE ORANGE.

EL jóven siempre cubierto por su gran sombrero y apoyado en el brazo del oficial, y limpiándose la frente y los labios con el pañuelo, miraba solo é imposible desde una esquina del Brytenhoff, envuelto en la sombra proyectada por el cobertizo de una tienda ahumada, el espectáculo que ofrecia aquel populacho furioso, y que parecia próximo á un desenlace.

—Veo que teniais razon, Van Deken, dijo al oficial, y que la orden que los

señores diputados han firmado, es la verdadera orden de muerte de Mr. Cornelio. ¿Ois á ese pueblo? parece decididamente que la ha tomado con los de Witt.

—En verdad, dijo el oficial, en mi vida he oido clamores semejantes.

—Es probable que hayan encontrado la prision de nuestro hombre. Pero aguardad: ¿aquella ventana no era la del cuarto en que se encerró á Mr. Cornelio?

En efecto, un hombre sacudia violentamente las rejas del calabozo de Cornelio, que acababa de salir de él no hacia diez minutos.

—Voto al diablo, gritaba aquel hombre, ¡no está aqui! . . . el pájaro se voló.

—¡Cómo, no hay nadie! preguntaron desde la calle los que por haber llegado de los últimos no podian entrar en la cárcel.

—¡No! ¡no! ¡no hay nadie! repetia el hombre furioso; debe haberse escapado.

—¿Qué dice ese hombre? preguntó su alteza poniéndose pálido.

—Una noticia, Monseñor, que á ser cierta, seria muy feliz.

—Sin duda, seria una nueva feliz si fuese cierta, dijo el jóven; pero desgraciadamente no puede serlo.

—Sin embargo, ved. . . dijo el oficial.

En efecto, otros muchos energúmenos se asomaban á la ventana gritando:

—¡Se ha escapado! ¡le han dejado huir!

Y los de la plaza repetian con horribles imprecaciones: ¡Se ha escapado! ¡corramos, corramos en su busca!

—Parece, monseñor, que Mr. Cornelio de Witt se ha salvado realmente, dijo el oficial.

—De la prision no lo dudo, respondió aquel; pero lo que es de la ciudad, se lleva chasco. Vereis, Van Deken, cómo se encuentra cerrada la puerta que creia abierta.

—¿Se ha dado la orden de cerrar las puertas?

—No, yo no lo creo: además, ¿quién habia de haber dado esa orden?

—¿Pues entonces, qué os hace suponer?

—Hay fatalidades, respondió con candor su alteza, de que son á veces víctimas los mas grandes hombres.

El oficial á estas palabras sintió correr un calofrío por sus venas, porque comprendió que de cualquier modo, el preso estaba perdido.

En este momento, los rugidos de la multitud estallaron como un trueno, porque no le quedó duda de que Cornelio de Witt no estaba en la cárcel.

En efecto, Cornelio y Juan, después de haber pasado á lo largo del Vivero, habian tomado la gran calle que conduce á Tol-Hek, encargando á cada paso al cochero que contuviese el andar de los caballos, para no despertar sospechas.

Pero este fiel servidor, al llegar á la mitad de la calle, cuando vió ya léjos la reja, cuando se lisonjeó con la esperanza de que dejaba atrás la cárcel y la muerte, y que tenia delante de sí la vida y la libertad, se olvidó de toda precaucion, y llevó el carruaje á galope.

Detúvose de repente.

—¿Qué hay? preguntó Juan, asomando la cabeza por la portezuela.

—¡Oh; mis amos! exclamó el cochero, hay. . .

El terror ahogaba la voz de aquel buen hombre.

—¡Vamos, acabat exclamó el gran pensionario.

—Hay que la reja, está cerrada.

—¿Cómo? ¿la reja está cerrada? No es costumbre cerrar la reja de día.

—Miradlo mas bien.

Juan de Witt se inclinó hácia afuera del carruaje, y vió en efecto la reja cerrada.

—Vamos, anda; dijo Juan, yo traigo la orden de conmutacion, y el portero abrirá.

—El carruaje siguió su carrera, pero se veia que el cochero no alentaba ya los caballos con la misma confianza.

Al asomar Juan de Witt la cabeza por la portezuela, fué visto y reconocido por un cervecero, que habiéndose retardado un poco, cerraba la puerta de su tienda á toda prisa, para ir á reunirse con sus compañeros en el Brytenhoff.

Dió un grito de sorpresa, y corrió tras otros dos hombres que iban delante.

A cosa de cien pasos los alcanzó, y comenzó á hablarles. Los tres hombres se detuvieron, mirando alejarse el carruaje, poco seguros todavía de quiénes fuesen los que conducia.

El carruaje, entretanto, llegaba á Tol-Hek.

—¡Abrid! gritó el cochero.

—¡Abrir! dijo el portero, presentándose en el umbral de su casa; abrir, ¿y con qué?

—Con la llave, ¡pardiez!

—Con la llave, sí; pero para eso es menester tenerla.

—¿Cómo! ¿no teneis la llave de la puerta? preguntó el cochero.

—No.

—¿Qué habeis hecho con ella?

—¡Toma! me la han quitado.

—¿Quién?

—Alguno que probablemente tenia empeño en que nadie saliese de la ciudad.

—Amigo mio, dijo el gran pensionario, sacando la cabeza fuera del carruaje y arriesgando el todo por el todo, amigo mio, es para mí, Juan de Witt, y mi hermano Cornelio á quien conduzco al destierro.

—¡Oh! caballero no lo puedo remediar, dijo el portero acercándose al carruaje. Bajo palabra de honor os digo que se me ha quitado la llave.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

—¿Por quién?

—Por un jóven de veintidos años, delgado, pálido.

—¿Y por qué se la ha dado?

—Porque traia una orden firmada y sellada.

—¿De quién?

—De los señores de la casa Consistorial.

—¡Vamos! dijo Cornelio con calma; está visto que somos perdidos.

—¿Sabes si se ha tomado por todas partes la misma precaucion?

—No lo sé.

—Vamos, dijo Juan al cochero, Dios manda que haga el hombre todo lo que pueda para salvar su vida: toma hácia otra puerta.

Mientras daba la vuelta el carruaje, añadió:

—Gracias por tu buen deseo, amigo mio, dijo Juan al portero.

—La intencion es reputada por el hecho: tú la tenias de salvarnos, y á los ojos de Dios es como si lo hubieras conseguido.

—¡Ah! dijo el portero, mirad allí abajo.

—Pasa al galope al través de ese grupo, gritó Juan al cochero, y toma la calle de la izquierda; esta es la única esperanza.

El grupo de que Juan hablaba habia tenido principio con los tres hombres que hemos visto seguir con los ojos el carruaje, y que después, y mientras Juan hablaba con el portero, se habia engrosado con siete ú ocho individuos mas.

Estos recién llegados entretenian evidentemente intenciones hostiles hácia el carruaje. Así es que, viendo venir sobre ellos los caballos á gran galope, le interceptaron el paso agitando sus brazos armados con bastones, y gritando:

—¡Detente! ¡Detente!

—El cochero por su parte, se inclinó hácia ellos y les sacudió con el látigo.

El carruaje y los hombres chocaron al fin, como dos moles que dan una contra otra.

Los hermanos de Witt no podian ver nada, encerrados como estaban en el carruaje. Pero sintieron empinarse los caballos, y en seguida un violento sacudimiento. Hubo un movimiento de vacilacion y temblor en toda la máquina, que arrastró de nuevo pasando sobre alguna cosa redonda y flexible, que parecia ser el cuerpo de un hombre atropellado, y se alejó en medio de las blasfemias.

—¡Oh! dijo Cornelio, temo que haya habido alguna desgracia.

—¡A escape! ¡a escape! gritó Juan.

Pero á pesar de esta orden, el cochero se detuvo de repente.

—¿Qué hay? preguntó Juan.

—¿No veis? dijo el cochero. Juan miró.

Todo el populacho del Brytenhoff se aparecía en la extremidad de la calle que debía seguir el carruaje, desencadenándose ardiente y rápido como un huracán.

—¡Deten el coche y huye! dijo Juan al cochero; es inútil ir mas léjos; estamos perdidos.

—¡Miradlos! ¡miradlos! gritaron juntas quinientas voces.

—Sí, ahí están; ¡los traidores! ¡los asesinos! ¡los homicidas! respondieron los que corrían detrás del carruaje, á los que venían delante, llevando en sus brazos el cadáver mutilado de uno de sus compañeros, que habiendo querido cojer la brida de los caballos, acababa de ser atropellado.

Los dos hermanos habían sentido pasar el carruaje por encima de él.

El cochero se detuvo; pero por mas instancias que su amo le hizo, no quiso huir.

En un momento el coche quedó emparedado entre los que corrían detrás y los que venían delante, y por espacio de algunos minutos dominó aquel tropel agitado como una isla flotante.

Detúvose de repente aquella isla flotante; un herrador acababa de matar de un porrazo á uno de los caballos, que cayó entre el tiro.

En tal conflicto se entreabrió el postigo de una casa inmediata, y pudo verse el semblante lívido y la mirada sombría del jóven, de quien ya hemos hablado, que parecia gozarse en el espectáculo que se preparaba.

Detrás de él se aparecía la cabeza del oficial, casi tan pálida como la suya.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿qué va á pasar aqui? monseñor; murmujeó el oficial.

—Algo muy terrible con seguridad, respondió aquel.

—¡Oh! ¡mirad, monseñor, sacan al gran pensionario del carruaje, le insultan, le golpean, le atropellan!

—En verdad, es preciso que anime á esa gente una indignacion muy violenta, dijo el jóven con el mismo tono impasible que habia conservado hasta entonces.

—Mirad cómo sacan á su vez á Cornelio del coche, á Cornelio, todo destrozado y mutilado por el tormento. ¡Oh! ¡miradlo! ¡miradlo! . . .

—Sí, en efecto, ese es Cornelio.

El oficial dió un pequeño grito, y volvió la cabeza.

En la última gradilla del estribo del coche, aun antes de que hubiese puesto pié en tierra, el Ruart acababa de recibir un golpe con una barra de hierro que le habia partido la cabeza.

Levantóse sin embargo, pero volvió á caer al momento.

Algunos hombres cogiéndole en seguida por los piés, con grande algazara, lo arrastraron entre la muchedumbre, cuyos rostros y vestidos roció como na manga de agua el chorro de sangre que salía á borbotones de su cuerpo.

El jóven se puso mas pálido todavía, lo que se hubiera creído imposible, y cerró los ojos por un momento.

El oficial á esta muestra tardía de compasion, la primera que su compañero habia dejado advertir, y queriendo aprovechar esta debilidad de su alma:

—Venid, venid, monseñor, dijo, mirad que van á asesinar tambien al gran pensionario.

Pero el jóven habia ya abierto los ojos, y exclamó:

—En verdad que ese pueblo es implacable.

—Monseñor, dijo el oficial, ¿no se podria salvar á ese pobre hombre, que ha educado á vuestra alteza? Si hay un medio, decídmelo, aunque supiera perder la vida. . . .

Guillermo de Orange, porque este era su nombre, arrugó la frente de una manera siniestra, templó el brillo del esplendor sombrío que centelleaba bajo su párpado, y respondió:

—Coronel Van Deken, os ruego que vayais en busca de mis tropas, á fin de que estén sobre las armas para todo evento.

—¿Pero cómo os dejaré solo, en frente de esos asesinos?

—No os tomeis tanto cuidado por mí, dijo bruscamente el príncipe. Id.

El oficial partió con una rapidez que indicaba mas que su obediencia, la alegría de no presenciar el horroroso asesinato del segundo de los hermanos.

No habia aun cerrado la puerta del cuarto cuando Juan, que por un esfuerzo sobrehumano habia ganado el porche de una casa, casi en frente de aquella en que estaba oculto su discípulo, cedió á las sacudidas que le imprimian de diferentes partes á la vez, diciendo:

—¿Hermano mio? ¿dónde está mi hermano?

Uno de aquellos furiosos le echó el sombrero abajo de un puñetazo.

Otro le mostró la sangre que teñía sus manos: acababa de abrir el vientre á Cornelio, y acudia para no perder la ocasion de hacer lo mismo con el gran pensionario, al paso que arrastraban al patíbulo el cadáver del que ya habia muerto.

—Juan dió un grito de dolor, y se tapó los ojos con una de sus manos.

—¡Ah! cierras los ojos, dijo uno de los soldados de la guardia miliciana, pues yo te los reventaré.

Y le dió con la lanza en el rostro, haciéndole una profunda herida por la cual brotó un caño de sangre.

—¡Hermano mio! exclamó de Witt, procurando ver lo que se habia hecho de Cornelio, por entre la lluvia de sangre que le cegaba: ¡hermano mio! . . .

—¡Vé á unirte con él! gritó otro asesino, aplicándole su mosquete sobre la sien y aflojando el gatillo.

Pero el tiro no salió.

Entonces el matador volvió el arma, y tomándola por el cañon con las dos manos descargó á Juan de Witt un culatazo.

Juan de Witt bamboleó y cayó á sus piés. Pero al momento, voviéndose á levantar por un últimó esfuerzo:

—¡Hermano mió! exclamó con una voz tan desgarradora, que el príncipe de Orange cerró la ventana para no oirlo.

Poco quedaba que ver, porque un tercer asesino le asestó un tiro á boca de jarro, que le hizo saltar el cráneo.

Juan de Witt cayó para no volver mas á levantarse.

Entonces cada uno de los facciosos, envalentonado por su caída, descargo su arma sobre el cadáver. Cada uno quiso ensayar la espada el ó cuchillo, sacar su gota de sangre y arrancar su pedazo de vestido.

Y cuando fueron ambos bien acribillados y despojados, el populacho los arrastró desnudos y sangrientos á una horca improvisada, donde los suspendieron por los piés.

Entonces llegaron los mas cobardes, que no habiéndose atrevido á herir en la carne viva, cortaron en pedazos la carne muerta, yéndose luego por las calles á vender los trozos de Juan y Cornelio, á diez sueldos cada uno.

Nosotros no podíamos decir que al través de la rendija casi imperceptible del postigo vió el jóven terminar la terrible escena; pero no bien pendían los dos mártires del patíbulo, atravesaba la muchedumbre que se gozaba demasiado en su obra para que llamase su atencion, y se encaminó á la verja del Tol-Hek todavía cerrada.

—¡Ah! señor, exclamó el portero, ¿me traeis la llave?

—Sí, amigo, aquí la tienes; respondió el jóven.

—¡Oh! cuánto sieuto que no me la hayais traído siquiera media hora antes, dijo el portero suspirando.

—Y ¿por qué? preguntó el jóven.

—Porque hubiera podido abrir á los señores de Witt; mientras que hallando la puerta cerrada, se han visto obligados á desandar el camino, y han caído en manos de los que los perseguian.

—¡La puerta! ¡la puerta! gritó una voz, que parecia ser la de un hombre apurado.

El príncipe se volvió, y reconoció al coronel Van Deken.

—¿Sois vos, coronel? dijo. ¿No habeis salido todavía de la Haya? Eso es cumplir tarde mis ordenes.

—Monseñor, respondió el coronel, esta es la tercera puerta á donde me presento: he encontrado las otras dos cerradas.

—Pues ya vereis como nos abre este excelente hombre.

—Abre, amigo, dijo el príncipe al portero, que habia quedado sorprendido

al oír el título de monseñor dado por el coronel Van Deken al jóven pálido á quien acababa de hablar tan familiarmente.

Así, se dió prisa á abrir el Tol-Hek, que rodó girando sobre sus goznes.

—¿Quereis mi caballo, monseñor? preguntó el coronel á Guillermo.

—Gracias, coronel, yo debo tener uno que me espera á algunos pasos.

Y tomando de su faltriquera un pito de oro, sacó de este instrumento, que en aquella época servia para llamar á los criados, un prolongado y agudo silbido, á cuyo eco acudió un escudero á caballo, trayendo á otro de la brida.

Guillermo saltó sobre el caballo sin servirse de estribos, y marchando al galope se dirigió hácia la carretera de Leyde.

Cuando hubo llegado, volvió el rostro.

El coronel le seguia como á un cuerpo de caballo.

El príncipe le indico con señas se colocase á su lado.

—¿Sabeis, dijo, que aquellos pícaros han matado tambien á Juan de Witt, como acababan de hacerlo con Cornelio?

—¡Ah, monseñor! dijo con tristeza el coronel, cuánto desearia que fueseis estatuder, sin necesidad de haber tenido que vencer estas dos dificultades.

—Ciertamente, dijo el jóven, habria sido mejor que lo que acaba de suceder no hubiera sucedido. Pero en fin, lo hecho hecho: á fe que no hemos sido la causa. Vamos preso, coronel, á ver si llegamos á Alfen antes de que los Estados me envíen el mensaje al campamento.

El coronel se inclinó, dejó pasar á su príncipe, y volvió á tomar el lugar que tenia antes que le dirigiese la palabra.

—¡Ah! murmujeó Guillermo de Orange frunciendo el entrecejo y clavando las espuelas en los hijares del caballo, ¡cuánto daria por ver á Luis el Sol, cuando sepa cómo acaban de tratar á sus buenos amigos MM. de Witt. ¡Ah Sol, Sol, sabrás quién es Guillermo el Taciturno! Sol, cuidado con tus rayos!

Y el jóven, el encarnizado rival del gran rey, corria ligero y silencioso en direccion á Alfen, aquel estatuder tan poco seguro el dia antes, al cual los vecinos de la Haya habian hecho una escala para subir á la cumbre del poder con los cadáveres de Juan y de Cornelio, dos príncipes dignos de la proteccion de Dios y del aprecio de los hombres.



V.

EL AFICIONADO A LOS TULIPANES Y SU VECINO.

MIENTRAS los vecinos de la Haya destrozaban los cadáveres de Juan y de Cornelio, mientras Guillermo de Orange, después de haberse asegurado de que en realidad habían espirado sus antagonistas, galopaban con dirección á Leiden, seguido de! coronel van Deken, que le parecía harto compasivo para seguir dispensándole su confianza, el fiel criado Craecke, montado en un buen caballo, y bien léjos de sospechar los terribles sucesos acaecidos después de su partida, corrió por las calzadas bordadas de árboles, hasta que estuvo fuera de la ciudad y las villas cercanas.

Una vez en lugar seguro, para no despertar sospechas, dejó su caballo en una caballeriza y continuó tranquilamente su viaje en barcos hasta Dordrecht, pasando con destreza por los caminos mas cortos de los brazos sinuosos del río, que estrechan con sus húmedas caricias multitud de islas deliciosas cercadas de juncos, sauces y yerbas floridas, en que pacían gordos rebaños dorados por el sol.

Craecke reconoció desde léjos á Dordrecht, linda ciudad situada en la falda de una colina sembrada de molinos. Vió las hermosas casas de un color rojo, con sus líneas blancas, bañando en el agua sus cimientos de ladrillo, dejando flotar por los balcones abiertos sobre el río los tapices de seda matizados de flores de oro, maravillas de la India y de la China, y cerca de los tapices las grandes cuerdas, lazos permanentes para coger las águilas voraces que atrae al rededor de las habitaciones la basura que diariamente se arroja al agua por las ventanas de las cocinas.

Craecke descubria desde el puente de la barca, en el declive de la cuesta, la casa blanca y rosada á que se dirigia. Perdiase su techumbre entre el follaje amarillento de una cortina de álamos, y sus paredes se destacaban sobre el fondo sombrío de un bosque de olmos gigantescos. Estaba situada de tal suerte, que cayendo el sol sobre ella como en un embudo, venia á calentar y aun fecundar las últimas nieblas que la barrera de verdura no podía impedir llevase allí el viento del río por las mañanas y las tardes.

De embarcado en medio del tumulto acostumbrado de la ciudad, Craecke se dirigió al momento hácia la casita, cuya descripción importa hacer á nuestros lectores.

Blanca, limpia y mas reluciente en los puntos ocultos que en los que alcanzaba la vista, era la morada de un mortal dichoso.

Este mortal dichoso, *rara avis*, como dice Juvenal, se llamaba el doctor van Baerle, ahijado de Cornelio. Habitaba desde su infancia la casa que acabamos de describir: allí habían nacido sus padres y abuelos, antiguos mercaderes nobles de la noble ciudad de Dordrecht.

M. van Baerle el padre, había reunido en el comercio de las Indias, de tres á cuatrocientos mil florines, que su hijo van Baerle había hallado nuevos y flamantes en 1668, á la muerte de sus buenos y queridos padres, aunque lo había entre ellos acopiados en 1668 y 1610; lo que prueba que no faltaban florines del padre van Baerle y florines del abuelo van Baerle. Esta cantidad era solamente la bolsa ó el dinero de faltriquera de Cornelio van Baerle, el héroe de esta historia, pues sus propiedades en la provincia le daban próximamente una renta de diez mil florines.

Cuando pasó á mejor vida el digno ciudadano, el padre de Cornelio, tres meses después de los funerales de su mujer, que parecia haber tomado la delantera para hacerle mas expedito el camino de la muerte, como le había hecho fácil el camino de la vida, había dicho á su hijo, abrazándole por la última vez:

« Bebe, come y gasta si quieres vivir en realidad, porque no es vivir el trabajar todo el día en una silla de boj ó un sillón de cuero, en un laboratorio ó un almacén. Morirás á tu vez, y si no logras la dicha de tener un hijo, se extinguirá nuestro nombre, y mis florines irán á manos desconocidas, estos florines tan nuevos, que nadie los ha pesado jamás sino mi padre, yo y el fundidor. Sobre todo, no imites á tu padrino, Cornelio de Witt, que se ha lanzado en la carrera ingrata de la política, y cuyo fin será sin duda desastroso.»

Después murió el digno van Baerle, dejando desconsolado á su hijo Cornelio, que ciertamente amaba mucho mas á su padre que á los florines.

Cornelio quedó, pues, solo en la casa. En vano su padrino Cornelio le ofreció empleos en el servicio público; en vano quiso hacerle probar de la gloria, cuando Cornelio, para obedecer á su padrino, se hubo embarcado con el Ruyter en el navío *Las siete provincias*, que mandaba á los ciento treinta y nueve buques, con los cuales el ilustre almirante iba á balancear solo la fortuna de la Francia y la Inglaterra reunidas. Cuando conducido por el piloto Léger llegó á un tiro de bala del navío el *Príncipe*, á cuyo bordo estaba el duque de York, hermano del rey de Inglaterra; cuando presenció el ataque de Ruyter, en que viéndose aquel cercano y en peligro de ser apresado solo tuvo tiempo para retirarse á bordo del *San Miguel*; cuando vio el *San Miguel* roto y hecho astillas completamente por las balas holandesas; cuando vió reventar un buque, el *Conde de Sanwick*, y perecer en las olas ó en el

fuego cuatrocientos marineros; cuando observó que al fin de todo esto, después de haberse destrozado veinte buques, después de tres mil muertos y cinco mil heridos nada se había decidido en pro ni en contra, que cada uno se atribuía la victoria, que estaba para volver á empezar, y que solo se había agregado un nombre mas al catálogo de las batallas, la batalla de Sautwood-Bay, Cornelio se despidió de Ruyter, del Ruart de Pulten, y de la gloria, besó las rodillas al gran pensionario, á quien profesaba una veneracion profunda, y volvió á su casa de Dordrecht, rico con el reposo adquirido, con sus veintiocho años, con una salud de hierro, con una vista penetrante, y mas que con sus cuatrocientos mil florines de capital, y diez mil de renta, con aquella convicción que el hombre recibe del cielo, demasiado grande para ser feliz, y bastante grande para no serlo.

Para crearse una felicidad á su manera, Cornelio se puso á estudiar los vegetales y los insectos, recogió y clasificó las flores de la isla, se instruyó en toda la etimología de la provincia, sobre la cual compuso un tratado manuscrito, con láminas dibujadas por su mano. Por último, no sabiendo en qué aprovechar el tiempo, y sobre todo, sus florines que iban aumentándose extraordinariamente, se puso á escoger entre todas las locuras de su país y de su época una de las mas elegantes y mas costosas.

Se decidió por los tulipanes.

Entonces era el tiempo, como es sabido, en que los flamencos y los portugueses explotaban á competencia este género de horticultura, llegando á divinizar el tulipan, y hacer de esta flor venida del Oriente, lo que ningun naturalista había osado hacer de la raza humana, por miedo de causar celos á Dios.

Bien pronto de Dordrecht á Mons no se hablaba de otra cosa que de los tulipanes de van Baerle. Y sus tablas, sus fosos, sus cuartos de secar y sus colecciones de cebolletas fueron visitadas como en otro tiempo las galerías y bibliotecas de Alejandría por ilustres viajeros romanos.

Van Baerle comenzó por gastar su renta anual en formar su coleccion, destinando sus florines nuevos á perfeccionarla, y de este modo su trabajo obtuvo un éxito brillante. Encontró cinco especies diferentes á las que dió los nombres de la *Juana* y la *Baerle*, de los nombres de sus padres, y la *Cornelia*, del nombre de su padrino. Los demás nombres se nos han olvidado, pero los aficionados podrán ciertamente encontrarlos en los catálogos de aquella época.

Al principio del año de 1672, vino á Dordrecht, Cornelio de Witt, para pasar una temporada en su antigua casa de familia: porque no solamente había nacido Cornelio de Witt en Dordrecht, sino que la familia de los Witt era orginaria de esta ciudad.

Cornelio empezaba desde entonces, como decia Guillermo de Orange, á gozar de la mas completa impopularidad. Sin embargo, sus conciudadanos, los

buenos habitantes de Dordrecht, no le consideraban aun como un bandido digno de la horca, y poco satisfecho de su republicanismo hartos claro, pero orgullosos con su valor personal, quisieron ofrecerle el vino de la ciudad cuando entró.

Después de haber dado gracias á sus conciudadanos, fué á ver Cornelio su antigua casa paterna, y mandó repararla un poco antes que madame de Witt, su mujer, viniese á establecerse allí con sus hijos.

El Ruart se dirigió después hácia la casa de su ahijado, que era quizá el único en Dordrecht que ignoraba todavía la presencia del Ruart en su ciudad natal.

Cuanto mas odios se había conquistado Cornelio de Witt manejando las semillas dañinas á que se llama pasiones políticas, mas simpatías se había granjeado van Baerle, abstrayéndose completamente de los negocios públicos para entregarse en cuerpo y alma á sus tulipanes.

Así, van Baerle era querido de sus criados y trabajadores, y no podia concebir que existiese en el mundo un hombre que aborreciese de veras á sus semejantes.

Y sin embargo, digámoslo para vergüenza de la humanidad, Cornelio van Baerle tenia, sin saberlo, un enemigo oculto mucho mas encarnizado, feroz é irreconciliable que el Ruart y su hermano, entre los orangistas mas hostiles á aquella admirable fraternidad, que sin una nube durante su vida, debía prolongarse por el sacrificio mas allá de la muerte.

En la época en que Cornelio comenzó á dedicarse á los tulipanes, y destinó á ellos sus rentas anuales y los florines de su padre, había en Dordrecht un vecino llamado Issac Boxtel, cuya casa estaba contigua á la de Cornelio, y que desde el día en que llegó á la edad de la razon se entusiasmaba al solo nombre de *tulban*, primer nombre que se dió, en idioma chingulés, á la obra maestra de la creacion, llamada el tulipan.

Este Isaac Boxtel, no poseyendo tantos bienes de fortuna como van Baerle, había hecho á fuerza de trabajos, de cuidado y de paciencia, un jardin cómodo para la cultura, con arreglo á los preceptos del arte.

A la vigésima parte de un grado próximamente, sabia Isaac Boxtel la temperatura de sus ramas. Sabia el peso del viento, y le cernia de manera que le acomodaba al movimiento de los tallos de sus flores. Así es que sus producciones comenzaron á agradar, y eran buscadas con empeño. Muchos aficionados fueron á visitar los tulipanes de Boxtel. Finalmente, Boxtel había dotado al mundo de los Tourneforts con un nuevo tulipan á que había puesto su nombre. Este tulipan recorrió pronto la Francia, penetró en España y Portugal, y llegó hasta á manos del rey D. Alfonso VI, que expulsado de Lisboa se había retirado á la isla Terceira, donde se dedicaba á cultivar este género de flores.

Cornelio, desde que se sintió poseído de la pasión por los tulipanes, comenzó á modificar su casa, que como hemos dicho, estaba contigua á la de Boxel. Levantó un nuevo piso en una fábrica del patio, que desde luego quitó próximamente medio grado de calor, aumentando en cambio medio grado de frío en el jardín de Boxel, interceptando además el aire, y echó por tierra todos los cálculos y toda la economía hortícola de su vecino.

No paró aquí la desgracia de Boxel. Van Baerle no era mas que un pintor, es decir, una especie de loco que trata de reproducir sobre la tela las maravillas de la tierra. El pintor hizo levantar su taller un piso mas, para tener mejor luz: estaba en su derecho. Mr. van Baerle era pintor como Mr. Boxel florista; queria sol para sus cuadros, y así es que robó medio grado de él á los tulipanes de Mr. Boxel.

La ley estaba en favor de Mr. van Baerle: *Bene sit.*

Por otra parte, Boxel había descubierto que el exceso de sol daña á los tulipanes, y que esta flor se cria mejor y sale mas colorada con el sol benigno de la mañana y de la tarde, que con el ardiente del mediodía.

Agradeció, pues, á Cornelio van Baerle el que le hubiese construido gratis un quitasol.

Tal vez no fuese esto cierto, tal vez no llevara con tan santa paciencia Boxel lo hecho por su vecino van Baerle. Pero las almas grandes hallan en la filosofía admirables recursos en medio de las grandes catástrofes.

¡Pero ah! ¡cuánto sufrió este desgraciado Boxel, cuando vió las vidrieras del piso nuevamente construido, guarnecerse de cebollas, cebolletas, tulipanes en jarros, en fin, de todo lo que concierne á la profesion de un monómano tulipanero.

Allí tenia sus paquetes rotulados, sus cajas distribuidas, y las rejas de hierro, destinadas á cerrar los cañafistolos, para recibir nuevo aire sin estar expuestos á los ratones, á los gorgojos, á los ratones de las Alpes y al turon ó raton campestre, grandes aficionados al tulipan de á dos mil francos la cebolla.

Boxel quedó muy sorprendido cuando vió toda aquella batería; pero estaba léjos de penetrar aun la extension de su desgracia. Van Baerle, se decía á sí mismo, es amigo de todo lo que alegra la vista, y estudia á fondo la naturaleza para sus cuadros, concluidos como los de Gerardo Dow, su maestro, y de Mieris su amigo. ¿No es, pues, consiguiente que teniendo que pintar el interior de un tulipan, haya reunido en su nuevo taller todos los accesorios de la decoracion?

Sin embargo, aunque halagado por esta engañosa idea, Boxel no pudo resistir á la ardiente curiosidad que le devoraba. Llegada la tarde, aplicó una escalera al muro ó pared de medianería, y mirando la casa del vecino Baerle, se convenció de que la tierra que formaba un enorme cuadro, poblado antes de diferentes plantas, había sido removida, dispuesta en arriates de estiércol

mezclado de lodo del rio, combinacion esencialmente simpática á los tulipanes, todo circunvalado con una hilera de céspedes para impedir el hundimiento. Además, dábale allí el sol al salir y al ponerse: habia sombra bastante para mitigar el sol de mediodía, agua abundante y al alcance; estaba el arriate expuesto al sudoeste; no faltaba, en fin, ninguna de las condiciones necesarias para lograr un éxito feliz y para el progreso. No quedaba ya duda, van Baerle se había vuelto tulipanero.

Boxel se representó desde luego al sabio de los cuatrocientos mil florines de capital y diez mil de renta, empleando todos sus recursos físicos y morales para la cultura de los tulipanes. Entrevió su resultado en un cercano porvenir, causándole esta idea un dolor tan intenso, que sus manos se aflojaron, y comenzaron á debilitarse sus rodillas, siéndole preciso bajarse de la escalera.

De modo que van Baerle no le había tomado medio grado de calor para los tulipanes pintados; sino para los reales y efectivos. Además, iba á conseguir tener la mas admirable exposicion solar, y además una extensa y cómoda habitacion donde conservar sus semillas, perfectamente iluminada y con la necesaria ventilacion, de lo cual no disfrutaba Boxel, pues se había visto obligado, para no dañar por la influencia de los animales sus plantas y tubérculos, á retirarse á los graneros, consagrando para aquel uso la pieza en que dormia.

De esta suerte, á la puerta misma de su casa, al otro lado de la pared, tenia Boxel un rival, un émulo, un vencedor tal vez; y este rival, en lugar de ser un jardinero oscuro y desconocido, era el ahijado de Cornelio de Witt, es decir, una celebridad.

Por lo visto, Boxel no imitaba á Poro, que después que fué vencido por Alejandro, se consolaba por la celebridad del vencedor.

En efecto, ¿qué seria de él si van Baerle hallase un nuevo tulipan y le llamase *Juan de Witt* después de haber llamado á otro *Cornelio*? Seria lo bastante para que le ahogase la rabia.

Así, en medio de su prevision envidiosa, Boxel, profeta de su desgracia, adivinaba lo que iba á acontecer. Así, Boxel, después de este descubrimiento, pasó la noche mas execrable que pueda uno imaginar.



VI.

EL ODI0 DE UN TULIPANERO.

DESDE aquel momento la preocupacion de Boxel se convirti6 en un temor efectivo. Comenzaron 4 desaparecer el vigor y la nobleza de su espiritu, desde que di6 en pensar continuamente en la felicidad de su vecino van Baerle.

Este, como era de esperar, luego que puso en juego la prodigiosa habilidad de que la naturaleza le habia dotado, lleg6 4 criar los mas bellos tulipanes de la tierra.

En efecto, logr6 4 fuerza de constantes estudios variar sus colores, modelar sus formas y multiplicar sus especies, sacando tulipanes de su jardin, que superaban 4 los de Harlem y Leyde, ciudades cuyo clima y terrenos son los mas 4 prop6sito para su cultivo.

Pertenecia 4 aquella ingeniosa escuela que tom6 por divisa desde el siglo s6timo, este aforismo popularizado en 1635 por uno de sus adeptos:

«Despreciar las flores es ofender 4 Dios.»

Premisa de que esta escuela, exclusiva por excelencia, dedujo en 1635 el silogismo siguiente:

«Despreciar las flores es ofender 4 Dios.»

«Mientras mas bella es la flor, mas se ofende 4 Dios despreci4ndola.

«El tulipan es la mas bella de todas las flores.

«Luego el que desprecia el tulipan, ofende desmedidamente 4 Dios.

Razonamiento con la ayuda del cual no es de extrañar que los cuatro 6 cinco mil aficionados de Holanda, Francia y Portugal, sin contar los de Ceylan, la India y la China, hubiesen trastornado el universo, declarando cismáticos, herejes y dignos de muerte, millones de hombres enteramente frios 6 indiferentes por el tulipan.

No debe ponerse en duda que por una causa como aquella Boxel, aunque enemigo mortal de van Baerle, hubiera seguido la misma bandera que 6l.

Van Baerle entre tanto obtuvo gran 6xito, y se habl6 mucho de 6l, al paso que el nombre de Boxel desapareci6 para siempre de la lista de los aficionados notables de Holanda, y la tulipaneria de Dordrecht fu6 representada por el modesto, inofensivo, sabio Cornelio van Baerle.

Dedicado eternamente 4 sus trabajos de semillero, de plantíos y recoleccion, van Baerle, halagado por toda la tulipaneria de Europa, no sospech6 que hu-

biese pared por medio un infeliz destronado de cuyo cetro era usurpador. Continu6 sus experimentos, y por consiguiente sus descubrimientos, y en dos aros cubri6 sus dos aciratos de clases de tulipanes de tal manera maravillosos, que nadie, exceptuando tal vez Shakespeare y Rubens, los habia criado semejantes.

Preciso era ver 4 Boxel durante este tiempo, para formar idea del conde- nado de que nos habla Dante. Mientras que van Baerle escarbaba, abonaba y humedecia la tierra, mientras que arrodillado junto 4 la pared de c6spedes analizaba cada vena del tulipan en flor y meditaba las combinaciones que admitia, las mezclas de colores que podian ensayarse, Boxel, oculto tras un pequeo sic6moro, que habia plantado 4 lo largo de la pared, y el cual le servia de muralla, seguia con la vista inquieta, cada paso, cada gesto de su vecino. Cando creia verle alegre, cuando sorprendia una sonrisa en sus labios, un rayo de satisfaccion en su semblante, le enviaba tantas maldiciones, tan furiosas amenazas, que parecia milagroso, c6mo este aliento pestilencia del envidia y de c6lera no se infiltraba en los tallos de las flores, llevando allí los g6rmenes de la muerte.

Como los malos espíritus, una vez dueños del alma humana, hacen en ella rápidos progresos, Boxel no se content6 con ver 4 van Baerle. Quiso ver tambien sus flores: era artista en el fondo, y la obra maestra de un rival le llegaba al corazon.

Compr6 un anteojo, con cuya ayuda pudo seguir como el mismo propietario, cada revolucion de la flor, desde el momento que sale de tierra el primer aro, hasta que cumplido un periodo de cinco aros se va redondeando su noble y gracioso cilindro, en el cual aparece el color aun incierto y se desarrollan los p6tados del a flor, la cual solo entonces revela los tesoros ocultos de su c4liz.

¡Oh! cu4ntas veces el desgraciado zeloso, subido en su escalera descubri6 en el jardin de van Baerle tulipanes que le cegaban por su belleza, y le sofocaban por su perfeccion.

Entonces, despu6s del periodo de admiracion 4 que no podia resistir, sufría la fiebre espantosa de la envidia, de este mal que destroza el pecho y cambia el corazon en un n6mero infinito de pequeas serpientes, que se devoran unas 4 otras, produciendo horribles dolores.

¡Cu4ntas veces, en medio de sus tormentos imposibles de describir tuvo Boxel tentaciones de saltar por la noche en el jardin, y destruir las plantas, devorar las cebollas con los dientes, y sacrificar 4 su c6lera al cultivador mismo si se presentaba 4 defender sus tulipanes.

Pero matar un tulipan es un espantoso crimen 4 los ojos de un verdadero horticultor.

Matar un hombre, pase.

Sin embargo, gracias á los progresos que cada dia hacia van Baerle en la ciencia que parecia advinar por instinto, Boxel llegó á un extremo tal de furor, que intentó lanzar piedras y palos á los tulipanes de su vecino.

Pero como reflexionara que al dia siguiente, á la vista del destrozo, van Baerle daria parte, que se probaria la distancia de la calle; que piedras y palos no caian del cielo en el siglo XVII como en tiempo de los amalecitas, que el autor del crimen, aunque lo hubiese ejecutado de noche, seria descubiertor y no solo castigado por la ley, sino deshonrado para siempre á los ojos de la Europa tulipanera, Boxel aguzó la astucia con el odio, y resolvió emplear un medio que no le comprometiese. Le buscó largo tiempo, y no tardó mucho en encontrarlo.

Una tarde amarró dos gatos por las patas traseras, con una guita de diez piés de largo, y los arrojó desde lo alto de la pared en medio del acirate principal, del acirate real, que no solamente contenia al Cornelio de Witt, sino tambien la Brabanzona color blanco de leche, púrpura y rojo, el jaspeado Marbrée de Rotre, pardo rojizo, rojo encarnadino brillante, y la Maravilla de Harlem, el tulipan Colombio oscuro y Colombin claro empañado.

Los gatos despavoridos al caer desde lo alto de la pared, se precipitaron desde luego por el acirate, procurando huir cada uno por su lado, hasta que el hilo con que estaban atados no pudo dar mas de sí. Entonces sintiendo la imposibilidad de escaparse, corrieron acá y allá con maullidos espantosos, corriendo con la guita las flores, en medio de las cuales forcejeaban, finalmente, después de un cuarto de hora de encarnizada lucha, habiendo conseguido romper el hilo que los separaba, desaparecieron.

Boxel, oculto detras de su sicómoro, no veia nada á causa de la oscuridad de la noche, pero á los gritos rabiosos de los dos gatos, lo suponía todo y su corazon se llenaba de alegría á medida que de él salía la hiel.

Era tan grande el deseo que tenia Boxel de asegurarse del destrozo causado, que allí permaneció hasta el dia para juzgar por sus ojos del estado en que habia dejado los acirates de su vecino la lucha de los dos gatos.

Estaba helado por la niebla de la mañana, pero no sentía el frio: al contrario le mantenía el calor la idea de la venganza. El dolor de su rival iba á pagarle todos sus disgustos.

A los primeros rayos del sol, la puerta de la casa blanca se abrió. Van Baerle apareció, y se acercó á sus acirates, sonriendo como un hombre que ha pasado la noche en su cama en medio de sueños deliciosos.

De repente descubre sobre el terreno, compacto y unido la vispera como un espejo, surcos y montoncillos, y las líneas simétricas de sus tulipanes, desordenadas como las lanzas de un batallon en cuyo centro hubiese caído una bomba.

Acercóse aturdido y pálido.

Boxel se estremecia de alegría. Quince ó veinte tulipanes yacian, unos encorbados, otros rotos del todo y ya pálidos, la savia corría por sus heridas, la savia aquella sangre preciosa que van Baerle hubiera comprado al precio de la suya.

Pero ¡oh sorpresa! ¡oh alegría de van Baerle! ¡oh dolor inexplicable de Boxel! ninguno de los cuatro tulipanes, amenazados por el atentado de este último, habia padecido. Levantaban orgullosamente sus nobles cabezas por encima de los cadáveres de sus compañeros. Esto era suficiente para consolar á van Baerle, era bastante para hacer arder de enojo al asesino, que se arancaba los cabellos á la vista de un crimen cometido inútilmente.

Van Baerle, al paso que deploraba la desgracia que acababa de sobrevenirle, desgracia que, gracias á Dios, era mucho menos de lo que podía haber sido, no consiguió adivinar su causa. De sus informes solo sacó en limpio que toda la noche habia sido interrumpido el silencio por maullidos terribles. Reconoció en efecto la visita de los gatos, en las huellas dejadas por sus uñas, en el pelo que quedó en el campo de batalla, en cuyo pelo temblaban indiferentes las gotas del rocío como en las hojas de las flores rotas á su lado, y para evitar que semejante desgracia se repitiese en lo sucesivo, dispuso que un muchacho jardinero se acostase todas las noches en el jardín cerca de los acirates, en una casilla que se construyó al efecto.

Boxel oyó dar la orden. Vió en el mismo dia levantarse la casilla, muy gozoso de no haber sido descubiertor, pero irritado mas que nunca contra el feliz horticultor, esperó á mejor ocasion.

Por este tiempo fué cuando la sociedad de Harlem propuso un premio para el descubrimiento, pues no nos atrevemos á decir para la creacion del gran tulipan negro y sin mancha, problema no resuelto y mirando como insoluble, si se considera que en aquella época aun no se conocia la especie.

Con este motivo decia la gente, que lo mismo valia haber ofrecido dos millones que cien mil libras, siendo una cosa imposible. No por eso dejó de conmovirse profundamente el mundo tulipanero.

Algunos aficionados acogieron la idea, pero sin creer en su aplicacion, pero tal es el poder imaginativo de los horticultores, que aun considerando perdida de antemano su especulacion, no pensaron en otra cosa que en el gran tulipan negro, reputado quimérico como el cisne negro de Horacio. y como el mirlo blanco de la tradicion francesa.

Van Baerle fué del número de los aficionados que acogieron la idea; Boxel de los que pensaron en su especulacion. Desde el momento en que van Boxel hubo incrustado esta tarea en su cabeza perspicaz é ingeniosa, comenzó lentamente la siembra y las operaciones necesarias, para unir el rojo al oscuro, y este al oscuro recargado, en los tulipanes que habia conservado hasta entonces.

Al año siguiente obtuvo tulipanes de un color de hollin perfecto, y Boxel los vió en su acirate cuando él no había encontrado mas que el castaño claro.

Tal vez seria importante explicar á los lectores las bellas teorías que consisten en probar, que el tulipan toma á los elementos sus colores; tal vez se nos agradecería el que hiciésemos ver que nada es imposible al horticultor que pone á sus órdenes, á fuerza de paciencia y genio, el fuego del sol, la pureza del agua, los jugos de la tierra y el soplo del aire. Pero no es este el tratado del tulipan en general; es la historia de un tulipan en particular, que hemos resuelto escribir, y á ella nos limitaremos.

Boxel, vencido ya otra vez por la superioridad de su enemigo, se disgustó de la cultura y medio loco, se dedicó á la observacion.

La casa de su rival era de bovedilla, el jardin abierto al sol, los gabinetes guarnecidos de vidrios, penetrables á la vista, armarios, estantes, cajas y rótulos, en los cuales penetraba el antejo á las mil maravillas. Boxel dejó podrir las cebollas, secar los capullos y morir los tulipanes, y gastando su vida á la par que su vista, no se ocupó mas que de lo que pasaba en casa de van Baerle: respiró por el tallo de sus tulipanes, se refrigeró con el agua que los rociaba y se sació con la tierra blanda y fina que cernia el vecino en sus cebollas queridas. Pero el trabajo mas curioso no se hacia en el jardin.

A la una de la noche, van Baerle subia á su laboratorio situado en el gabinete guarnecido de vidrios, en el cual penetraba perfectamente el antejo de Boxel. Allí, desde que las luces del sábio sucediendo á las del dia, iluminaban muros y ventanas, Boxel veía funcionar el genio inventivo de su rival.

Mirábale escoger sus semillas, rociándolas con sustancias destinadas á modificarlas ó á colorarlas. Adivinaba cuando calentando ciertas semillas, humedeciéndolas después y combinándolas con otras, por una especie de ingerto, operacion minuciosa y maravillosamente diestra, encerraba entre tinieblas las que debian dar el color negro, exponia al sol las que debian darlo rojo, y miraba en un continuo reflejo de agua aquellas que debian proporcionar el blanco, cándida representacion hermética del elemento húmedo.

Esta mágia inocente, fruto de la fantasía juvenil al paso que del genio varonil, este trabajo, constante, eterno, de que Boxel se reconocia incapaz, tenia por objeto derramar en el telescopio del envidioso, toda su vida, todo su pensamiento, toda su esperanza.

¡Cosa etraña! Tanto interés y el amor propio del arte no habian extinguido en Isaac la feroz envidia, la sed de la venganza. Algunas veces, teniendo á van Baerle en su telescopio, se hacia la ilusion de que le apuntaba con un mosquete, y su dedo buscaba el gatillo para disparar el tiro que debia matarle. Pero tiempo es que reanudemos en esta época, con los trabajos del uno y el espionaje del otro, la visita que Cornelio de Witt, iba á hacer á su ciudad natal.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO" 123
Apto. 1625 MONTENREY, MEXICO

VII.

EL HOMBRE FELIZ CONOCE LO QUE ES LA
DESGRACIA.

CORNELIO, cuando hubo arreglado los negocios de su familia, fuése á visitar á su ahijado Cornelio van Baerle, en el mes de enero 1672.

Estaba pardeando la tarde.

Aunque harto poco aficionado á la horticultura y las artes, Cornelio miró toda la casa, desde el taller hasta el invernadero, desde las tablas hasta los tulipanes. Dábale las gracias á su ahijado, así por haberle puesto sobre el puente del navio almirante de las Siete provincias durante el combate de Souhwood Bay como por haberle dado su nombre á un magnífico tulipan, y todo esto hacíalo con la complacencia y afabilidad de un padre con su hijo; y mientras inspeccionaba los tesoros de van Baerle, la muchedumbre manteníase con curiosidad, hasta con respeto á la puerta del hombre feliz.

Todo este ruido despertó la atencion de Boxel, que merendaba junto á su chimenea.

Preguntó lo que era, sípolo y trepóse á su laboratorio.

Y allí se acomodó, á pesar del frio, con telescopio en mano.

El telescopio, maldito de lo que le servia desde el otoño de 1671, los tulipanes friolentos, como verdaderos hijos del Oriente, no se cultivan en la tierra desde que entra el invierno; pues necesitan lo interior de una casa, el blando lecho de las gavetas y las suaves caricias de la estufa: de aquí el que Cornelio diese todo el invierno á sus libros y retablos. Raras veces se le ocurría ir al aposento de las cebollas, como no fuese para dar entrada en él á algunos rayos de sol, que al cielo arrebatava, obligándolos, al querer ó no, á caer en su casa, abriendo su escotillon.

Esta noche de que hablamos, después que Cornelio y van Baerle acabaron de visitar juntos los aposentos, seguidos de algunos criados, aquel dijo en voz baja á su ahijado:

—Hijo mio, haced retirar á vuestra servidumbre, porque quiero hablaros un rato á solas.

Van Baerle inclinó la cabeza en señal de obediencia.

—Señor, dijo luego en voz alta á su padrino, ¿gustais ahora visitar mi zahumador de tulipanes?

30935

Al año siguiente obtuvo tulipanes de un color de hollin perfecto, y Boxtel los vió en su acirate cuando él no había encontrado mas que el castaño claro.

Tal vez seria importante explicar á los lectores las bellas teorías que consisten en probar, que el tulipan toma á los elementos sus colores; tal vez se nos agradecería el que hiciésemos ver que nada es imposible al horticultor que pone á sus órdenes, á fuerza de paciencia y genio, el fuego del sol, la pureza del agua, los jugos de la tierra y el soplo del aire. Pero no es este el tratado del tulipan en general; es la historia de un tulipan en particular, que hemos resuelto escribir, y á ella nos limitaremos.

Boxtel, vencido ya otra vez por la superioridad de su enemigo, se disgustó de la cultura y medio loco, se dedicó á la observacion.

La casa de su rival era de bovedilla, el jardin abierto al sol, los gabinetes guarnecidos de vidrios, penetrables á la vista, armarios, estantes, cajas y rótulos, en los cuales penetraba el antejo á las mil maravillas. Bostel dejó podrir las cebollas, secar los capullos y morir los tulipanes, y gastando su vida á la par que su vista, no se ocupó mas que de lo que pasaba en casa de van Baerle: respiró por el tallo de sus tulipanes, se refrigeró con el agua que los rociaba y se sació con la tierra blanda y fina que cernia el vecino en sus cebollas queridas. Pero el trabajo mas curioso no se hacia en el jardin.

A la una de la noche, van Baerle subia á su laboratorio situado en el gabinete guarnecido de vidrios, en el cual penetraba perfectamente el antejo de Boxtel. Allí, desde que las luces del sábio sucediendo á las del dia, iluminaban muros y ventanas, Bostel veía funcionar el genio inventivo de su rival.

Mirábale escoger sus semillas, rociándolas con sustancias destinadas á modificarlas ó á colorarlas. Adivinaba cuando calentando ciertas semillas, humedeciéndolas después y combinándolas con otras, por una especie de ingerto, operacion minuciosa y maravillosamente diestra, encerraba entre tinieblas las que debian dar el color negro, exponia al sol las que debian darlo rojo, y miraba en un continuo reflejo de agua aquellas que debian proporcionar el blanco, cándida representacion hermética del elemento húmedo.

Esta mágia inocente, fruto de la fantasía juvenil al paso que del genio varonil, este trabajo, constante, eterno, de que Bostel se reconocia incapaz, tenia por objeto derramar en el telescopio del envidioso, toda su vida, todo su pensamiento, toda su esperanza.

¡Cosa etraña! Tanto interés y el amor propio del arte no habian extinguido en Isaac la feroz envidia, la sed de la venganza. Algunas veces, teniendo á van Baerle en su telescopio, se hacia la ilusion de que le apuntaba con un mosquete, y su dedo buscaba el gatillo para disparar el tiro que debia matarle. Pero tiempo es que reanudemos en esta época, con los trabajos del uno y el espionaje del otro, la visita que Cornelio de Witt, iba á hacer á su ciudad natal.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO" 123
Apdo. 1625 MONTENREY, MEXICO

VII.

EL HOMBRE FELIZ CONOCE LO QUE ES LA
DESGRACIA.

CORNELIO, cuando hubo arreglado los negocios de su familia, fuése á visitar á su ahijado Cornelio van Baerle, en el mes de enero 1672.

Estaba pardeando la tarde.

Aunque harto poco aficionado á la horticultura y las artes, Cornelio miró toda la casa, desde el taller hasta el invernadero, desde las tablas hasta los tulipanes. Dábale las gracias á su ahijado, así por haberle puesto sobre el puente del navio almirante de las Siete provincias durante el combate de Souhwood Bay como por haberle dado su nombre á un magnífico tulipan, y todo esto hacíalo con la complacencia y afabilidad de un padre con su hijo; y mientras inspeccionaba los tesoros de van Baerle, la muchedumbre manteníase con curiosidad, hasta con respeto á la puerta del hombre feliz.

Todo este ruido despertó la atencion de Bostel, que merendaba junto á su chimenea.

Preguntó lo que era, sípolo y trepóse á su laboratorio.

Y allí se acomodó, á pesar del frio, con telescopio en mano.

El telescopio, maldito de lo que le servia desde el otoño de 1671, los tulipanes friolentos, como verdaderos hijos del Oriente, no se cultivan en la tierra desde que entra el invierno; pues necesitan lo interior de una casa, el blando lecho de las gavetas y las suaves caricias de la estufa: de aquí el que Cornelio diese todo el invierno á sus libros y retablos. Raras veces se le ocurría ir al aposento de las cebollas, como no fuese para dar entrada en él á algunos rayos de sol, que al cielo arrebatava, obligándolos, al querer ó no, á caer en su casa, abriendo su escotillon.

Esta noche de que hablamos, después que Cornelio y van Baerle acabaron de visitar juntos los aposentos, seguidos de algunos criados, aquel dijo en voz baja á su ahijado:

—Hijo mio, haced retirar á vuestra servidumbre, porque quiero hablaros un rato á solas.

Van Baerle inclinó la cabeza en señal de obediencia.

—Señor, dijo luego en voz alta á su padrino, ¿gustais ahora visitar mi zahumador de tulipanes?

30935

¡El zahumador! Este *pandemonium* de la tulipería, este tabernáculo, este *sanctum sanctorum* estaba como en los tiempos antiguos Delfos, vedado á los profanos.

Jamás criado alguno habia puesto en él una planta audaz, como hubiera dicho Racine, floreciente á la sazón. Cornelio no dejaba penetrar allí mas que la escoba inofensiva de una anciana sirvienta temblona, nodriza suya, la que desde que Cornelio se diera al culto de las tulipanes no osaba guisar con cebolla, de miedo de limpiar y sazonar al dios de su hijo de leche,

Con razon pues, á la sola palabra de *zahumador* se apartaron respetuosamente los criados que llevaban las luces; y habiendo tomado van Baerle la primera que á la mano tenia, caminó con su padrino al aposento.

No estará demás advertir que el zahumador venia á ser el mismo cuartito cubierto de vidrios hácia el cual apuntaba de continuo Boxel su telescopio.

El envidioso estaba clavado como nunca en su puesto.

Al principio vió alumbrarse las paredes y los cristales.

Luego percibió dos sombras.

Una de ellas, grande, majestuosa, severa, tomó asiento junto á la mesa donde habia puesto Cornelio la luz.

En esta sombra conoció Boxel el pálido rostro de Cornelio de Witt, cuyos largos cabellos negros, abiertos por la frente, le caian encima de los hombros.

El ruat de Pulten, después de decir á van Baerle algunas palabras que no pudo el envidioso comprender en el movimiento de los labios, sacó de su seno y dió á su ahijado un paquete blanco, esmeradamente sellado, el cual, por la manera de tomarle van Baerle y guardarle en un armario, presumió Boxel que contendria papeles de la mayor importancia.

Habia pensado al pronto que aquel paquete precioso encerraria algunas cebolletas recién llegadas de Bengala ó de Ceilan; mas presto reflexionó que Cornelio se daba muy poco al cultivo del tulipan y no se dedicaba sino al hombre, planta mucho menos agradable á la vista y sobre todo mucho mas difícil de hacer florecer.

Mantúvose pues, en la idea de que el tal paquete contenia pura y simplemente unos papeles y que los papeles encerraban política.

Pero ¿qué tenia que ver con papeles de política Cornelio van Baerle, que no solamente era, sino que aun hacia alarde de ser totalmente extraño á esta ciencia muy mas oscura que la química y hasta que la alquimia?

Era de seguro un depósito que Cornelio de Witt, amagado ya de la impopularidad con que principiaban á honrarle sus compatriotas, ponía en manos de su ahijado; y obraba en esto con tanta habilidad el ruat cuanto que no seria por cierto en casa de van Baerle donde irian á solicitar el depósito.

Si el bullo hubiera contenido cebolletas, ¡bonito Cornelio para no haberle

abierto al punto, para reconocer como buen inteligente y aficionado el valor del regalo que recibia!

Léjos de esto, Cornelio habia recibido con todo respeto la prenda que le daba el ruat, y con el mayor respeto habíala puesto en el cajoncito de una gaveta, echándola al fondo, sin duda para que no pudiese ser vista, primero, y luego para que no quitase mucho lugar á sus cebollas,

Cuando hubo quedado el paquete en la gaveta, levantóse Cornelio de Witt, dió un apretón de mano á su ahijado y caminó hácia la puerta.

Van Baerle asió prontamente la luz, y adelantóse para alumbrarle con la debida atencion.

Entonces apagóse poco á poco la luz en el cuartito cubierto con vidrios y apareció de nuevo en la escalera luego bajo el vestíbulo, y por último en la calle, atestada todavia de gentes que querian ver al ruat subir á su coche.

No habia errado el envidioso en sus suposiciones: el depósito entregado por el ruat á su ahijado y cuidadosamente guardado por este, era la correspondencia de Juan con Mr. de Louvois.

Solo que esta prenda estaba confiada, como lo habia dicho de Witt á su hermano, sin que aquel hubiese dado á maliciar á su ahijado en lo mas mínimo, la importancia política del depósito; respecto del cual no le habia dejado mas encargo que el de no entregársele sino á él propio ó de orden expresa de él mismo, reclamásele quien le reclamara.

Y ya hemos visto que van Baerle encerró el depósito en el armario de las cebolletas raras.

Ya que se hubo ausentado el ruat, acallado el rumor y apagálose las luces, el ahijado no pensó mas en el consabido bullo, en el cual, por el contrario, mucho pensaba Boxel, pues, semejante al experto piloto, contemplaba en él la nube imperceptible y lejana que al aproximarse va tomando cuerpo y despide la tempestad.

Ahora ya tenemos todas las miras de nuestra historia plantadas en este craso terreno que corre de Dordrecht á la Haya. Sigalas quien quiera en el curso de los siguientes capítulos; que por lo que á nosotros hace, dejamos cumplida nuestra palabra probando que nunca jamás ni Cornelio ni Juan de Witt, tuvieron tan feroces enemigos en toda Holanda como el que tenia van Baerle en su vecino mynkeer Isaac Boxel.

Sin embargo, inocente de semejante cosa, el tulipanero se habia dirigido hácia el término propuesto por la sociedad de Harlem, pues habia convertido el tulipan bistré ó color de hollin en tulipan café quemado; y volviendo á él este mismo dia en que pasaba en la Haya el gran suceso que llevamos referido vamos á encontrarle otra vez á cosa de la una de la tarde, quitando de su acirate las cebollas, sin fruto todavia, de una semilla de tulipanes, café tostado, cuya florescencia abortada hasta entonces estaba fijada para la primavera del

año 1675, y la misma que no podía dejar de dar el grande tulipan negro solicitado por la sociedad de Harlem.

El 20 de agosto de 1672 á la una de la tarde, estaba pues Cornelio en su zahumador, puestos los piés sobre el barrote de su mesa, los codos contra la pared, considerando extasiado tres cebolletas que acababa de arrancar de su cebolla: cebolletas puras, perfectas, intactas, principios inapreciables de una de las producciones mas maravillosas de la naturaleza y de la ciencia, reunidas en aquella combinacion, cuyo logro debia ilustrar para siempre jamás el nombre de Cornelio van Baerle.

—Yo hallaré el gran tulipan negro, decia entre sí Cornelio, al estar desprendiendo sus cebolletas. Me ganaré los cien mil florines del premio propuesto. Distribuirélos á los pobres de Dordrecht, para que así, el odio que todo rico inspira en las guerras civiles se aplaque, y pueda yo, sin temer nada de los republicanos ni de los orangistas, seguir conservando mis acirates en famoso estado. Tampoco temeré entonces que en un dia de alboroto los tenderos de Dordrecht y los marineros del puerto, vengán á arrancarme mis cebollas para mantener á sus familias, como algunas veces me amenazan muy quedito de hacerlo, cuando se acuerdan que he comprado una cebolla por dos ó trescientos mil florines. Sí, estoy resuelto, daré á los pobres los cien mil florines del premio de Harlem.

Bien que. . .

Y en este *bien que*, Cornelio van Baerle hizo una pausa y echó un suspiro.

Bien que, prosiguió; seria para mí una muy grata inversion la de emplear los cien mil florines en el aumento del cuadro de mi jardin ó si no en un viaje á Oriente, patria de las mas hermosas flores.

Pero ¡ay! no hay ya mas que pensar en nada de eso; mosquetes, banderas, tambores y proclamas, es lo único que domina la situacion en estos dias.

Van Baerle levantó los ojos al cielo y exhaló un suspiro.

Luego, volviendo á poner los ojos en sus cebollas, que para él valian mucho mas que los mosquetes, los tambores, las banderas y las proclamas, cosas propias tan solo para perturbar la mente de un hombre honrado, dijo:

—¡Lindas cebolletas estas qué lisas están y qué bien hechas, cómo tienen ya esa vista melancólica que anuncia el negro de ébano para mi tulipan! cási ni se le traslucen las venas de circulacion. ¡Oh, de seguro no echará á perder ni una sola mancha la túnica de luto de la flor que va á deberme la vida!

¿Y con qué dombre bautizaremos á esta hija de mis desvelos, de mis trabajos, de mis pensamientos? *Tulipa nigra Bartensis*.

Sí, *Bartensis*; precioso nombre. Toda la Europa tulipanera, que es lo mismo que decir toda la Europa inteligente se estremecerá cuando este rumor en las alas del viento recorra los cuatro puntos cardinales del globo.

¡EL GRAN TULIPAN NEGRO ESTA DESCUBIERTO! ¿Y su nombre? preguntarán los aficionados.—*Tulipa nigra Bartensis*—¿Por qué *Bartensis*?—Por su inventor van Baerle, responderán.—¿Y ese van Baerle quién es?—Es el que habia encontrado cinco especies nuevas: la Juana, la de Witt, la Cornelia, etc. ¡Pero bien, esta es la única ambicion mia. No costará lágrimas á nadie. Y todavía se hablará de la *Tulipa nigra Bartensis* cuando ya tal vez mi padrino, ese sublime político, no sea conocido mas que por el tulipan á que yo he dado su nombre.

¡Qué chulas cebolletas!

Cuando esté en flor mi tulipan, quiero, si es que la tranquilidad está restablecida en Holanda, solamente dar á los pobres cincuenta mil florines: en resumidas cuentas, harto es esto para el hombre que no está en la obligacion de dar nada. Después, con los otros cincuenta mil florines quiero ver de qué manera logro perfumar mi tulipan. ¡Oh! si yo consiguiera dar á mi tulipan un olor completamente nuevo, seria mucho mejor: si yo restituyese á esa reina de las flores su natural perfume genérico que ha perdido al pasar de su trono de Oriente á su trono de Europa, aquel perfume que seguramente tiene en la peninsula índica, en Goa, en Bombay, en Madrás, y particularmente en aquella isla que aseguran haber sido el paraíso terrestre y que llaman hoy Ceilan, ¡ah! ¡qué gloria la mia entonces! Estaría yo entonces mas contento con ser quien soy, es decir Cornelio van Baerle, que no César ó Maximiliano.

¡Qué maravillosas cebolletas! . . .

Y deleitábase Cornelio en contemplarlas y absorbiase en los mas gratos pensamientos.

De improviso la campanilla de su retrete fué sacudida con desusada viveza. Estremeciése Cornelio, extendió la mano como para tapar ó proteger sus cebolletas y volvió la cara.

—¿Quién va? preguntó.

—Señor, dijo un criado, es un mensajero de la Haya.

—¡Un mensajero de la Haya! . . . ¿Y qué se le ofrece?

—Señor, es Craeke.

—¿Craeke, el criado de confianza de Mr. Juan Witt? ¡Bien! que se aguarde.

—No puedo aguardar, dijo en el corredor una voz.

Y diciendo y haciendo, faltando á la orden, metióse en el zahumador.

Semejante llaneza era una infraccion tan inaudita de los hábitos establecidos en la casa de Cornelio van Baerle, que al ver este á Craeke colarse en el zahumador, hizo con la mano que tenia sobre las cebolletas un movimiento convulsivo, en virtud del cual dos de las preciosas cebolletas fueron á dar volando, una debajo de una mesa inmediata á la grande en que estaba y la otra á la chimenea.

—¡Qué demonio! dijo Cornelio precipitándose tras sus cebolletas, ¿qué hay, Craeke?

—Lo que hay, señor, contestó Craeke, poniendo un papel sobre la mesa grande donde yacía la tercer cebolla; lo que hay es que teneis que leer este papel.

Y escurrióse al punto Craeke sin siquiera volver la cara, pues habia parecí-dole advertir en las calles de Dordrecht los indicios de un alboroto semejante al que acababa de ver en la Haya.

—¡Bien, bien está! querido Craeke, dijo Cordelio extendiendo el brazo por debajo de la mesa para alcanzar la preciosa cebolla; le leeré, leeré tu papel.

Recogiendo luego la cebolla, púsola en el hueco de la mano para exami-narla.

—¡Buena! dijo; lo que es esta, está intacta. ¡Qué maldito Craeke! zamparse así en mi zahumador! Veamos ahora la otra.

Y agarrado siempre de su huidiza cebolla, avanzó van Baerle hácia la chi-menea, donde puesto de rodillas, buscó con la punta de los dedos entre la ce-niza afortunadamente fria ya.

A poco palpó la otra cebolleta.

—¡Aquí está! exclamó. ¡Intacta como la primera! agregó mirándola con anhelo casi paternal.

Al mismo tiempo, estando Cornelio examinando todavía de rodillas la se-gunda cebolleta, recibió una sacudida tan fuerte la puerta del zahumador y esta se abrió tan de par en par, que Cornelio sintió subirle á los carrillos y á las orejas la llama de esa mala consejera que se nombra ira.

—¿Qué es lo que se vuelve á ofrecer? preguntó. ¡Vamos! ¿han perdido el juicio allá afuera?

—¡Señor! ¡señor! exclamó un criado entrando apresuradamente en el za-humador, con semblante mas pálido y despavorido de lo que lo tenia Craeke.

—¿Qué hay? preguntó Cornelio presagiándose algun fracaso de esta repetida infraccion de sus reglas.

—¡Ah, señor! ¡huid, escapaos presto! gritó el criado.

—¡Huir! ¿y por qué?

—Señor, la casa está llena de guardias de los estados.

—¿Y qué quieren?

—Os andan buscando.

—¿Para qué?

—Para aprehenderos.

—¿Para aprehenderme? ¿á mí?

—Sí, señor, y vienen acompañados de un magistrado.

—¿Qué quiere decir eso? preguntó van Baerle guardando sus dos cebolle-tas en su mano y echando una mirada despavorida á la escalera.

—¡Ya suben, ya suben! gritó el criado.

—¡Oh hijo de mi vida, querido amo mio! gritó luego la nodriza metiéndose tambien ella en el zahumador. Tomad vuestro dinero, vuestra alhajas y es-cabullios de aquí.

—Pero ¿por dónde quieres que me escape? preguntó van Baerle.

—Tiraos por la ventana.

—¡Volar veinticinco piés!

—Caeréis sobre seis piés de tierra blanda.

—Sí, pero tambien iré á a plastarme sobre mis tulipanes.

—No le hace, tiraos.

Tomó Cornelio la tercer cebolleta, llegóse á la ventana, abrióla; pero á la vista del destrozo que á causar iba en sus acirates, antes que á la considera-cion de la distancia que de volar tenia:

—¡Jamás! exclamó, retrocediendo dos pasos.

Y vieronse asomar en aquel momento, por los barrotes de la rampa, las ala-bardas de los soldados.

Levantó la nodriza los ojos al cielo.

En cuanto á Cornelio, debemos decirlo en elogio, no del hombre sino sí del tulipanero, su único cuidado fué por sus inestimables cebolletas.

Buscando pues, un papel para envolverlas, puso la vista sobre la hoja de biblia que habia dejado Craeke encima del zahumador, cogiéndola sin acordarse, en medio de su sobresalto, de donde habia ido á dar allí aquella hoja, envolvió en ella las tres cebolletas, escondióselas en el seno y quedóse á ver venir.

Los soldados, acompañados del magistrado, entraron al punto.

—¿Sois vos el doctor Cornelio van Baerle? preguntó el magistrado, sin em-bargo de serle muy conocido el jóven, para proceder en un todo conforme á las fórmulas judiciales en un negocio á que segun se ve se le daba la mayor gravedad.

—Sí soy, maese van Spennen, contestó Cornelio saludando con agrado á su juez, y bien lo sabeis vos.

—Entonces, entregadnos los papeles sediciosos que teneis ocultos en vues-tra casa.

—¿Papeles sediciosos? repitió Cornelio atarantado con la pregunta.

—¡Oh! no os hagais de nuevas.

—Os juro, maese van Spennen, repuso Cornelio, que ignoro completamen-te lo que me quereis decir.

—Siendo así, voy á ponerlos al tanto, doctor, dijo el juez: entregadnos los papeles que el traidor Cornelio de Witt depositó en vuestra casa por el mes de enero último.

Un relámpago cruzó por la mente de Cornelio.

—¡Oh, oh! dijo van Spennen, ¿parece que ya vais cayendo, no?

—Sin duda, pero vos me hablábais de papeles sediciosos y yo no tengo de semejantes papeles.—Qué, ¿negais?—Ciertamente.

Volvióse el magistrado para registrar con una mirada el retrete.

—¿Cuál es la pieza de vuestra casa que se llama el zahumador? preguntó.

—Precisamente esta en que estamos, maese van Spennen.

El magistrado puso la vista en una notita que estaba en la primera hilera de sus papeles.

—Bien está, dijo con el acento de quien ya está determinado. ¿Quereis tener la bondad de entregarme esos papeles? prosiguió dirigiéndose á Cornelio.

—Eso es lo que no puedo, maese van Spennen, porque no son míos: los tengo en calidad de depósito y un depósito es sagrado.

—Doctor Cornelio, dijo el juez, en nombre de los estados os mando que abrais ese cajon y me entregueis los papeles que en él se encierran.

Y así hablando el magistrado, indicaba con el dedo el tercer cajon de una gaveta que estaba junto á la chimenea, es decir precisamente el lugar donde se hallaban los papeles entregados por el ruart de Pulten á su ahijado; lo cual probaba que estaba bien informada la policia.

—¡Conque no quereis! dijo van Spennen viendo que Cornelio, estupefacto, no daba paso á nada. Pues yo mismo voy á abrirle.

Y abriendo el cajon puso á la vista, primero, unas veinte cebollas acomodadas y rotuladas con el mayor esmero, luego el bulto de papel, en el mismísimo estado que le recibió el ahijado de manos del desdichado Cornelio de Witt.

El magistrado rompió los sellos, hizo tiras el sobre, echó una mirada ansiosa á las primeras hojas que se presentaron á su vista y exclamó con terrible acento:

—¡Ah! la justicia no ha tenido una falsa denuncia.

—¡Cómo! saltó Cornelio, ¿pues qué es?

—No sigais haciéndoos el tonto, señor van Baerle, respondió el magistrado, y seguidnos.

—¡Cómo, que os siga! exclamó el doctor.

—Sí, pues en nombre de los estados os aprehendo.

Todavía no se aprehendia en nombre de Guillermo de Orange: aun llevaba él poco tiempo de ser estatuder, para que ya fuese así.

—¡Aprehenderme! exclamó Cornelio; pero ¿qué es lo que he hecho?

—Eso no me atañe á mí, doctor; allá os las averiguareis con vuestros jueces.—¿Y dónde?

—En la Haya.

Cornelio, estupefacto, abrazó á su nodriza que se desmayó, dió la mano á sus criados que se deshacian en llanto, y siguió al magistrado, quien habiéndole encerrado en una silla de posta, como á reo de estado, mandó partir al galope hácia la Haya.

VIII.

UNA MALDAD SIN PROVECHO.

LO que acababa de suceder era, como ya se adivinará, la obra diabólica de mynkeer Isac Boxtel.

Tendrá presente el lector que con el auxilio de su telescopio habia logrado el envidioso no perder ni uno solo de los detalles de la entrevista de Cornelio de Witt con su ahijado: recordará tambien que si nada habia oido, no por eso habia dejado de ver todo; y hará memoria por último, de que habia atinado la importancia de los papeles confiados por el ruart de Pulten á su ahijado con ver á éste guardar el paquete en el cajon donde guardaba las mas preciosas cebollas.

Resulta, pues, de esto que cuando Boxtel, que seguia la politica con mucho mas cuidado que su vecino van Baerle, supo la aprehension de Cornelio de Witt como reo de alta traicion contra los Estados; pensó luego para sí que con una palabra que boquease haria aprehender al ahijado, al paso que agarraban al padrino.

Sin embargo, por feliz que con esto se considerase Boxtel, la idea de denunciar á un hombre á quien una denuncia semejante podia llevar al cadalso, no pudo menos de hacerle estremecer al pronto; pero lo endiablado de las malas ideas, es que poco á poco las malas cabezas se familiarizan con ellas.

Por otra parte, mynkeer Isaac Boxtel se alentaba con este sofisma:

Cornelio de Witt es un mal ciudadano, puesto que está acusado de alta traicion y ha sido aprehendido.

Yo, por mí, soy un buen ciudadano, pues que no estoy acusado de nada absolutamente y me veo libre como el aire.

Luego, si Cornelio de Witt es un mal ciudadano, como se prueba con estar él acusado de alta traicion y preso, su cómplice Cornelio van Baerle no lo es menos que él.

Luego, como yo soy buen ciudadano y como es deber de los buenos ciudadanos denunciar á los malos ciudadanos, debo yo, Isaac Boxtel, denunciar á Cornelio van Baerle.

Pero este raciocinio, especioso cuanto se quiera, no habria quizá determinado tan decisivamente á Boxtel, y acaso el envidioso no habria cedido al simple deseo de venganza que le comia el corazon, si juntamente con el demonio de la envidia no le hubiese soplado el demonio de la avaricia.

No ignoraba Boxel el punto á que van Baerle habia llegado en sus afanes por lograr el gran tulipan negro, pues por modesto que fuese el doctor Cornelio, no habia podido disimular á sus mas íntimos amigos que estaba cási seguro de ganar en el año de gracia 1675, el premio de cien mil florines ofrecido por la sociedad de horticultura de Harlem.

Ahora bien, esta seguridad de Cornelio van Baerle, venia á ser precisamente la fiebre que consumia á Isaac Boxel.

Llegando Cornelio á ser aprehendido, su casa quedaria en la mayor confusion, y en la noche de su arresto nadie pensaria en velar sobre los tulipanes del jardin: aquella misma noche pues, brincaria la pared, y como sabia donde estaba la cebolla que debia dar el gran tulipan negro, cargaria con aquella cebolla, la cual, en lugar de florecer en casa de Cornelio, floreceria en la suya propia, viniendo él así á ganarse entonces los cien mil florines destinados á Cornelio, fuera del honor supremo de llamar á la nueva flor *tulipa nigra Boxelensis*. Resultado que satisfacía no solo su venganza, sino tambien su avaricia.

Despierto, no pensaba en otra cosa que en el tulipan negro; dormido, soñaba con él.

Por último, el 19 de agosto, como á las dos de la tarde, fué tan fuerte la tentacion que no pudo resistirla mas tiempo, y en consecuencia hizo una denuncia anónima que por la precision valia tanto como la autenticidad, y la echó en el correo.

Nunca papel venenoso deslizado por las tragaderas de bronce de Venecia produjo un efecto mas pronto y mas terrible.

Esa misma tarde recibió el aviso el magistrado principal, y al instante mismo convocó á sus colegas para el dia siguiente por la mañana. Muy temprano ya se habian reunido, habian acordado la prision y dado la orden relativa á maese van Spennen, quien llenó ese deber como digno holandés, segun hemos visto, y apresó á Cornelio van Baerle precisamente cuando los orangistas de la Haya hacian asar los pedazos de los cadáveres de Cornelio y de Juan de Witt.

Pero, fuera vergüenza, fuera flaqueza en el crimen, Isaac Boxel no habia tenido valor aquel dia para dirigir su telescopio ni hácia el jardin, ni hácia el laboratorio, ni hácia el zahumador.

Muy bien sabia él lo que iba á pasar en casa del pobre doctor Cornelio para tener necesidad de verlo; así es que cuando entró en su cuarto su único criado, quien envidiaba la suerte de los criados de Cornelio, tan amargamente como Boxel codiciba la del amo:

—No me levanto hoy, le dijo; estoy malo.

A eso de las nueve, oyó un ruido tan extraordinario en la calle que hizolo brincar de sobresalto: estaba mas pálido en ese momento que un verdadere

enfermo, mas trémulo que un verdadero fabricante.

Entró su sirviente y él se arrebujo.

—¡Ah! señor, exclamó el criado no sin ignorar que al lamentarse de la desgracia acontecida á van Baerle iba á dar una buena noticia á su amo; ¡ah! señor, ¿no sabeis lo que sucede en este momento?

—¿Cómo quereis que lo sepa? respondió Boxel con una voz cási ahogada.

—¡Pues bien! en este momento, señor Boxel, ponen preso á vuestro vecino Cornelio van Baerle, como reo de alta traicion.

—¡Bah! barbotó Boxel con lánguida voz, ¡no es posible!

—¡Vaya! es lo que se dice por lo menos: además, acabo de ver entrar en la casa al juez van Spennen y á los archeros.

—¡Ah! si tú lo has visto, dijo Boxel, es otra cosa.

—De todas maneras voy á informarme de nuevo, dijo el criado, y no tengais cuidado, yo os poudré al corriente de lo que pasa.

Boxel se contentó con alentar con un gesto el celo de su criado.

Este salió y volvió á entrar un cuarto de hora después.

—¡Oh! señor, todo lo que os he contado, dijo él, es la pura verdad.

—¿Cómo así?

—M. van Baerle está preso, le han metido en un coche y acaban de despa-charle al Haya.—¿Al Haya?

—Sí, en donde, si es cierto lo que se dice, no le irá nada bien.

—¿Y qué dicen? preguntó Boxel.

—¡Vaya! señor, dicen, pero eso no está confirmado, dicen que el pueblo á la hora de esta anda queriendo asesinar á M. Cornelio y á M. Juan de Witt. —¡Oh! murmujeó ó mas bien hipó Boxel cerrando los ojos para no ver la terrible imágen que sin duda se presentaba á su vista.

—¡Diablot! dijo el criado saliendo, es preciso que mynkeer Isaac Boxel esté bien malo para no haber saltado de la cama á semejante noticia.

En efecto, Isaac Boxel estaba bien malo, malo como un hombre que acaba de asesinar á otro hombre.

Pero habia asesinado á ese hombre con un doble objeto: el primero estaba llenado; faltaba que llenar el segundo.

Llegó la noche. Era la noche lo que esperaba Boxel.

Entrada la noche, levántase.

Después se sube á su sicómoro.

Habia calculado bien; nadie pensaba en cuidar el jardin; casa y criados estaban en completo desorden.

Oyó dar sucesivamente las diez, las once, las doce.

A las doce dióle un vuelco el corazon, y con las manos trémulas y el rostro lívido, bajó de su árbol, cogió una escalera, la arrimó á la pared, subió hasta el penúltimo escalon y escuchó.

Todo estaba en sosiego. Ni el menor ruido turbaba el silencio de la noche.

Una sola luz velaba en toda la casa.
Era la de la nodriza.

Este silencio y esta oscuridad animaron á Boxtel.
Se montó en la pared, detúyose un instante sobre el remate, y después, bien cierto de que no había nada que temer, pasó la escalera de su jardín al de Cornelio y bajó.

Como sabía exactamente el lugar donde estaban enterradas las cebolletas del tulipan negro, corrió en aquella direccion, siguiendo las calles para no ser descubierto por la huella de sus pasos, y llegado al lugar preciso, sumergió sus manos en la tierra floja con un gozo de tigre.

No encontró nada y creyó haberse engañado.
Un copioso sudor brotaba de su frente.
Escarbó hácia un lado: nada.
Escarbó á la derecha, escarbó á la izquierda: nada.
Escarbó delante y detrás: nada.

Poco le faltaba para volverse loco, cuando notó al fin que había sido removida la tierra esa mañana muy temprano.

En efecto, mientras que Boxtel estaba en su cama, Cornelio había bajado al jardín, había desenterrado la cebolla, y había dividídola, como hemos visto, en tres cebolletas.

No podía decidirse Boxtel á dejar aquel sitio. Había revuelto con sus manos mas de diez piés cuadrados.
En fin, no le quedaba ya duda de su desgracia.

Ciego de cólera, volvió á trepar por la escalera, pasóla de la casa de Cornelio á la suya, plantóla en su jardín y saltó tras ella.

Vínole de pronto una postrera esperanza: las cebolletas estaban en el zahumador; no había mas que penetrar en él de la manera que se había colado en el jardín, y allí las encontraría.

Por cierto que la cosa no era difícil. Las vidrieras del zahumador se corrian como las de un invernadero: Cornelio van Baerle las había abierto él mismo en la propia mañana y nadie se había acordado de cerrarlas.

Todo estribaba en proporcionarse una escala bastante larga, de cosa de veinte piés en lugar de doce.

Boxtel había visto en su calle una casa en obra, junto á la cual estaba parada una escalera gigantesca: como aquella la necesitaria él, como los albañiles no se la hubiesen llevado.

Corrió á la casa, allí estaba la escalera. Tomóla Boxtel y llevósela con muchos trabajos á su jardín: á fuerza de fuerzas logró arrimarla á la pared de la casa de Cornelio.

La escalera alcanzaba justamente hasta el postiguillo.

Puso Boxtel una linterna sorda, encendida y todo, en su bolsillo, subió por la escalera y zampóse en el zahumador.

Llegado que hubo á aquel tabernáculo, paróse apoyándose contra la mesa: flaqueábanle las piernas, latíale el corazon cási hasta ahogarle.

Allí era mucho peor que en el jardín: diríase que el aire libre quita á lo ajeno lo que lo hace respetable; el que salta por encima de una valla ó escala una pared, no se atreve á pasar los umbrales de una puerta ó á brincar la ventana de un aposento. En el huerto, Boxtel no era mas que un merodeador; en el cuarto, Boxtel venia á ser un ladrón.

Sin embargo, cobró ánimo, considerando que no había ido hásta allí para volverse á su casa con las manos vacías.

Pero por mas que buscó, por mas que abrió y cerró todos los cajones y hasta el cajon privilegiado donde estaba el depósito tan fatal para Cornelio: encontró rotuladas como en un jardín de plantas, la Joannis, la Witt, el tulipan pardo, el tulipan café oscuro; pero del tulipan negro, ó mas bien las cebolletas donde estaba aún adormido y oculto en los limbos de la florescencia, no había ni rastro.

Y no obstante, en el registro de las semillas y de las cebollitas llevado en partida-doble por van Baerle, con mayor cuidado y exactitud que el registro comercial de las primeras casas de Amsterdam, leyó estas líneas Boxtel:

«Hoy 20 de agosto 1672, ha desenterrado la cebolla del gran tulipan negro, que he dividido en tres cebolletas perfectas.»

—¡Esas cebolletas! ¡esas cebolletas! gritó Boxtel derribando todas en el zahumador, ¿dónde las habrá escondido?

Después, repentinamente, dándose un golpe en la frente á riesgo de deshacerse el cerebro:

—¡Oh! ¡qué miserable soy! exclamó; ¡ah! tres veces animal ¡pues qué se separa uno de sus cebolletas, Boxtel, pues qué las deja uno en Dordrecht cuando sale para el Haya, qué puede uno vivir sin sus cebolletas, cuando estas cebolletas son las del gran tulipan negro! ¡Habría tenido tiempo de recogerlas, el infame! ¡las tiene consigo, las ha llevado al Haya!

Fué un relámpago que mostró á Boxtel el abismo de un crimen inútil.
Boxtel cayó anonado sobre aquella misma mesa, en aquel mismo lugar donde, algunas horas antes, admiró tanto tiempo y con tanta delicia las cebolletas del tulipan negro, el infortunado Baerle.

—¡Pues bien! después de todo, dijo el envidioso levantando su rostro livido, si las tiene, no puede conservarlas sino mientras viva, y....

Lo demás de su horrible pensamiento absorbiólo una espantosa sonrisa.
—Las cebolletas están en el Haya; luego no debo permanecer en Dordrecht. ¡Al Haya por las cebollas! ¡al Haya!

Y Boxtel sin poner cuidado en las riquezas inmensas que dejaba, tan preocupado así estaba por otra riqueza inestimable, Boxtel salió por su postigo: deslizóse por la escalera, llevó el instrumento de robo á donde le había tomado, y semejante á un animal de presa, entró rugiendo en su casa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE DERECHO
"ALFONSO GARCÍA"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL CUARTO DE LA FAMILIA.

SERIA poco mas ó menos la media noche, cuando fué registrado en la prision de Buytenhoff el pobre van Baerle.

Lo que habia previsto Rosa sucedió. La cólera del pueblo fué grande al encontrar el cuarto de Cornelio de Witt vacío, y si al padre Grifus le hubieran tenido á la mano esos furiosos, ciertamente hubieran héchole pagar por su preso.

Pero esa cólera sació su crueldad largamente con los dos hermanos que habian sido alcanzados por los asesinos, gracias á la precaucion tomada por Guillermo, el hombre de las precauciones, de cerrar las puertas de la ciudad.

Hubo un momento en que la cárcel quedó vacía y en que el silencio sucedió á la espantosa tempestad de gritos que atronaban las escaleras.

Rosa aprovechando ese momento salió de su escondite é hizo salir á su padre.

La cárcel estaba completamente desierta: ¿á qué quedarse en ella cuando estaban degollando en Tol-Hek?

Grifus salió todo trémulo detrás de la varonil Rosa, y ambos fueron á cerrar lo mejor que pudieron, la puerta principal, decimos lo mejor que pudieron, porque el torrente de una impetuosa cólera que habia pasado por allí habíala casi derribado.

A eso de las cuatro volvió á oirse el ruido, pero este ruido no tenia nada de temible para Grifus y su hija. Este ruido era el de los cadáveres que traian arrastrando y que venian á colgar en el lugar acostumbrado de las ejecuciones.

Rosa se volvió á esconder, pero esta vez era para no ver el horrible espectáculo.

A la media noche llamaron á la puerta de Buytenhoff, ó mas bien á la barricada que la reemplazaba.

Era Cornelio van Baerle que le traian.

Cuando el carcelero Grifus recibió este nuevo huésped y vió en la boleta del registro la calidad del preso:

—Ahijado de Cornelio de Witt, murmujeó con su sonrisa de carcelero ah, jóven! justamente tenemos aquí el cuarto de la familia; vamos á dároslo.:

Y celebrando la majadería que acababa de decir, el feroz orangista tomó su interna y las lleves para conducir á Cornelio al calabozo que esa misma ma-

ñana habia dejado Cornelio de Witt por el *destierro* tal como le entienden en tiempos de revolucion esos grandes moralistas que asientan como un axioma de alta política:—Solo los muertos no vuelven.

Preparábase Grifus, pues, á conducir al ahijado al cuarto del padrino.

En el tránsito que era preciso atravesar para llegar á este cuarto el desesperado florista no oyó mas que los ladridos de un perro, no vió otra cosa que la cara de una jóven.

El perro salió de un nicho hecho en la pared, sacudiendo una gruesa cadena, y olfateó á Cornelio á fin de reconocerle en el momento en que se le mandara devorarle.

Cuando el preso hizo gemir el pasamano de la escalera con su pesada mano, entreabrió la jóven el postigo de un cuarto que habitaba en el espesor de esta misma escalera, y con la luz en la mano derecha, alumbró al mismo tiempo su bello rostro rosado engastado en unos admirables cabellos rubios hechos gruesos torzales, mientras que en la izquierda cruzaba sobre el pecho su blanco vestido de noche, porque habia recordado de su primer sueño con la llegada inesperada de Cornelio.

Por cierto que era un bello cuadro para pintarse, y en todo digno de maese Rembrandt, aquella negra espiral de la escalera iluminada por la linterna rojiza de Grifus con su siniestra facha de carcelero: arriba la melancólica figura de Cornelio que se colgaba sobre el pasamano para mirar hácia abajo, rodeado por el postigo luminoso el suave rostro y su gesto púdico tal vez de disgusto por la posicion elevada de Cornelio colocado algunos escalones arriba desde donde su mirada acariciaba vaga y triste los blancos y redondos hombros de la jóven.

Y por último, abajo, enteramente en la oscuridad, en la parte de la escalera donde las tinieblas hacian desaparecer los pormenores, los ojos de carbunclos del *mastin* sacudiendo su cadena en cuyos anillos aparecian brillantes lentejuelas por la doble luz de la lámpara de Rosa y la linterna de Grifus.

Perolo que no hubiera podido trasladar á su cuadro el sublime maestro era la expresion dolorosa que se pintó en el semblante de Rosa cuando vió á este hermoso jóven pálido subir la escalera lentamente, pudiendo aplicarle estas siniestras palabras pronunciadas por su padre:

—Ireis al cuarto de la familia.

Esta vision duró un momento, mucho menos tiempo del que hemos empleado en describirla. Grifus continuó su camino, seguido de Cornelio quien cinco minutos después entraba en el calabozo que conoce ya el lector y por tanto no detallamos.

Asi que Grifus hubo señalado con el dedo al preso la cama en que habia sufrido el mártir que aquel mismo dia habia entregado su alma á Dios, voló á coger su linterna y salió.



®

Handwritten initials 'XXX' and a signature.

Luego que se quedó solo Cornelio se tiró en la cama, pero no durmió. No cesó de tener la vista clavada en una angosta ventana con enrejado de hierro que recibía la luz en el Brytenhoff, y de esa manera vió blanquear por allí los árboles con ese primer rayo de la luz que el cielo deja caer en la tierra como un manto blanco.

Durante la noche algunos caballos habían pasado galopando por el Brytenhoff, los pesados pasos de las patrullas habían azotado la banquetilla redonda de la plaza, y las mechas de los arcabuces prendiéndose al viento de oeste, habían arrojado hasta las vidrieras de la cárcel relámpagos intermitentes.

Pero cuando el naciente día plateó el remate puntiagudo de las casas, Cornelio impaciente por saber si alguna cosa vivía á su alrededor, se acercó á la ventana y hechó circularmente una triste mirada.

A la extremidad de la plaza una masa negra con tintas de un azul sombrío por la niebla de la mañana, levantábase descollando sobre las pálidas casas su veleta irregular.

Cornelio reconoció el patíbulo.

De este patíbulo pendían dos informes girones que no eran mas que dos esqueletos sangrientos aún.

El buen pueblo de la Haya había despedazado la carne de sus víctimas pero traído fielmente al patíbulo el pretexto de una doble inscripcion trazada en un enorme cartel.

En este cartel, Cornelio con sus ojos de veintiocho años acertó á leer las siguientes líneas formadas por el tosco pincel de algun mal pintor de muestras:

«Aquí están colgados el gran facineroso llamado Juan de Witt y el pilla Cornelio de Witt su hermano, dos enemigos del pueblo, pero grandes amigos del rey de Francia.»

Cornelio arrojó un grito de horror, y en el trasporte de su terror delirante golpeó con piés y manos su puerta tan fuertemente y con tanta precipitacion que Grifus acudió furioso, con su manajo de enormes llaves en la mano.

Abrió la puerta profiriendo horribles imprecaciones contra el preso que le incomodaba fuera de las horas en que tenía costumbre de incomodarse.

—¡Vamos! ¿qué es eso! ¿está endemoniado este otro de Witt? estos de Witt están espiritados.

—Señor, señor, dijo Cornelio agarrando al carcelero del brazo y tirándole hácia la ventana: señor ¿qué es aquello que está escrito allá?

—¿Dónde allá?

—En aquel cartel.

Y trémulo, descolorido y jadeando, enseñábale á un extremo de la plaza, el patíbulo arriba del cual estaba la única inscripcion.

Echóse á reir Grifus.

—¡Ah, ahí respondió. Sí, lo que está escrito . . . Pues caballero, catáos á donde se llega cuando anda uno en chismes con los enemigos del señor príncipe de Orange.

—¡Los señores de Witt han sido asesinados! murmuró Cornelio trasudándole la frente y dejándose caer en su cama, desmadejados los brazos y cerrados los ojos.

—Los señores de Witt han llevado la justicia del pueblo, dijo Grifus; ¿á eso llamais asesinar? yo llamo á eso ajusticiar.

Y como viese al preso no solo tranquilo, sino anodado, salió del cuarto cerrando la puerta con violencia y atrancándola con los cerrojos.

Cuando Cornelio volvió en sí, se encontró solo; reconoció el cuarto en que se hallaba, el cuarto hereditario, segun le había llamado Grifus, como el paso fatal que debía conducirle á la muerte.

Y como era filósofo y sobre todo buen cristiano, comenzó primero á rogar por el alma de su padrino, y en seguida por la del gran pensionario, resignándose por último á todos los males que pluguiese á la Providencia enviarle.

En seguida, después de haber bajado del cielo á la tierra, después de haberse asegurado de que estaba solo en el calabozo, sacó de su pecho los tres esquejes del tulipan negro, y los escondió detrás de una piedra, sobre la cual se ponía el cántaro del agua, en el rincón mas oscuro de la cárcel.

¡Trabajo inútil de tantos años! ¡Destruccion de tan dulces esperanzas! Su descubrimiento, lo mismo que su vida, iban á concluir en la nada. En aquella prision no había una sola yerba, ni un átomo de tierra, ni un rayo de sol.

Este pensamiento sepultó á Cornelio en una sombría y horrible desesperacion, de la que no salió sino por una circunstancia extraordinaria.

¿Cuál fué esta circunstancia? Nos reservamos decirlo en el capítulo siguiente.

FIN DE LA PARTE PRIMERA.





PARTE SEGUNDA.



LA HIJA DEL CARCELERO.

AQUEL mismo día por la tarde, cuando llevaba la pitanza al preso, Grifus al abrir la puerta del calabozo resbaló sobre la baldosa, y queriendo evitar la caída, puso la mano en falso, y se rompió el brazo por la parte superior de la muñeca.

Cornelio dió un paso hácia el carcelero; pero como éste no sospechaba la gravedad del accidente:

—No es nada, dijo, estaos quieto.

Y procuró levantarse, apoyándose en el brazo, pero el hueso se dobló: solo entonces, sintiendo Grifus un dolor agudo, lanzó un grito.

Comprendió desde luego que se había roto el brazo; y aquel hombre, tan duro é impasible para con los demás, cayó desmayado en el umbral de la puerta, donde permaneció inerte y frío como un cadáver.

En esta ocurrencia la puerta del calabozo había quedado abierta, y Cornelio se hallaba casi libre.

Pero no le pasó siquiera por la imaginacion aprovecharse de aquel accidente: había conocido por la manera de doblarse el brazo, y por el ruido que había hecho el hueso, que indudablemente estaba fracturado, y solo pensó desde entonces en prestar socorro al paciente, á pesar de las malas intenciones que el herido le manifestó en la única entrevista que con él había tenido.

Al ruido que Grifus había hecho al caer, al quejido que había lanzado, se oyó por la escalera un paso bastante precipitado, y á la aparición que siguió inmediatamente al ruido de los pasos, Cornelio dió un leve grito, al que respondió la voz de una jóven. Esta jóven era la bella frisona, quien viendo al entrar á su padre tendido en el suelo, y al preso inclinado sobre él, creyó por un momento que Grifus, cuya brutalidad le era tan notoria, habría caído de resultas de una lucha trabada entre ambos.

Cornelio comprendió lo que pasaba en el corazón de la jóven, casi en el momento mismo en que ella daba entrada á esta sospecha.

Pero conociendo al primer golpe de vista la verdad, y avergonzada de haber abrigado, aunque por un instante aquel pensamiento, Rosa alzó sus bellos ojos humedecidos con lágrimas y dijo:

—¡Perdon! señor, perdon por lo que había pensado, y gracias por lo que hacéis.

Cornelio se ruborizó.

—Yo no hago, dijo, mas que mi deber como cristiano, al socorrer á mi semejante.

—Sí, y al socorrerle esta tarde, habeis olvidado los insultos que os hizo esta mañana. Esto, señor, es mas que humanidad, y es mas que cristianismo.

Cornelio alzó los ojos hácia la jóven, admirado al oír de boca de una muchacha del pueblo unas palabras á la vez tan nobles y compasivas.

Pero no tuvo tiempo para manifestarle su sorpresa, porque Grifus, vuelto de su desmayo, abrió los ojos, y volviendo con la vida á su brutalidad acostumbrada:

—¡Ah! exclamó, esto es lo que se saca con darse prisa á traer la cena del preso: se cae uno apresurándose, se rompe el brazo en la caída y se le deja en el suelo.

—Silencio, padre mio, dijo Rosa, sois injusto con este caballero, á quien he encontrado ocupado en socorrerlos.

—¿Él? preguntó Grifus en tono de duda.

—Tan cierto es eso, señor, que todavía estoy dispuesto á socorrerlos.

—¿Vos? dijo Grifus; ¿sois acaso médico?

—Ese fué mi primer oficio, dijo el preso.

—De manera que podriais componerme el brazo.

—Perfectamente.

—Y ¿qué necesitais para ello? veamos.

—Dos tablillas de madera y algunas vendas.

—¿Oyes, Rosa? dijo Grifus, él va á componerme el brazo; al fin es una economía. Vamos; ayúdame á levantar; no parece sino que soy de plomo.

Rosa presentó su espalda al herido, quien rodeó el cuello de la jóven con su brazo sano, y haciendo un esfuerzo, se incorporó mientras que Cornelio,

para ahorrarle el camino, arrastró hacia él una silla.

Grifus se sentó, y volviéndose en seguida hacia su hija:

—¿Pues no me has oído? dijo. Ve á buscar lo que se te pide.

Rosa bajó, y un momento después entró con dos duelas de un barril y una gran faja de lienzo. Mientras tanto, Cornelio le había quitado la chaqueta al carcelero, y recogido las mangas de la camisa.

—¿Es esto lo que necesitáis, señor? preguntó Rosa.

—Sí, señorita, dijo Cornelio mirando los objetos que había traído. Ahora, acercad esta mesa mientras yo sujeto el brazo de vuestro padre.

Rosa acercó la mesa. Cornelio colocó el brazo roto encima, á fin de que estuviese perfectamente horizontal, y con una habilidad admirable volvió á ajustar los huesos, colocó las tablillas y apretó las vendas.

Al ponerse el último alfiler volvió á desmayarse el carcelero.

—Traed vinagre, señorita, dijo Cornelio, le frotaremos con él las sienes y al momento volverá en sí.

Pero en vez de cumplir lo que se le mandaba, Rosa, después de haberse cerciorado de que su padre estaba sin conocimiento, se acercó á Cornelio.

—Señor, le dijo, servicio por servicio.

—¿Qué queréis decir, hermosa niña? preguntó Cornelio.

—Quiero decir, que el juez que os debe interrogar mañana, ha venido hoy á informarse del cuarto en que se os había puesto, y cuando se le dijo que estabais en el de Mr. Cornelio de Witt, se sonrió de una manera tan siniestra, que me hace sospechar no os espera nada bueno.

—Pero, preguntó Cornelio, ¿qué se me puede hacer á mí?

—¿Veis aquella horca?

—Pero yo no soy culpable, dijo Cornelio.

—¿Y lo eran los que están allí colgados, mutilados y destrozados?

—Es verdad, dijo Cornelio poniéndose sombrío.

—Además, dijo Rosa, la opinion pública quiere que seais culpable. Pero en fin, culpable ó no, vuestra causa comenzará mañana, y pasado os condenarán; las cosas se hacen tan precipitadamente hoy día. . . .

—¿Qué sacais, pues, de todo eso, señorita?

—Saco, que yo estoy sola, soy débil, mi padre está desmayado, el perro tiene el bozal, y nada por consiguiente impide que os escapeis. Esta es la conclusion que yo saco. ¿Qué decis?

—Digo que ya que no he podido salvar á Mr. Cornelio ni á Mr. Juan de Witt, quisiera salvaros á vos. Importa que no os detengais; mi padre vuelve ya á recobrar la respiracion; de aquí á un minuto quizá abrirá los ojos y ya será tarde.

Entretanto Cornelio permanecía inmóvil, mirando á Rosa, pero como si no la comprendiese.

—¿No comprendéis? dijo la jóven impaciente.

—Sí tal, comprendo, dijo Cornelio, pero. . . .

—¿Qué?

—No acepto. Os acusarian.

—¿Qué importa? dijo Rosa ruborizándose.

—Gracias, hija mia, replicó Cornelio; aquí me quedo.

—¿Os quedais! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡No comprendéis que os condena-

rán! . . . ¡Condenado á muerte, ejecutado en un cadalso, ó tal vez asesinado,

hecho pedazos, como Mr. Juan y Mr. Cornelio! Por Dios, no os cuideis de

mí, y huid de este cuarto, porque es fatal á los de Witt.

—¡Hola! exclamó el carcelero volviendo en sí. ¿Quién habla de esos píca-

ros, de esos miserables, de esos malvados de Witt?

—No os incomodeis, buen hombre, dijo Cornelio con su dulce sonrisa; no

hay cosa peor para las fracturas como irritar la sangre.

En seguida dijo en voz baja á Rosa:

—Hija mia, soy inocente, y como tal esperaré á mis jueces con calma y

tranquilidad.

—Silencio, dijo Rosa.

—Silencio! y ¿por qué?

—Es preciso que mi padre no sospeche que hemos conversado juntos.

—¿Qué mal hay en eso?

—¿Que mal hay en eso? que me prohibiria volver nunca aqui, dijo la jóven.

Cornelio recibió esta cándida confianza con una sonrisa. Pareciale que un

rayo de felicidad se traslucia al través de una desgracia.

—¡Eh! ¿qué estais diciendo entre dientes los dos? dijo Grifus levantándose

y sosteniendo el brazo enfermo con el sano.

—Nada, respondió Rosa; el señor me prescribe el régimen que debeis seguir.

—¡El régimen que yo debo seguir! ¡eh! vos tambien, hermosa, teneis que

seguir un régimen.

—¿Cuál es, padre mio?

—El de no venir al cuarto de los presos, ó cuando lo haceis, el de salir lo

mas pronto posible. Vamos pues, presto por delante de mí.

Rosa y Cornelio cambiaron una mirada.

La de Rosa queria decir:

—No desesperemos.

La de Cornelio:

—Cúmplase la voluntad de Dios.



EL TESTAMENTO DE CORNELIO VAN BAERLE.

ROSA no se había engañado. Los jueces fueron al día siguiente al Buytenhoff á interrogar á Cornelio van Baerle. El interrogatorio no fué largo; de él resultó averiguado que Cornelio había tenido oculta en su casa la fatal correspondencia de los de Witt con los franceses. No lo negó. Sin embargo, los jueces dudaban que su padrino hubiese remitido esta correspondencia á Cornelio de Witt. Mas como desde la muerte de los dos mártires, Cornelio van Baerle por nadie tenía que temer, no solamente no negó que Witt en persona le había entregado el depósito, sino que contó el cómo, cuando y de qué manera se le había confiado.

Esta declaracion implicaba al ahijado en el crimen del padrino. Había una complicidad manifiesta entre Cornelio y Cornelio.

Van Baerle no se limitó á esta confesion: habló con toda franqueza de sus simpatías, de sus costumbres y de sus tratos. Habló de su indiferencia en política; de su amor al estudio, á las artes, á las ciencias y á las flores. Contó, que desde el día en que Cornelio fué á Dordrecht y le entregó el depósito, jamás había vuelto á verle ni había pensado en él.

A esto se le objetó que era imposible dijese la verdad, en vista de que los papeles estaban justamente encerrados en un armario, en el que tenía precision de mirar y poner las manos diariamente.

Cornelio respondió que era cierto; pero que él ponía la mano en el cajon, tan solo para asegurarse si las cebollas estaban secas, y que no miraba en él sino para asegurarse si sus cebollas empezaban á germinar.

Objetésele á esto que su indiferencia con respecto al depósito, no podia sostenerse razonablemente, porque era imposible que habiendo recibido semejante depósito de manos de su padrino, ignorase su importancia.

A lo cual respondió:

Que su padrino Cornelio le queria demasiado, y era sobre todo un hombre harto previsor para que le hubiese dicho cosa alguna acerca del contenido de los papeles, puesto que semejante confidencia solo hubiera servido para atormentar al depositario.

Hizosele notar que si Mr. de Witt hubiese obrado de aquella manera, hubiera unido al menos al paquete un certificado, en que constase que su ahijado era completamente extraño á aquella correspondencia, ó bien que durante su proceso le hubiese escrito alguna carta que pudiese justificarle.

Cornelio respondió, que indudablemente su padrino no había pensado que el depósito corriese peligro alguno, oculto como estaba en un armario, que era considerado como un sagrado en la casa de van Baerle; que por consiguiente, habría juzgado el certificado inútil; que en cuanto á una carta, recordaba que un momento antes de su arresto, cuando estaba absorto en la contemplacion de una cebolla de las mas raras, había entrado en su aposento el criado de M. Juan de Witt para entregarle un papel; pero que de todo esto no e había quedado sino un recuerdo semejante al de una vision, que el criado había desaparecido, aunque el papel pudiera encontrarse tal vez, buscándole cuidadosamente.

En cuanto á Craeke, era imposible dar con él, pues había dejado la Holanda. Por lo que respecta al papel, era tan poco probable que se encontrase, que no se intentó siquiera el buscarle. El mismo Cornelio no quiso insistir mucho sobre el particular, porque aun dado caso de que se encontrase, podia no tener relacion alguna con la correspondencia que constituia el cuerpo del delito.

Los jueces hicieron como que querian aconsejar á Cornelio que se defendiera mejor, usaron con él de aquella paciencia benigna que denota, ya un magistrado que se interesa por el acusado, ya un vencedor que ha derribado á su adversario, y que completamente dueño de él no tiene necesidad de oprimirle para perderle.

Cornelio no aceptó esta hipócrita proteccion, y en la última respuesta que dió, con la nobleza del mártir y la calma del justo;

—Me preguntais, señores, dijo, unas cosas á las que no puedo contestar nada, á no ser la pura verdad. Y la pura verdad es esta, el paquete entró en mi casa del modo que he referido; protesto ante Dios que ignoraba y que aun ignoro el contenido; que solamente el día de mi arresto he sabido que este depósito era la correspondencia del gran pensionario con el marqués de Louvois. Protesto finalmente, que ignoro cómo se ha llegado á saber que ese paquete estaba en mi casa, y sobre todo, cómo puedo yo ser culpable por haber recogido lo que me entregaba mi ilustre y desgraciado padrino.

Esta fue la única defensa de Cornelio. Los jueces consideraron:

Que todo germen de disension civil, es funesto por cuanto resucita la guerra, que á todos interesa el que se extinga.

Uno de ellos, que pasaba por un profundo observador, sentó que aquel joven, tan flemático en apariencia, debía ser muy peligroso en realidad, en atencion á que bajo el manto glacial que le cubria, debía ocultar un ardiente deseo de vengar la muerte de sus parientes de Witt:

Otro hizo observar: que el amor á los tulipanes tiene mucha conexion con la política, y que está probado históricamente, que muchos hombres muy temibles se han ocupado en cultivar jardines, como si fuese aquella su profe-

sion, á pesar de que realmente se ocupaban en otra cosa. Sirvan de testigos Tarquino el viejo, que cultivaba adormideras en Gabias, y el gran Condé que regaba sus claveles en la Torre de Vincennes, y esto precisamente en el momento en que el primero meditaba su vuelta á Roma, y el segundo fugarse de la prision.

El juez concluyó con este dilema:

O Mr. Cornelio ama mucho á los tulipanes ó á la política, en uno y otro caso nos ha mentido primero porque está probado que él se ocupaba en asuntos de política, segun lo acreditan las cartas que se han hallado en su casa, y segundo porque está probado tambien que se ocupaba de tulipanes, como se deduce de la existencia en su poder de las cebolletas. Finalmente, y esto constituia el crimen, pues que Cornelio van Baerle se ocupaba á la vez de tulipanes y de política, tenia el acusado una naturaleza híbrida, una organizacion anfibia, trabajando con igual ardor en la política y en los tulipanes, lo que debia darle todos los caracteres de la especie de hombres mas peligrosos al reposo público, y cierta analogía, ó mas bien una analogía completa con los hombres de la laya de Tarquino y de Mr. de Condé.

El resultado de estos razonamientos fué que el príncipe estathouder de Holanda agradeciera mucho sin duda á la magistratura de las siete provincias el que destruyese hasta el menor gérmen de conspiracion contra su autoridad.

Este argumento prevaleció sobre los demás, y para destruir eficazmente el gérmen de las conspiraciones fué pronunciada la pena de muerte por unanimidad, contra Mr. Cornelio van Baerle convicto y confeso de complicidad, bajo la apariencia de aficionado á los tulipanes, en las intrigas y conspiraciones abominables de los de Witt, contra la nacionalidad holandesa, y en sus relaciones secretas con el enemigo francés.

La sentencia decia subsidiariamente, que Cornelio van Baerle seria sacado de la cárcel de Buytenhoff para ser conducido al cadalso levantado en la plaza del mismo nombre, en donde el ejecutor de las sentencias le cortaria la cabeza.

Como esta deliberacion habia sido muy grave, habia durado casi media hora, durante la cual el preso habia sido encerrado de nuevo en el calabozo, en donde el notario de los Estados vino á leerle la sentencia poco después.

Grifus, entre tanto, estaba postrado en su lecho á causa de la fiebre que habia producido la fractura del brazo. Las llaves habian pasado á manos de uno de sus dependientes supernumerarios, y tras este criado que habia introducido al escribano, la bella Rosa se habia venido á colocar en el ángulo de la puerta, donde con un pañuelo ahogaba sus suspiros y sus sollozos.

Cornelio escuchó la sentencia con mas admiracion que tristeza. Leida que fué, preguntóle el escribano si tenia alguna cosa que responder.

—No á fe mia, respondió. Confieso únicamente que entre todas las causas

de muerte que un hombre precavido pudiera prever para combatirlas, jamás hubiera sospechado una semejante.

Y después de esta respuesta, el escribano saludó á van Baerle con toda la consideracion que esta clase de funcionarios conceden á los grandes criminales de toda clase.

Disponiase ya á salir cuando Cornelio le preguntó:

—¿Me hariais el favor de decirme, cuál es el dia señalado?

—Hoy mismo, respondió el escribano algo sobrecogido por la presencia de ánimo del condenado.

Oyóse un suspiro detrás de la puerta, Cornelio se inclinó para ver quien le habia dado, pero Rosa que adivinó su intencion, se habia echado hácia atrás.

—¿Y á qué hora, añadió Cornelio, es la ejecucion?

—Al mediodía, señor.

—¡Diablos! dijo Cornelio, me parece que he oido las diez, hace ya veinte minutos. No hay que perder tiempo.

—En efecto, para reconciliaros con Dios, dijo el escribano saludando profundamente, podeis pedir el ministro que mas os agrade.

Al decir estas palabras salió sin volverle la espalda, é iba á seguirle el carcelero substituto, cerrando la puerta del calabozo, cuando una mano blanca y temblorosa se interpuso entre el hombre y la pesada puerta.

Cornelio no vió mas que el casco de oro con carrilleras de encaje, como lo usan las bellas frisonas, ni oyó mas que un leve murmullo al oido del carcelero, pero este puso las gruesas llaves en la blanca mano que se le tendia, y bajando algunas gradas se sentó en medio de la escalera, guardado de este modo por él y por el perro que estaba abajo.

El casco de oro dió media vuelta y Cornelio reconoció el semblante de Rosa, con sus hermosos ojos azules anegados en lágrimas.

La jóven se adelantó hácia Cornelio, apoyando sus dos manos en su quebrantado pecho.

—¡Oh, señor, señor! dijo.

No pudo acabar.

—Hija mia, replicó Cornelio conmovido, ¿qué quereis de mí?

—Señor, vengo á pedir os un favor, dijo Rosa, tendiendo sus manos, parte hácia Cornelio y parte hácia el cielo.

—No lloreis así, Rosa, dijo el preso, porque vuestras lágrimas me lastiman mucho mas que la idea de mi cercana muerte. Bien sabeis que un inocente debe morir con calma y hasta con alegría, puesto que muere como un mártir. Dejad pues, de llorar y decidme, bella Rosa, vuestros deseos.

La jóven se dejó caer de rodillas.

—Perdonad á mi padre, dijo.

—¿A vuestro padre? exclamó Cornelio admirado.

—Sí, os ha tratado con mucha dureza, pero ese es su carácter; así se muestra con todos, y no es solo á vos á quien ha ultrajado.

—Yo le perdono, querida Rosa, bastante castigo tiene con el accidente que le ha sobrevenido.

—Gracias, dijo Rosa. Y entre tanto, ¿puedo servirlos de algo, puedo hacer alguna cosa en vuestro favor?

—Podeis, hermosa niña, enjugar vuestros bellos ojos, respondió Cornelio con su dulce sonrisa.

—Pero yo, ¿qué puedo hacer por voz? . . .

—El que no tiene mas que una hora de vida, es un gran sibarita si cree necesitar de algo, querida Rosa.

—¿El ministro que se os habia ofrecido? . . .

—Yo he adorado á Dios toda mi vida, Rosa. Le he adorado en sus obras, he acatado su voluntad. Dios no puede olvidarme, por eso no os pido un ministro. El último pensamiento que me ocupa se refiere á su glorificación. Ayudadme, querida Rosa, á cumplir este último pensamiento.

—¡Ah señor Cornelio, hablad, hablad! exclamó la jóven inundada en lágrimas.

—Dadme vuestra hermosa mano, hija mia, y prometedme que no os reireis.

—¡Reirme! exclamó Rosa, ¡reirme en este momento! ¿no me habeis mirado bien señor Cornelio?

—Sí, os he mirado, Rosa; os he visto con los ojos del cuerpo y con los ojos del alma. Jamás se ha ofrecido ante mi vista mujer mas hermosa, un alma mas pura, y si no os mirare mas desde este momento, perdonadme, es porque próximo á abandonar la vida. . . prefiero. . .

Rosa se estremeció. Cuando el preso pronunciaba estas palabras, daba las once la campana de Buytenhoff.

—Ya comprendo, dijo Cornelio, teneis razon, hija mia, démonos prisa.

Entonces sacando de su pecho donde habia ocultado de nuevo el papel que encerraba las cebollas desde que no temia ya que se le registrase:

—Querida amiga, dijo, yo he amado mucho á las flores en el tiempo en que ignoraba que se pudiese amar otra cosa. ¡Oh! no os ruboriceis, Rosa, deberia yo haceros una declaracion de amor. Ya veis, pobre niña, que esto no podria traer consecuencias, hay en el Buytenhoff un acero que dentro de sesenta minutos dará cuenta de mi temeridad. Yo amaba, pues, las flores, querida Rosa, y habia encontrado (á lo menos así lo creo) el secreto del gran tulipan negro que se tenia por imposible, y que es objeto de un precio de cien mil florines, propuesto por la sociedad horticola de Harlem. Estos cienmil florines (y Dios sabe que ellos no me causan pesar) los tengo aquí, en este papel, están ganados con los tres esquejes que encierra, y que podeis tomar, Rosa, porque os hago donacion de ellos.

—¡Señor Cornelio!

—¡Oh! podeis tomarlos, Rosa, no perjudicais á nadie, hija mia. Yo soy solo en el mundo: mis padres han muerto, no he tenido hermanos ni hermanas. Bien veis además, Rosa, que estoy abandonado, y que en esta hora terrible sois la única persona que está á mi lado consolándome y socorriéndome.

—Pero, señor, cien mil florines. . .

—¡Ah! hablemos seriamente, querida niña, dijo Cornelio. Cien mil florines formarán un buen dote para vuestra belleza, y los tendreis sin duda alguna, porque estoy muy seguro de mis cebollas. Los tendreis, querida Rosa, y no os pido en cambio, sino la promesa de casaros con un hombre honrado, jóven á quien amareis, y que os amará como yo amaba á mis flores. No me interrumpais, Rosa: solo me quedan algunos minutos. . .

La pobre niña se ahogaba con los continuos sollozos. Cornelio tomó una de sus manos.

—Escuchadme, continuó; he aquí cómo procederéis. Tomareis tierra en mi jardin de Dordrecht. Pedireis á mi jardinero Butruysheim estiércol de mi acirate número 6, con él plantareis en un cajon profundo estas tres cebollas que florecerán en mayo próximo, es decir, al sétimo mes, y cuando veais la flor en el tallo, procurad resguardarla del viento de la noche y del ardiente sol del dia. Yo estoy seguro de que florecerá completamente negra. Entonces dareis parte al presidente de la sociedad de Harlem, quien hará constar por el congreso el color de la flor y os harán entrega de los cien mil florines.

Rosa exhaló un gran suspiro.

—Ahora, continuó Cornelio limpiando una lágrima que iba á desprenderse de sus párpados, no arrancada por el pensamiento de su cercana muerte, sino por su hermoso tulipan negro que no debia volver á ver mas, yo no deseo otra cosa, sino que el tulipan se llame *Rosa Barlaensis*, es decir, que recuerde al mismo tiempo vuestro nombre y el mio, y como no sabiendo latin podriais olvidar esta palabra, buscadme un lápiz y papel donde os la escriba.

Rosa prorumpió en sollozos, y le entregó un libro bien empastado, que llevaba las iniciales de C. W.

—¿Qué es eso? preguntó el preso.

—¡Ay! es la Biblia de vuestro infeliz padrino, Cornelio de Witt. Ella le ha dado fuerzas para sufrir el tormento y oír su sentencia sin estremecerse. Yo la encontré en este cuarto después de la muerte del mártir, y la he guardado como una reliquia; hoy os la traia, porque me parece que este libro presta una fuerza sobrenatural. Vos no necesitais de esa fuerza que Dios se encargó de dar á vuestro corazon. ¡Bendito sea Dios! Escribid, señor Cornelio, lo que os parezca, que aunque tenga la desgracia de no saber leer, será ejecutado puntualmente.

Cornelio tomó la Biblia y la besó respetuosamente.

—¿Con qué escribir? preguntó.

—Ahí está un lápiz en la misma Biblia, dijo Rosa, y le he conservado, es el mismo lápiz que Juan de Witt había prestado á su hermano, y que no había vuelto á tomar.

Cornelio le tomó, y en la segunda página, porque como ya hemos dicho, la primera había sido arrancada, próximo á morir como su padrino, escribió con una mano no menos firme:

«Hoy 23 de agosto de 1672, pocos momentos antes de entregar, aunque inocente, mi alma á Dios en un cadalso, lego á Rosa Gryfus el único bien que me queda en este mundo, por haber sido los otros confiscados, lego, repito, á Rosa Gryfus tres cebolletas, que estoy profundamente convencido deben dar en el mes de mayo próximo un gran tulipan negro, objeto del gran premio de cien mil florines, propuesto por la sociedad de Harlem, deseando que recoja estos cien mil florines en mi nombre y lugar y como única heredera, con la sola y única condicion de casarse con un jóven de mi edad, poco mas ó menos, que la ame y á quien ella ame, y de dar al gran tulipan negro que vendrá á formar una nueva especie, el nombre de Rosa Barlaensis, es decir, su nombre y el mio reunidos.

Dios me tenga en su gloria y á ella en buena salud.—CORNELIO VAN BAERLE.»

—Leed, dijo después, dando á Rosa la Biblia.

—¡Ay! respondió la jóven á Cornelio, ya os he dicho que no sé leer.

Entonces Cornelio leyó á Rosa el testamento que acababa de hacer, y redoblaron los sollozos de la pobre niña.

—¿Acceptais mis condiciones? preguntó el preso sonriendo con melancolía y besando la punta de los dedos de la hermosa jóven.

—¡Oh! no puedo, señor, no puedo, dijo en tono balbuciente.

—Qué, no podeis, hija mia, ¿por qué?

—Porque me será imposible cumplir una de esas condiciones.

—¿Cuál? yo creía sin embargo haberlo todo allanado con nuestro tratado de alianza.

—¿Vos me dais los cien mil florines á título de dote?—Sí.

—¿Y para casarme con un hombre á quien ame?

—Sin duda.

—Pues bien, señor, ese dinero no puede ser mio. Yo no podré jamás amar á nadie, y no me casaré.

Y después de estas palabras penosamente pronunciadas, le flaquearon las rodillas á Rosa y por poco se desmaya bajo el peso del dolor.

Cornelio, asustado al verla tan pálida y casi moribunda iba á tomarla entre sus brazos, cuando un paso pesado, seguido de otros ruidos siniestros, resonó en las escaleras, acompañado de los ladridos del perro.

—¡Vienen á buscarnos! exclamó Rosa torciéndose las manos. ¡Dios mio! ¿No teneis, señor, algo mas que decirme?

Y cayó de rodillas con la cabeza oculta en sus brazos y sofocada por los sollozos y las lágrimas.

—Solo tengo que deciros, que oculteis con mucho cuidado vuestras cebolletas, y que las cuideis segun os tengo prescrito, y por mi amor. Adios, Rosa.

—¡Oh! sí, dijo ella sin levantar la cabeza, ¡sí! yo haré todo lo que me habeis dicho. Solo que no me casaré, añadió en voz baja, porque, lo juro, eso me sería imposible.

Y ocultó en su seno palpitante el tesoro querido de Cornelio.

El ruido que habian oido Cornelio y Rosa, era el que hacia el escribano que volvía á buscar al preso, seguido del ejecutor, de los soldados que habian de hacer la guardia al cadalso, y de los curiosos admitidos con frecuencia en la cárcel.

Cornelio sin debilidad, aunque tampoco con arrogancia, los recibió mas bien como amigos que como perseguidores, y se prestó á hacer cuanto aquellos hombres necesitaban para la ejecucion de su oficio.

Después, á un golpe de vista lanzado por la pequeña ventana enrejada, descubrió el cadalso, y á unos veinte pasos la horca, bajo la cual habian puesto, por orden del Stathouder, los restos ultrajados de los dos hermanos de Witt.

Cuando fué preciso bajar y seguir á los guardas, Cornelio buscó la mirada angelical de Rosa, pero no vió detrás de las espadas y alabardas mas que un cuerpo que yacia cerca de un banco de madera, y un rostro lívido oculto casi bajo los largos cabellos.

Mas al caer inanimada, Rosa, para obedecer todavía á su amigo, había apoyado su mano en su corsé de terciopelo, y aun casi privada de vida, continuaba instintivamente guardando el depósito inestimable que Cornelio le había confiado.

Y al salir del calabozo, el jóven pudo entrever en los dedos crispados de Rosa la hoja amarillenta de la Biblia, en la cual había escrito Cornelio de Witt tan penosa y dolorosamente las breves líneas, que al haberlas leído Cornelio, hubieran salvado á un hombre y á un tulipan.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
BIBLIOTECA
ALFONSO
No. 2625 MONTREY, MEXICO

LA EJECUCION.

CORNELIO tenia que andar menos de trescientos pasos desde la cárcel al cadalso. Al final de la escalera, el perro le miró pasar tranquilamente: Cornelio creyó haber observado en la mirada del mastin cierta expresion de dulzura que llegaba hasta la compasion. Quizá el perro conocia á los sentenciados y mordía solo á los que salian libres.

Bien puede comprenderse, que como era tan corto el tránsito desde la puerta de la cárcel hasta el cadalso, estaria lleno de curiosos. Eran aquellos mismos que no contentos con la sangre que habian bebido tres dias antes, esperaban una nueva victima. Así, apenas apareció Cornelio, cuando un murmullo inmenso se propagó por la calle, se extendió por todo el ámbito de la plaza, alejándose en las diferentes direcciones de las calles que desembocaban cerca del cadalso y que estaban llenas de gente. Así, que el cadalso se parecia á una isla en que vendrian á estrellarse las olas de cuatro ó cinco rios.

En medio de estas amenazas y de esas vociferaciones, Cornelio estaba como absorbido en sí mismo.

¿En qué pensaba aquel justo que iba á morir?

No en sus enemigos, no en sus jueces, menos en sus verdugos.

Si en los bellos tulipanes, á quienes veria desde la altura de los cielos, ya en Ceilan, ya en Bengala, ya en otros puntos, cuando sentado á la diestra de Dios, en medio de los mártires, pudiera mirar con piedad aquella tierra donde se habia degollado á Juan y á Cornelio de Witt, por haberse ocupado demasiado en la política, y donde se iba á degollar á Cornelio van Baerle por haber pensado demasiado en los tulipanes.

Todo se reduce á perder la cabeza, decia el filósofo, y se realizará mi hermoso sueño.

Lo único que ignoraba era si el verdugo reservaba al pobre tulipanero mas de un golpe, mas de un martirio, como á monsieur de Chalais, á Mr. de Thou y otros mal ejecutados.

No por eso dejó van Baerle de subir con resolucion las gradas del cadalso.

Subió orgulloso, como amigo de aquel ilustre Juan y ahijado de aquel noble Cornelio, á quienes los pillos reunidos para verle habian quemado y destrozado tres dias antes.

Arrodillóse, se puso á rezar, y observó no sin experimentar una viva ale-

gría, que colocando su cabeza sobre el tajo, y conservando los ojos abiertos, podia ver hasta el último momento la ventana enrejada de Buytenhoff.

Llegó la hora de hacer el terrible movimiento: Cornelio colocó su barba en el tajo húmedo y frio. Pero en aquel momento se cerraron sus ojos á pesar suyo, para recibir mas resueltamente la horrible descarga que iba á caer sobre su cabeza y aniquilar su existencia.

Vióse reflejar una luz en el suelo del cadalso; el verdugo levantaba la espada.

Van Baerle se despidió de su gran tulipan negro, seguro de despertar saludando á Dios en un mundo en donde luciria otro sol y se verian otros colores.

Tres veces sintió el viento frio de la espada en su cuello estremecido.

Pero ¡oh sorpresa! no sintió dolor ni sacudimiento.

De repente, sin saber por qué, van Baerle se sintió levantar por manos bastante suaves, y bien pronto se encontró sostenido por sus piés un poco vacilantes.

Volvió á abrir los ojos.

Una persona leia algo á su lado, en un gran pergamino con un gran sello de cera roja.

Y el mismo sol, amarillento y pálido como conviene á un sol holandés, lucia entonces en el cielo, y la misma ventana enrejada le miraba de lo alto de Buytenhoff, y los mismos pillos, no ya aullando sino embobados, le miraban desde la plaza.

A fuerza de abrir los ojos, de mirar y de escuchar, van Baerle comenzó á comprender:

Que monseñor Guillermo, principe de Orange, temiendo sin duda que las diez y siete libras de sangre, onzas mas ó menos, que van Baerle tenia en el cuerpo, hiciesen rebosar la copa de la justicia divina, se habia dejado conmovir por su carácter y las apariencias de inocencia, en consecuencia de lo cual su alteza le perdonaba la vida. He aquí por qué la espada, que se habia levantado con un reflejo siniestro, habia volteado tres veces al rededor de su cabeza, como el pájaro fúnebre al rededor de la de Turno, pero no habia caido sobre su cabeza y habia dejado intactas las vértebras.

He aquí la razon de no haber experimentado dolor ni sacudimiento, y por qué el sol continuaba sonriendo, aunque de un modo bastante triste, en la bóveda celeste.

Cornelio que habia esperado ver á Dios y el panorama tulípico, quedó en verdad algo chasqueado, pero se consoló fácilmente, esperando que la gracia seria completa y que se le devolverian su libertad y sus acirates de Dordrecht. Pero Cornelio se equivocaba: habia una posdata en la carta, como decia Mma. de Sévigné hácia aquel tiempo, y lo mas importante de la carta lo contenia la posdata.

Por esta posdata, Guillermo, Stathuoder de Holanda, condenaba á Cornelio van Baerle á un encierro perpetuo. No era bastante culpable para quitarle la vida, y lo era demasiado para ponerle en libertad.

Cornelio oyó pues la posdata, y después de pasada la primera contrariedad causada por el engaño, dijo para sí:

—¡Bah! todo no se ha perdido. El encierro perpetuo tiene sus ventajas. Está Rosa en el encierro perpetuo y también mis tres esquejes del tulipan negro.

Pero Cornelio olvidaba que las siete provincias podían tener siete prisiones, y que el alimento de un preso cuesta menos en una provincia que en la Haya, que es una capital.

Su alteza Guillermo, que á lo que parece no tenía medios de alimentar á van Baerle en la Haya, le enviaba cumplir su condena en la fortaleza de Loewestein, bastante cerca de Dordrecht, pero sin embargo demasiado lejos. Loewestein, dicen los geógrafos, está situado en la punta de la isla formada, en frente de Gorcum, por los rios Wahal y Meusa.

Van Baerle sabía demasiado la historia de su país para ignorar que en aquel mismo castillo había sido encerrado el célebre Grocio, después de la muerte de Barneveldt, y que los Estados en su generosidad para con el célebre publicista, juriconsulto, historiador, poeta y teólogo, le habían concedido una suma de veinte y cuatro sueldos de Holanda por día para su alimento.

—Yo, decía para sí van Baerle, que estoy muy lejos de valer lo que Grocio tendré á duras penas la mitad y viviré muy mal, pero. . . en fin viviré.

De repente, herido de un recuerdo terrible:

—¡Ah! exclamó Cornelio, ¡qué húmedo y nebuloso es este país! ¡cuán malo es el terreno para los tulipanes! Y Rosa, Rosa no estará en Loewestein, murmujeó dejando caer sobre su pecho la cabeza, que había faltado poco para que rodase por el suelo.



IV.

LO QUE PASABA ENTRE TANTO EN EL ALMA
DE UNO DE LOS ESPECTADORES.

MIENTRAS estaba Cornelio reflexionando como dejamos dicho, un carruaje se había arrimado al cadalso: era un coche para el preso, quien, obedeciendo á la orden que se le diera, montó al punto en él.

La última mirada de van Baerle fué para el Buytenhoff: esperaba ver en la ventana el consolado rostro de Rosa; pero fogosos como ellos solos los caballos del carruaje, lleváronse presto á Cornelio del sitio donde resonaban las aclamaciones de la muchedumbre, en honra del magnánimo statuder, las que iban acompañadas de invectivas contra los de Witt y contra su ahijado salvado del suplicio.

Esto hacia decir á los circunstantes:

—¡Muy acertados anduvimos con ajusticiar sin pérdida de tiempo al gran facineroso de Juan y al pilluelo de Cornelio, pues si hubiéramos tardado un poco, la clemencia de su alteza nos los hubiera quitado de las manos como acaba de arrebatarnos á éste!

Entre los espectadores que la ejecucion de van Baerle había llamado al Buytenhoff y que habían quedado algo disgustados del corte que tomaba la cosa, el mas desconsolado era, de seguro, un cierto vecino, vestido con limpieza, que desde muy de mañana había hecho tanto con sus piés y sus manos que había logrado no verse separado del cadalso mas que por la fila de soldados que rodeaba el instrumento del suplicio.

Muchos se habían mostrado sedientos de la sangre *pérfida* de Cornelio; pero ninguno había manifestado este deseo con la expresion y la tenacidad del vecino de que hablamos.

Los mas rabiosos habían acudido desde Buytenhoff para coger el mejor lugar; pero aquel, anticipándose á los mas desafortados, había pasado la noche en el umbral de la cárcel, y de la cárcel había llegado á la primera hilera, *unquibus el rostro*, como tenemos dicho, halagando á unos y riñendo con los otros.

Y cuando el verdugo tenía ya á su sentenciado en el patíbulo, el vecino, encaramado en un guardaruedas de la fuente para ver mejor y ser mejor visto, había hecho al verdugo un ademan que significaba:

—Estamos corrientes, ¿no es verdad?

Ademan á que había contestado el verdugo con otro que daba á entender:

—No tengais cuidado.

Qué era pues, aquel vecino que parecia estar tan bien con el verdugo y que querian decir estos ademanes?

Nada mas sencillo. El vecino era mykeer Isaac Boxtel, quien desde la aprehension de Cornelio se habia trasladado, como lo hemos visto, á la Haya, para probar á apropiarse las tres cebolletas del tulipan negro.

Boxtel habia tentado primero á Grifus, pero siendo este muy parecido al alano en punto de fidelidad, desconfianza y bellaquería, se habia escamado del odio de Boxtel, á quien tomó por amigo ferviente de Cornelio, y cuyas indagaciones vió como astucias para proporcionar al preso algun medio de evasion.

Por lo tanto, á las primeras propuestas que Boxtel hizo á Grifus sobre sus- traer las cebolletas que Cornelio van Baerle debia tener ocultas en el seno ó en algun rincón del calabozo, Grifus no habia contestado sino con una negativa acompañada de las caricias del perro de la escalera.

Boxtel sin desanimarse por haber perdido entre los dientes del mastin los fondillos de sus pantalones, volvió á la carga; pero fué cuando Grifus estaba tirado en la cama con fiebre y roto el brazo, de suerte que ni siquiera le quiso hablar, á pesar de haber ofrecido á Rosa un tocado de oro puro en cambio de las tres cebolletas; á lo cual la noble jovencilla, aunque ignorante del valor del robo que le proponian hacer y que prometian pagarle tan bien, habia enviado al tentador con el verdugo, como último juez y aun último heredero del sentenciado.

Ocurrióle con esto una idea á Boxtel.

Entre tanto, habia sido pronunciado el fallo; fallo expeditivo, como se ha visto, y que no dió tiempo á Isaac para sobornar á nadie: detúvose en consecuencia en la idea que le habia sugerido Rosa, y fuése á ver con el verdugo.

Isaac no dudaba que Cornelio muriese con sus tulipanes en el seno.

En efecto, Boxtel no podia adivinar dos cosas, á saber:

Rosa, esto es el amor;

Guillermo, esto es la clemencia.

Sin Rosa y Guillermo, los cálculos del envidioso salían exactos.

Sin Guillermo, Cornelio hubiera muerto.

Sin Rosa, Cornelio hubiera muerto con sus cebolletas en el seno.

Mykeer Boxtel fué pues, á verse con el verdugo, vendióse con él por amigo muy íntimo del sentenciado, y á excepcion de las prendas de oro y plata que dejaba él al ejecutor, compró toda la ropa del futuro difunto por la suma algo exorbitante de cien florines.

Pero ¿qué eran cien florines para un hombre que contaba casi por seguro comprar con ellos el premio de la sociedad de Harlem?

Venia á ser como dinero prestado á mil por uno, lo cual convendrá cualquiera en que es una linda operacion.

El verdugo, por su parte, no tenia nada ó casi nada que hacer para ganar

sus cien florines. No habia mas que, concluida la ejecucion, dejar á mynkeer Boxtel treparse al cadalso con sus criados para recoger los restos inanimados de su amigo.

La cosa, por lo demás, estaba en uso entre los fieles cuando uno de sus maestros moria públicamente en el Buytenhoff.

Un fanático como lo era Cornelio, bien podia tener otro fanático que diese cien florines por sus reliquias.

El verdugo no hizo pues, ningun reparo á la propuesta; tan solo una condicion puso: el pago adelantado, para evitar que si Boxtel no quedaba satisfecho se negase luego á pagar.

Boxtel pagó anticipadamente y aguardó.

Contémplese segun esto cuál seria la agitacion de Boxtel; con qué empeño no vigilaria á las guardias, al escribano, al ejecutor; cuánto no le inquietarian los movimientos de van Baerle, cuán bien no trataria de ver acomodado á este en el tajo, cómo caia, y de que al caer no aplastase las estimables cebolletas, si no habia tenido el cuidado siquiera de encerrarlas en una caja de oro, supongamos, por ser el oro el mas duro de los metales.

No emprenderemos de escribir el efecto producido en aquel digno mortal por el indulto de la pena de muerte. ¿En qué perdía su tiempo el verdugo haciendo relumbrar su espada por encima de la cabeza de Cornelio, en lugar de asestarle el golpe? Pero cuando vió al escribano tomar de la mano al sentenciado, levantarle sacando del bolsillo un pergamino; cuando oyó la gracia otorgada por el statuder leída á voz de pregon, Boxtel se cambió de hombre en bestia feroz: la rabia del tigre, de la hiena y de la víbora resaltó en sus ademanes: si hubiese estado inmediato á van Baerle, se habria abalanzado sobre él y le hubiera descuartizado.

En resumidas cuentas, Cornelio quedaria con vida, Cornelio iria á Loewesteyn: allí en su mismo calabozo, conservaria consigo las cebolletas, y tal vez por remate de cuentas se encontraria con un jardin donde lograrse hacer florecer el tulipan negro.

Catástrofes hay que la pluma de un pobre escritor no puede describir, viéndose por lo tanto precisado á dejarlas á la imaginacion de sus lectores en toda la sencillez del hecho.

Boxtel, pasmado, cayó de su guardacanton sobre algunos orangistas, descontentos como él del giro que acababa de tomar el negocio, y los cuales pensando que los gritos dados por mynkeer Isaac eran voces de alegría, le hartaron á puñetes, puñetes que seguramente no hubieran sido mejor dados al otro lado del estrecho.

Pero ¿qué eran unos cuantos puñetes con el dolor que sentia Boxtel?

Quiso al punto correr tras el coche que se llevaba á Cornelio con sus cebolletas: mas no viendo en su precipitacion un guijarro que tenia al paso, trope-

zó, perdió su centro de gravedad rodó á diez pasos y no volvió á levantarse sino pisoteado, atropellado y después que todo el fangoso populacho de la Haya hubo pasado por encima de su cuerpo.

En esta circunstancia tambien, Boxel, que estaba de desgracia, salió con su ropa hecha pedazos, su espinazo acardenalado y sus manos desolladas.

Pareceria que con esto quedaria escarmentado Boxel.

Nada de eso.

Boxel, luego que se hubo puesto en pié, se arrancó los mas cabellos que pudo y tirólos en holocausto á esta divinidad feroz é insensible que se llama Envidia.

Sin duda fué esta una ofrenda muy grata á dicha diosa, la cual, segun nos cuenta la mitología, no tiene mas que sierpes por tocado.

LAS PALOMAS DE DORDRECHT.

ERA ya por cierto mucha honra para Cornelio van Baerle el verse encerrado justamente en la misma cárcel en que lo habia sido el sabio M. Grocio.

Pero á su llegada á la cárcel, otra honra mayor le aguardaba. Encontróse con que el cuarto habitado por el ilustre amigo de Barneveldt estaba vacante en Loewestein, cuando la clemencia del príncipe de Orange mandó allí al tulpanero van Baerle.

Aquel cuarto tenia muy mala fama en el castillo desde que, gracias á la imaginacion de su mujer, M. Grocio se habia escapado de ella en el famoso cofre de libros que se habia olvidado registrar.

Por otra parte, esto pareció de muy buen agüero á van Baerle, á quien fué dado el mismo aposento por alojamiento: pues en resumidas cuentas, jamás á su entender hubiera debido un carcelero hacer habitar á un segundo palomo la jaula de donde tan fácilmente se habia volado ya otro.

Es histórico el aposento. No perderemos nosotros nuestro tiempo en consignar aquí sus detalles, salvo una alcoba que habia sido hecha para madama Grocio. Era esta un cuarto de cárcel como los demás, mas alta quizá, por cuya ventana podia recrearse la vista.

El interés de nuestra historia no consiste de ninguna suerte en las descripciones de los adentros de los edificios. Para van Baerle la vida era algo mas que un aparato respiratorio; pues el pobre preso, amaba, sobre su máquina neumática, dos cosas cuya posesion facticia tan solo podia proporcionársela el pensamiento, ese viajero que nadie alcanza á cortarle el vuelo.

Una flor y una mujer, una y otra para siempre perdidas para él.

¡Engañábase afortunadamente el buen van Baerle! Dios que en las gradas mismas del cadalso le habia manifestado su afabilidad paternal, Dios le reservaba, en el seno de su cárcel, en el propio cuarto de M. Grocio, la existencia mas venturosa que haya cabido á un tulpanero en suerte.

Estando un dia asomado á su ventana, á tiempo que respiraba el fresco ambiente que subia del Vahal, y admiraba á lo léjos, detrás de un bosque de chimeneas, los molinos de Dordrecht su patria, vió venir una parva de palomas de por aquel rumbo y posar, sacudiéndose las alas al sol, sobre las agudas puntas de la pared de Loewestein.

—Esas palomas, díjose van Baerle, vienen de Dordrecht y por consiguiente pueden volver allí. Si uno atase una palabra bajo el ala de esas palomas conseguiria tal vez dar noticias de su paradero á las personas que lloran por él en Dordrecht.

Luego, tras un momento de evagacion.

—Ese uno, añadió van Baerle, seré yo.

Quando tiene uno veintiocho años y se ve condenado á cárcel perpetua, es decir á cosa de veintidós ó veintitrés millares de dias de encierro, no se impacienta con facilidad.

Van Baerle, sin dejar de pensar en sus esquejes, pues latía siempre este pensamiento en el fondo de su memoria como late el corazon en el fondo del pecho, van Baerle, decimos, sin dejar un momento de pensar en sus esquejes, hizose una trampa para palomas: empleó todos los recursos de su cocina para atraer estas aves, gastando diariamente diez y ocho sueldos de Holanda, doce sueldos de Francia, y después de un mes de pruebas infructuosas, pescó una hembra.

Fuéronsele otros dos meses en catar un macho: luego los encerró juntitos, y hácia principios del año 1675, habiendo logrado que pusieran huevitos, soltó á la hembra, la cual confiada en que el macho los cubria en su ausencia, se fué muy contenta á Dordrecht con su billete bajo el ala.

Volvió en la noche.

Aun tenia el billete.

Y trájole así consigo quince dias, con mucho desconsuelo primero, con mucha desesperacion á lo último por parte de van Baerle.

El décimosexto dia, por fin, volvió vacía.

El consabido billete iba dirigido por van Baerle á la vieja frisia su nodri-

za, suplicando á las caritativas gentes que encontrasen la esquila que la enviasen á aquella por el conducto mas seguro y breve posible.

En la misma esquila estaba encerrado un billetito dirigido á Rosa.

Dios que avienta con su soplo las simientes del alelí amarillo á los muros de los envejecidos castillos, haciéndolas florecer con una poquita de lluvia, Dios permitió que la nodriza recibiera la carta.

Y he aquí cómo.

Al viajar de Dordrecht para la Haya y de la Haya para Gorcum, mynkeer Isaac Boxel había abandonado no tan solo su casa, no ya solo á su criado, no solamente su observatorio, y sus telescopios, sino tambien sus palomas.

El criado, viéndose sin salario, tuvo que mantenerse con sus pequeños ahorros primero, y con las palomas después.

Lo cual visto por las palomas, emigraron del techo de Isaac Boxel al techo de Cornelio van Baerle.

La nodriza, alma de Dios que no podia pasar sin aquerenciarse á algo, se hizo muy amiga de las palomas que habían llegado á pedirle hospitalidad, y cuando el criado de Boxel reclamó, para engullírselas, las primeras doce ó quince, rescatóselas mediante seis sueldos de Holanda por cabeza: el criado aceptó muy contento la oferta, por apenas valian la mitad las palomas.

De esta suerte vino la nodriza á adquirir la propiedad legítima de las palomas del envidioso; las cuales juntas con otras, tenían costumbre de visitar en sus romerías la Haya, Loewestein, Róterdam, en busca, seguramente, de otro género de trigo, de cañamon de diverso gusto.

El acaso, ó mejor dicho Dios, Dios que en todas las cosas se nos manifiesta, Dios pues, dispuso que van Baerle pillase una de estas mismísimas palomas.

De aquí se advierte que si el envidioso no se hubiera ausentado de Dordrecht por ir en pos de su rival primero á la Haya y después á Gorcum ó á Loewestein, como se quiera, no mediando entre las dos localidades mas que la union del Vahal y de la Mosa, sin duda que á sus manos y no á las de la nodriza, habría ido á parar la esquila de van Baerle; habiendo entonces sucedidole al pobre preso lo que al cuervo del zapatero romano, es decir que hubiera perdido tiempo y trabajo, y nosotros, en vez de tener que referir los sucesos variados que, semejantes á una alfombra de mil colores, van á desarrollarse de nuestra pluma, no habríamos tenido que describir sino una serie de dias monótonos, tristes y melancólicos como el manto de la noche.

La esquila pues, cayó en poder de la nodriza de van Baerle.

Allá en los primeros dias de febrero, cuando las primeras horas de la noche descendían del cielo dejando tras sí las nacientes estrellas, Cornelio sintió herir sus oídos, por el lado de la escalera, una voz que le hizo estremecerse.

Llevóse la mano al corazón y púsose á escuchar.

Era el metal de voz armonioso y grato de Rosa.

Cornelio, no lo negaremos, no recibió la excesiva sorpresa, la extraordinaria alegría que de seguro habría tenido sin la historia de la paloma; pues esta, en cambio de su esquila, le había traído la esperanza debajo de su ala vacía, y de un dia á otro contaba, él que conocía á Rosa, recibir noticias de su amor y de sus esquejes, como hubiese sido entregado el billete á su título.

Levantóse, aguzando el oído é inclinando el cuerpo hácia la puerta.

No cabía duda, aquel era sin remedio el metal de voz que le había trastornado deliciosamente en la Haya.

Pero y ahora, Rosa que había caminado de la Haya á Loewestein, Rosa que había logrado, sepa Dios cómo, meterse en la prision, ¿conseguiría tambien penetrar hasta el propio aposento del preso?

Mientras que Cornelio se devanaba los sesos con pensamientos, deseos é inquietudes mil, abrióse el postiguillo de la puerta de su calabozo, y Rosa, relumbrante de alegría, engalanada con su atavío y embellecida con la pesadumbre que había quebrado el vivo color de sus mejillas desde hacia cinco meses, Rosa pegó su rostro á la rejita diciéndole:

—¡Oh! ¡señor, señor! ¡aquí me teneis!

Extendió Cornelio los brazos, levantó al cielo los ojos y exhaló un grito de júbilo.

—¡Oh! ¡Rosa, Rosa! exclamó.

—¡Silencio! hablemos quedito, que ahí viene mi padre, dijo la jovencilla.

—¿Vuestro padre?

—Sí, allá está en el patio, á la subida de la escalera, recibiendo las instrucciones del gobernador; ya va á subir.

—¿Las instrucciones del gobernador?

—Escuchad, voy á deciroslo todo en dos palabras: el statuder tiene una casa de campo á una legua de Leide, una grande lechería, no mas; mi tia, su nodriza, es la que corre con todas las bestias que hay en el costijo aquel. En cuanto recibí vuestra carta, ¡ay! que no pude leer, pero que me leyó vuestra nodriza, corrí á ver á mi tia, estúveme con ella hasta que ví al principe y pedile entonces que trocase mi padre su empleo de llavero mayor de la cárcel de la Haya por el empleo de carcelero de la fortaleza de Loewestein. No se malició mi objeto, pues á conocerle, tal vez se habría negado; al contrario, se prestó.

—¿De manera que venís aquí?

—Ya lo estais mirando.

—¿Con que os veré todos los los dias?

—Cuantas veces yo pueda.

—¡Oh Rosa! ¡mi linda Santa Rosa! dijo Cornelio, ¿con que me quereis un poquito?

—Un poquito. . . repuso ella, ¡oh! no pedis bastante, Mr. Cornelio.

Alargóle apasionadamente van Baerle la mano, pero no mas sus dedos pudieron tocarse por entre la rejilla.

—¡Ya está aquí mi padre! dijo la jovencita.

Y Rosa de un brinco se apartó de la reja y se encontró con Grifus que se presentaba arriba de la escalera.

VI.
EL POSTIGUILLO.

GRIFUS venia acompañado del mastin.

Traíale en su visita para que conociese á los presos cuando se ofreciera.

—Padre, dijo Rosa, aquí está la mentada pieza de donde se huyó Mr. Grocio: ¿os acordais? Mr. Grocio.

—Ya, ya, aquel picaro de Grocio, amigo del facineroso de Barneveldt, á quien ví ajusticiar cuando era yo chiquillo. ¡Grocio! ¡ay! ¡ay! ¡con que este es el cuarto de donde se escabulló! ¡Pues bueno! apuesto á que nadie se escapa de aquí después de él.

Y abriendo la puerta comenzó en medio de la oscuridad su sermón al preso.

El mastin, por su parte, púsose á olfatear, regañando, las pantorrillas del preso, como para pedirle cuentas y preguntarle con qué título habia escapado de morir, habiéndole visto salir en medio del escribano y el verdugo.

Pero la bella Rosa le llamó y el mastin se fué á su lado.

—Señor, dijo Grifus levantando su linterna para ver de alumbrar un poco en torno de sí, reconoced en mí á vuestro nuevo carcelero. Yo, yo soy el llavero mayor y tengo á mi cuidado todos los aposentos. No soy malo, no; pero sí soy tieso en todo lo que tiene que ver con la disciplina.

—Ya os conozco muy bien, mi querido monsieur Grifus, contestó el preso poniéndose donde le bañara la luz.

—¡Hola! ¡hola! ¿sois vos, caballero van Baerle? exclamó Grifus; ¡ah! ¡con que sois vos! ¡Vaya, vaya! ¡cataos aquí como se vuelve uno á encontrar!

—Sí, señor. Y con muchísimo gusto veo, querido señor Grifus, que vuestro brazo sigue á las mil maravillas, pues que con él teneis asida una linterna. Grifus arrugó las cejas.

—Ved lo que son las cosas, dijo; en política siempre se cometen tonterías. Su alteza os ha dejado la vida, y yo no lo hubiera hecho.

—¡Bah! ¿Y por qué no? preguntó Cornelio.

—Porque sois capaz de meteros en conspirar nuevamente: vosotros los sabios teneis tratos con el diablo.

—Decidme, maese Grifus, ¿no estais contento con el modo con que os comuse el brazo ó con el precio que os pedi? dijo riéndose Cornelio.

—Al contrario, ¡pardiez! al contrario, replicó el carcelero, me habeis comuesto bien el brazo. Hay en ello algo de brujería: á las seis semanas ya me servia yo de él como si nada le hubiera sucedido. Por mas señas que el facultativo del Buytenhoff que sabe donde tiene las narices, queria rompérmele otra vez para componérmele como se debe, prometiéndome que después de tres meses aun no podria yo hacer uso de él.

—¿Y no quisisteis?

—Dije que no. Mientras pueda yo santiguarme con este brazo (Grifus era católico), mientras pueda yo santiguarme con este brazo, me rio del diablo.

—Pues si os reís del diablo, maese Grifus, con mas razon debeis reiros de los sabios.

—¡Oh! ¡los sabios! exclamó Grifus sin responder á la interpelacion, ¡los sabios! . . . Mejor quisiera yo tener que cuidar á diez militares que no á un solo sabio. Los militares fuman, beben, se achispan, se ponen tiernos como un carnerito cuando se les da aguardiente ó vino de la Mosa. ¡Pero un sabio, beber, fumar, achisparse! ¡sí, ya iba! Son de la boca chiquita, no hacen gasto, están siempre en su acuerdo para poder enredar. Mas desde luego teneos sabido que lo que es enredar, eso no ha de seros muy llano que digamos. No he de consentiros yo ni libros, ni papel, ni nada de greguería. Con libros se escabulló M. Grocio.

—Os aseguro, maese Grifus, replicó van Baerle, que si acaso alguna vez tuve el pensamiento de escaparme, ya no le tengo.

—¡Norabuena, muy bien hecho! dijo Grifus; cuidaos, cuidaos, que yo tambien os cuidaré. Con todo, con todo; ¡siempre ha hecho una tontería bien gorda su alteza!

—¿Con no mandarme quitar la cabeza? . . . ¡Tantas gracias, maese Grifus!

—¡Pues no tiene duda! ¿A que ahora ya no se bullen para nada los señores de Witt?

—¡Es horroroso lo que estais hablando ahí, señor Grifus! dijo van Baerle volviendo á un lado la cabeza para recatar su disgusto. Os olvidais de que uno de los desdichados que nombráis es mi amigo, y el otro . . . el otro mi segundo padre.

—Sí, pero tambien me acuerdo que entrambos son conspiradores. Y luego, por pura filantropía es por lo que hablo así.

Alargóle apasionadamente van Baerle la mano, pero no mas sus dedos pudieron tocarse por entre la rejilla.

—¡Ya está aquí mi padre! dijo la jovencita.

Y Rosa de un brinco se apartó de la reja y se encontró con Grifus que se presentaba arriba de la escalera.

VI.

EL POSTIGUILLO.

GRIFUS venia acompañado del mastin.

Traíale en su visita para que conociese á los presos cuando se ofreciera.

—Padre, dijo Rosa, aquí está la mentada pieza de donde se huyó Mr. Grocio: ¿os acordais? Mr. Grocio.

—Ya, ya, aquel picaro de Grocio, amigo del facineroso de Barneveldt, á quien ví ajusticiar cuando era yo chiquillo. ¡Grocio! ¡ay! ¡ay! ¡con que este es el cuarto de donde se escabulló! ¡Pues bueno! apuesto á que nadie se escapa de aquí después de él.

Y abriendo la puerta comenzó en medio de la oscuridad su sermón al preso.

El mastin, por su parte, púsose á olfatear, regañando, las pantorrillas del preso, como para pedirle cuentas y preguntarle con qué título habia escapado de morir, habiéndole visto salir en medio del escribano y el verdugo.

Pero la bella Rosa le llamó y el mastin se fué á su lado.

—Señor, dijo Grifus levantando su linterna para ver de alumbrar un poco en torno de sí, reconoced en mí á vuestro nuevo carcelero. Yo, yo soy el llavero mayor y tengo á mi cuidado todos los aposentos. No soy malo, no; pero sí soy tieso en todo lo que tiene que ver con la disciplina.

—Ya os conozco muy bien, mi querido monsieur Grifus, contestó el preso poniéndose donde le bañara la luz.

—¡Hola! ¡hola! ¿sois vos, caballero van Baerle? exclamó Grifus; ¡ah! ¡con que sois vos! ¡Vaya, vaya! ¡cataos aquí como se vuelve uno á encontrar!

—Sí, señor. Y con muchísimo gusto veo, querido señor Grifus, que vuestro brazo sigue á las mil maravillas, pues que con él teneis asida una linterna. Grifus arrugó las cejas.

—Ved lo que son las cosas, dijo; en política siempre se cometen tonterías. Su alteza os ha dejado la vida, y yo no lo hubiera hecho.

—¡Bah! ¿Y por qué no? preguntó Cornelio.

—Porque sois capaz de meteros en conspirar nuevamente: vosotros los sabios teneis tratos con el diablo.

—Decidme, maese Grifus, ¿no estais contento con el modo con que os comuse el brazo ó con el precio que os pedi? dijo riéndose Cornelio.

—Al contrario, ¡pardiez! al contrario, replicó el carcelero, me habeis comuesto bien el brazo. Hay en ello algo de brujería: á las seis semanas ya me servia yo de él como si nada le hubiera sucedido. Por mas señas que el facultativo del Buytenhoff que sabe donde tiene las narices, queria rompérmele otra vez para componérmele como se debe, prometiéndome que después de tres meses aun no podria yo hacer uso de él.

—¿Y no quisisteis?

—Dije que no. Mientras pueda yo santiguarme con este brazo (Grifus era católico), mientras pueda yo santiguarme con este brazo, me rio del diablo.

—Pues si os reís del diablo, maese Grifus, con mas razon debeis reiros de los sabios.

—¡Oh! ¡los sabios! exclamó Grifus sin responder á la interpelacion, ¡los sabios! . . . Mejor quisiera yo tener que cuidar á diez militares que no á un solo sabio. Los militares fuman, beben, se achispan, se ponen tiernos como un carnerito cuando se les da aguardiente ó vino de la Mosa. ¡Pero un sabio, beber, fumar, achisparse! ¡sí, ya iba! Son de la boca chiquita, no hacen gasto, están siempre en su acuerdo para poder enredar. Mas desde luego teneos sabido que lo que es enredar, eso no ha de seros muy llano que digamos. No he de consentiros yo ni libros, ni papel, ni nada de greguería. Con libros se escabulló M. Grocio.

—Os aseguro, maese Grifus, replicó van Baerle, que si acaso alguna vez tuve el pensamiento de escaparme, ya no le tengo.

—¡Norabuena, muy bien hecho! dijo Grifus; cuidaos, cuidaos, que yo tambien os cuidaré. Con todo, con todo; ¡siempre ha hecho una tontería bien gorda su alteza!

—¿Con no mandarme quitar la cabeza? . . . ¡Tantas gracias, maese Grifus!

—¡Pues no tiene duda! ¿A que ahora ya no se bullen para nada los señores de Witt?

—¡Es horroroso lo que estais hablando ahí, señor Grifus! dijo van Baerle volviendo á un lado la cabeza para recatar su disgusto. Os olvidais de que uno de los desdichados que nombráis es mi amigo, y el otro . . . el otro mi segundo padre.

—Sí, pero tambien me acuerdo que entrambos son conspiradores. Y luego, por pura filantropía es por lo que hablo así.

—¡De veras, eh! Explicadme cómo se entiende eso, mi querido señor Grifus, para que yo lo entienda.

—Pues así es: si vos os hubieseis quedado en el tajo de maese Harbruck....

—¿Qué?

—¿Qué? Que ya no tendríais trabajos; mientras que aquí, no tengo por qué negároslo, yo he de daros muy mala vida.

—Gracias por la promesa, maese Grifus.

Y mientras el preso se sonreía irónicamente con el carcelero, Rosa, por detrás de la puerta, le respondía con una sonrisa llena de angelical consuelo.

Grifus se encaminó á la ventana.

Todavía no había oscurecido tanto que no se distinguiese un horizonte inmenso perdiéndose en una bruma pardosa.

—¿Qué tal vista tiene esto? preguntó el carcelero.

—¡Oh! ¡lindísima! dijo Cornelio mirando á Rosa.

—Sí, sí; demasiada, demasiada vista.

En este punto, las dos palomas, espantadas con la vista y particularmente con la voz de aquel desconocido, salieron volando de su nido y se desaparecieron en medio de la niebla.

—¡Hola, hola! ¿qué es eso? preguntó el carcelero.

—Mis palomas, contestó Cornelio.

—¡Mis palomas! exclamó el carcelero, ¿cómo es eso de mis palomas! Pues qué ¿puede tener un preso algo suyo?

—Entonces, dijo Cornelio, las palomas que el providente Dios me ha prestado.

—Aquí teneis ya una falta, replicó Grifus. ¿Palomas? ¡ah! mocito, mocito, os aviso una cosa, y es que, sin que pase de mañana, esos pájaros han de estar en mi olla.

—Bueno sería que las cataseis, maese Grifus, dijo van Baerle: ya que no gustais que sean míos os juro que menos son vuestros.

—Lo que para después se deja no es decir que se haya perdido, replicó echando votos Grifus, y no ha de pasar de mañana que yo les tuerza el pescuezo.

Y Grifus al estar haciendo esta malvada promesa á Cornelio, se inclinó hácia afuera para reconocer la figura del nido; con lo que tuvo lugar van Baerle para correr á la puerta y apretarle la mano á Rosa, quien le dijo:

—A las nueve esta noche.

Grifus, absorto con el deseo de pillar otro día las palomas, cogió del brazo á su hija, salióse, dió dos vueltas á la cerradura, corrió los cerrojos, y fuése á hacer las mismas ofertas á otro preso.

No bien se hubo ausentado Grifus cuando Cornelio se llegó á la puerta para escuchar el ruido de los pasos que iba disminuyendo conforme se alejaba, y

ya que dejó de oírlos, corrió á la ventana y desbarató el nido de las palomas.

Mejor quería no volver á verlas nunca que no poner en riesgo la vida de los queridos mensajeros á los cuales debía la fortuna de haber vuelto á encontrarse con Rosa.

La visita del carcelero, sus brutales amenazas, la triste perspectiva de su sobrevigilancia cuyos abusos conocia bien, nada de todo esto fué bastante á distraer á Cornelio de los halagüeños pensamientos y sobre todo de la grata esperanza que la presencia de Rosa había suscitado en su alma.

Aguardó con impaciencia á que diesen las nueve en la torre del castillo.

Había dicho Rosa:

—A las nueve, esperadme.

La última nota del bronce vibraba todavía en el aire cuando Cornelio percibió en la escalera el ruido del paso ligero y del vestido undoso de la bella frisía y en breve la reja de la puerta en que tenia clavados los ojos Cornelio se alumbró.

El postiguillo acababa de abrirse por la parte de afuera.

—Aquí me teneis, dijo Rosa, jadeando con la subida de la escalera: ¡aquí me teneis!

—¡Oh, buena Rosa!

—¿Os alegráis de verme?

—Y ¡vos me lo preguntais!

—¿Pero cómo os habeis dado traza para venir? ¡contádmelo!

—Habeis de estar en que mi padre todas las noches se duerme casi en cuanto acaba de cenar; entonces le acuesto un poco atarantado con la ginebra. No se lo digais á nadie, porque merced á ese sueño podré todas las noches venir á platicar una hora con vos.

—¡Oh! ¡cuánto os lo agradezco, Rosa, queridísima Rosa!

Y diciendo así Cornelio llegó tanto su rostro al postigo, que Rosa retiró el suyo.

—Os he traído vuestras cebolletas de tulipan, prosiguió ella.

Brincóle el corazón á Cornelio. Aun no se había atrevido á preguntar á Rosa qué había hecho con el precioso tesoro que le había él confiado.

—¡Ah! ¿con que las habeis conservado?

—¿Pues no me las habiais dado como cosa que apreciábais?

—Sí, pero por lo mismo que las había dado pareceme que eran vuestros.

—Mios debían ser muerto vos, mas estais con vida, gracias á Dios. ¡Ah! ¡cuantas bendiciones he dado á su alteza! Si Dios concede al principe Guillermo todas las felicidades que le deseo, seguramente el rey Guillermo será no solamente el hombre mas dichoso de su reino, sino de toda la tierra. Como digo, estábais con vida, y yo, guardando la Biblia de vuestro padrino, hice ánimo de traeros vuestras cebolletas, solo que no sabia el cómo. Con que

acababa yo de resolverme á ir á pedir al statuder la plaza de carcelero de Gorum para mi padre, cuando cataos que la nodriza me va llevando vuestra cartita. ¡Ah! ¡qué bien lloramos allí las dos juntas! Mas vuestra carta me hizo echar el pecho al agua. Entonces cogí y me fuí á Leide: vos sabeis lo demás.

—¡Qué! ¿de veras? queridota Rosa, ¿pensabais en venir á buscarme desde antes de recibir mi carta?

—¡Vaya! respondió Rosa dejando á su amor echarle el pié adelante á su pudor, ¿acaso pensaba yo en otra cosa?

Y al pronunciar estas palabras púsose Rosa tan linda, que por segunda vez pegó Cornelio su frente y sus labios á la reja, seguramente para dar así las gracias á la preciosa muchachita.

Retrocedió Rosa como la primera ocasion.

—En verdad, dijo ella con aquella coquetería que retoza en el pecho de toda muchacha, en verdad que muchas veces he sentido no saber leer, pero nunca ¡eso no! tanto ni de la misma suerte como al tiempo de presentarme la carta vuestra nodriza: he tenido entre mis manos aquella carta que para todos hablaba y que solo para mí, ¡pobre tonta! era muda.

—¿Habeis sentido muchas veces el no saber leer? preguntóle Cornelio: ¿y con qué motivo?

—¡Vaya! contestó la muchacha riendo, para leer todas las cartas que me han escrito.

—Pues qué, ¿habeis recibido cartas, Rosa?

—¡Uh! á centenares.

—Pero ¿y de quién?

—¿De quién? De todos los estudiantes que pasaban por el Buytenhoff, de todos los oficiales que iban á la plaza de armas, de todos los dependientes y aun de los mismos mercaderes que me veían en mi ventanita.

—Y ¿qué haciais, querida Rosa, con todos esos billetes?

—En otros tiempos, respondió Rosa, buscaba una amiga que me los leyese y me divertía mucho con ellos: pero de algun tiempo acá, ¿á qué conduce perder tiempo con escuchar esas boberías? de algun tiempo acá, las echo á la lumbre.

—¡De algun tiempo acá! exclamó Cornelio con una mirada enturbiada por el amor y el júbilo juntos.

Bajó Rosa los ojos, poniéndose colorada como un carmin.

De suerte que no pudo ver la pobrecilla acercarse los labios de Cornelio, los cuales no se encontraron, ¡ay! mas que con la reja: pero que, á pesar de este obstáculo, despidieron hácia los labios de la jovencilla el soplo abrasado del beso mas tierno.

Al abrasarle los labios la llama de aquel beso, púsose Rosa tan pálida como el día de la ejecucion en la plaza del Buytenhoff, mas pálida, si posible

es, que entonces. Dió un quejido, cerró sus bellos ojos, y arrancó á huir palpitándole el corazon, y tanto, que en balde procuraba sosegarle apretándosele con la mano.

Cornelio, solo ya, quedóse aspirando el suave perfume de los cabellos de Rosa, cautivo entre las rejas.

Habíase huido Rosa tan precipitadamente, que no se acordó de entregar á Cornelio los tres esquejes del tulipan negro.



VII.

MAESTRO Y DISCÍPULA.

EL bellaco de Grifus, como ha debido advertirlo el lector, estaba muy ajeno de ver al ahijado de Cornelio de Witt con los buenos ojos que su hija le veía.

A cinco se reducian los presos que tenia en Loewestien bajo su custodia; de suerte que no era cosa el trabajo que necesitaba para cuidarlos, viniendo en realidad á ser para él su empleo una especie de prebenda, bocado sin hueso con que habia sido agraciado por sus dilatados servicios.

Pero en medio de su celo, el digno carcelero habia dado allá en su mente una importancia asombrosa á la tarea que tenia señalada. Para su vista, Cornelio habia tomado los tamaños gigantescos de un criminal de primera jerarquía: considerándole pues, como el mas peligroso de todos sus presos, vigilaba todos sus pasos, le miraba siempre que se ofrecia con airado semblante, y castigábase de cuantas maneras podia por lo que él llamaba su tremenda traicion contra el clemente statuder.

Dispuso entrar tres veces al día en el aposento de van Baerle para cogérle descuidado, pero Cornelio habia dado de mano á toda correspondencia desde que ya no la necesitaba. Aun es probable que Cornelio, si hubiese logrado su libertad absoluta y el permiso completo de retirarse donde mejor le hubiera parecido, habria conceptuado preferible el domicilio de la cárcel con Rosa y sus esquejes á cualquiera otro domicilio sin sus esquejes y sin Rosa.

Es que en efecto Rosa habia prometido ir todas las noches á las nueve á platicar con el querido preso, y ya hemos visto que desde la primerita noche habia cumplido su palabra.

Al día siguiente volvió al aposento con los mismos misterios, las propias precauciones que la vispera: solo que se había prometido á sí misma no acercar la cara á la reja.

Por otra parte, para entrar de luego á luego en una conversacion que absorbiese formalmente la atencion de van Baerle, lo primero que hizo fué alargarle por entre la reja las tres cebolletas, siempre envueltas en el propio papel.

Mas con grande asombro de Rosa, van Baerle empujó su blanca mano con la punta de sus dedos.

El jóven había reflexionado.

—Escuchadme, dijo, pareceme que arriesgaríamos mucho con poner toda nuestra fortuna en un mismo saco. Contemplad que se trata, querida Rosa, de llevar á cabo una empresa que hasta hoy se ha tenido por imposible. La obra es hacer florecer el gran tulipan negro. No perdonemos pues, precaucion alguna, para que si no logramos nuestro intento no nos quede el menor escrúpulo. Os diré de qué manera he pensado que conseguiremos nuestro objeto.

Prestó Rosa todos sus sentidos á lo que iba á boquear el preso, y esto mas bien por el mérito que á ello daba el preso que por el que ella le concedia.

—Mirad, prosiguió Cornelio, cómo tengo combinada nuestra comun cooperacion á esta grande obra.

—Os atiendo ya, dijo Rosa.

—Preciso es que haya en esta fortaleza un huertecillo, ó si no un patio cualquiera ó por lo menos un terrado.

—Hay un lindo huerto que se extiende á lo largo del Wahal y está lleno de hermosos árboles viejos.

—¿No pudierais, querida Rosa, traerme por acá una poquita de esa tierra para que yo la vea?

—Mañana mismo.

—Cogedme de la que haya al sol y á la sombra para que yo conozca sus dos calidades bajo las dos condiciones de sequedad y hmedad.

—Perded cuidado.

—Escogeré yo y modificaré la tierra, si necesario fuese, y ya que esté esto, haremos tres partes con nuestros tres esquejes: vos tomareis uno que sembrareis el día que os diga yo en la tierra escogida por mí, y el cual florecerá en cuidándole segun mis instrucciones.

—No me apartaré ni un segundo de él.

—Me dareis otro que probaré á criar aquí en mi cuarto, lo que me hará mas pasaderas estas eternas mañanas que no os veo. Poca esperanza tengo, no os lo negaré, en este, y mírole de antemano al desdichado como sacrificado á mi egoismo. Con todo, el sol me visita de vez en cuando. Sacaré artificiosamente provecho de todo, hasta del calor y de la ceniza de mi pipa. En fin, guardaremos, ó mejor dicho guardareis vos el tercer esqueje, en reserva y co-

mo último recurso en el evento de que se desgracien nuestros dos primeros experimentos. De esta suerte, querida Rosa, es imposible que no logremos pillar los cien mil florines de vuestro dote y que deje de proporcionárenos la suprema felicidad de salir con nuestro empeño.

—Quedo impuesta, dijo Rosa: mañana os taigo la tierra, vos escogereis la vuestra y la mia. Ello que para la vuestra necesitaré muchos acarrees, pues no he de poder traeros sino muy poquita en cada viaje.

—¡Oh! nadie nos corre, querida Rosa: nuestros tulipanes no han de estar enterrados antes de un mes, y ya veis que nos sobra tiempo. Ahora, para sembrar vuestro esqueje, habeis de seguir todas mis instrucciones, ¿no es verdad?

—Os lo prometo.

—Y luego, ya que esté sembrado, me ireis imponiendo en todas las circunstancias que puedan interesar á nuestra cria, así como en los cambios atmosféricos, las huellas en las calles, huellas en los acirates. Espiareis de noche que no frecuenten los gatos vuestro huerto. Dos de estos malvados animales me descompusieron en Dordrecht dos acirates.

—Espiaré.

—Los días de luna. . . ¿Tenis vista al huerto, querida hija?

—La ventana de mi dormitorio da al huerto.

—Muy bien. Los días de luna mirareis si de los agujeros de la pared no salen ratones. Los ratones son unos roedores muy temibles, y he visto á mas de un infeliz tulipanero quejarse amargamente de que Noé hubiese metido un par de ratones en el arca.

—Estaré á la mira, y si hay gatos ó ratones. . .

—¡Será menester poner remedio! Luego, prosiguió van Baerle, receloso como él solo desde que estaba encarcelado, luego, hay un animal mas temible todavía que el gato y el raton.

—¿Cuál es?

—¿Cuál es? ¡el hombre! Estais, querida Rosa, roban las gentes un florin, arriesgándose á ir á presidio por esa bagatela; con cuanta mas razon no hurtarán un esqueje de tulipan que vale cien mil florines.

—Nadie entrará en el jardín mas que yo.

—¿Me lo prometéis?

—¡Os lo juro!

—¡Bien, Rosa! ¡Dios os lo pague, querida Rosa! ¡Oh! ¡todas mis glorias van á venirme de vos!

Y como diciendo así, los labios de van Baerle se aproximaron á la reja, y siendo ya de mas á mas, hora de retirarse, Rosa desvió la cabeza y alargó la mano.

En aquella linda mano que cuidaba con esmero la coquetilla, en aquella mano estaba el esqueje.

Cornelio imprimió abrasados besos en la punta de los dedos de aquella manecita.

¿Hacíalo acaso por haber en aquella mano uno de los esquejes del gran tulipan negro? ¿Hacíalo quizá por ser la de Rosa aquella mano?

Adivínelo quien fuere mas entendido que nosotros.

Retiróse pues, Rosa con las otras dos cebolletas, apretándolas contra su pecho.

¿Las apretaria ella contra su pecho por ser las del gran tulipan negro aquellas cebolletas, ó por haberlas recibido, aquellas cebolletas, de la mano de van Baerle?

Este punto, así lo entendemos por lo menos, sería de mas fácil explicacion que el otro.

Como quiera, el caso es que desde aquel momento la vida se le hizo mas ligera y grata al preso.

Rosa, segun llevamos dicho, le habia entregado uno de los esquejes.

Noche por noche traíale ella un puñadito de tierra de la porcion del huerto que él habia encontrado mejor y que de veras era excelente.

Un cántaro grande que Cornelio habia roto hábilmente le dió un fondo propicio: medióle de tierra, y aquella misma tierra que le habia llevado Rosa, revolviola con un poco de lodo del rio que puso á secar y que le sirvió de muy buen mantillo.

Luego, hácia principios de abril, puso allí su esqueje.

Decir punto por punto las esmeradas diligencias de Cornelio, la habilidad y la astucia que desplegó para esconder de los ojos de Grifus la alegría de sus trabajos, sería cansarnos en balde, pues jamás acertariamos á explicarlo bien. Media hora es un siglo de sensaciones y de pensamiento para un preso filósofo.

No se pasaba ni un dia sin que Rosa fuese á parlotear con Cornelio.

Los tulipanes, de cuya cultura estaba Rosa haciendo un curso completo, servian de asunto principal de los coloquios; pero interesante cuanto se quiere que sea esta materia no puede uno humanamente gastar el tiempo en charlar siempre de tulipanes.

Con esto, se conversaba precisamente de otra cosa y el tulipanero echaba de ver con grande asombro lo mucho que podia ensancharse el círculo de su parla.

El mantener Rosa su linda cara á seis pulgadas del postiguillo, habia llegado á ser en ella una costumbre arraigada: la bella frisia tenia seguramente desconfianza de sí propia desde que por entre la reja habia experimentado cuánto puede abrasar el aliento de un preso á una tierna muchacha.

Con una cosa particularmente se azoraba por la ocasion el pobre tulipanero casi tanto como con sus tulipanes, sin poder desencajársela de la cabeza.

Esta cosa era la sujecion de Rosa á su padre.

De suerte y manera que la vida de van Baerle, el sabio doctor, el pintoresco pintor, el hombre eminente; la vida de van Baerle, primer descubridor, segun todas las probabilidades, de la obra magna de la creacion que tenia de llamarse, conforme lo acordado anticipadamente, *Rosa Baerlensis*; la vida y pues, algo mas que la vida, la felicidad de este hombre estribaba en el capricho mas leve de otro hombre, de otro hombre de un entendimiento inferior, de una casta ínfima; pues este otro hombre era en resumidas cuentas un carcelero, como si dijéramos una cosa mas falta de inteligencia que la cerradura que él cerraba, mas dura que el cerrojo que él corria. Venia en suma á ser una quisicosa parecida al Caliban de *la Tempestad*, un paso entre el hombre y la bestia.

El caso es que la felicidad de Cornelio dependia de este propio hombre, el cual podia muy bien el dia menos pensado, embazarse de Loewestein, antojársele que los aires le eran nocivos, que la ginebra no era buena y largarse de la fortaleza y cargar con su hija, resultando entonces que volviesen á quedar Cornelio y Rosa separados. Dios que suele cansarse de ayudar mucho á sus criaturas, acabaria quizá por no volver á reunirlos.

—Y entonces, ¿de qué servirian las palomas viajeras, decia Cornelio á la jovencilla; puesto que no sabiais, querida Rosa, ni leer lo que os escribiera yo ni escribirme lo que pensarais vos?

—Pues bien, contestó Rosa, que allá en su corazon temia la separacion al igual de Cornelio; ya que tenemos una hora nuestra todas las noches, empleémosla con provecho.

—Es que á mí me parece que no la empleamos mal.

—Todavía podemos emplearla mejor; dijo Rosa sonriéndose. Enseñadme á leer y escribir: yo aprovecharé vuestras lecciones, no tengais cuidado, y de esa suerte ya no nos veremos separados sino por nuestra propia voluntad.

—¡Oh! entonces, exclamó Cornelio, tendremos la eternidad ante nuestra vista.

Rosa se sonrió y se encogió suavemente de hombros.

—Qué, ¿estareis siempre encerrado en una cárcel? Y qué, ¿después de haberos otorgado la vida no os otorgará su alteza la libertad? Y qué, ¿no recobrareis entonces vuestros bienes? Y qué, ¿no sois rico? Y qué, ¿cuando os veais libre y rico, os dignareis levantar los ojos á ver, al cruzar á caballo ó en coche, á la muchachilla Rosa, la hija del carcelero, casi como quien dice hija de verdugo?

Quiso Cornelio protestar, y de seguro lo hubiera hecho de todo corazon y con la sinceridad del alma profundamente enamorada.

Atajóle la jóven.

—¿Cómo va vuestro tulipan? preguntóle sonriéndose.

Hablar á Cornelio de su tulipan era para Rosa un medio de distraerle de todo, hasta de Rosa.

—Muy bien, contestó la película va ennegreciéndose, la obra de la fermentación ha comenzado, las venas de la cebolla se calientan ya y engruesan: de aquí á ocho días, si no es que antes, podrán distinguirse las primeras protuberancias de la generación. ¿Y el vuestro, Rosa?

—¡Oh! yo he hecho las cosas en grande y conforme vuestras indicaciones.

—Contadme, Rosa. ¿qué habeis hecho? dijo Cornelio con ojos casi tan ardientes, el aliento casi tan jadeante como la noche en que aquellos ojos habian abrazado el rostro y aquel aliento el corazón de Rosa.

—Yo, dijo sonriéndose Rosa, que en el fondo de su corazón no podia menos de estudiar aquel doble amor del preso por ella y por el tulipan negro, he hecho las cosas en grande: en una era desnuda apartada de los árboles y de las paredes, en una tierra levemente arenosa, mas bien húmeda que seca, sin pizca de piedra, sin un solo guijarro he dispuesto un acirate, de la manera que me lo teneis descrito.

—Bien, bien, Rosa.

—El terreno ya dispuesto así no aguarda mas que vuestras disposiciones. El primer día que os parezca me mandareis sembrar la cebolla y yo la sembraré: sabeis que á mí me toca tardar mas que vos, puesto que tengo todas las ventajas del buen aire, del sol y de la abundancia de los jugos terrestres.

—Es verdad, es verdad! exclamó Cornelio batiendo con alegría las manos; y vos sois una despejada discípula, Rosa, y pescareis ciertamente vuestros cien mil florines.

—No echeis en olvido, dijo riéndose Rosa, que vuestra discípula, puesto que así me llamais, tiene otra cosa mas que aprender fuera del cultivo de los tulipanes.

—Cierto, cierto, y yo por mi parte estoy mas interesado que vos en que sepaís leer.

—¿Pues cuándo ponemos manos á la obra?

—En el acto.

—No, mañana.

—¿Mañana? ¿y por qué?

—Porque por hoy, ya se pasó la hora y tengo que irme.

—¡Ya! ¿y en qué leeremos?

—¡Oh! dijo Rosa, yo tengo un libro, un libro que nos ha de traer fortuna, yo me lo prometo.

—¿Con que hasta mañana?

—Hasta mañana.

Al día siguiente trajo Rosa la Biblia de Cornelio de Witt consigo.



VIII.

PRIMERA CEBOLLA.

COMO acabamos de decir, Rosa volvió al día siguiente con la Biblia de Cornelio de Witt.

Allí comenzó entre el maestro y la discípula una de esas escenas que colman de júbilo al romancero, cuando tiene la fortuna de que se le venga á la pluma.

El postiguillo, único agujero que sirviese de comunicación á los dos enamorados, estaba demasiado alto para que quienes se habian conformado con leer en el rostro el uno del otro todo cuanto les ocurría decirse, pudiesen leer comodamente en el libro que llevaba Rosa.

Por lo tanto, la jovencilla tuvo que reclinarse sobre el postiguillo, agachada la cabeza, con el libro á la altura de la luz que tenia con la mano derecha y la cual, para que no se cansara ella, ideó Cornelio asegurar con un pañuelo á la reja de hierro. Así pudo ya Rosa seguir, apuntando con sus dedos al libro, las letras y las sílabas que le hacia deletrear Cornelio, quien, provisto de una pajita á modo de puntero iba enseñando las letras á su atenta discípula por entre el hueco del enrejado.

La flama de aquella lámpara alumbraba la lozana tez de Rosa, su ojo azul y espresivo, sus trenzas blondas por debajo del casco de oro bruñido que, como lo tenemos dicho, sirve de tocado á las frisias; sus dedos levantados al aire y cuya sangre, al descender, tomaban aquel color pálido y rosado que resplandece á la luz y que indica la misteriosa vida que se ve circular bajo la carne.

Desarrollábase rápidamente el entendimiento de Rosa bajo el vivificante contacto del entendimiento de Cornelio, y cuando sucedía que fuese muy ardua la dificultad, aquellos ojos que se atravesaban y se confundían uno con otro, aquellas pestallas que se besaban, aquellos cabellos que se maridaban hacían saltar chispas eléctricas capaces de alumbrar las tinieblas hasta del idiotismo.

Y Rosa, de vuelta á su cuarto, repasaba á sus solas en su mente las lecciones de lectura y de paso en su alma las lecciones disimuladas del amor.

En esto, una noche fué apareciendo ella media hora mas tarde que lo de costumbre.

Media hora de retardo era una novedad demasiado grave para que Cornelio dejara de informarse, ante todas cosas, de lo que la habia causado.

—Muy bien, contestó la película va ennegreciéndose, la obra de la fermentación ha comenzado, las venas de la cebolla se calientan ya y engruesan: de aquí á ocho días, si no es que antes, podrán distinguirse las primeras protuberancias de la generación. ¿Y el vuestro, Rosa?

—¡Oh! yo he hecho las cosas en grande y conforme vuestras indicaciones.

—Contadme, Rosa. ¿qué habeis hecho? dijo Cornelio con ojos casi tan ardientes, el aliento casi tan jadeante como la noche en que aquellos ojos habian abrazado el rostro y aquel aliento el corazón de Rosa.

—Yo, dijo sonriéndose Rosa, que en el fondo de su corazón no podia menos de estudiar aquel doble amor del preso por ella y por el tulipan negro, he hecho las cosas en grande: en una era desnuda apartada de los árboles y de las paredes, en una tierra levemente arenosa, mas bien húmeda que seca, sin pizca de piedra, sin un solo guijarro he dispuesto un acirate, de la manera que me lo teneis descrito.

—Bien, bien, Rosa.

—El terreno ya dispuesto así no aguarda mas que vuestras disposiciones. El primer día que os parezca me mandareis sembrar la cebolla y yo la sembraré: sabeis que á mí me toca tardar mas que vos, puesto que tengo todas las ventajas del buen aire, del sol y de la abundancia de los jugos terrestres.

—Es verdad, es verdad! exclamó Cornelio batiendo con alegría las manos; y vos sois una despejada discípula, Rosa, y pescareis ciertamente vuestros cien mil florines.

—No echeis en olvido, dijo riéndose Rosa, que vuestra discípula, puesto que así me llamais, tiene otra cosa mas que aprender fuera del cultivo de los tulipanes.

—Cierto, cierto, y yo por mi parte estoy mas interesado que vos en que se pais leer.

—¿Pues cuándo ponemos manos á la obra?

—En el acto.

—No, mañana.

—¿Mañana? ¿y por qué?

—Porque por hoy, ya se pasó la hora y tengo que irme.

—¡Ya! ¿y en qué leeremos?

—¡Oh! dijo Rosa, yo tengo un libro, un libro que nos ha de traer fortuna, yo me lo prometo.

—¿Con que hasta mañana?

—Hasta mañana.

Al día siguiente trajo Rosa la Biblia de Cornelio de Witt consigo.



VIII.

PRIMERA CEBOLLA.

COMO acabamos de decir, Rosa volvió al día siguiente con la Biblia de Cornelio de Witt.

Allí comenzó entre el maestro y la discípula una de esas escenas que colman de júbilo al romancero, cuando tiene la fortuna de que se le venga á la pluma.

El postiguillo, único agujero que sirviese de comunicación á los dos enamorados, estaba demasiado alto para que quienes se habian conformado con leer en el rostro el uno del otro todo cuanto les ocurría decirse, pudiesen leer comodamente en el libro que llevaba Rosa.

Por lo tanto, la jovencilla tuvo que reclinarse sobre el postiguillo, agachada la cabeza, con el libro á la altura de la luz que tenia con la mano derecha y la cual, para que no se cansara ella, ideó Cornelio asegurar con un pañuelo á la reja de hierro. Así pudo ya Rosa seguir, apuntando con sus dedos al libro, las letras y las sílabas que le hacia deletrear Cornelio, quien, provisto de una pajita á modo de puntero iba enseñando las letras á su atenta discípula por entre el hueco del enrejado.

La flama de aquella lámpara alumbraba la lozana tez de Rosa, su ojo azul y espresivo, sus trenzas blondas por debajo del casco de oro bruñido que, como lo tenemos dicho, sirve de tocado á las frisias; sus dedos levantados al aire y cuya sangre, al descender, tomaban aquel color pálido y rosado que resplandece á la luz y que indica la misteriosa vida que se ve circular bajo la carne.

Desarrollábase rápidamente el entendimiento de Rosa bajo el vivificante contacto del entendimiento de Cornelio, y cuando sucedía que fuese muy ardua la dificultad, aquellos ojos que se atravesaban y se confundían uno con otro, aquellas pestallas que se besaban, aquellos cabellos que se maridaban hacían saltar chispas eléctricas capaces de alumbrar las tinieblas hasta del idiotismo.

Y Rosa, de vuelta á su cuarto, repasaba á sus solas en su mente las lecciones de lectura y de paso en su alma las lecciones disimuladas del amor.

En esto, una noche fuése apareciendo ella media hora mas tarde que lo de costumbre.

Media hora de retardo era una novedad demasiado grave para que Cornelio dejara de informarse, ante todas cosas, de lo que la habia causado.

—¡Oh! no me riñais, dijo la jovencilla, yo no tengo la culpa. Mi padre ha renovado conocimiento en Loewestein con un sugeto que le visitó mucho en la Haya para ver la cárcel. Era un buen muchacho, amigo de empinar el codo, que contaba historias divertidas y que además nunca regateaba.

—¿No le conocéis por otras señas? preguntó Cornelio azorado.

—No, respondió Rosa; pero el caso es que de quince días acá mi padre está embobado con el recién venido tan solícito en visitarle.

—¡Oh! murmuró Cornelio meneando la cabeza con desasosiego, pues presagiábase una catástrofe de esta novedad; cuando menos algún espía de los que se mandan á las fortalezas para acechar á los presos y á los carceleros á la vez.

—No lo creo, barbotó Rosa sonriéndose; si es que ese buen hombre le sigue los pasos á alguien no es por cierto á mi padre.

—Pues ¿á quién?

—A mi mas bien.

—¿A vos?

—¿Y por qué no? dijo riéndose Rosa.

—¡Ah! ¡es verdad! musitó Cornelio suspirando. No siempre os cortejarán en balde, Rosa; tal vez ese hombre quiere ser vuestro marido.

—Puede que sí.

—¿Y en qué fundais esa balagueña idea?

—Decid esta temible idea, señor Cornelio.

—Gracias, Rosa, teneis razon.

—Con que esa temible idea. . . .

—Ved en qué la fundo.

—Id diciendo.

—Ese hombre fué varias veces al Buytenhoff allá en la Haya; mirad, cabalmente desde el momento que os encerraron allí. Salí yo, salió tambien él; vengo aquí, viene él tambien. En la Haya tomaba por pretexto el deseo de veros.

—¿Verve? ¿á mí?

—¡Oh! pretexto no mas, de seguro, pues hoy que pudiera dar la misma razon pues que estais otra vez bajo la custodia de mi padre, ya no se vale de vuestro nombre: al revés, ayer oí que estaba diciendo á mi padre que ni siquiera os conocia.

—Proseguid, Rosa, os lo suplico, á ver si puedo acertar quién es ese hombre y que es lo que trae entre manos.

—¿Estais cierto, señor Cornelio, que ninguno de vuestros amigos puede interesarse por vos?

—Yo no tengo amigos, Rosa, no tenia yo mas que á mi nodriza, y esa vos la conocéis y ella os conoce. ¡Ay! la pobre Zug, ella misma vendria, seguro está que se anduviera en rodeos, ella os diria, con lágrimas de sus ojos á vos

ó á vuestro padre: « Querido señor, ó querida señorita, mi hijo se encuentra aquí, miradme cuan afligida estoy, dejadme que le vea una hora no mas y toda mi vida os encomendaré á Dios. » ¡Oh, no! prosiguió Cornelio, ¡oh, no! fuera de mi buena Zug, no tengo amigos.

—Pues me estoy en mis trece, y con tanta mas razon cuanto ayer, á puestas del sol, al estar yo componiendo el acirate donde he de sembrar vuestra cebolla, columbré una sombra que por la puerta entreabierta, se escurria detrás de los saucos y los pobos. Hiceme yo de la vista gorda, era el sugeto. Agazapóse, vióme revolver la tierra, y sin remedio, á mí era á quien habia seguido, á mí era á quien estaba espiondo. No dí ni una azadonada, no toqué ni un solo puñito de tierra sin que lo viese él.

—¡Oh, sí! es un enamorado, dijo Cornelio. ¿Y es mozo, es bien parecido? Y miró de hito en hito y con ansiosos ojos á Rosa, aguardando con impaciencia su respuesta.

—¿Mozo, bien parecido? exclamó Rosa soltando una carcajada: es horrendo de cara, tiene encorbado el cuerpo, cosa de cincuenta años, no tiene valor de verme cara á cara ni de hablar recio.

—¿Y se llama? . . .

—Jacob Gisels.

—No le conozco.

—Pues claro está entonces que no es por vos por quien viene.

—En todo caso, Rosa, si es que os ama, como es regular que sea, pues basta veros para amaros, ¿vos no le amais, no?

—¡Oh, no! ¡de seguro!

—¿Y quereis que yo me tranquilice?

—Me empeño en ello.

—Pues bien, ahora que comenzais á saber leer, ¿leereis, Rosa, todo lo que os escriba yo, no es verdad que sí, sobre los tormentos de los zelos y de la ausencia?

—Lo leeré como escribais con letras grandotas.

Luego, viendo Rosa que la conversacion tomaba un sesgo que comenzaba á desazonarla:

—A esto, dijo, ¿cómo está vuestro tulipan?

—¡Rosa, contemplad mi júbilo! Esta mañana, mirándola yo al sol, después de quitarle suavemente la capa de tierra que cubre la cebolla, vi asomarse la puntita del primer retoño. ¡Ah! ¡cómo se me dilató el corazon de júbilo! Aquel imperceptible boton blanquizco, que una ala de mosca lastimaria rozándole, aquel indicio de existencia que se anuncia por una señal casi invisible, me ha conmovido mas que la lectura de aquella orden de su alteza, á que debí la vida cuando el verdugo revoloteaba su hacha por ensima de mi cabeza.

—¿Con que ya teneis esperanzas? dijo Rosa sonriéndose.

—¡Oh, sí! ya las tengo.

—Y yo, ¿cuándo sembraré mi cebolla?

—Al primer día bueno, yo os avisaré. Pero cuenta que nadie os ayude, y cuenta también con ir á confiar vuestro secreto á nadie, á ninguna alma viva. Un aficionado, estais, sería capaz, con solo ver la cebolla, de conocer lo que vale, y sobre todo, sobre todo, querida Rosa, cuidad de guardar muy bien el tercer esqueje que os queda.

—Ese todavía está dentro del mismo papel en que le envolvisteis vos, y lo mismo que me le disteis, señor Cornelio, enterrado en el fondo de mi ropero y debajo de mis encajes, que le guardan libre de la humedad sin aplastarle. Pero á dios, pobre preso.

—¿Cómo! ¿Ya?

—Es preciso.

—¡Venir tan tarde y marcharse tan presto!

—Mi padre podría impacientarse no viéndome volver; el enamorado podría maliciarse que tiene rival.

Y púsose á escuchar azorada.

—¿Qué teneis? preguntó van Baerle.

—Me pareció oír.

—¿Qué?

—Como pasos que sonaban en la escalera.

—En efecto, dijo el preso, y no puede ser Grifus, pues á legua se le oye.

—No, no es mi padre seguramente, pero. . . —¿Qué?

—Pero bien podría ser M. Jacob.

Rosa se abalanzó por la escalera y oyóse en efecto una puerta que se cerraba rápidamente antes que la jóven hubiese bajado los primeros diez escalones.

Quedóse muy desasosegado Cornelio y aquello no era mas que un prelude.

Cuando toma á pechos la fatalidad una mala obra, raro es que no dé aviso caritativamente á su víctima, como hace el espadachin para dar tiempo á que se ponga en guardia su contrario.

Cási siempre, estos avisos que emanan del instinto del hombre ó de la complicitad de los objetos inanimados, menos inanimados á menudo de lo que generalmente se cree; cási siempre, decimos, son desatendidos. Silba el golpe en el aire y cae sobre la cabeza que el silbido debió tener advertida y que, advertida, debió haberse precavido.

El día siguiente no ocurrió novedad notable. Grifus hizo sus tres visitas: nada descubrió. Cuando sentia á su carcelero venir (Grifus con la esperanza de sorprenderle, nunca iba á una misma hora), Cornelio, mediante el auxilio de una mecánica que habia inventado y que se semejaba á las que sirven para subir y bajar los sacos de trigo en los cortijos, Cornelio pues, habia trazado

bajar su cántaro debajo del entablamento de tejas primero y luego de piedras que habia debajo de su ventana. En cuanto á los hilos con que se operaba el movimiento, nuestro mecánico habia encontrado el medio de ocultarlos entre las yerbitas que se crián en las tejas y en el hueco de las piedras.

Grifus no se lo maliciaba.

Esta treta salió bien por ocho días.

Pero una mañana que Cornelio, en la contemplacion de su cebolla, de donde brotaba ya un punto de vegetacion, no habia oido subir á Grifus (hacia mucho viento aquel día y todo traqueaba en la torrecilla), abrióse la puerta de repente y vióse Cornelio cogido con la masa, es decir el cántaro en la mano.

Viendo Grifus una cosa extraña y por lo tanto prohibida, entre las manos de su preso, cayó sobre ella con mas rapidez que la que emplea un buitre para pillar su presa.

El acaso ó ese tino que á veces da el espíritu maligno á los entes malévolos hizo que su manota callosa se asentase de luego á luego sobre el mismísimo centro del cántaro en la misma porcion de tierra donde se encerraba la cebolla preciosa, aquella mano rota arriba del puño y que Cornelio van Baerle le habia tan bien compuesto.

—¿Qué es lo que teneis aquí? gritó. ¡Ah! ¡ya os pesqué!

Y metió la mano dentro de la tierra.

—¿Yo? ¡Nada! ¡nada! exclamó Cornelio temblando.

—¡Ah! ¡ya os pesqué! Un cántaro, tierra! ¡Algo malicioso hay en esto!

—¡Querido señor Grifus! dijo en tono de súplica van Baerle, azorado como la perdiz que acaba de quitarle sus hijuelos el segador.

En efecto, Grifus comenzaba á escarbar la tierra con sus dedos de garabato.

—¡Señor, señor, cuidado! exclamó Cornelio perdiendo el color.

—¿De qué? ¡por vida de sanes! ¿de qué? bufó el carcelero.

—¡Cuidado! os digo, ¡vais á magullarlas!

Y con un movimiento rápido, desesperado cási arrebató de las manos del carcelero el cántaro que escondió como un tesoro bajo el baluarte de sus dos brazos.

Pero Grifus, cabezudo como todo viejo y mas convencido de que acababa de descubrir una conspiracion contra el príncipe de Orange, Grifus acometió á su preso con el baston levantado, y viendo la inalterable resolucion del cautivo á proteger su jarro de flores, conoció que Cornelio temblaba mucho menos por su cabeza que por su cántaro.

Propúsose pues, quitársele á brazo partido.

—¡Ah! decia enfurecido el carcelero, ¿ya veis cómo os rebelais?

—¡Dejadme mi tulipan! gritaba van Baerle.

—Sí, sí vuestro tulipan, voceaba el viejo. Ya conocemos las tretas de los caballeros presos.

—¡Mirad que os juro! . . .

—¡Soltad! repetía Grifus dando patadas. ¡Soltad ó llamo la guardia!

—Llamad á quien queráis, pero no me arrancareis esta pobre flor sino con la vida.

Exasperado Grifus, hundió segunda vez sus dedos en la tierra, y esta vez desenterró el esqueje todo negro, y mientras van Baerle gozoso de haber salvado el continente no se imaginaba que su adversario tenia entre sus garras el contenido, Grifus tiró contra el suelo el blandito esqueje, el cual con la fuerza del toscó pié del carcelero se aplastó, quedando hecho tortilla.

Vió van Baerle el asesinato, columbró los húmedos restos, comprendió la feroz alegría que manifestaba Grifus en su cara y dió un grito de despecho tan lastimero que habria sin duda derretidole las entrañas á aquel mismo asesino carcelero que pocos años antes habia dado la muerte á la araña de Pélison.

La idea de acogotar á este malvado cruzó como un relámpago por la mente del tulipanero. El fuego y la sangre subieronle á un tiempo á la cabeza y le cegaron: levantó con ambas manos el cántaro pesado con toda la tierra inútil que en él quedaba. Un poco mas y dejábale caer sobre el cráneo calvo del viejo Grifus.

Detúvole un grito, un grito lastimoso y angustiado, el grito que dió detrás del portillo la pobre Rosa, pálida, trémula, levantados los brazos al cielo y puesta entre medio de su padre y de su amigo.

Cornelio dejó caer el cántaro, el cual se estrelló en mil pedazos con un ruido espantoso.

Y entonces Grifus conoció el riesgo en que se habia visto y profirió terribles amenazas.

—¡Oh! dijole Cornelio, no podeis menos de ser un hombre muy cobarde y muy villano para quitar á un pobre preso su consuelo único, una cebolla de tulipan.

—¡Vaya! ¡padre, añadió Rosa, es un crimen lo que acabais de hacer!

—¡Ah! ¿sois vos chacharera? exclamó volviéndose á su hija el viejo, ardiendo en ira: meteos en lo que os incumbe y sobre todo largaos cuanto antes para abajo.

—¡Infeliz de mí ¡infeliz de ella! proseguía diciendo Cornelio con la mayor desesperacion.

—Después de todo, agregó Grifus un poco abochornado, no es mas que un tulipan! Se os darán cuantos queráis; yo tengo trescientos tulipanes en mi granero.

—¡Cargue el diablo con vuestros tulipanes! exclamó Cornelio; tanto valen ellos como vos. ¡Oh! cien millares de millones que yo tuviera de esos los daría por el que acabais de aplastar.

—¡Ah! susurró Grifus con cara de triunfo; ¿veis cómo no era el tulipan lo

que os importaba? ¿y veis cómo habia en la fingida cebolla alguna brujería, un medio de correspondencia cuando menos con los enemigos de su alteza que os ha perdonado? Bien digo yo; ¡muy mal hecho que no os hubiesen quitado la cabeza!

—¡Padre! ¡padre! gritaba Rosa.

—¡Pues bien! ¡mejor, mejor! repetía Grifus animándose; ¡yo le he aplastado, yo, y lo mismo sucederá siempre que se ofrezca! ¡Ah! ya os habia yo avisado, amiguito, que os iba á ir mal conmigo.

—¡Maldito seas! dijo bufando Cornelio al revolver entre sus dedos trémulos los últimos restos del esqueje, cadáver de tantos júbilos y de esperanzas tantas.

—Mañana sembraremos la otra, querido señor Cornelio, dijo en voz baja Rosa, que comprendia el inmenso dolor del tulipanero y que echó corazón santo! esta grata palabra como una gota de hálamo en la herida ensangrentada de Cornelio.



IX.

EL ENAMORADO DE ROSA.

APENAS habia Rosa dicho á Cornelio aquellas palabras consoladoras, cuando se oyó una voz en la escalera, que pedía á Grifus informes de lo que pasaba.

—Padre, dijo Rosa, ¿oís?

—¿Qué?

—Mr. Jacobo os llama. . . .

—Se ha causado tanto ruido. . . . dijo Grifus. Cualquiera hubiera dicho que este sabio me asesinaba. ¡Ah! que dan trabajo siempre los sabios.

Indicando en seguida á Rosa la escalera con el dedo:

—Andad delante, señorita, dijo.

Y cerró en seguida la puerta.

—Allá voy, amigo Jacobo, añadió luego.

Grifus salió conduciendo á Rosa, y dejando en la soledad y en el mas amargo dolor al infeliz Cornelio que murmuraba:

—¡Oh! tú sí que me has asesinado, viejo verdugo. Yo no podré sobrevivir á esto.

Y sin duda alguna el pobre prisionero hubiera caido enfermo, sin el con-

trapeso que la Providencia había puesto á su vida, y que se llamaba Rosa.

La jóven volvió á la noche.

Su primera palabra fué anunciar á Cornelio, que en adelante no se opondría su padre á que cultivase las flores.

—Y ¿cómo sabeis eso? dijo el prisionero á la jóven con aire triste.

—Lo sé, porque él lo ha dicho.

—¿Para engañarme tal vez?

—No. Está arrepentido.

—¡Oh! sí, pero demasiado tarde.

—Ese arrepentimiento no le ha venido por sí solo.

—¿Por quién entonces?

—Si supierais cuánto le ha reprendido su amigo. . . .

—¡Ah! Mr. Jacobo. No os abandona nunca Mr. Jacobo.

—Nos abandona lo menos posible.

Y Rosa se sonrió de tal manera, que disipó aquella nube de celos que había oscurecido por un instante la frente de Cornelio.

—¿Y cómo ha sido ello? preguntó el encarcelado.

—Interrogado por su amigo cuando mi padre cenaba, ha contado la historia del tulipan, ó mas bien de la cebolla, y la bella hazaña que había hecho destruyéndola.

Cornelio lanzó un hondo suspiro.

—Me hubiera alegrado de que vieseis al señor Jacobo en aquel momento, continuó Rosa. Yo creí que iba á pegar fuego á la fortaleza; sus ojos ardían de cólera, sus cabellos se erizaron, crispaba sus puños, y por un momento temí que estrangulase á mi padre. . . .

—¡Habeis destrozado la cebolla! gritaba. —Sin duda, decia mi padre. —¡Esto es infame! continuó, esto es odioso! ¡habeis cometido un crimen! refunfuñaba Mr. Jacobo.

Mi padre quedó estupefacto.

—¿Por ventura, estais tambien loco? preguntó á su amigo.

—¡Oh! ese Mr. Jacobo es un hombre de bien, murmuró Cornelio, un alma excelente.

—El caso es, añadió Rosa, que es imposible tratar á un hombre peor que él trató á mi padre; aquello era una verdadera desesperacion; no hacia más que repetir:

—¡Aniquilada! la cebolla aniquilada! ¡oh Dios mio, Dios mio, aniquilada! Después volviéndose hácia mí:

—Y ¿era la única que tenia? preguntó.

—¿Ha preguntado eso? dijo Cornelio aplicando átentamente el oido.

—Creéis que aquella no era la única, dijo mi padre. Bueno, se buscarán las otras.

—Buscareis las otras, exclamó Jacobo, agarrando á mi padre por el cuello, pero al momento le soltó.

Después dirigiéndose hácia mí:

—Y ¿qué ha dicho el pobre muchacho? preguntó.

—Yo no sabia qué responder. Me habiais encargado una absoluta reserva acerca de este punto. Felizmente mi padre me sacó del apuro.

—¿Qué qué ha dicho? Se ha puesto hecho un leon contra mí.

Yo le interrumpí:

—Cómo no se iba á poner furioso, le dije, cuando habeis sido tan injusto y brutal con él.

—Pero ¿á qué estas locuras? exclamó mi padre; vaya una desgracia, haber destrozado una cebolla de tulipan, cuando las hay en Gorcun á centenares.

—Pero quizá no tan preciosa como aquella, tuve yo la ligereza de responder.

—¿Qué hizo á estas palabras Jacobo? preguntó Cornelio.

—A estas palabras, debo decirlo, me pareció ver brillar en sus ojos como un relámpago.

—Sí, pero no seria eso todo. Él dijo alguna cosa.

—Juzgais, pues, Rosa, me dijo con una voz dulce, que aquella cebolla era de mucho valor?

—¿Qué sé yo? respondí; ¿conozco acaso los tulipanes? Solamente sé, en fuerza de vivir tanto tiempo con los presos, que para ellos todo pasatiempo tiene un valor inestimable. El pobre Mr. van Baerle se divertia con aquella cebolla. Pues bien, yo digo que es mucha crueldad haberle quitado esa distraccion.

—Pero, ¿cómo habrá adquirido esa cebolla? He aquí dijo mi padre, lo que seria bueno saber.

Yo volví los ojos para evitar las miradas de mi padre, pero me encontré con las de Jacobo.

Parecia que queria perseguir mi pensamiento hasta el fondo de mi corazon. Un movimiento de mal humor dispensa algunas veces de una respuesta. Volví las espaldas y me dirigí hácia la puerta.

Pero me detuvo una palabra que oí en tono bajo.

Jacobo decia á mi padre:

—Pardiez, no será difícil averiguarlo.

—¿De qué manera?

—Registrándole, y si tiene mas, de seguro las encontraremos.

—Si, ordinariamente salen tres.

—¿Que salen tres! exclamó Cornelio; ¿ha dicho que yo tenia tres cebollas?

—Ya comprendereis que me llamaria la atencion esa palabra. Yo me volví. Estaban ambos tan ocupados, que no notaron mi movimiento.

—Pero, no es posible que tenga en su poder las cebollas.

—Pues entonces hacelle bajar con cualquier pretexto, y yo registraré entre tanto el cuarto.

—¡Oh! dijo Cornelio. Vaya un malvado el tal Mr. Jacobo.

—Yo le tengo miedo.

—Decidme, Rosa, continuó Cornelio pensativo.

—¿Qué?

—¿No me habeis contado que el día en que preparasteis el acirate os habia estado observando?

—Sí.

—Que se habia deslizado como una sombra tras de los saúcos?

—Cierto.

—Que no habia perdido ni un golpe del rastrillo?

—Ni uno.

—¡Rosa! dijo Cornelio poniéndose pálido.

—Y bien.

—No era á vos á quien seguia.

—¿Pues á quién seguia?

—No es de vos de quien está enamorado.

—¿De quién entonces?

—Lo que él sigue y de quien está enamorado, es de mi tulipan.

—Bien puede ser, exclamó Rosa.

—¿Quereis cercioraros de ello?

—¿De qué manera?

—¡Oh! el medio es muy sencillo.

—Decid.

—Id mañana al jardin; procurad como la primera vez, que lo sepa Mr. Jacobo; procurad que os siga, haced como que enterrais la cebolla; salid del jardin y mirad al través de la puerta lo que hace.

—Bien, pero ¿y después?

—Como él obre, así obraremos nosotros.

—¡Ah! dijo Rosa suspirando, mucho amais vuestras cebollas, Mr. Cornelio.

—Lo cierto es, dijo el prisionero dando un suspiro, que desde que vuestro padre ha destrozado esa desgraciada cebolla, parece que mi vida se ha paralizado.

—¡Vamost dijo Rosa, ¿quereis que ensayemos otro medio todavía?

—¿Cuál?

—¿Quereis aceptar la proposicion de mi padre?

—¿Qué proposicion?

—¿No os ha ofrecido cebollas á centenares?—Sí.

—Aceptad dos ó tres de ellas, y en medio de esas dos ó tres, podreis criar la tercera que queda.

—Si, dijo Cornelio, arrugando las cejas, eso seria muy bueno si estuviera solo vuestro padre; pero ese Mr. Jacobo, que nos espia.

—¡Ah! ciertamente; sin embargo, reflexionad, os privais por eso de una gran distraccion.

Y pronunció estas palabras con una sonrisa que no estaba muy exenta de ironía.

En efecto, Cornelio reflexionó un instante; bien se conocia que luchaba con un fuerte deseo.

—De ningun modo, dijo con un estoicismo nada moderno; eso seria una debilidad, una locura una cobardía. Si entregara de esa manera á los impulsos de la cólera y de la envidia el último recurso que nos queda, seria un hombre indigno de perdon. ¡No, Rosa, no! mañana tomaremos una resolucion con respecto á vuestro tulipan; le cultivareis segun mis instrucciones; y en cuanto al tercer esqueje, Cornelio suspiró profundamente, en cuanto al tercer esqueje, guardadle en vuestro armario! ¡guardadle, Rosa! como guarda el avaro sus monedas, como una madre á su hijo, como el herido la última gota de su sangre; ¡guardadle, Rosa! yo no sé qué secreto presentimiento me anuncia que en ella están nuestra salvacion y nuestras riquezas! Juradme, querida mía! que si el fuego del cielo cayese sobre Loewestein, en vez de vuestras ropas y alhajas, en vez del hermoso casco de oro que adorna vuestre cabeza, salvareis ese último esqueje que encierra á mi tulipan negro.

—Tranquilizaos, señor Cornelio, dijo Rosa con una dulce mezcla de solemnidad y tristeza; tranquilizaos, vuestros deseos son órdenes para mí.

—Y aun, continuó el jóven enardeciéndose cada vez mas, si veis que os siguen, que espian vuestros pasos, que vuestras conversaciones despiertan sospechas á vuestro padre, ó á ese detestable Mr. Jacobo, sacrificadme, querida Rosa, sacrificad á este infeliz preso, no volvais á ver á quien no vive sino por vos, á quien no tiene mas que á vos en el mundo.

Rosa sintió oprimirse su corazon, y las lágrimas le saltaron á los ojos.

—¡Ah! dijo la jóven.

—¿Qué? preguntó Cornelio.

—Yo veo una cosa.—¿Qué veis?

—Veo, dijo la jóven prorumpiendo en sollozos, veo que amais tanto á los tulipanes, que no hay lugar en vuestro corazon para otro afecto.

Y desapareció al momento.

Cornelio después de la desaparicion de Rosa, pasó una de las mas terribles y angustiosas noches que habia tenido en su vida.

Rosa se habia enojado contra él, y con razon. Tal vez no volveria á ver mas al prisionero, y no tendria este noticias de Rosa ni del tulipan.

Entre tanto, ¿cómo explicar ese extraño carácter de los tulipanistas perfectos, tales como no existen todavía en el mundo?

Preciso es confesarlo con mengua de nuestro héroe y de la horticultura: de sus dos amores, el que mas sentia perder era el de Rosa, y cuando á las tres de la madrugada se durmió rendido de fatiga y acosado de temores, el gran tulipan negro cedió el primer lugar en sus sueños á los bellos ojos azules de la rubia frisia.



LA MUJER Y LA FLOR.

PERO la pobre Rosa encerrada en su cuarto no podia adivinar en quien ó en qué pensaba Cornelio, y resultó de lo que él le habia dicho, que Rosa estaba mucho mas inclinada á creer que Cornelio amaba mas al tulipan que á ella, en lo cual Rosa se equivocaba.

Como no habia nadie para desengañarla, y como las imprudentes palabras de Cornelio habian caido en su corazon como gotas de veneno, Rosa ya no pensaba, sino que lloraba.

En efecto, como Rosa era una jóven de talento elevado y de juicio recto y profundo, se hacia justicia á sí misma, no por sus cualidades morales y físicas, sino en consideracion á su posicion social.

Cornelio era sabio, rico, ó al menos lo habia sido antes de la confiscacion de sus bienes. Pertenece á aquella aristocracia del comercio, mas orgullosa con las muestras pintadas de sus tiendas en forma de blason que la nobleza de casta con sus escudos hereditarios. Cornelio podia pues querer á Rosa solo por una distraccion; pero cuando llegase el momento de entregar enteramente su corazon, era muy de temer que prefiriese un tulipan, es decir la mas noble y alta de las flores, á la humilde hija de un carcelero.

Rosa comprendia pues la preferencia que daba Cornelio al tulipan negro; y por lo mismo se aumentaba mas su desesperacion.

Durante aquella noche terrible, durante aquella noche de insomnios que habia pasado, Rosa tomó una resolucion. Esta resolucion fué no volver mas al postigo.

Pero como sabia el ardiente deseo de Cornelio por tener noticias de su tulipan, como no queria exponerse á ver de nuevo á un hombre hácia quien sentia aumentar su compasion hasta el punto que después de haber pasado por la

simpatía, aquella compasion se encaminaba en derechura y á pasos agigantados hácia el amor, y como no queria desesperarle, resolvió proseguir sola los trabajos de lectura y escritura, en lo que felizmente habia hecho tan visibles adelantos, que ya no hubiera necesitado de maestro, si aquel maestro no se hubiera llamado Cornelio.

Rosa empezó pues á leer con la mayor constancia en la Biblia del desgraciado Cornelio de Witt, en cuya segunda hoja, que era la primera desde que se habia cortado esta, estaba escrito el testamento de Cornelio van Baerle.

—¡Ah! mrmujeaba leyendo y releendo aquel testamento que nunca concluia sin que una lágrima, perla de amor, cayese de sus límpidos ojos en sus pálidas mejillas, ¡ah! en aquel tiempo pude creer un instante que me amaba.

Pobre Rosa, se engañaba ciertamente. Nunca habia sido el amor del prisionero mas real y efectivo que ahora, pues que como ya hemos dicho, en la competencia entre el gran tulipan negro y Rosa, el gran tulipan negro habia sucumbido.

Pero repetimos que Rosa ignoraba la derrota del gran tulipan negro.

Así es que después de concluida la lectura, en la que habia hecho admirables progresos, Rosa tomaba la pluma y emprendia con un escarnizamiento no menos laudable la obra mucho mas difícil de la escritura. Pero como ya casi se entendia su letra el día en que Cornelio habia cometido la imprudencia de dejar hablar su corazon, Rosa no desesperó hacer progresos bastante rápidos para dar, dentro de ocho días á mas tardar; noticias al prisionero acerca de su flor querida.

Las recomendaciones que Cornelio le habia hecho acerca del tulipan, estaban muy presentes en la imaginacion de Rosa. Quien bien ama nunca olvida.

Este, por su parte, sentíase mas enamorado que nunca. El tulipan existia aun en su imaginacion, pero en fin ya no le veia como un tesoro al que todo lo debia sacrificar, y aun la misma Rosa, sino como una flor preciosa, como una maravillosa combinacion de la naturaleza y del arte, que Dios le concedia para adornar el pecho de su amada.

Sin embargo, pasó todo el día en una especie de inquietud vaga que le atormentaba. Esta inquietud no provenia de otra causa sino del temor de que Rosa no viniese aquella noche como tenia de costumbre.

A medida que la noche se acercaba, se aumentaba mas y mas su inquietud, y se acrecentaron sus temores hasta que concluyeron por absorberle enteramente.

Cuando la oscuridad y las tinieblas que lentamente cubrian á Loewestein indicaron la desaparicion del astro del día, su corazon latia fuertemente, y las palabras que la víspera habia dicho á Rosa se agolpaban á su imaginacion, preguntándose á sí mismo, cómo habia podido condenarse por sus propios labios á un suplicio tan horrible, cuando la vista, la presencia de Rosa era una necesidad para su existencia.

Preciso es confesarlo con mengua de nuestro héroe y de la horticultura: de sus dos amores, el que mas sentia perder era el de Rosa, y cuando ácia las tres de la madrugada se durmió rendido de fatiga y acosado de temores, el gran tulipan negro cedió el primer lugar en sus sueños á los bellos ojos azules de la rubia frisia.



LA MUJER Y LA FLOR.

PERO la pobre Rosa encerrada en su cuarto no podia adivinar en quien ó en qué pensaba Cornelio, y resultó de lo que él le habia dicho, que Rosa estaba mucho mas inclinada á creer que Cornelio amaba mas al tulipan que á ella, en lo cual Rosa se equivocaba.

Como no habia nadie para desengañarla, y como las imprudentes palabras de Cornelio habian caido en su corazon como gotas de veneno, Rosa ya no pensaba, sino que lloraba.

En efecto, como Rosa era una jóven de talento elevado y de juicio recto y profundo, se hacia justicia á sí misma, no por sus cualidades morales y físicas, sino en consideracion á su posicion social.

Cornelio era sabio, rico, ó al menos lo habia sido antes de la confiscacion de sus bienes. Pertenecia á aquella aristocracia del comercio, mas orgullosa con las muestras pintadas de sus tiendas en forma de blason que la nobleza de casta con sus escudos hereditarios. Cornelio podia pues querer á Rosa solo por una distraccion; pero cuando llegase el momento de entregar enteramente su corazon, era muy de temer que prefiriese un tulipan, es decir la mas noble y alta de las flores, á la humilde hija de un carcelero.

Rosa comprendia pues la preferencia que daba Cornelio al tulipan negro; y por lo mismo se aumentaba mas su desesperacion.

Durante aquella noche terrible, durante aquella noche de insomnios que habia pasado, Rosa tomó una resolucion. Esta resolucion fué no volver mas al postigo.

Pero como sabia el ardiente deseo de Cornelio por tener noticias de su tulipan, como no queria exponerse á ver de nuevo á un hombre hácia quien sentia aumentar su compasion hasta el punto que después de haber pasado por la

simpatía, aquella compasion se encaminaba en derechura y á pasos agigantados hácia el amor, y como no queria desesperarle, resolvió proseguir sola los trabajos de lectura y escritura, en lo que felizmente habia hecho tan visibles adelantos, que ya no hubiera necesitado de maestro, si aquel maestro no se hubiera llamado Cornelio.

Rosa empezó pues á leer con la mayor constancia en la Biblia del desgraciado Cornelio de Witt, en cuya segunda hoja, que era la primera desde que se habia cortado esta, estaba escrito el testamento de Cornelio van Baerle.

—¡Ah! mrmujeaba leyendo y releyendo aquel testamento que nunca concluia sin que una lágrima, perla de amor, cayese de sus límpidos ojos en sus pálidas mejillas, ¡ah! en aquel tiempo pude creer un instante que me amaba.

Pobre Rosa, se engañaba ciertamente. Nunca habia sido el amor del prisionero mas real y efectivo que ahora, pues que como ya hemos dicho, en la competencia entre el gran tulipan negro y Rosa, el gran tulipan negro habia sucumbido.

Pero repetimos que Rosa ignoraba la derrota del gran tulipan negro.

Así es que después de concluida la lectura, en la que habia hecho admirables progresos, Rosa tomaba la pluma y emprendia con un escarnizamiento no menos laudable la obra mucho mas difícil de la escritura. Pero como ya casi se entendia su letra el dia en que Cornelio habia cometido la imprudencia de dejar hablar su corazon, Rosa no desesperó hacer progresos bastante rápidos para dar, dentro de ocho dias á mas tardar; noticias al prisionero acerca de su flor querida.

Las recomendaciones que Cornelio le habia hecho acerca del tulipan, estaban muy presentes en la imaginacion de Rosa. Quien bien ama nunca olvida.

Este, por su parte, sentíase mas enamorado que nunca. El tulipan existia aun en su imaginacion, pero en fin ya no le veia como un tesoro al que todo lo debia sacrificar, y aun la misma Rosa, sino como una flor preciosa, como una maravillosa combinacion de la naturaleza y del arte, que Dios le concedia para adornar el pecho de su amada.

Sin embargo, pasó todo el dia en una especie de inquietud vaga que le atormentaba. Esta inquietud no provenia de otra causa sino del temor de que Rosa no viniese aquella noche como tenia de costumbre.

A medida que la noche se acercaba, se aumentaba mas y mas su inquietud, y se acrecentaron sus temores hasta que concluyeron por absorberle enteramente.

Cuando la oscuridad y las tinieblas que lentamente cubrian á Loewestein indicaron la desaparicion del astro del dia, su corazon latia fuertemente, y las palabras que la víspera habia dicho á Rosa se agolpaban á su imaginacion, preguntándose á sí mismo, cómo habia podido condenarse por sus propios labios á un suplicio tan horrible, cuando la vista, la presencia de Rosa era una necesidad para su existencia.

Desde el cuarto de Cornelio se oía el reloj de la fortaleza. Dieron las siete, las ocho, las nueve. El sonido de la última campanada de las nueve vibró profundamente en el corazón de Cornelio. Todo quedó luego en silencio. Cornelio procuró ahogar con su mano los latidos de su corazón y escuchó.

El ruido de los pasos de Rosa le era tan familiar, que desde que subía el primer peldaño, decía:

—Ya está ahí Rosa.

Pero aquella noche nada turbó el silencio del corredor. El reloj dió las nueve y cuarto, luego las nueve y media, las diez menos cuarto, y por fin su voz grave anunció las diez no solo á los huéspedes de la fortaleza, sino á los habitantes de Loewstein.

En aquella hora acostumbraba Rosa despedirse de Cornelio. Había dado la hora, y Rosa aun no había venido.

Los presentimientos no le habían engañado. Rosa irritada le abandonaba á su soledad.

—¡Oh! decía Cornelio, bien merecido lo tengo. Ya no volverá mas, y hará bien en no venir; yo en su lugar haría lo mismo.

Y á pesar de esto, Cornelio escuchaba y esperaba.

Así permaneció en el postigo hasta media noche, á cuya hora cesó de esperar, y sin desnudarse se arrojó en el lecho.

La noche fué para él larga y triste; llegó el día, pero ninguna esperanza trajo al cautivo.

A las ocho de la mañana abrieron su puerta; mas él no se tomó siquiera el trabajo de volver la cabeza, porque había sentido los pesados pasos de Grifus en el corredor y había conocido que venía solo. No miró siquiera hácia el carcelero. Sin embargo, bien hubiera querido informarse acerca de Rosa; y estuvo á punto de hacerlo, por mas extraña que á su padre pareciese semejante pregunta. El egoísta esperaba que Grifus le contestaría que su hija estaba enferma.

Solo en un caso extraordinario podía venir Rosa de día. Mientras duró el día, Cornelio no esperó realmente, pero al ver sus estremecimientos súbitos, su oído en acecho y sus rápidas miradas hácia el postigo, se conocía que tenía una débil esperanza de que Rosa infringiría sus costumbres.

En la segunda visita de Grifus, Cornelio no pudiendo contenerse preguntó con su voz mas suave al viejo carcelero acerca de su salud; pero Grifus, lacónico como siempre, se limitó á contestar:

—Va bien.

A la tercera visita, Cornelio varió la forma de la pregunta.

—¿No hay nadie enfermo en Loewstein? preguntó.

—¡Nadie! respondió Grifus todavía mas conciso que la vez primera y dando al preso, como suele decirse, con la puerta en los hocicos.

Grifus, poco acostumbrado á semejantes cumplimientos de parte de Cornelio, sospechaba en él un principio ó tentativa de corrupcion.

Cornelio volvió á estar solo. Eran las siete de la noche y comenzó á experimentar con mas intensidad que la víspera las terribles angustias que hemos tratado de describir. Por desgracia, de igual modo que la víspera, transcurrieron con las horas, sin que se mostrase la dulce vision que al través de la rejilla del postigo iluminaba el calabozo del infeliz Cornelio, y que al retirarse dejaba en él bastante luz para todo el tiempo de su ausencia.

Van Baerle pasó la noche entregado á una verdadera desesperacion. Al dia siguiente, le pareció Grifus mas ruin y brutal que nunca; y le había pasado por las mientes, ó mas bien por el corazón, la esperanza de que él era quien impedía la venida de Rosa.

Asaltáronle terribles ganas de estrangular á Grifus; pero muerto Grifus á manos de Cornelio, todas las leyes divinas y humanas prohibían á Rosa volver á ver en su vida á Cornelio.

El carcelero escapó, pues, sin sospecharlo, del mayor peligro que había corrido quizá en toda su vida.

Vino la noche y la desesperacion degeneró en melancolía. Esta melancolía era tanto mas lúgubre, cuanto que á ella se unía el recuerdo de su pobre tulipan. En esto llegó la época del mes de abril, que los jardineros mas experimentados señalaban como la mas á propósito para sembrar los tulipanes. El prisionero recordó entonces que había dicho á Rosa:

—Yo os indicaré el dia en que se debe sembrar el esqueje. Este dia debía señalarlo en la noche siguiente.

El tiempo era excelente; la atmósfera, aunque un poco húmeda comenzaba á temperarse con los rayos del sol de abril, muy suaves aunque pálidos. ¿Dejaría pasar Rosa el tiempo de la siembra? ¿Aumentaría el dolor de su ausencia el descuido de sembrar demasiado tarde, ó el no sembrarle de ningún modo?

Estos dos dolores juntos eran suficientes para hacerle perder el apetito y así sucedió al cuarto dia.

Daba compasion ver á Cornelio, mudo de dolor y pálido de inanición, inclinarse fuera de la ventana enrejada con riesgo de no poder luego sacar la cabeza de entre los barrotes por ver si podía descubrir á su izquierda el pequeño jardín de que Rosa le había hablado, cuyas tapias lindaban con el río, y esto con la esperanza de descubrir, con los primeros rayos del sol de abril, á la jóven ó al tulipan, sus dos amores magullados.

A la noche Grifus se llevó el almuerzo y la comida de Cornelio sin que este los hubiese apenas tocado.

Al dia siguiente, los comestibles destinados á dos comidas se retiraron completamente intactos.

Cornelio no se había levantado aquel día.

—Bueno, dijo Grifus cuando bajó después de la última visita, creo que pronto nos veremos libres del sabio.

Rosa se estremeció.

—¡Bah! dijo Jacobo, ¿cómo?

—No bebe, ni come, ni se levanta, dijo Grifus. Lo mismo que Grocio saldrá de aquí en una caja, solamente que la caja será un ataúd.

Rosa se puso pálida como un cadáver.

—¡Oh! murmuró, ya comprendo: está inquieto por su tulipan.

Y levantándose oprimida por el dolor, entró en su cuarto donde tomó papel y pluma, y empleó toda la noche en formar letras.

Al día siguiente, al levantarse Cornelio para mirar por la ventana, vió un papel que había echado por debajo de la puerta.

Abalanzóse á él, le abrió y leyó en caracteres que casi dudó fuesen de Rosa, según el adelanto que notaba en una ausencia de siete días:

«Tranquilizaos, el tulipan va perfectamente.»

Aunque estas palabras calmaron algún tanto el dolor de Cornelio, no le fué menos sensible la ironía. Ya no le quedaba duda de que Rosa no estaba enferma, sino resentida, de que no se la contenía por la fuerza, sino que se alejaba de él voluntariamente. Rosa libre encontraba en su voluntad el valor suficiente para no ir á ver á quien moría de dolor por su ausencia.

Cornelio tenía papel y un lápiz que Rosa le había traído. Comprendió que la jóven esperaba una respuesta, pero que no vendría por ella sino á la noche. En consecuencia escribió en un papel semejante al que había recibido.

«No es la inquietud que me causa el tulipan el origen de mis males, sino el sentimiento de no veros.»

Cuando Grifus le hubo hecho su visita, y cuando llegó la noche, echó el papel por debajo de la puerta y escuchó.

Pero por mas atención que puso, ni oyó los pasos en la escalera ni el ruido del traje de la amada.

Solo oyó una voz débil como un soplo y dulce como una caricia, que susurró por la rejilla estas palabras:

—Hasta mañana.

El día siguiente venía á ser el octavo.

Durante ocho días no se habían vuelto á ver Cornelio y Rosa.



ΣΤ.

LO QUE PASO DURANTE ESTOS OCHO DIAS.

AL siguiente, en efecto, van Baerle oyó tocar al postigo á la hora acostumbrada.

Su impaciencia por volver á ver, al través de la reja, la encantadora cara de Rosa, no le había permitido separarse un momento de la puerta desde el anochecer.

Rosa no pudo evitar un movimiento de sorpresa, cuando á favor de la luz de su lámpara observó la palidez del prisionero.

—¡Cuánto habeis sufrido! pobre Cornelio, dijo Rosa.

—Mucho, hija mia, respondió Cornelio, tanto física como moralmente.

—He visto que devolviais el alimento, supe por mi padre que no os levantábais, y entonces os escribí para tranquilizaros acerca del objeto de vuestra inquietud.

—Y yo os respondí inmediatamente, querida Rosa. ¿Habeis recibido mi carta?—Si.

—Y puesto que sabeis leer, ya no podeis excusaros.

—En efecto, por eso he venido para informarme de vuestro estado, y prestaros si es posible, algun alivio.

—¡Algun alivio! exclamó Cornelio, ¿me traeis buenas noticias?

Y el jóven fijó en Rosa una mirada impaciente.

Sea que Rosa no comprendiese ó no quisiera comprenderla, respondió en tono grave:

—Solo tengo que hablaros del tulipan, que es á no dudarlo vuestra conversacion favorita.

Rosa pronunció estas palabras con un acento glacial que hizo estremecer á Cornelio.

Van Baerle no comprendía el dolor, que, bajo el velo de la indiferencia, atormentaba á la zelosa rival del tulipan negro.

—¡Ah todavía, todavía! murmuró Cornelio. ¿No os he dicho que sola vos ocupais mi pensamiento, que solo por vos suspiro, y que á par de vuestra ausencia siento desprendérseme la vida?

Rosa sonrió melancólicamente.

—Pero el caso es que vuestro tulipan ha corrido un gran riesgo.

Cornelio se estremeció á pesar suyo.

—¡Un gran riesgo! exclamó; ¿y cuál?

Rosa no pudo menos de compadecerle; conocía que su afición era superior á su voluntad, y que era preciso aceptarle con esa debilidad.

—Habiais justamente adivinado la verdad, Mr. Jacobo está enamorado del tulipan.

—¡Oh! dijo Cornelio con mas pesadumbre que el día en que creyó que estaba enamorado de Rosa, y como notase que la jóven habia aliviado toda la intension de su dolor, continuó:

—Perdonadme; conozco demasiado la bondad de vuestro corazón. Dios os ha dotado de juicio, fuerza y movimiento para defenderos, y mi pobre tulipan carece de todo esto.

Rosa no respondió á esta excusa del prisionero, y continuó:

—Desde el momento en que supí el temor que os inspiraba ese hombre, que me habia seguido al jardín, á quien habia reconocido por el Jacobo de la Haya, participé tambien de vuestra inquietud. Hicé, pues, al día siguiente, lo que me indicasteis aquel en que os vi por última vez, cuando me dijisteis.

Cornelio la interrumpió.

—¡Perdon! querida Rosa, yo no debí haberlo dicho: bastante he sufrido desde entonces, y me atrevo á esperar que me perdonareis.

—Al día siguiente, repuso Rosa, resolví emplear el medio indicado, para averiguar á cuál de los dos perseguia ese hombre odioso.

—Sí, odioso. . . . ¿No es verdad que aborreceréis á ese hombre?

—Le odio, dijo Rosa, pero escuchadme: Al siguiente día desgraciado, continuó, bajé al jardín, y me dirigí hácia el acirate donde me debía plantar el tulipan, mirando hácia atrás, á ver si me seguia como la otra vez.

—¡Y bien! preguntó Cornelio.

—La misma sombra se deslizó por entre la puerta y la tapia y desapareció tras de los saúcos.

—Os hicisteis la desconocida, ¿no es esto? preguntó Cornelio, trayendo á la memoria con todos sus detalles el consejo que habia dado á Rosa.

—Sí, y me incliné para cavar la tierra con una azada, como si fuese á plantar alguna semilla.

—¿Y él? . . . él. . . . en ese tiempo.

—Yo veia por entre las ramas de los árboles brillar sus ojos como los de un tigre.

—¿Lo veís? dijo Cornelio.

—Después de concluido el simulacro me retiré.

—Pero á la puerta del jardín nada mas, ¿no es esto? De manera que por las rendijas ó cerradura pudisteis ver cuanto hacia.

—Esperó un momento, sin duda para asegurarse de que yo no volveria, salió con paso lento de su escondrijo, y se aproximó después de un largo ro-

deo al acirate, es decir frente por frente del sitio en que estaba la tierra removida: detúvose con aire de indiferencia, miró á todas partes como si se guntase á cada rincón del jardín, á la tierra, al cielo y al aire, y seguro de que estaba completamente solo, se precipitó sobre el acirate, penetró con las dos manos en la blanda tierra, sacando una gran porción que desmenuzó con suavidad, por temor de estropear la semilla, repitió tres veces la misma operación, mas agitado y convulso, hasta que por último comenzando á comprender que podia haber sido chasqueado cogió la azada, igualó el terreno para que nada se advirtiese, y despechado y corrido tomó el camino de la puerta, como si viniese de un paseo cotidiano.

—¡Oh! malvado, murmuró Cornelio, limpiando las gotas de sudor que corrían por su frente. ¿Pero y la cebolla, Rosa, qué habeis hecho de ella? Ya es demasiado tarde para plantarla.

—La cebolla. . . . está sembrada hace seis días.

—¿Dónde? ¿cómo? exclamó Cornelio. ¡Oh Dios mio, ¡que imprudencia! ¿Dónde está? ¿En qué tierra? ¿Corre peligro de que nos la robe ese abominable Jacobo?

—No, á buen seguro que la robe como no violente la puerta de mi cuarto.

—¡Ah! está en vuestro cuarto, Rosa, dijo Cornelio algo tranquilo. ¿Pero en qué tierra? No la habeis puesto en agua, como las buenas mujeres de Harlem y de Dordrecht, que se empeñan en creer que el agua puede reemplazar á la tierra, como si el agua que está compuesta de treinta y tres partes de oxígeno y sesenta y seis de hidrógeno pudiera reemplazar. . . . ¿Pero qué es lo que os digo?

—Sí, es algo oscuro para mi, respondió la jóven sonriendo. Me contentaré con responder para tranquilizaros, que no está en agua vuestro tulipan.

—¡Ah! respiro.

—Está en un tarro casi del mismo tamaño que el cántaro en que teniais la vuestra; en un terreno compuesto de tres partes de tierra comun, tomada del mejor sitio del jardín, y una de tierra de la calle. ¡Oh! muchas veces os he oido decir, lo mismo que á ese infame de Mr. Jacobo, la clase de tierra que necesita un tulipan, y lo sé como el primer jardinero de Harlem.

—Aun resta la posicion. ¿Dónde le colocásteis, Rosa?

—Ahora tiene sol siempre que le hay. Cuando florezca y el sol caliente mas, haré lo mismo que vos, querido Cornelio. Le expondré en mi ventana de levante de las ocho á las once de la mañana, y en la de poniente de las tres á las cinco.

—Justamente, exclamó Cornelio, sois, querida Rosa, una perfecta jardinera. Pero ahora me acuerdo de que por cultivar el tulipan desatendeis completamente vuestros quehaceres.

—Cierto, dijo Rosa; pero ¿qué importa? vuestro tulipan es mi hijo, y le

consagro todo el tiempo que ocuparia en mi hijo si fuera madre. Por ahora, añadió Rosa sonriendo, no puedo dejar de ser su rival.

—Querida Rosa! susurró Cornelio, dirigiendo á la jóven una mirada que la llenó de consuelo, porque tenia mas de amante que de horticultor.

Después de un momento de silencio, en el que Cornelio habia buscado por entre los espacios de la reja la mano fugitiva de Rosa,

—¿Con que hace seis días que está sembrada la cebolla? replicó Cornelio.

—Sí, señor, seis días, repuso la jóven.

—¿Y no parece todavía?

—No, pero creo que mañana aparecerá.

—Mañana tendré noticias de ambos, ¿no es esto Rosa? Bastante me inquieto por el hijo, como deciais ahora poco, pero no me intereso menos por la madre.

—Mañana, dijo Rosa mirando á Cornelio, mañana, no sé si podré.

—¿Bahl dijo Cornelio, ¿y por qué no habeis de poder mañana?

—Señor Cornelio, tengo muchas cosas que hacer.

—Mientras que yo no tengo mas que una.

—Amar á vuestro tulipan.

—Amaros á vos, Rosa.

Rosa hizo un movimiento de cabeza.

Hubo un momento de silencio.

—En fin, continuó van Baerle, interrumpiendo el silencio, todo cambia en ja naturaleza: á las flores de la primavera suceden otras, y vense las abejas, que tiernamente acariciaban las violetas y alelías, posarse, con el mismo amor, sobre la madreselva, la rosa y los jazmines.

—¿Qué quiere decir eso? preguntó.

—Eso quiere decir, señorita, que habeis deseado oír la relacion de mis dichas y de mis pesares; que habeis acariciado la flor de nuestra mutua juventud, pero la mia se ha marchitado á la sombra. El jardín de las esperanzas y placeres de un prisionero no tiene mas que una estacion. Como no está al sol y al aire libre, una vez hecha la siega. Rosa, las abejas como vos, las abejas de fino talle, de cabeza de oro, y alas diáfanas, saltan las ventanas, huyen del frio, de la soledad, de la tristeza para ir á buscar en otra parte los perfumes y las dulces exhalaciones. La felicidad, en una palabra.

Rosa miraba á Cornelio, con una sonrisa que este no habia advertido, porque tenia los ojos levantados al cielo y continuó suspirando:

—Me habeis abandonado, Rosa, para tener vuestras cuatro estaciones de placeres, y no me quejo; ¿qué derecho tenia yo para exigir vuestra felicidad?

—¿Mi infidelidad! exclamó Rosa deshecha en lágrimas y sin querer ocultar á Cornelio por mas tiempo aquel rocío de perlas que humedecia sus mejillas, ¿mi infidelidad! ¡no os he sido yo fiel!

—¿Ah! es ser fiel abandonarme, exclamó Cornelio, dejarme morir aquí.

—Pero, Cornelio, dijo Rosa, ¿no hacia por vos cuanto podia agradaros? ¿No me ocupaba en vuestro tulipan?

—¿Ah! Rosa, me reprendeis, me echais en cara la única alegría pura que he tenido en este mundo.

—No os reprendo nada, señor Cornelio, sino el único pesar grande que he tenido, desde el dia en que supe en Buytenhoff que habeis sido condenado á muerte.

—¿Os disgusta, Rosa querida, os disgusta que yo ame á las flores?

—No me disgusta que las ameis, solo sí que las ameis mas que á mí misma.

—¿Ah! querida mia, exclamó Cornelio, mirad como tiemblan mis manos, mirad la palidez de mi frente, escuchad cómo late mi corazón; y bien, no es porque mi tulipan negro me sonrie y me llama, no; es porque vos me mirais con cariño; porque inclinais hácia mí vuestra frente; porque siento trás el contacto glacial de la reja el calor abrasador de vuestras mejillas. Romped, amor mio, la semilla del tulipan negro, destruid la esperanza de esa flor, extinguid la suave luz de ese casto y delicioso sueño que alentó mis fuerzas juveniles, que me acompañó en mi orfandad amarga; no mas flores de tapizado y rico manto, de elegantes formas, de caprichos divinos; quitadme todo esto, flor celosa de las flores, quitádmelo todo; pero dejadme vuestra voz, el sonido de vuestros pasos en la escalera; no me quiteis el fuego de vuestros ojos en el corredor sombrío, la certidumbre de vuestro amor que acaricia mi corazón; amadme, Rosa, amad á quien os tiene siempre en su memoria, á quien no ama en el mundo mas que á vos.

La jóven, cuyas manos consentian en fin en entregarse al través de la reja á los labios de Cornelio, suspiró tiernamente y exclamó:

—Ante todo el tulipan negro.

—Ante todo, Rosa. . .

—¿Debo creerlo?

—Como creéis en Dios.

—Enhorabuena. ¿Y no os obligais con eso á quererme mucho?

—Demasiado poco desgraciadamente, querida Rosa, pero tambien vos os obligais. . .

—¿A qué? preguntó Rosa.

—A no casaros en adelante.

Rosa se sonrió.

—¿Ah! Sois un verdadero tirano, dijo la jóven. Adorais á una hermosa, pensais en ella á cada instante, la veis en vuestros sueños, le consagrais en el adalzo el último suspiro, y exigis de mí, pobre niña, el sacrificio de todos mis sueños, de toda mi ambicion.

¿Pero de qué hermosa me hablais, querida mia? dijo Cornelio, buscando,

aunque inútilmente, en sus recuerdos la mujer á quien Rosa quería aludir.

—¡Toma! de la hermosa negra de flexible talle, de piés finos y de noble cabeza. Hablo de vuestra flor.

Cornelio se sonrió.

—Hermosa imaginaria, querida Rosa, mientras que vos, sin contar con el enamorado, ó mejor dicho, mi enamorado Jacobo, estais rodeada de galanes que os hacen la corte. ¿Os acordais de lo que me digisteis de los estudiantes y oficiales de la Haya? y bien, ¿en Loewestein no hay oficiales y estudiantes?

—¡Oh! y tantos como hay; dijo Rosa.

—¿Que escriben?

—Que escriben.

—Y ahora que sabeis leer. . .

Y Cornelio lanzó un suspiro, al considerar que solo á él debía Rosa el privilegio de leer los billetes amorosos que recibia.

—Pero me parece, señor Cornelio, dijo Rosa, me parece que al leer los billetes que me escriben, al examinar los galanes que se me presentan, no hago mas que seguir vuestras instrucciones.

—¿Mis instrucciones?

—Sí; olvidais, continuó Rosa suspirando, ¿olvidais el testamento que escribisteis en la prision sobre la Biblia de Mr. Cornelio de Witt? Yo no le olvido jamás y desde que sé leer mucho menos. Pues bien, en aquel testamento me ordenais que me case con un jóven de 26 á 28 años. Yo lo busco incesantemente, y como consagro todo el dia á vuestro tulipan, es preciso que me deis la noche libre para encontrarle.

—¡Ah! Rosa, el testamento se hizo *mortis causa*, y gracias á Dios, estoy ahora vivo.

—¿Con que no he de buscar á ese jóven y he de venir á veros?

—¡Ah! si, Rosa, ¡venid! ¡venid!

—Pero con una condicion.

—Convenido.

—Y es que no se ha de hablar en tres dias del tulipan negro.

—No hablaremos nunca si lo exigis, querida Rosa.

—¡Oh! yo no pido imposibles.

Y como por descuido, acercó tanto su rostro á la reja, que Cornelio pudo dar un beso en sus mejillas.

Rosa exhaló un leve quejido lleno de amor y desapareció.



XII.

EL SEGUNDO ESQUEJE.

AQUELLA noche la pasó bien Cornelio, y al dia siguiente se encontró mucho mejor. Los dias anteriores habia estado la prision triste, pesada y sombría para el desgraciado preso. Parecía que las paredes eran mas oscuras, el aire mas frio, y que al través de los barrotes no podia pasar la luz del dia; pero cuando despertó daba un rayo de sol en la ventana, algunas palomas jugueteaban hendiendo suavemente el aire, mientras que otras arrullaban en el techo vecino de la ventana, cerrada todavía.

Cornelio corrió á la ventana, la abrió y no parecia sino que la vida, la alegría y aun la libertad entraban con aquel rayo de sol en el sombrío calabozo.

Todo cuanto rodeaba á Cornelio estaba animado por el amor, por esa flor del cielo mas radiante y balsámica que las flores de la tierra.

Cuando Grifus entró en el cuarto del prisionero, en vez de hallarle como otros dias acostado y melancólico, le encontró asomado á la ventana y cantando algunas notas de ópera.

Grifus le miró de reojo.

—¡Hola! dijo este.

—¿Cómo va esta mañana?

Grifus volvió á mirarle de reojo.

—El perro, Mr. Jacobo y nuestra bella Rosa, cómo van?

Grifus rechinó los dientes.

—He aquí el almuerzo, dijo.

—Gracias, amigo cerbero, dijo el preso, á buen tiempo llega, porque tengo mucha hambre.

—¡Ah! ¿teneis hambre? dijo Grifus.

—Toma, y ¿por qué no? preguntó van Baerle.

—Parece que la conspiracion progresa, dijo Grifus.

—¿Cuál? preguntó Cornelio.

—Bien sé lo que me dijo, y vos tampoco lo ignorais; pero no hay cuidado, que ya se velará, ya se vigilará, señor sabio.

—¡Vigilad, amigo Grifus! dijo van Baerle, ¡vigilad! Ya sabeis que mi conspiracion y mi persona están á vuestra disposicion.

—Ya lo veremos al mediodía, continuó Grifus.

Y salió.

Handwritten notes: 11/2, X, X, X

aunque inútilmente, en sus recuerdos la mujer á quien Rosa quería aludir.

—¡Toma! de la hermosa negra de flexible talle, de piés finos y de noble cabeza. Hablo de vuestra flor.

Cornelio se sonrió.

—Hermosa imaginaria, querida Rosa, mientras que vos, sin contar con el enamorado, ó mejor dicho, mi enamorado Jacobo, estais rodeada de galanes que os hacen la corte. ¿Os acordais de lo que me digisteis de los estudiantes y oficiales de la Haya? y bien, ¿en Loewestein no hay oficiales y estudiantes?

—¡Oh! y tantos como hay; dijo Rosa.

—¿Que escriben?

—Que escriben.

—Y ahora que sabeis leer. . .

Y Cornelio lanzó un suspiro, al considerar que solo á él debía Rosa el privilegio de leer los billetes amorosos que recibia.

—Pero me parece, señor Cornelio, dijo Rosa, me parece que al leer los billetes que me escriben, al examinar los galanes que se me presentan, no hago mas que seguir vuestras instrucciones.

—¿Mis instrucciones?

—Sí; olvidais, continuó Rosa suspirando, ¿olvidais el testamento que escribisteis en la prision sobre la Biblia de Mr. Cornelio de Witt? Yo no le olvido jamás y desde que sé leer mucho menos. Pues bien, en aquel testamento me ordenais que me case con un jóven de 26 á 28 años. Yo lo busco incesantemente, y como consagro todo el dia á vuestro tulipan, es preciso que me deis la noche libre para encontrarle.

—¡Ah! Rosa, el testamento se hizo *mortis causa*, y gracias á Dios, estoy ahora vivo.

—¿Con que no he de buscar á ese jóven y he de venir á veros?

—¡Ah! si, Rosa, ¡venid! ¡venid!

—Pero con una condicion.

—Convenido.

—Y es que no se ha de hablar en tres dias del tulipan negro.

—No hablaremos nunca si lo exigis, querida Rosa.

—¡Oh! yo no pido imposibles.

Y como por descuido, acercó tanto su rostro á la reja, que Cornelio pudo dar un beso en sus mejillas.

Rosa exhaló un leve quejido lleno de amor y desapareció.



XII.

EL SEGUNDO ESQUEJE.

AQUELLA noche la pasó bien Cornelio, y al dia siguiente se encontró mucho mejor. Los dias anteriores habia estado la prision triste, pesada y sombría para el desgraciado preso. Parecía que las paredes eran mas oscuras, el aire mas frio, y que al través de los barrotes no podia pasar la luz del dia; pero cuando despertó daba un rayo de sol en la ventana, algunas palomas jugueteaban hendiendo suavemente el aire, mientras que otras arrullaban en el techo vecino de la ventana, cerrada todavía.

Cornelio corrió á la ventana, la abrió y no parecia sino que la vida, la alegría y aun la libertad entraban con aquel rayo de sol en el sombrío calabozo.

Todo cuanto rodeaba á Cornelio estaba animado por el amor, por esa flor del cielo mas radiante y balsámica que las flores de la tierra.

Cuando Grifus entró en el cuarto del prisionero, en vez de hallarle como otros dias acostado y melancólico, le encontró asomado á la ventana y cantando algunas notas de ópera.

Grifus le miró de reojo.

—¡Hola! dijo este.

—¿Cómo va esta mañana?

Grifus volvió á mirarle de reojo.

—El perro, Mr. Jacobo y nuestra bella Rosa, cómo van?

Grifus rechinó los dientes.

—He aquí el almuerzo, dijo.

—Gracias, amigo cerbero, dijo el preso, á buen tiempo llega, porque tengo mucha hambre.

—¡Ah! ¿teneis hambre? dijo Grifus.

—Toma, y ¿por qué no? preguntó van Baerle.

—Parece que la conspiracion progresa, dijo Grifus.

—¿Cuál? preguntó Cornelio.

—Bien sé lo que me dijo, y vos tampoco lo ignorais; pero no hay cuidado, que ya se velará, ya se vigilará, señor sabio.

—¡Vigilad, amigo Grifus! dijo van Baerle, ¡vigilad! Ya sabeis que mi conspiracion y mi persona están á vuestra disposicion.

—Ya lo veremos al mediodía, continuó Grifus.

Y salió.

—¡Al mediodía! exclamó Cornelio; ¿qué querrá decir con esto? Bien, esperaremos al mediodía; al mediodía lo veremos.

No era muy sensible esperar hasta el mediodía para quien acostumbraba esperar hasta las nueve de la noche.

Llegó la hora y oyéronse en la escalera no solo los pasos de Grifus, sino los de tres ó cuatro soldados que le acompañaban.

Abrióse la puerta para dar paso á Grifus y á sus compañeros, y fué cerrada inmediatamente.

—¡Ea! comience el registro.

Y en seguida comenzaron á buscar en las faltriqueras de Cornelio, en su chaleco y en su camisa, pero nada se encontró. Buscaron en las sábanas, en las almohadas, entre la paja del colchon; tampoco hallaron nada.

Entonces se alegró Cornelio de no haber tomado el tercer esqueje; porque Grifus, por mas oculto que estuviera, le habria encontrado y hecho con él lo mismo que hizo con el primero.

Por lo demás, jamás presenció un preso una pesquisa en su domicilio con semblante mas sereno.

Grifus se retiró, llevándose el lápiz y las tres ó cuatro hojas de papel blanco que Rosa habia dado á Cornelio. Este fué el único trofeo de la expedicion.

A eso de las seis volvió Grifus solo; Cornelio trató de amansarle, pero Grifus comenzó á gruñir, enseñó un colmillo que tenia en la extremidad de la boca, y retrocedió como un hombre que teme alguna cosa.

Cornelio soltó la carcajada.

Esto hizo que Grifus, que conocia los autores clásicos, le gritase á través de la reja:

—¡Bueno! ¡bueno! El que ria el último reirá mejor.

El que debia reir el último, á lo menos esa noche, era Cornelio, porque aguardaba á Rosa.

Vino esta á las nueve, pero sin linterna: Rosa no tenia necesidad de luz, puesto que sabia leer.

Además la luz podia descubrir á Rosa, que estaba mas espiada que nunca por Jacobo.

Y en fin, con la luz se veia demasiado el rubor de Rosa cuando se ruborizaba.

¿De qué hablaron los dos jóvenes? De lo que hablan los amantes en el umbral de una puerta en Francia, de balcon á balcon en España, y de una azotea á la calle en Oriente.

Hablaron de esas cosas que ponen alas á los piés de las horas, y que añaden plumas á las alas del tiempo.

De todo hablaron menos del tulipan negro.

Luego se separaron á las diez como de costumbre.

Cornelio estaba contento, tan completamente contento como estarlo puede un tulipanero á quien no hablan de su tulipan.

Hallaba á Rosa linda como todos los amores de la tierra; la hallaba bondadosa, agraciada y hechicera.

Pero ¿por qué prohibia Rosa que se hablase del tulipan?

Este era un gran defecto que tenia Rosa.

Cornelio dijo para sí suspirando, que la mujer no era perfecta.

Estuvo meditando sobre esta imperfeccion una parte de la noche, lo que quiere decir que mientras veló estuvo pensando en Rosa.

Una vez dormido, soñó con ella.

Pero la Rosa de los sueños era mas perfecta que la Rosa de la realidad, pues aquella no solo hablaba del tulipan, sino que traia á Cornelio un magnífico tulipan negro abierto en un jarron de la China.

Cornelio despertó loco de alegría y murmujeando: ¡Rosa, Rosa, te amo! Y como era ya dia, Cornelio no juzgó oportuno dormir de nuevo.

De consiguiente no abandonó en todo el dia la idea que habia tenido al despertar.

¡Ah! Si Rosa hubiese hablado del tulipan, Cornelio habria preferido Rosa á la reina Semiramis, á la reina Cleopatra, á la reina Isabel, á la reina Ana de Austria, es decir, á todas las mas grandes y mas bellas reinas del mundo.

Pero Rosa habia prohibido, so pena de que no volveria, que antes de tres dias se hablase del tulipan.

Eran setenta y dos horas dadas á la amante, no cabe duda; pero eran tambien setenta y dos horas escatimadas á la horticultura.

Verdad es que de esas setenta y dos horas habian trascurrido ya treinta y seis.

Las otras treinta y seis pasarian bien pronto, diez y ocho en esperar y diez y ocho en recuerdos.

Rosa volvió á la misma hora: Cornelio soportó heroicamente su penitencia. Habria sido un pitagórico muy distinguido ese Cornelio, y con tal que le hubiesen permitido preguntar una vez al dia por su tulipan, habria estado cinco años segun los estatutos de la órden sin hablar de otra cosa.

Por lo demás la bella joven comprendia perfectamente que cuando se manda por un lado, es preciso ceder por otro. Rosa dejaba á Cornelio cogerle los dedos por el postiguillo y le permitia besarle el cabello á través de las rejas.

¡Pobre niña! todas esas caricias amorosas le eran mucho mas peligrosas que el hablar del tulipan.

Así lo comprendió al entrar en su cuarto tatiéndole fuertemente el corazón, con las mejillas encendidas, los labios secos y los ojos húmedos.

En la noche siguiente, después de las primeras palabras y caricias de cos-

tumbre, miró á Cornelio á través de la rejilla y en la oscuridad, con esa mirada que se siente aunque no se ve.

—Y bien, dijo, ha brotado.

—¡Ha brotado! ¿el qué? ¿el qué? preguntó Cornelio no osando creer que Rosa acertase el plazo de su prueba.

—El tulipan, dijo Rosa.

—¡Cómo! ¿con qué permitís? . . . exclamó Cornelio.

—¡Oh! ¡sí! respondió Rosa con el tono de una tierna madre que permite una alegría á su hijo.

—¡Rosa! exclamó Cornelio alargando sus labios por entre la reja con la esperanza de tocar una mejilla, una mano, la frente, en fin cualquier cosa. Pero tocó una cosa mejor que todo eso, pues tocó dos labios entreabiertos. Rosa dió un débil grito.

Cornelio comprendió que era preciso apresurarse á continuar la conversacion, pues conoció que ese contacto inesperado habia espantado mucho á Rosa.

—¿Ha brotado bien derecho? preguntó.

—Derecho como un huso de Frisia, respondió Rosa.

—¿Y está muy crecido?

—Dos pulgadas á lo menos.

—¡Oh! Rosa, cuidadle bien, y ya vereis que pronto crece.

—¿Puedo cuidarle mas, cuando no pienso mas que en él? replicó Rosa.

—¿No pensais mas que en él? Cuidado, Rosa, que vais á darme zelos.

—Bien sabeis que el pensar en él es pensar en vos. No le pierdo de vista; véole desde la cama; cuando despierto es el primer objeto que se presenta á mi vista, y el último que se separa de ella al quedarme dormida. Por el dia me siento y trabajo á su lado, porque desde que está en mi cuarto no salgo de allí.

—Haceis bien, Rosa, pues ya sabeis que es vuestro dote.

—Sí, y gracias á ese dote podré casarme con un jóven de veintiseis á veintiocho años á quien ame.

—Callad, taimada.

Y Cornelio logró coger los dedos de la jóven, lo que hizo, si no cambiar de conversacion, á lo menos suceder el silencio al diálogo.

Esa noche Cornelio fué el mas venturoso de los hombres. Rosa le abandonó su mano todo el tiempo que le plugo tenerla cogida, y Cornelio habló del tulipan á sus anchuras.

Desde ese momento, cada dia trajo un progreso en el tulipan y en el amor de los dos jóvenes; unas veces eran las hojas que se habian entreabierto, otras la misma flor que habia cuajado.

Al oír esta noticia, fué grande la alegría de Cornelio, y sus preguntas se sucedieron con tal rapidez que acreditaban su importancia.

—¡Cuajado! ¿Ha cuajado? exclamó Cornelio.

—¡Ha cuajado! repitió Rosa.

Cornelio tambaleó de alegría y tuvo que agarrarse al postiguillo.

—¡Dios mio! exclamó.

Luego, volviendo á Rosa, dijo:

—¿Es regular el óvalo? ¿está lleno el cilindro? las puntas ¿están verdes?

—El óvalo tiene cerca de una pulgada y se lanza como una aguja, el cilindro hincha sus costados, y las puntas están para entreabrirse.

Esa noche Cornelio durmió poco, pues era un momento supremo aquel en que debian entreabrirse las puertas.

Dos dias después Rosa anunciaba que estaban entreabiertas.

—¡Entreabiertas, Rosa! exclamó Cornelio. Entonces ¿ya se puede distinguir?

Y el preso se detuvo jadeando.

—Sí, respondió Rosa, se puede distinguir un hilillo de color diferente, delgado como un cabello.

—¿Y el color? dijo Cornelio temblando.

—¡Ah! es muy oscuro.

—¿Moreno?

—¡Ah! mas oscuro.

—¡Mas oscuro, buena Rosa! ¡mas oscuro! . . . ¡Gracias! Oscuro como el ébano, como. . .

—Como la tinta con que os he escrito.

Cornelio exhaló un grito de alegría loca.

Luego, parándose de súbito, juntó las manos y dijo:

—¡Oh! No hay ángel que se os pueda comparar, Rosa!

—¿De veras? dijo Rosa, sonriendo á esa exaltacion.

—Rosa, habeis trabajado tanto, habeis hecho tanto por mí. . . Rosa, mi tulipan va á florecer, y florecerá negro. Rosa, sois lo que Dios ha creado mas perfecto sobre la tierra.

—¿Después del tulipan?

—¡Ah! calláos, picarueta; calláos por piedad, y no agueis mi alegría. Pero decidme, Rosa, si el tulipan se halla ya tan adelantado, en dos ó tres dias á mas tardar va á florecer.

—Sí, mañana ó pasado mañana.

—¡Oh! ¡Y no le veré! exclamó Cornelio echándose hácia atrás. ¿Y no le besaré como una maravilla de Dios que se debe adorar, como beso vuestra^s manos, como beso vuestros cabellos y vuestras mejillas cuando por casualidad se hallan al alcance del postiguillo?

Rosa aproximó su mejilla no por casualidad sino voluntariamente, y los labios del jóven se pegaron á ella con avidez.

- ¡Caramba! Si quereis, yo le cogeré y os le traeré, dijo Rosa.
- ¡No! ¡no! Así que se abra, ponle bien á la sombra, Rosa, y en el mismo instante envid á Harlem á decir al presidente de la sociedad de horticultura que ha florecido el gran tulipan negro. Bien sé que Harlem está lejos, pero con dinero hallareis un mensajero. ¿Teneis dinero, Rosa?
- Sí, dijo.
- ¿Bastante? preguntó Cornelio.
- Tengo trescientos florines.
- ¡Oh! Si teneis trescientos florines no debeis enviar un mensajero, debeis ir vos misma, Rosa.
- Pero durante ese tiempo, la flor. . .
- ¡Oh! La flor os la llevareis, pues ya comprendeis que no debeis separaros de ella un instante.
- Pero aunque no me separo de ella tendré que separarme de vos, dijo Rosa con tristeza.
- ¡Ah! Verdad es, mi dulce y adorada Rosa. ¡Dios mio! ¡qué malos son los hombres! . . . ¿qué les he hecho, y porque me han privado de la libertad? Teneis razon, Rosa, que no podria vivir sin vos. Pues bien; enviareis alguno á Harlem. El milagro es bastante grande para que el presidente se moleste y venga él mismo á Loewestein por el tulipan.
- Paróse de súbito, y luego murmuró con voz trémula:
- ¡Rosa! ¡Rosa! si no fuese negro.
- ¡Caramba! Lo sabreis mañana ó pasado mañana por la noche.
- ¡Aguardar hasta la noche para saberlo, Rosa! me moriré de impaciencia. ¿No podriamos quedar convenidos en una señal?
- Haré todo lo que pueda.
- ¿Qué hareis?
- Si se abre por la noche, vendré yo misma á deciroslo; si por el dia, pasaré por delante de esta puerta y os deslizaré un billete por debajo de ella ó por el postiguiillo entre la primera y la segunda inspeccion de mi padre.
- ¡Oh! Rosa, eso es. Una palabra vuestra anunciándome esa noticia, es decir, una doble felicidad.
- Están dando las diez, dijo Rosa, y tengo que dejaros.
- ¡Sí! ¡sí! dijo Cornelio. ¡Sí! retiraos, Rosa, retiraos.
- Rosa se retiró casi triste.
- Cornelio casi la habia despedido.
- Verdad es que lo hacia para que fuera á velar sobre el tulipan.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.



TERCERA PARTE.

EL ENVIDIOSO.

13

NOCHE bien grata y al mismo tiempo bien agitada fué la que pasó Cornelio. A cada instante le parecia oír la dulce voz de Rosa que le llamaba, despertaba sobresaltado, corria á la puerta y acercaba la cara al postiguiillo; pero el postiguiillo estaba solitario y el corredor vacío.

Sin duda Rosa velaba tambien por su parte; pero mas dichosa que él, velaba sobre el tulipan, tenia allí á la vista la noble flor, esa maravilla de las maravillas, no solo desconocida aun sino creida imposible.

¿Qué diria el mundo cuando supiese se habia hallado el tulipan negro, que existia, y que era el preso van Baerle el que le habia hallado?

¡Con qué orgullo hubiera despachado Cornelio á cualquiera que fuese á proponerle la libertad en cambio de su tulipan!

Amaneció sin ocurrir ninguna novedad; el tulipan no habia florecido aun. El dia pasó como la noche.

Llegó la noche y con la noche Rosa llena de alegría, ligera como una ave.

—¿Y bien? preguntó Cornelio.

—Y bien; todo va á las mil maravillas. Esta noche florecerá nuestro tulipan negro.

- ¡Caramba! Si quereis, yo le cogeré y os le traeré, dijo Rosa.
- ¡No! ¡no! Así que se abra, ponle bien á la sombra, Rosa, y en el mismo instante envid á Harlem á decir al presidente de la sociedad de horticultura que ha florecido el gran tulipan negro. Bien sé que Harlem está lejos, pero con dinero hallareis un mensajero. ¿Teneis dinero, Rosa?
- Sí, dijo.
- ¿Bastante? preguntó Cornelio.
- Tengo trescientos florines.
- ¡Oh! Si teneis trescientos florines no debeis enviar un mensajero, debeis ir vos misma, Rosa.
- Pero durante ese tiempo, la flor. . .
- ¡Oh! La flor os la llevareis, pues ya comprendeis que no debeis separaros de ella un instante.
- Pero aunque no me separo de ella tendré que separarme de vos, dijo Rosa con tristeza.
- ¡Ah! Verdad es, mi dulce y adorada Rosa. ¡Dios mio! ¡qué malos son los hombres! . . . ¿qué les he hecho, y porque me han privado de la libertad? Teneis razon, Rosa, que no podria vivir sin vos. Pues bien; enviareis alguno á Harlem. El milagro es bastante grande para que el presidente se moleste y venga él mismo á Loewestein por el tulipan.
- Paróse de súbito, y luego murmuró con voz trémula:
- ¡Rosa! ¡Rosa! si no fuese negro.
- ¡Caramba! Lo sabreis mañana ó pasado mañana por la noche.
- ¡Aguardar hasta la noche para saberlo, Rosa! me moriré de impaciencia. ¿No podriamos quedar convenidos en una señal?
- Haré todo lo que pueda.
- ¿Qué hareis?
- Si se abre por la noche, vendré yo misma á deciroslo; si por el dia, pasaré por delante de esta puerta y os deslizaré un billete por debajo de ella ó por el postiguello entre la primera y la segunda inspeccion de mi padre.
- ¡Oh! Rosa, eso es. Una palabra vuestra anunciándome esa noticia, es decir, una doble felicidad.
- Están dando las diez, dijo Rosa, y tengo que dejaros.
- ¡Sí! ¡sí! dijo Cornelio. ¡Sí! retiraos, Rosa, retiraos.
- Rosa se retiró casi triste.
- Cornelio casi la habia despedido.
- Verdad es que lo hacia para que fuera á velar sobre el tulipan.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.



TERCERA PARTE.

EL ENVIDIOSO.

Lo

NOCHE bien grata y al mismo tiempo bien agitada fué la que pasó Cornelio. A cada instante le parecia oír la dulce voz de Rosa que le llamaba, despertaba sobresaltado, corria á la puerta y acercaba la cara al postiguello; pero el postiguello estaba solitario y el corredor vacío.

Sin duda Rosa velaba tambien por su parte; pero mas dichosa que él, velaba sobre el tulipan, tenia allí á la vista la noble flor, esa maravilla de las maravillas, no solo desconocida aun sino creida imposible.

¿Qué diria el mundo cuando supiese se habia hallado el tulipan negro, que existia, y que era el preso van Baerle el que le habia hallado?

¡Con qué orgullo hubiera despachado Cornelio á cualquiera que fuese á proponerle la libertad en cambio de su tulipan!

Amaneció sin ocurrir ninguna novedad; el tulipan no habia florecido aun. El dia pasó como la noche.

Llegó la noche y con la noche Rosa llena de alegría, ligera como una ave.

—¿Y bien? preguntó Cornelio.

—Y bien; todo va á las mil maravillas. Esta noche florecerá nuestro tulipan negro.

- ¿Y florecerá negro?
- Negro como el azabache.
- ¿Sin una sola mancha de otro color?
- Sin una sola mancha.
- ¡Bondadoso cielo! Rosa, he pasado toda la noche soñando, primero en vos. . . .
- Rosa hizo un pequeño signo de incredulidad.
- Luego en lo que debíamos hacer.
- ¿Y qué?
- ¡Y qué! Hé aquí lo que he decidido. El tulipan florecerá; cuando esté bien probado que es negro, y perfectamente negro, necesitáis buscar un mensajero.
- Si no es mas que eso, tengo ya hallado el mensajero.
- ¿Un mensajero seguro?
- Un mensajero de quien respondo, uno de mis apasionados.
- Supongo que no es Jacobo.
- No, perded cuidado. Es el barquero de Loewestein, mozo de veinticinco á veintiseis años y muy avisado.
- ¡Diablot!
- Perded cuidado, dijo Rosa riendo; aun no tiene la edad, puesto que vos mismo habeis fijado la de veintiseis á veintiocho años.
- En fin, ¿ereis que podeis contar con ese jóven.
- Como conmigo misma; si yo se lo mandase, se arrojaría de su barca al Vahal ó al Mosa, á mi eleccion.
- Pues bien, Rosa; en diez horas, ese jóven puede estar en Harlem; me dareis un lápiz y papel, aun seria mejor una pluma y tinta, y escribiré, ó mas bien escribireis vos, pues si escribiese yo, pobre preso, quizás verian en esto una conspiracion como las ve vuestro padre. Escribireis al presidente de la Sociedad de horticultura, y estoy seguro de que vendrá.
- Pero ¿si tarda?
- Suponed que tarde un dia, dos aun, aunque es imposible, porque un aficionado á tulipanes como él no tardará una hora, un minuto, un segundo en ponerse en camino, para venir á ver la octava maravilla del mundo. Pero, como decia, supongamos que tarde un dia, dos; el tulipan se hallaría aun en todo su esplendor. Visto el tulipan por el presidente, y extendida la diligencia por él, es negocio concluido: vos, Rosa, guardais un ejemplar de esa diligencia, y le confiais el tulipan. ¡Ah! si hubiésemos podido llevar el tulipan nosotros mismos, Rosa, no se habria separado de mis brazos sino para pasar á los vuestros; pero ese es un sueño en que no hay que pensar, prosiguió Cornelio suspirando; otros ojos le verán marchitarse. ¡Oh! debo advertiros muy particularmente, Rosa, que no dejes que nadie le vea antes que el pre-

- sidente. ¡Dios mio! . . . ¡el tulipan negro! . . . ¡Si alguno le viese, le robaría!
- ¡Oh!
- ¿No me habeis dicho vos misma lo que temiais respecto de vuestro apasionado Jacobo? se roba un florin, ¿por qué no se robarian cien mil?
- Perded cuidado, yo estaré alerta.
- ¿Si mientras estais aqui se le antojase abrirse?
- Muy capaz es el capricho, dijo Rosa.
- ¿Si le halláseis abierto al entrar?
- ¿Y qué?
- Rosa, desde el momento en que se abra, recordad que no debeis perder un instante en prevenir al presidente.
- Y en preveniros á vos. . . . Si, ya comprendo.
- Rosa suspiró, pero sin amargura y como una mujer que principia á comprender una debilidad, si no á habituarse á ella.
- Me vuelvo al lado del tulipan, Mr. van Baerle, y tan luego como se abriereis avisado, y así que esteis avisado, el mensajero se pondrá en marcha.
- ¡Rosal! ¡Rosa! Ya no sé á qué maravilla del cielo ó de la tierra compararos.
- Comparadme al tulipan negro, y os juro que quedaré bien lisonjeada. Pero acabemos: ¡hasta la vista, Mr. Cornelio!
- ¡Ah! decid: ¡hasta la vista, amigo mio!
- Hasta la vista, amigo mio, dijo Rosa algo consolada.
- Decid: ¡mi amigo muy amado!
- ¡Oh! mi amigo. . . .
- ¡Muy amado, Rosa! os lo suplico; ¡muy amado, muy amado! ¿no es verdad?
- ¡Muy amado, sí, muy amado! replicó Rosa palpitante, embriagada y loca de alegría.
- Entonces, Rosa, ya que habeis dicho muy amado, decid tambien muy dichoso; decid dichoso cual jamás hombre alguno lo ha sido en este mundo. Solo una cosa me falta, Rosa.
- ¿Cuál?
- Vuestra mejilla, vuestra fresca y sonrosada mejilla. . . . ¡Oh! ¡Rosa, por vuestra voluntad, y no por sorpresa ni por acaso!
- El preso terminó su súplica con un suspiro: acababa de encontrar los labios de la jóven, no por accidente, ni por sorpresa, como cien años mas tarde debia encontrar Saint Preux los labios de Julia.
- Rosa se retiró corriendo.
- Cornelio se quedó con el alma suspendida de sus labios y la cara pegada al postiguiillo.

Cornelio se ahogaba de alegría y felicidad. Abrió su ventana y contempló largo rato, con el corazón henchido de gozo, el azul sin nubes del cielo y la luna que arjentaba el doble río que corría más allá de las colinas, y se llenó los pulmones de aire generoso y puro, el espíritu de gratas ideas, y el alma de gratitud y admiración religiosa.

—¡Oh! Vos estais siempre presente á todas las cosas; ¡Dios mío! exclamó medio prosternado y los ojos vueltos al cielo. ¡Perdonadme de haber casi dudado de vos en estos últimos días; os ocultábais tras vuestras nubes, y un instante he cesado de veros, Dios de bondad, Dios eterno y misericordioso! Pero hoy. . . esta noche. . . ¡oh! ¡os veo en el espejo de vuestros cielos, y sobre todo en el espejo de mi alma!

El pobre enfermo estaba curado; el infeliz preso era libre.

Durante una parte de la noche, Cornelio permaneció suspendido de las barras de su ventana, con el oído en acecho, y concentrando sus cinco sentidos en uno solo, ó más bien en dos: miraba y escuchaba.

Miraba al cielo, y escuchaba la tierra.

Luego, volviendo de vez en cuando la vista hácia el corredor, decía:

—Allá bajo está Rosa, Rosa que vela como yo, y como yo aguarda de minuto en minuto. Allá, á la vista de Rosa, está la misteriosa flor que vive y se está abriendo ya. Quizás en este momento Rosa tiene entre sus delicados dedos el tallo del tulipán. . . . ¡Tócalo suavemente, Rosa! Tal vez está tocando con sus labios su cáliz entreabierto. . . . ¡húelele con precaución, Rosa, tus labios abrasan. ¡quizás en este momento mis dos amores se están acariciando bajo la mirada de Dios!

En ese momento, brilló una estrella en el mediodía, atravesó todo el espacio que separaba el horizonte de la fortaleza y vino á posarse sobre Loewestein. Cornelio se estremeció.

—¡Ah! exclamó. ¡Dios envía una alma á mi flor!

Y como si hubiese adivinado, casi en el mismo momento oyó en el corredor pasos ligeros como los de una sílfide, el roce de un vestido que parecía el aleteo de un pájaro, y una voz muy conocida que decía:

—Cornelio, mi amigo, mi amigo muy amado y muy feliz, venid, venid pronto.

Cornelio se plantó de un salto desde la ventana al postiguillo, y esa vez también sus labios encontraron los labios murmurantes de Rosa que le decía en un beso:

—Se ha abierto, es negro, y aquí está.

—¡Cómo, aquí está! exclamó Cornelio separando sus labios de los de la jóven.

—¡Sí! ¡sí! justo es exponerse á un pequeño peligro por causar una grande alegría: aquí está.

Y con una mano levantó á la altura del postiguillo una linternita sorda que acababa de hacer luminosa, mientras con la otra mano levantaba á la misma altura el milagroso tulipán.

Cornelio lanzó un grito y estuvo á punto de desmayarse.

—¡Oh! murmuró. ¡Dios mío! Vos me recompensais mi inocencia y mi cautiverio, puesto que habeis hecho nacer estas dos flores aquí al lado de mi prisión.

—Besadle, dijo Rosa, como acabo de besarle yo.

Cornelio, reteniendo la respiración, tocó la flor con la punta de sus labios, y jamás beso dado á los labios de una mujer, aun á los de Rosa, le penetró tan profundamente en el corazón.

El tulipán era bello, espléndido, magnífico: su tallo tenía más de diez y ocho pulgadas de altura, se lanzaba del seno de cuatro hojas verdes, lisas y derechas como lanzas, y toda su flor era negra y brillante como azabache.

—Rosa, dijo Cornelio jadeando, no hay que perder un instante, es preciso escribir la carta.

—Está ya escrita, mi muy amado Cornelio, respondió Rosa.

—¿De veras?

—Mientras se abría el tulipán, escribía yo, porque no quería que se perdiese un solo instante. Ved la carta y decidme si está bien.

Cornelio tomó la carta y leyó en una letra que aun había hecho grandes progresos desde las últimas líneas que había recibido de Rosa:

« Señor presidente:

« Dentro de dos minutos quizás estará abierto el tulipán negro. Así que lo esté, os enviaré un mensajero para suplicaros tengais á bien venir en persona á buscarle á la fortaleza de Loewestein. Soy hija del carcelero Grifus, casi tan presa como los que custodia mi padre. Este es el motivo porque os suplico tengais á bien venir á buscarle en persona.

« Deseo que se llame Rosa Barlaensis.

« Acaba de abrirse, y es perfectamente negro. Venid, señor presidente, venid.

« Tengo el honor de ser vuestra humilde servidora.—ROSA GRIFUS.

—¡Eso es! eso es, adorada Rosa. Esta carta está admirable, y no la habría escrito yo tan bien y con esa sencillez. Dareis al congreso todos los datos que se os pidan. Se sabrá como ha sido creado el tulipán, á cuantos cuidados, vijilias y temores ha dado lugar; pero, por ahora, no hay que perder un instante, Rosa. . . ¡el mensajero, el mensajero!

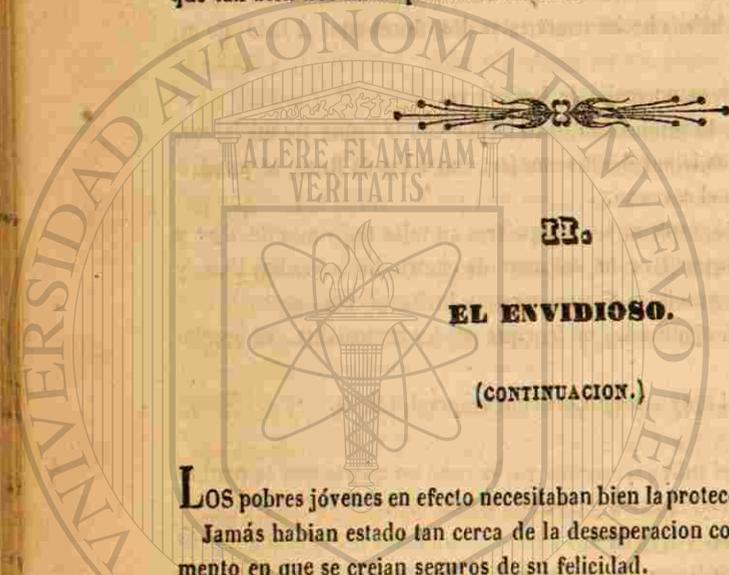
—¿Cómo se llama el presidente?

—Dadme la carta, para que yo ponga el sobre. . . ¡Oh! El presidente es bien conocido; es mynheer Van Systeris, el burgomaestre de Harleza. . . Dadme la carta, Rosa, dadmela.

Y con mano trémula Cornelio escribió en el sobre:

«A mynheer Peters'Van Siystens, burgomaestre y presidente de la Sociedad de horticultura de Harlem.»

—Ahora, id Rosa, id, dijo Cornelio; y pongámonos bajo el amparo de Dios, que tan bien nos ha amparado hasta ahora.



LOS pobres jóvenes en efecto necesitaban bien la protección directa del Señor. Jamás habían estado tan cerca de la desesperación como en ese mismo momento en que se creían seguros de su felicidad.

No dudaremos de la inteligencia del lector hasta el punto de creer que no haya reconocido en Jacobo á nuestro antiguo Isaac Boxel.

De consiguiente el lector ha adivinado que Boxel había seguido desde Brytenhoff á Loewestein al objeto de su amor y al de su odio.

Al tulipan negro y á Cornelio van Baerle.

Lo que ningún otro que un tulipanero, y un tulipanero envidioso, habría podido descubrir jamás, esto es, la existencia de las cebolletas y la ambición del preso, la envidia había hecho á Boxel si no descubrirlo á lo menos adivinarlo.

Hémosle visto, mas afortunado con el nombre de Jacobo que con el de Isaac hacer amistad con Grifus, cuya gratitud y hospitalidad regó durante algunos meses con el mejor ginébra que jamás se ha fabricado desde el Toxel hasta Ambéres.

Boxel adormeció sus desconfianzas, porque, como hemos visto, el viejo Grifus era desconfiado; decimos que adormeció sus desconfianzas lisonjeándole con una alianza con Rosa.

Además acarició sus instintos de carcelero, después de haber lisonjeado su orgullo de padre. Acarició sus instintos de carcelero piándole bajo los colores mas sombríos al sabio preso que Grifus tenía bajo sus cerrojos, y que

á decir del supuesto Jacobo, había hecho un pacto con Satanás para hacer daño á S. A. el príncipe de Orange.

Al principio había tenido buen éxito cerca de Rosa, no inspirándole sentimientos simpáticos, pues Rosa había amado siempre muy poco á mynheer Jacobo, sino que hablándose de matrimonio y pasión loca, había desechado al principio todas las sospechas que ella hubiera podido concebir.

Hemos visto cómo su prudencia en seguir á Rosa al jardín le había denunciado á los ojos de la joven, y cómo los temores instintivos de Cornelio habían puesto á este y aquella en guardia contra él.

Lo que mas particularmente había inspirado inquietudes al preso, debe recordarlo el lector, fué aquella grande cólera de que Jacobo se había dejado llevar contra Grifus con motivo de la cebolleta despachurrada.

En ese momento, su rabia era tanto mayor, porque Boxel sospechaba que Cornelio tenía una segunda cebolleta, pero no estaba seguro de ello.

Entonces fué cuando espío á Rosa, y la siguió no solo al jardín, sino también á los corredores.

Solo que entonces, como la seguía por la noche y descalzo, uno é visto ni sentido, escepto la vez en que Rosa creyó ver pasar por la escalera alguna cosa como una sombra.

Pero era demasiado tarde, pues Boxel había sabido de boca del mismo preso la existencia de la segunda cebolleta.

Engañado por la astucia de Rosa, que había aparentado sepultarla en el acirrate del jardín, y no dudando que esa comedia había sido representada para forzarle á descubrirse, redobló sus precauciones y puso en juego todas las astucias de su alma para seguir espiondo á los otros sin que le espiesen á él.

Vió á Rosa trasportar un grande tiesto de porcelana de la cocina de su padre á su cuarto.

Vió á Rosa lavar con fuerza de agua sus lindas manos llenas de la tierra que ella había amasado, para preparar al tulipan la mejor cama posible.

En fin, alquiló en un desvan un cuartito que caía precisamente frente á la ventana de Rosa, y que estaba bastante apartado para que no pudiese reconocerle á la simple vista, pero bastante cerca para que, con el auxilio de su telescopio, pudiese él observar todo lo que pasaba en Loewestein en el cuarto de la joven, como había observado en Dordrecht todo lo que pasaba en el laboratorio de Cornelio.

No hacía tres días que se hallaba instalado en su desvan, cuando ya no le quedó la menor duda.

Desde la mañana al salir el sol, el tiesto de porcelana estaba á la ventana, y semejante á esas hechiceras mujeres de Mieris y de Metz, Rosa se aparecía también á esa ventana en medio del marco que le formaban las primeras ramas verdes de la dulcamara y la madreseiva.

Rosa miraba el tiesto con unos ojos que denunciaban á Boxel el valor real del objeto allí encerrado.

Lo que el tiesto encerraba era pues la segunda cebolleta, es decir, la suprema esperanza del preso.

Cuando las noches amenazaban ser demasiado frias, Rosa retiraba el tiesto. Eso era justamente; seguia los consejos de Cornelio, que temia se helase la cebolleta.

Cuando el sol se puso mas caliente, Rosa retiraba el tiesto desde las once de la mañana hasta las diez de la noche.

Eso era tambien precisamente: Cornelio temia que la tierra se quedase muy seca.

Pero cuando salió de tierra la lanza de la flor, Boxel quedó enteramente convencido, pues apenas tenia una pulgada de altura, cuando, con el auxilio del telescopio, el envidioso no tenia ya la mas ligera duda.

Cornelio poseia dos cebolletas, y la segunda habia sido confiada al amor y á los cuidados de Rosa.

Porque, como se debe suponer, no se habia escapado á Boxel el amor de los dos jóvenes.

De consiguiente era preciso hallar el medio de arrebatarse esa segunda cebolleta á los cuidados de Rosa y al amor de Cornelio.

Solo que la cosa no era fácil.

Rosa velaba sobre su tulipan, como una madre vela sobre su hijo; ó mejor aun, como una paloma empolla sus huevos.

Rosa no abandonaba el cuarto durante el dia; hacia mas, no le abandonaba por la noche.

Durante siete dias, Boxel espío inútilmente á Rosa, pues esta no volvió á salir de su cuarto.

Eran los siete dias de enojo que tan desgraciado habian hecho á Cornelio, arrebatándole á la vez todas las noticias de Rosa y de su tulipan.

¿Iba Rosa á estar eternamente de hocico con Cornelio? Eso hubiera hecho el robo mucho mas difícil que al principio habia creído mynheer Isaac.

Decimos el robo, porque Isaac se habia fijado en el proyecto de robar el tulipan, y como este crecia en el mas profundo misterio, como los dos jóvenes ocultaban su existencia á todo el mundo, como lo creerian mas bien á él, tulipanero reconocido, que á una joven extraña á todos los detalles de la horticultura, ó que á un preso condenado por el crimen de alta traicion, vigilado y espionado, y que reclamaría mal desde su calabozo; y por otra parte, como él seria el poseedor del tulipan, y en materia de muebles y otras cosas trasportables, la posesion prueba la propiedad, obtendria indudablemente el premio, seria de seguro coronado en lugar de Cornelio, y el tulipan, en vez de llamarse *tulipa nigra Barlensis*, se llamaria *tulipa nigra boxtellensis* ó *boxtella*.

Minheer Isaac no se habia fijado aun sobre cual de estos dos nombres debia ser preferido; pero como ambos significaban la misma cosa, no era ese el punto importante.

El punto importante era robar el tulipan.

Pero para que Boxel pudiese robar el tulipan, era preciso que Rosa saliera de su cuarto.

Así Isaac, ó Jacobo si se quiere, vió con una verdadera alegría que se anudaban las citas nocturnas de costumbre.

Boxel principió por aprovecharse de la ausencia de Rosa para estudiar su puerta.

La puerta cerraba bien y con llave, por medio de una cerradura sencilla, pero cuya llave solo tenia Rosa.

Boxel tuvo la idea de robar la llave de Rosa, pero sobre que no era fácil el registrar el bolsillo de la joven, en cuanto Rosa advirtiese que habia perdido su llave, mandaria cambiar la cerradura, no saldria de su cuarto hasta que estuviese cambiada, y Boxel habria cometido un crimen sin fruto.

De consiguiente valia mas emplear otro medio.

Boxel reunió todas las llaves que pudo hallar, y las probó todas mientras Rosa y Cornelio pasaban al postiguillo una de sus horas dichosas.

Dos llaves entraron en la cerradura, una de ellas dió la primera vuelta y no se paró sino á la segunda.

De consiguiente habia que hacer muy poca cosa para dejar corriente esta llave.

Boxel la cubrió de una lijera capa de cera y renovó la esperiencia.

El obstáculo que la llave habia encontrado en la segunda vuelta habia quedado marcado en la cera.

Boxel no tuvo mas que seguir esa marca con una lima estrecha como la hoja de un puñal.

Con otros dos dias de trabajo Boxel dejó su llave perfecta.

La puerta de Rosa se abrió sin ruido ni esfuerzos, y Boxel se halló en el cuarto de la joven á solas con el tulipan.

La primera accion punible de Boxel habia sido pasar por encima de una pared para desenterrar el tulipan; la segunda habia sido penetrar en el secadero de Cornelio por una ventana abierta, y la tercera el introducirse en el cuarto de Rosa con una llave falsa.

Como se ve, la envidia hacia dar á Boxel pasos rápidos en la carrera del crimen.

Boxel se halló pues á solas con el tulipan.

Un ladron ordinario habria tomado el tiesto bajo el brazo y se le habria llevado.

Pero Boxel no era un ladron ordinario, y reflexionó.

Reflexionó mirando el tulipan con el auxilio de su linterna sorda, que aun no estaba bastante adelantado para darle la certeza de que floreceria negro, aunque las apariencias ofreciesen todas las probabilidades.

Reflexionó que si no florecia negro, ó si florecia con una sola mancha cualquiera, habria cometido un robo inútil.

Reflexionó que se propalaria el rumor de ese robo, que sospecharian que era él el ladron por lo que habia pasado en el jardin, que harian pesquisas, y que, por bien que ocultase el tulipan, era posible hallarle.

Reflexionó que aun cuando ocultase el tulipan de manera que no se hallase, podria sucederle alguna desgracia en todos los trasportes que el tulipan tendria que sufrir.

Reflexionó en fin que, puesto que tenia una llave del cuarto de Rosa y podia entrar cuando quisiera, valia mas aguardar su florecencia, cogerle una hora antes que se abriese ó una hora después, y partir en el instante para Harlem donde el tulipan estaria delante de los jueces aun antes que se hubiese hecho ninguna reclamacion.

Entonces á aquel ó aquella que reclamase, Boxtel le acusaria del robo.

Era un plan bien concebido y digno en todo del que le concebía.

Así todas las noches, durante aquella dulce hora que los jóvenes pasaban al postiguillo, Boxtel entraba en el cuarto de Rosa, no para violar el santuario de virginidad, sino para observar los progresos que hacia el tulipan en su florecencia.

La noche á que hemos llegado, iba á entrar como las otras, pero, como hemos visto, los jóvenes no habian hecho mas que cambiar algunas palabras, y Cornelio habia despedido á Rosa para velar sobre el tulipan.

Al ver á Rosa entrar en su cuarto diez minutos después de haber salido, Boxtel comprendió que el tulipan habia florecido ó iba á florecer.

De consiguiente iba á jugarse la grande partida en esta noche. Así Boxtel se presentó en la habitacion de Grifus con una provision de ginebra mitad mayor que de costumbre.

Es decir con una botella en cada bolsillo.

Borracho Grifus, Boxtel era casi dueño de la casa.

A las once, Grifus estaba borracho como una cuba. A las dos de la mañana, Boxtel vió á Rosa salir de su cuarto, pero visiblemente tenia en sus brazos un objeto que llevaba con precaucion.

Aquel objeto era sin duda el tulipan negro que acababa de florecer.

Pero ¿qué iba hacer de él?

¿Iba á partir con él en el mismo instante para Harlem?

No era posible que una joven emprendiese sola y por la noche semejante viaje.

¿Iba solamente á enseñar el tulipan á Cornelio? Era posible.

Boxtel siguió á Rosa delcalzo y de puntillas.

La vió acercarse al postiguillo.

La oyó llamar á Cornelio.

A la luz de la linterna sorda, vió el tulipan abierto, y negro como las nieblas en que él estaba oculto.

Vió los labios de los dos jóvenes tocarse, y luego oyó á Cornelio despedir á Rosa.

Vió á Rosa apagar la linterna sorda y tomar el camino de su cuarto.

La vió entrar en él.

Luego, al cabo de dos minutos, la vió salir de su cuarto y cerrar cuidadosamente la puerta con llave.

¿Por qué cerraba aquella puerta con tanto cuidado? Porque dejaba dentro el tulipan negro.

Boxtel, que veia todo eso oculto en el descanso del piso superior al cuarto de Rosa, bajó un escalon de su piso cuando Rosa bajaba otro del suyo.

De suerte que, cuando Rosa tocaba á la última grada de la escalera con su ligero pié, Boxtel, con una mano mas ligera aun, tocaba á la cerradura del cuarto de Rosa.

Y en esa mano se hallaba la llave falsa que abria la puerta de Rosa con la misma facilidad que si fuese la llave verdadera.

Hé aquí por qué hemos dicho al principio de este capitulo que los pobres jóvenes necesitaban bien la proteccion directa del Señor.

III.

EN QUE EL TULIPAN NEGRO CAMBIA DE DUEÑO.

SE habia quedado Cornelio en el sitio donde le habia dejado Rosa, buscando en sí casi inútilmente fuerzas para soportar el peso de su felicidad.

Trascurrió media hora.

Ya entraban los primeros rayos del sol, azulados y frescos, por entre las barras de la ventana en la prision de Cornelio, cuando de súbito se estremció al oír pasos que subian la escalera y gritos que se acercaban á él.

Casi en el mismo momento, su cara se halló enfrente de la cara pálida y descompuesta de Rosa, y retrocedió palideciendo de espanto á su vez.

Reflexionó mirando el tulipan con el auxilio de su linterna sorda, que aun no estaba bastante adelantado para darle la certeza de que floreceria negro, aunque las apariencias ofreciesen todas las probabilidades.

Reflexionó que si no florecia negro, ó si florecia con una sola mancha cualquiera, habria cometido un robo inútil.

Reflexionó que se propalaria el rumor de ese robo, que sospecharian que era él el ladron por lo que habia pasado en el jardin, que harian pesquisas, y que, por bien que ocultase el tulipan, era posible hallarle.

Reflexionó que aun cuando ocultase el tulipan de manera que no se hallase, podria sucederle alguna desgracia en todos los trasportes que el tulipan tendria que sufrir.

Reflexionó en fin que, puesto que tenia una llave del cuarto de Rosa y podia entrar cuando quisiera, valia mas aguardar su florecencia, cogerle una hora antes que se abriese ó una hora después, y partir en el instante para Harlem donde el tulipan estaria delante de los jueces aun antes que se hubiese hecho ninguna reclamacion.

Entonces á aquel ó aquella que reclamase, Boxtel le acusaria del robo.

Era un plan bien concebido y digno en todo del que le concebía.

Así todas las noches, durante aquella dulce hora que los jóvenes pasaban al postiguillo, Boxtel entraba en el cuarto de Rosa, no para violar el santuario de virginidad, sino para observar los progresos que hacia el tulipan en su florecencia.

La noche á que hemos llegado, iba á entrar como las otras, pero, como hemos visto, los jóvenes no habian hecho mas que cambiar algunas palabras, y Cornelio habia despedido á Rosa para velar sobre el tulipan.

Al ver á Rosa entrar en su cuarto diez minutos después de haber salido, Boxtel comprendió que el tulipan habia florecido ó iba á florecer.

De consiguiente iba á jugarse la grande partida en esta noche. Así Boxtel se presentó en la habitacion de Grifus con una provision de ginebra mitad mayor que de costumbre.

Es decir con una botella en cada bolsillo.

Borracho Grifus, Boxtel era casi dueño de la casa.

A las once, Grifus estaba borracho como una cuba. A las dos de la mañana, Boxtel vió á Rosa salir de su cuarto, pero visiblemente tenia en sus brazos un objeto que llevaba con precaucion.

Aquel objeto era sin duda el tulipan negro que acababa de florecer.

Pero ¿qué iba hacer de él?

¿Iba á partir con él en el mismo instante para Harlem?

No era posible que una joven emprendiese sola y por la noche semejante viaje.

¿Iba solamente á enseñar el tulipan á Cornelio? Era posible.

Boxtel siguió á Rosa delcalzo y de puntillas.

La vió acercarse al postiguillo.

La oyó llamar á Cornelio.

A la luz de la linterna sorda, vió el tulipan abierto, y negro como las nieblas en que él estaba oculto.

Vió los labios de los dos jóvenes tocarse, y luego oyó á Cornelio despedir á Rosa.

Vió á Rosa apagar la linterna sorda y tomar el camino de su cuarto.

La vió entrar en él.

Luego, al cabo de dos minutos, la vió salir de su cuarto y cerrar cuidadosamente la puerta con llave.

¿Por qué cerraba aquella puerta con tanto cuidado? Porque dejaba dentro el tulipan negro.

Boxtel, que veia todo eso oculto en el descanso del piso superior al cuarto de Rosa, bajó un escalon de su piso cuando Rosa bajaba otro del suyo.

De suerte que, cuando Rosa tocaba á la última grada de la escalera con su ligero pié, Boxtel, con una mano mas ligera aun, tocaba á la cerradura del cuarto de Rosa.

Y en esa mano se hallaba la llave falsa que abria la puerta de Rosa con la misma facilidad que si fuese la llave verdadera.

Hé aquí por qué hemos dicho al principio de este capitulo que los pobres jóvenes necesitaban bien la proteccion directa del Señor.

III.

EN QUE EL TULIPAN NEGRO CAMBIA DE DUEÑO.

SE habia quedado Cornelio en el sitio donde le habia dejado Rosa, buscando en sí casi inútilmente fuerzas para soportar el peso de su felicidad.

Trascurrió media hora.

Ya entraban los primeros rayos del sol, azulados y frescos, por entre las barras de la ventana en la prision de Cornelio, cuando de súbito se estremeció al oír pasos que subian la escalera y gritos que se acercaban á él.

Casi en el mismo momento, su cara se halló enfrente de la cara pálida y descompuesta de Rosa, y retrocedió palideciendo de espanto á su vez.

—¡Cornelio! ¡Cornelio! exclamó Rosa jadeando.
—¿Qué hay, Dios mio? preguntó el preso.
—¡Cornelio, el tulipan. . . .
—¿Qué? ¿qué?
—¿Cómo deciroslo?
—Decid, decid, Rosa.
—¡Nos le han cogido, nos le han robado!
—¡Nos le han cogido! ¡nos le han robado! repitió Cornelio.
—Sí, dijo Rosa apoyándose contra la puerta para no caer. ¡Sí, nos le han robado! Y flaqueándole las piernas, cayó de rodillas.
—Pero ¿cómo ha sido eso? preguntó Cornelio.
—¡Oh! No ha sido por mi culpa, amigo mio.
¡Pobre Rosa! ya no osaba decir: Mi muy amado.
—¡Le habeis dejado solo! dijo Cornelio con un acento lamentable.
—Un solo instante para ir á avisar á nuestro mensajero que vive á cincuenta pasos de aqui, en la orilla del Wahal.
—Y durante ese tiempo, á pesar de mis recomendaciones, habeis dejado la llave en la puerta, ¡desventurada!
—¡No, no! Ved aqui lo que me pasa: no he separado de mí la llave, y la he tenido constantemente en la mano apretándola como si temiera que se me escapase.
—Pero entonces, ¿cómo ha sucedido eso?
—¿Lo sé yo misma por ventura? Habia dado yo la carta á mi mensajero, este habia partido en mi presencia: vuelvo á mi cuarto, hallo la puerta cerrada, abro y encuentro todas las cosas en su lugar, menos el tulipan que habia desaparecido. Preciso es que alguno se haya proporcionado una llave de mi cuarto, ó haya mandado hacer una falsa.
Rosa no pudo proseguir, pues las lágrimas le cortaban la palabra.
Cornelio, inmóvil y con las facciones alteradas, escuchaba casi sin comprender, murmurando solamente:
—¡Robado! ¡robado! ¡robado! estoy perdido.
—¡Oh! M. Cornelio, ¡perdon, perdon! gritaba Rosa. ¡Me costará la vida!
Al oír esta amenaza de Rosa, Cornelio agarró las rejas del postiguello y apretándolas con furor, exclamó:
—¡Rosa, nos han robado, es verdad! pero ¿debemos dejarnos abatir por eso? No; la desgracia es grande, pero reparable quizás: nosotros conocemos al ladrón.
—¡Ay de mí! ¿cómo quereis que yo os diga positivamente? . . .
—Pues yo, os lo digo; es ese infame Jacobo. ¿Le dejaremos llevar á Harlem el fruto de nuestros trabajos, el fruto de nuestras vigiliás, el hijo de nuestro amor? Rosa, es preciso perseguirle y alcanzarle.

—Pero; amigo mio, ¿cómo hacer todo eso sin descubrir á mi padre que estábamos en inteligencia? ¿Cómo yo, una mujer tan poco libre y tan poco diestra, lograré este objeto que vos mismo no lo lograriais quizás?
—¡Rosa! ¡Rosa! abridme esta puerta, y vereis si yo logro. Vereis si descubro al ladrón; vereis si le hago confesar su crimen é implorar perdon.
—¡Ah! ¿acaso puedo abriros? dijo Rosa sollozando. ¿Tengo yo las llaves? Si las tuviese, ¿no estariais ya libre hace largo tiempo?
—Las tiene vuestro padre, vuestro infame padre, el verdugo que me ha despachurado ya la primera cebolleta de mi tulipan. ¡Miserable! ¡miserable! es cómplice de Jacobo!
—¡Hablad mas bajo, por Dios!
—¡Oh! Si no me abris, Rosa, echo abajo esta reja y mato á cuantos se me opongan en la cárcel! exclamó Cornelio en el paroxismo del furor.
—¡Amigo mio, por piedad!
—Os digo, Rosa, que voy á demoler el calabozo piedra por piedra.
Y el infortunado agitaba la puerta con ambas manos cuya fuerza se doblaba por la cólera, sin cuidarse de los ecos de su voz que iba á tronar en el fondo de la sonora espiral de la escalera.
Rosa espantada procuraba en vano calmar esa furiosa tempestad.
—¡Os digo que mataré al infame Grifus, vociferaba van Baerle. ¡Os digo que verteré su sangre, como él ha vertido la de mi tulipan negro!
El desventurado principiaba á volverse loco.
—Pues bien, sí, decia Rosa palpitante; sí, sí; pero calmaos. Sí, le cogere las llaves, os abriré, sí; pero calmaos Cornelio mio.
No terminó, un aullido lanzado delante de ella interrumpió su frase.
—¡Mi padre! exclamó Rosa.
—¡Grifus! gritó van Baerle. ¡Malvado!!!
En medio de todo ese ruido, el viejo Grifus habia subido sin que le pudiesen oír, y cogiendo á su hija por la muñeca, le dijo con una voz ahogada por la cólera:
—¡Ah! ¡Con que me cogereis mis llaves! ¡Con que este infame. . . este conspirador que merece ser colgado, es vuestro Cornelio! ¡Con que se tienen connivencias con los presos de Estado!!!! ¡Está bien!!!!
Rosa se golpeó las manos con desesperacion.
—¡Oh! prosiguió Grifus, pasando del acento febril de la cólera á la fria ironía del vencedor; el señor inocente tulipanero; el señor dulce sabio; ¡ah! Vos me matareis. . . . bebereis mi sangre. . . . ¡Muy bien! ¡nada mas que eso! . . . y de complicidad con mi hija! . . . ¡Jesús! ¡con que estoy en una cueva de bandidos. . . . en una caverna de ladrones! . . . ¡Ah! el señor gobernador lo sabrá todo esta mañana, y S. A. el estatuder lo sabrá todo mañana. Conocemos la ley: todo el que se rebela en la prision, artículo 6. Vamos á da-

ros una segunda edicion del Brytenhoff, señor sabio, y será una excelente edicion. Sí, sí, roeos vuestros puños como un oso enjaulado, y vos, hermosa, comed con los ojos á vuestro Cornelio. Os advierto, corderitos, que no volvereis á tener esa facilidad de conspirar juntos. ¡Holá abajo, hija desnaturalizada. Y vos, señor sabio, hasta la vista, perded cuidado, hasta la vista.

Rosa, loca de terror y desesperacion, envió un beso á su amigo; luego, iluminada sin duda por una idea repentina, se lanzó en la escalera diciendo:

—¡Aun no se ha perdido todo! ¡Cuenta conmigo, Cornelio mío!

Su padre la siguió regañando y dando voces.

En cuanto al pobre tulipanero, soltó poco á poco las rejas que tenia agarradas con sus dedos convulsivos; púsose pesada su cabeza, sus ojos oscilaron en sus órbitas, y cayó pesadamente por el suelo, murmurando:

—¡Robado! ¡me le han robado!

Durante ese tiempo, Boxel que habia salido de la fortaleza por la puerta abierta por la misma Rosa, con el tulipan negro envuelto en una ancha capa, se habia metido en un calesin que le aguardaba en Gorcum y desaparecia sin haber advertido, como se supone, á su amigo Grifus de su precipitada marcha.

Y ahora que le hemos visto subir á su calesin, le seguiremos hasta el término de su viaje, si el lector consiente en ello.

Marchaba despacito, pues no se hace impunemente correr la posta á un tulipan negro.

Pero Boxel, temiendo no llegar bastante presto, mandó fabricar en Def una caja guarnecida alrededor de hermoso musgo fresco, en la que colocó su tulipan; la flor se hallaba allí tan blandamente guarnecida de todos lados, con el aire puro por arriba, que el calesin pudo tomar el galope sin perjuicio posible.

En la mañana del siguiente día llegó á Harlem, molido pero triunfante; cambió el tiesto de su tulipan, á fin de que desapareciese todo vestigio de robo; rompió el tiesto de porcelana y arrojó sus cascotes en un canal; escribió al presidente de la sociedad de horticultura una carta anunciándole que acababa de llegar á Harlem con un tulipan perfectamente negro; se hospedó en una buena fonda con su flor intacta, y aguardó.



EL PRESIDENTE VAN SYSTEMS.

HABIA tomado Rosa su partido al dejar á Cornelio, y era el volverle el tulipan que acababa de robarle Jacobo, ó no volver á verle jamás.

Ella habia visto la desesperacion del pobre preso, desesperacion doble é incurable.

En efecto, por una parte, era una separacion inevitable habiendo sorprendido Grifus á un mismo tiempo el secreto de su amor y de sus citas; por otra parte era la destruccion de todas las esperanzas de ambicion de Cornelio van Baerle; esperanzas que alimentaba después de siete años.

Rosa era una de esas mujeres que se abaten por un nada, pero que llenas de fuerzas contra una desgracia suprema, hallan en la desgracia misma la energia que puede combatirla, ó el recurso que puede repararla.

Vuelta á su cuarto, la pobre jóven echó una última mirada para ver si acaso se habia equivocado, si el tulipan se hallaba en algun rincon que le hubiese hecho escapar á sus miradas. Pero Rosa buscó en vano, el tulipan estaba ausente, el tulipan habia sido robado.

Rosa hizo un pequeño paquete de la ropa que juzgó necesaria, tomó sus trescientos florines de sus ahorros, es decir, toda su fortuna, buscó entre sus encajes la tercera cebolleta, la guardó perfectamente en su pecho, cerró la puerta de su cuarto dando dos vueltas á la llave para retardar todo el tiempo necesario de abrirla en el momento que fuese conocida su fuga, bajó la escalera y salió de la prision por la puerta que una hora antes habia dado paso á Boxel, fué á casa de un calesero y pidió que le alquilasen un calesin.

Pero el calesero no tenia mas que uno, y era justamente el que Boxel le habia alquilado la víspera y con el cual corria por el camino de Delft.

Decimos por el camino de Delft, porque era preciso hacer un rodeo enorme para ir desde Loewestein á Harlem; pero á vuelo de pájaro la distancia no hubiera sido de la mitad, mas los pájaros solos son los que pueden viajar directamente en Holanda, país cortado por los rios, canales y arroyos.

De consiguiente, Rosa se vió obligada á tomar un caballo, que le fué confiado fácilmente porque el calesero conocia bien á Rosa por hija del alcaide de la fortaleza.

Rosa tenia la esperanza de encontrar á su mensajero, mozo bravo y honrado que le serviría á la vez de guia y defensor.

En efecto, apenas habia andado una legua, le alcanzó á ver marchando á

paso largo por un costado del precioso camino que bordaba el río. Hizo, pues, trotar á su caballo y muy luego se reunió con él.

El honrado mozo ignoraba la importancia de su mensaje, y sin embargo caminaba tan aprisa como si le hubiese conocido, pues en menos de una hora habia andado ya legua y media.

Rosa le volvió á tomar el billete, inútil ya para el caso, y le expuso la necesidad que tenia de él. El mozo se puso á su disposicion prometiendo ir tan aprisa como en su caballo, con tal que Rosa le permitiese apoyar la mano sobre la grupa, y la jóven le permitió apoyarse donde quisiera con tal que no la retardase.

Cinco horas hacia que caminaban los dos viajeros y habian andado ya ocho leguas, cuando Grifus no presumia aun ni por asomo que su hija hubiese dejado la fortaleza.

Por otra parte, como el carcelero era malo en el fondo, se gozaba con el placer de haber inspirado un gran terror á su hija; pero mientras se felicitaba de tener que contar una historieta tan bella á su amigo Jacobo, Jacobo estaba tambien corriendo por el camino de Delft, y gracias á su calesin tenia ya cuatro leguas de adelanto sobre Rosa y su acompañante.

Solamente que mientras él se figuraba á Rosa temblando y afligida en su cuarto, Rosa ganaba terreno.

Excepto el preso, nadie estaba, pues, donde Grifus creia que cada uno se hallaba.

Rosa parecia tan poco en el cuarto de su padre desde que cuidaba el tulipan, que solo á la hora de comer, es decir á mediodía, fué cuando Grifus se apercibió de que Rosa seguia enojada mucho tiempo para la necesidad de su estómago.

Hizo que fuese á llamarla uno de sus llaveros, pero como este bajó á poco rato diciendo que la habia buscado y llamado por todas partes inútilmente, resolvió ir á buscarla y llamarla él mismo. Empezó por dirigirse á su cuarto, pero por mas que llamó y juró, Rosa no respondió; entonces hizo venir al cerrajero de la fortaleza para que abriese la puerta, pero Grifus no halló á Rosa, como Rosa no habia encontrado su tulipan.

¿Cómo le habia de encontrar si en aquel mismo momento acababa de entrar en Rotterdam?

Seguió sus requisas por la cocina, volvió á su cuarto, del cuarto al jardín y así anduvo colérico y fuera de sí sin el menor resultado.

Esto no fué cosa mayor: cuando se le llevó el mismísimo diablo, fué al averiguar en Loewestein, que su hija habia alquilado un caballo y tomado las de villadiego sin decir oste ni moste, en busca de aventuras, cual otra Bradamante, ó Clorinda.

La rabia era menester que se desahogara, y no siendo razonable pegarla

con las paredes, se acordó del pobre van Baerle, y subiendo á su calabozo, le injurió, le amenazó con las mazmorras, con las cadenas y con el hambre.

Cornelio, sin hacerle el menor caso, se dejó maltratar, amenazar é injuriar, permaneciendo inmóvil é insensible á toda emocion. Poco le importaban las calamidades que su buen carcelero le ofrecia, después de haber perdido la flor que embalsamaba el ambiente de su porvenir, y por la que anhelaba conservar su vida: le arredraba muy poco la idea de la muerte ni de los mayores tormentos.

Grifus, después de haberse desahogado algun tanto con el prisionero, después de haber vuelto á buscar á Rosa por todas partes, comenzó á preguntar por M. Jacobo, su buen amigo, para contarle el lance, pero tuvo el mismo resultado. Entonces comenzó á calcular si este le habria robado á su hija.

Entre tanto, esta descansó dos horas en Rotterdam, é hizo noche en Delft, y al dia siguiente llegaba á Harlem, cuatro horas después de Boxtel.

En seguida se dirigió á la casa del presidente de la sociedad de horticultura, M. van Systems, al cual encontró redactando un informe para el comité de la sociedad.

Hízose anunciar bajo el nombre sencillo de Rosa Grifus; pero este nombre, por mas sonoro que fuese, no habia llegado una sola vez á los oidos del presidente, y de consiguiente se le negó la entrada.

Rosa no desmayó por esto; se habia impuesto una mision; y jurado cumplirla á pesar de todos los obstáculos, humillaciones é injurias.

—Anunciad al señor presidente, dijo, que tengo que hablar acerca del tulipan negro.

Estas palabras mágicas fueron el pasaporte sin el cual jamás hubiera logrado echar la vista encima á M. van Systems. Gracias á esto, penetró hasta en el despacho del presidente, á quien encontró en la mitad del camino saludándola con la mayor galantería.

Perdónenos el lector si tenemos la extravagancia de comparar á M. van Systems con un tulipan. Era una figura pequeña, cuya cabeza formaba el caliz, sus dos brazos la doble hoja oblonga del tulipan, y un cierto movimiento que le era habitual, completaba su semejanza con esta flor, cuando se inclina al soplo del viento.

Hemos dicho que se llamaba Mr. van Systems.

—¿Señorita! exclamó, ¿venís acaso de parte del tulipan negro?

El tulipan negro era para el presidente de la sociedad de horticultura una potencia de primer orden que podia muy bien enviar embajadores como rey de los tulipanes.

—Sí, señor, respondió Rosa; á lo menos vengo á hablaros respecto de él.

—¿Cómo va? dijo van Systems con una sonrisa de tierna veneracion.

—¡Ah! señor, lo ignoro, dijo Rosa.

X 15/100

- ¿Cómo! ¡le habrá sucedido alguna desgracia!
- Y bastante considerable, pero no á él, sino á mi.
- ¿Cuál?
- Me le han robado.
- ¿Os han robado el tulipan negro?
- Sí, señor.
- ¿Sabeis quién?
- Lo sé, pero todavía no me atrevo á acusar.
- Pues el delito puede averiguarse fácilmente.
- ¿Cómo?
- El ladron probablemente no estará muy lejos.
- Y por dónde lo sabeis?
- Porque no hace dos horas que le he visto.
- ¿Habeis visto el tulipan negro? exclamó Rosa fuera de sí.
- Lo mismo que os estoy viendo.
- Pero dónde?
- En la casa de vuestro amo.
- ¿En casa de mi amo?
- Sí; ¿no estais sirviendo á M. Isaac Boxtel?
- ¡Yo!
- Vos, sin dudar.
- Pero ¿por quién me teneis, señor?
- Y vos ¿por quién me habeis tomado?
- Yo os tengo, señor, por quien sois indudablemente, por M. van Systems, burgomaestre de Harlem, y presidente de la sociedad de horticultura.
- Y venís á decirme. . .
- Y vengo á deciros, que me han robado mi tulipan.
- Vuestro tulipan es entonces el de M. Boxtel. No, hija mia, os explicareis mal: no es á vos, sino á Boxtel á quien se le han robado.
- Os repito que no sé quién es M. Boxtel, y que es la primera vez que oigo ese nombre.
- ¿No sabeis quién es M. Boxtel, y teniais tambien un tulipan negro?
- ¿Pero hay otro? preguntó Rosa estremeciéndose.
- El de M. Boxtel.
- ¿Cómo es?
- Negro, pardiez.
- ¿Sin mancha?
- Sin una sola mancha.
- ¿Y le teneis aquí?
- No, pero no tardará mucho porque yo debo hacer su exhibición al comité antes de conceder el premio.

—Pero aquí está una jóven, replicó el príncipe, que dice haberle encontrado tambien.

Boxtel hizo un movimiento acompañado de una sonrisa desdeñosa, y Guillermo seguía con atención todas sus impresiones.

—Segun eso, ¿no conoceis á esta jóven? preguntó el estatuder.

—No, monseñor.

—Y vos, jóven, ¿conoceis á M. Boxtel?

—No, yo no conozco á M. Boxtel, pero sí á M. Jacobo.

—¿Qué quereis decir?

—Quiero decir, que este que se nombra Boxtel, se hacia llamar en Loewestein, M. Jacobo.

—¿Qué decís á esto?

—Digo que esta jóven miente, señor.

—¿Negais haber estado en Loewestein?

Boxtel vaciló; la mirada escudriñadora y fija del príncipe Guillermo le impedía mentir.

—No puedo negar que he estado en Loewestein, pero niego haber robado el tulipan.

—¡Vos me le habeis robado, en mi mismo cuarto! exclamó Rosa indignada.

—¡Mentira!

—Escuchad, ¿negais haberme seguido al jardín el día en que iba á preparar el acirate para sembrarle? ¿Negais haberme seguido el día en que hice demostración de sembrarle? ¿Negais tambien haberos dirigido cuando me retiré, al sitio en que creais hallar enterrada la cebolleta, y haber removido la tierra, aunque por fortuna inútilmente, porque no era mas que una astucia empleada para conocer vuestras intenciones? Decid, ¿negais todo esto?

Pero el interpelado no juzgó conveniente responder á aquellas diversas preguntas, y dejando la polémica entablada con Rosa, volviéndose hácia el príncipe:

—Veinte años ha, monseñor, dijo, que cultivo los tulipanes en Dordrecht, en cuyo arte he adquirido una buena reputación; he añadido al catálogo un nombre ilustre, y he creado un tulipan que dediqué al rey de Portugal. Oid pues, la verdad. Esta jóven sabía que yo habia encontrado el tulipan negro, y de concierto con un amante que tiene en la fortaleza de Loewestein, ha formado el proyecto de arruinarme apropiándose el tulipan y adquiriendo en su consecuencia el premio de cien mil florines que me pertenecen, como espero, confiado en vuestra justicia.

—¡Oh! exclamó Rosa ciega de cólera.

—¡Silencio! dijo el príncipe.

Después volviéndose hácia Boxtel:

—¿Quién es, dijo, ese preso que decís amante de esta jóven?

Rosa estuvo á punto de desmayarse, porque sabia que Cornelio era en concepto de Guillermo un gran criminal.

Nada podia ser á su contrario mas agradable que semejante pregunta.

—¿Quién es ese preso? repitió.

—Sí.

—Ese preso, monseñor, es un hombre cuyo apellido probará demasiado á V. A. la fe que se puede tener en su probidad. Ese preso es un criminal de Estado, condenado una vez á muerte.

—¿Que se llama?

Rosa ocultó el rostro con sus manos con un movimiento desesperado.

—Que se llama Cornelio van Baerle, dijo Boxel, ahijado de aquel malvado Cornelio de Witt.

El príncipe se estremeció. Sus ojos se inflamaron, y un frio mortal corrió de nuevo por sus venas.

Luego se acercó á Rosa y le mandó que alzase la cabeza.

Rosa obedeció como lo hubiera hecho una mujer sujeta á un poder magnético.

—¿Conque fué á fin de seguir á ese hombre, la solicitud que me hicisteis en Leyde para trasladar á vuestro padre?

Rosa bajó la cabeza rendida al peso de su dolor, y murmuró:

—Sí, monseñor.

—Proseguid, dijo el príncipe á Boxel.

—Nada tengo que decir, continuó aquel; V. A. lo sabe todo. Pero sin embargo, oiréis lo que habia querido callar por no avergonzar á esta jóven por su ingratitud. Yo habia ido á Loewestein á causa de llamarme allí mis asuntos particulares, hice conocimiento con el viejo Grifus, me enamoré de su hija, pedí su mano, y como no era rico, cometí la imprudencia de confiarle la esperanza que me animaba en vista del buen resultado de mis trabajos, de conseguir el premio de los cien mil florines, para cuya justificacion le mostré el tulipan negro. Entonces, como su amante, para ocultar sus inicuas tramas afectaba cultivar tulipanes en Dordrecht, han armado un complot para perderme.

El dia antes en que el tulipan floreciera, me le robó esta jóven en mi casa, y se le llevó á su cuarto, de donde he tenido la fortuna de cogerle en el momento mismo en que tenia la audacia de enviar un mensajero, para anunciar á los señores miembros de la sociedad de horticultura, que acababa de encontrar el gran tulipan negro; pero no ha desmayado por esto. Sin duda mientras le ha tenido en su cuarto, le habrá enseñado á algunas personas á quienes llamará tal vez por testigos; pero felizmente, monseñor, os creo prevenido contra semejantes supercherías.

—¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! ¡infame! prorumpió Rosa anegada en lágrimas

y arrojándose á los piés del estatuer, quien tomó su horrible angustia como remordimiento de su culpabilidad.

—Mal habeis obrado, pobre jóven, dijo, y vuestro amante será castigado por sus abominables consejos, porque sois tan jóven y os creo tan honrada, que me inclino á juzgar que no teneis la culpa.

—¡Monseñor! ¡monseñor! exclamó Rosa, Cornelio no es culpable.

Guillermo hizo un movimiento.

—No es culpable por haberos aconsejado, quereis decir, ¿no es esto?

—Quiero decir, que tan inocente es del segundo crimen que se le imputa, como del primero.

—¡Del primero! ¿y sabeis cuál ha sido su primer crimen? ¿Ignorais que ha sido acusado y convicto de haber tenido complicidad con M. Cornelio de Witt, en el hecho de guardar en su casa la correspondencia del gran pensionario con el marqués de Louvois?

—Y bien, monseñor, yo os aseguro que ignoraba completamente lo que se habia encomendado á título de depósito; creedme, monseñor, porque de lo contrario, me lo hubiera manifestado: su corazon es leal, y aunque debiera atraerme la desgracia de V. A., lo repito, monseñor, Cornelio no es culpable.

—¡Un de Witt exclamó el presidente; pero monseñor le conoce muy bien, pues que ya le ha perdonado la vida una vez.

—¡Silencio! dijo el príncipe. Ya he dicho que todas esas cosas de Estado no pertenecen á la sociedad de horticultura.

Y frunciendo las cejas se volvió hácia Boxel diciendo:

—En cuanto al tulipan, M. Boxel, no tengais cuidado, pues se hará justicia.

Boxel lleno de alegría hizo un saludo y recibió del presidente la enhorabuena.

—Por lo que respecta á vos, jóven, continuó Guillermo de Orange, habeis tenido parte en la perpetracion de un crimen; pero no os castigaré, el verdadero culpable pagará por los dos. Un hombre que lleva ese apellido puede conspirar, vendernos, pero robar, nunca.

—¡Robar! exclamó Rosa, ¡robar Cornelio! ¡Oh! monseñor, cuidado con esas palabras, que causarian su muerte mas pronto que el hacha del verdugo en Brytenhoff. Si ha habido un robo, monseñor, ese hombre es el que lo cometió.

—Probadlo, dijo Boxel friamente.

—Sí, lo probaré con la ayuda de Dios, dijo Rosa con energía.

Después encarándose con Boxel.

—¿Era vuestro el tulipan? preguntó.

—Sí.

—¿Cuántos cebollinos tenía?
Boxtel vaciló un instante, pero comprendió que si no hubiera tenido mas que dos, no le hubiera hecho la jóven aquella pregunta.

—Tres, dijo con cierto aire que indicaba la seguridad del triunfo.

—¿Y qué ha sido de ellos? preguntó Rosa.

—¿Qué ha sido de ellos? . . . El uno se malogró, el otro ha dado el tulipan negro. . . .

—¿Y el tercero?

—¿El tercero?

—Sí, ¿dónde está?

—Le tengo en mi casa, dijo Boxtel turbado.

—¿En vuestra casa? ¿en cuál, en la de Loewestein ó en la de Dordrecht?

—En la de Dordrecht.

—¡Mentís! exclamó Rosa. Monseñor, añadió volviéndose hácia el príncipe, vais á oír la verdadera historia de esos tres cebollinos. El primero le ha des-trozado mi padre en el cuarto de Cornelio, como lo sabe demasiado este hombre, que pensaba apoderarse de él. El segundo le he plantado y cultivado, y ha dado el tulipan negro. El tercero. . . . la jóven le sacó de su pecho, el tercero, vedle aquí en el mismo papel donde estaban guardados los otros dos, cuando me los dió van Baerle momentos antes de subir al cadalso. Tomad, monseñor.

Y Rosa, desliando el papel, sacó el cebollino y se le dió al príncipe, el cual comenzó á examinarle.

—Pero, monseñor, esta jóven ¿no puede haberme robado, como me robó el tulipan? dijo Boxtel con voz balbuciente, é inquieto por la atención con que el príncipe examinaba la cebolleta, y mas aun por la que prestaba Rosa á unas líneas trazadas sobre el papel que aun tenia en sus manos.

De repente, los ojos de la jóven brillaron de alegría; leyó y releyó agitada aquel papel misterioso, y lanzando un grito, y dando el papel al príncipe.

—¡Oh! ¡leed, monseñor, dijo, leed en nombre del cielo!

Guillermo entregó el tercer cebollino al presidente, tomó el papel y leyó.

Apenas pasó la vista Guillermo por aquella hoja, se apoderó de sus manos un temblor que no parecia sino que iba á escapársele el papel; su rostro tomó cierta espresion de dolor y de piedad que hizo estremecer á Boxtel.

La hoja que acababa Rosa de entregarle, era la primera de la Biblia de Cornelio de Witt, que Craeke, el criado de su hermano Juan, habia enviado á Dordrecht para que Cornelio quemase la correspondencia del gran pensionario con M. de Lowois.

El lector recordará que aquella carta estaba concebida en estos términos:

« Querido ahijado:

« Quema el depósito que te he confiado, quémale sin mirarle, á fin de que

« á tí mismo te sea desconocido, los secretos de este género matan á los depositarios. Adios y no me olvides.—CORNELIO DE WITT.

« 20 de Agosto de 1672. »

Aquella hoja era á la vez la prueba de la inocencia de van Baerle y el título que acreditaba la propiedad de las cebolletas del tulipan.

Rosa y el estatuder cambiaron una mirada.

El príncipe limpió una gota de sudor que acababa de correr por su mejilla. Dobló con calma el papel y dejó bien comprender que su pensamiento y su mirada se sumergian en ese abismo sin fondo llamado el arrepentimiento.

Pero levantando repentinamente la cabeza:

—Marchad, señor Boxtel, dijo, ya os he prometido que se administrará justicia.

—Vos, mi querido señor van System, añadió, cuidad de esta jóven y del tulipan. A dios.

Todos se inclinaron, y el príncipe salió entre el inmenso ruido de las aclamaciones.

Boxtel volvió bastante inquieto á la posada del Cisne Blanco. Aquel papel que Rosa habia entregado á Guillermo, que le habia leído con tanta atención y que con el mayor cuidado habia guardado en su bolsillo, le tenia desasosegado.

Rosa se acercó al tulipan, besó respetuosamente las hojas, y se entregó en manos de la Providencia murmurando:

—¡Dios mío! ¿sabiais con qué fin me habia enseñado á leer Cornelio?

Sí, Dios lo sabia, porque á su cargo está la recompensa y castigo de los hombres segun sus méritos.



VII.

LA CANCIÓN DE LAS FLORES.

MIENTRAS que pasaban los acontecimientos que acabamos de contar, el desventurado van Baerle, solitario en la fortaleza de Loewestein, sufría de parte de Grifus todas las vejaciones que un pobre preso puede esperar de un carcelero que ha tomado la resolución de convertirse en verdugo.

No recibiendo Grifus noticia alguna de Rosa ni de Jacobo, persuadióse de que todo aquello era obra de Satanás, y que el doctor Cornelio van Baerle era su comisionado y representante en la tierra.

—¿Cuántos cebollinos tenía?
Boxtel vaciló un instante, pero comprendió que si no hubiera tenido mas que dos, no le hubiera hecho la jóven aquella pregunta.

—Tres, dijo con cierto aire que indicaba la seguridad del triunfo.

—¿Y qué ha sido de ellos? preguntó Rosa.

—¿Qué ha sido de ellos? . . . El uno se malogró, el otro ha dado el tulipan negro. . . .

—¿Y el tercero?

—¿El tercero?

—Sí, ¿dónde está?

—Le tengo en mi casa, dijo Boxtel turbado.

—¿En vuestra casa? ¿en cuál, en la de Loewestein ó en la de Dordrecht?

—En la de Dordrecht.

—¡Mentís! exclamó Rosa. Monseñor, añadió volviéndose hácia el príncipe, vais á oír la verdadera historia de esos tres cebollinos. El primero le ha des-trozado mi padre en el cuarto de Cornelio, como lo sabe demasiado este hombre, que pensaba apoderarse de él. El segundo le he plantado y cultivado, y ha dado el tulipan negro. El tercero. . . la jóven le sacó de su pecho, el tercero, vedle aquí en el mismo papel donde estaban guardados los otros dos, cuando me los dió van Baerle momentos antes de subir al cadalso. Tomad, monseñor.

Y Rosa, desliando el papel, sacó el cebollino y se le dió al príncipe, el cual comenzó á examinarle.

—Pero, monseñor, esta jóven ¿no puede haberme robado, como me robó el tulipan? dijo Boxtel con voz balbuciente, é inquieto por la atención con que el príncipe examinaba la cebolleta, y mas aun por la que prestaba Rosa á unas líneas trazadas sobre el papel que aun tenia en sus manos.

De repente, los ojos de la jóven brillaron de alegría; leyó y releyó agitada aquel papel misterioso, y lanzando un grito, y dando el papel al príncipe.

—¡Oh! ¡leed, monseñor, dijo, leed en nombre del cielo!

Guillermo entregó el tercer cebollino al presidente, tomó el papel y leyó.

Apenas pasó la vista Guillermo por aquella hoja, se apoderó de sus manos un temblor que no parecia sino que iba á escapársele el papel; su rostro tomó cierta espresion de dolor y de piedad que hizo estremecer á Boxtel.

La hoja que acababa Rosa de entregarle, era la primera de la Biblia de Cornelio de Witt, que Craeke, el criado de su hermano Juan, habia enviado á Dordrecht para que Cornelio quemase la correspondencia del gran pensionario con M. de Lowois.

El lector recordará que aquella carta estaba concebida en estos términos:

« Querido ahijado:

« Quema el depósito que te he confiado, quémale sin mirarle, á fin de que

« á tí mismo te sea desconocido, los secretos de este género matan á los depositarios. Adios y no me olvidéis.—CORNELIO DE WITT.

« 20 de Agosto de 1672. »

Aquella hoja era á la vez la prueba de la inocencia de van Baerle y el título que acreditaba la propiedad de las cebolletas del tulipan.

Rosa y el estatuder cambiaron una mirada.

El príncipe limpió una gota de sudor que acababa de correr por su mejilla. Dobló con calma el papel y dejó bien comprender que su pensamiento y su mirada se sumergian en ese abismo sin fondo llamado el arrepentimiento.

Pero levantando repentinamente la cabeza:

—Marchad, señor Boxtel, dijo, ya os he prometido que se administrará justicia.

—Vos, mi querido señor van System, añadió, cuidad de esta jóven y del tulipan. A dios.

Todos se inclinaron, y el príncipe salió entre el inmenso ruido de las aclamaciones.

Boxtel volvió bastante inquieto á la posada del Cisne Blanco. Aquel papel que Rosa habia entregado á Guillermo, que le habia leído con tanta atención y que con el mayor cuidado habia guardado en su bolsillo, le tenia desasosegado.

Rosa se acercó al tulipan, besó respetuosamente las hojas, y se entregó en manos de la Providencia murmurando:

—¡Dios mío! ¿sabiais con qué fin me habia enseñado á leer Cornelio?

Sí, Dios lo sabia, porque á su cargo está la recompensa y castigo de los hombres segun sus méritos.



VII.

LA CANCIÓN DE LAS FLORES.

MIENTRAS que pasaban los acontecimientos que acabamos de contar, el desventurado van Baerle, solitario en la fortaleza de Loewestein, sufría de parte de Grifus todas las vejaciones que un pobre preso puede esperar de un carcelero que ha tomado la resolución de convertirse en verdugo.

No recibiendo Grifus noticia alguna de Rosa ni de Jacobo, persuadióse de que todo aquello era obra de Satanás, y que el doctor Cornelio van Baerle era su comisionado y representante en la tierra.

Con semejante creencia se había puesto insufrible. Una mañana, á los tres dias después de la desaparicion de Rosa y Jacobo, subió al cuarto de Cornelio mas furioso que nunca.

Este, con los codos apayados en la ventana y las manos en las mejillas, miraba el horizonte azuloso de Dordrecht y el movimiento de las aspas de los molinos. No faltaban allí los palomos, pero faltaba la esperanza y el porvenir.

¡Ah! Rosa tal vez sufría una vigilancia rigurosa, y le seria imposible venir. Acaso podría escribir, pero aun cuando escribiese, ¿tendria certidumbre ni medios de que llegara la carta á manos de Cornelio? No.

Habia notado la vispera y antevispera cierta expresion de malicia en los ojos del viejo Grifus, para que pudiese esperar una buena coyuntura su amada Rosa, á quien creia sufriendo además de la reclusion y la ausencia otros tormentos peores, las venganzas de aquel hombre brutal.

La idea de que Rosa podía ser maltratada, desesperaba á Cornelio.

Entonces reconocia su inutilidad, su impotencia, su nada, y elevando los ojos al cielo, preguntaba al Altísimo cuándo cesarian sus rigores para aquellas dos criaturas inocentes.

Van Baerle habia resuelto escribir á Rosa. Pero ¿dónde estaba Rosa?

Tambien pensó escribir á la Haya para dar aviso de la nueva tempestad que Grifus iba á descargar sobre su cabeza.

Pero ¿con qué iba á escribir? Grifus le habia quitado el papel y el lápiz, y aun cuando en su poder estuvieran, no seria ciertamente el carcelero quien se encargase de conducir su carta.

Entonces Cornelio pasaba y repasaba en su imaginacion todas las astucias empleadas por los presos.

Tambien habia pensado en la fuga, cosa que, cuando veia á su amada, ni aun le habia ocurrido. Pero cuanto mas reflexionaba sobre ese medio, tanto mas imposible le veia. Era de aquellas naturalezas privilegiadas, que no se avienen á marchar por la misma senda que encuentran á propósito las gentes medianas y comunes.

—¿Cómo es posible, decia Cornelio con desaliento, escaparme de Loewestein después de Grocio? esta fuga todo lo ha previsto: las ventanas se han asegurado; han aumentado las rejas, y los soldados están mil veces mas vigilantes.

Y además de las ventanas aseguradas, las puertas dobles, y los soldados mas vigilantes que nunca, ¿no está ahí ese maldito can de Grifus, que es capaz de no dormir en seis años con tal que no le tilden de flojo y descuidado?

Y finalmente, lo peor que hay aquí es la ausencia de Rosa. Aunque yo gastase diez años en fabricar una lima para romper los hierros, y atase mis cuerdas para arrojarme por la ventana, tengo tan mala fortuna, que ó la lima se

habia de embotar, ó las cuerdas se romperian y me mataria ó quedaria mal parado. No, no quiero que luego me llamen el cojo, el manco, el inválido. Mi empresa solo tendria por resultado darme el honor de figurar entre las curiosidades de Holanda, y me encerrarian en el museo del Haya, entre el colete manchado de sangre de Guillermo el Taciturno y la mujer marina encontrada en Stavesen.

Pero no, el dia menos pensado hará Grifus una de las suyas; después de haber perdido la alegría con la ausencia de Rosa, perderé tambien la paciencia. No hay que ponerlo en duda; si no es hoy, mañana vendrá Grifus con un humor intolerable, me pegará ó hará cualquier cosa que hiera mi amor propio, ó inquiete y perturbe mi seguridad individual. Yo siento, desde que estoy encarcelado, un vigor extraño, insoportable; tengo ganas de lucha, de batalla y pescozones, y en aquel dia, me abalanzo al gasnate de ese pícaro viejo, y le ahogo.

A estas últimas palabras, Cornelio se detuvo un instante, con la mirada fija y una fuerte contraccion en la boca.

—Instantáneamente, continuó, una vez estrangulado Grifus, le tomo las llaves, bajo la escalera como si acabase de concluir una accion justa, voy al cuarto de Rosa, le cuento el hecho, y ambos saltamos entonces por la ventana. Caeremos al Vahal, pero yo sé nadar bastante para que nos sostengamos y nos salvemos.

¡Pero Dios mío! Grifus es padre de Rosa, y jamás podrá perdonarme su muerte, por mas amor que me tenga; jamás aprobará un hecho tan criminal, por mas brutal é inhumano que hubiera sido Grifus, por mas que su conducta lo mereciese; necesitare entonces disculparme; durante mi discurso, llegará un llavero ú otro cualquier dependiente, que habrá visto ya á Grifus pateando, ó muerto, y me echará mano suavemente. Me llevarán á Brytenhoff, y entonces no habrá *post scriptum*, sino que el verdugo concluirá desembarazadamente su operacion. Nada, nada, señor Cornelio; este proyecto no conviene.

Pero ¿que haré entonces, para encontrar á Rosa?

Tales eran las reflexiones de Cornelio, tres dias después de la separacion de Rosa del lado de su padre.

Grifus entró en la prision y encontró á van Baerle como le hemos pintado, apoyado en la ventana con los codos y puestas las manos en sus mejillas.

Traia en la mano un enorme garrote; sus ojos centellaban y tenian una expresion maligna que no daba que pensar nada de bueno. Una sonrisa estúpida se percibia en sus labios, y todo en su persona daba á conocer las malas disposiciones de que venia animado.

Cornelio le oyó, adivinó quién era, y no quiso volver la cara.

Sabia muy bien que Rosa no venia detrás de él.

Nada irrita mas á un cólerico, que la indiferencia y el desprecio de las personas contra quienes se encoleriza.

Así, Grifus, viendo que Cornelio no le hacia caso, se puso á intrepelarle con bruscas interjecciones.

El preso entonó *sotto voce* la triste pero linda cancion de las flores.

.....
Hijas del fuego

que inflama á la tierra
profundo en el seno;
del dulce rocío,
del ardiente Febo.

Hijas del aire, del agua y del cielo.

Esta cancion, cuya nota dulce y patética aumentaba la melancolía, exasperó á Grifus, que pegando un bastonazo en el suelo, gritó:

—¡Eh! señor cantor, ¿no me habeis oido?

Cornelio volvió la cabeza.

—Buenos dias, dijo.

Y volvió á cantar su cancion.

—¡Eh! maldito brujo, ¿te burlas de mí? gritó Grifus.

Cornelio continuó cantando la segunda estrofa de la cancion sin hacerle caso.

Grifus se acercó al preso.

—Pero ¿tú no ves, le dijo, que he elegido un buen medio para obligarte á confesar tus crímenes?

—¿Estais loco, mi querido Grifus? preguntó Cornelio volviendo la cabeza.

Y como al decir esto viese su semblante alterado, los ojos brillantes y la espuma que le salia por la boca:

—¡Diablos! dijo, viene peor que loco. ¡Estais furioso!

Grifus hizo un molinete con su garrote, pero sin moverse.

—Parece, mi dueño y señor Grifus, dijo van Baerle cruzando los brazos, parece que me amenazais.

—¡Oh! sí, te amenazo, gritó el carcelero.

—¿Y por qué?

—Por de pronto, mira lo que tengo en la mano.

—Creo que es un garrote, dijo Cornelio con calma, y por lo que veo mas me parece tranca que baston; pero yo no creo que me amanzais con él.

—¡Hola! no supones eso, ¿y por qué?

—Porque todo carcelero que hiere á un preso, incurre en dos penas: primera, la del artículo IX del reglamento de Loewstein:

«Será expulsado todo carcelero, inspector ó llavero que ponga la mano sobre un preso.»

La mano, dijo Grifus ciego de cólera, pero el baston. ¡Ah! del baston sé yo muy bien que no habla el reglamento.

—La segunda, continuó Cornelio, que no está inscrita en ningun reglamento y si en el Evangelio, héla aquí:

«Quien á hierro mata á hierro muere.»

«El que toque con un baston será apaleado con él.»

Grifus cada vez mas exasperado por el tono sentencioso de Cornelio, esgrimió su tranca; pero al tiempo de levantarla, Cornelio se abalanzó hácia él, se la arrancó de las manos y se hizo dueño de ella.

Grifus ahullaba de cólera.

—¡Ah! hechicero, yo te castigaré y me vengaré por otro lado.

—Sea enhorabuena.

—¿Ves mis manos vacias?

—Y tanto como las veo, y con mucha satisfaccion.

—Bien sabes que no las traigo así cuando subo por las mañanas.

—Es verdad, teneis la costumbre de traerme la mas mala sopa que se puede presentar á un viviente. Pero eso no me importa ni es para mí un castigo; en habiendo pan, amigo Grifus, el pan es mi único alimento; mientras mas mal sabe á los demás, mas exquisito le encuentro yo.

—¿Mas exquisito le encuentras?

—Sí.

—¿Por qué razon?

—Bien sencilla es.

—Decidla pues.

—De muy buena gana; yo sé que cuando me traes pan malo, es para irritarme y para que sufra.

—No, que te le traeria para que te supiera á gloria, tunante.

—Bien, pero yo que soy hechicero como tú sabes, hago del pan malo el bocado mas exquisito que puede imaginarse, y entonces tengo el doble placer de comer á mi gusto y hacer que te lleven los diablos de pura rabia.

Grifus arrojaba espuma.

—¿Con que confiesas que eres hechicero?

—¡Pardiez! sí lo soy. Nunca lo he vociferado ante todo el mundo, porque tal vez me traeria malas consecuencias como á Gaufredy ó Urbano Grandier; pero ahora que estamos los dos solitos, no tengo inconveniente en confesarlo.

—Bueno, bueno, respondió Grifus, pero si un hechicero convierte el pan negro en blanco, cuando no le tenga ni negro ni blanco se morirá de hambre.

—¡Eh! replicó Cornelio.

—Digo que de aqui en adelante no traeré pan y veremos al cabo de ocho dias.

A Cornelio no le agradó mucho aquel nuevo método de venganza.

—Y esto, continuó Grifus, se empezará hoy mismo. Una vez que eres tan buen hechicero, veremos si cambias en pan los muebles de tu prision. Por lo que á mí toca, me guardaré todos los dias el dinero que me dan para tu alimento.

—¡Pero eso es un asesinato! exclamó Cornelio impulsado por un movimiento del terror que le inspiraba aquel nuevo género de muerte.

—Bueno, continuó Grifus burlándose; pues que tú eres brujo vivirás á pesar de eso.

Cornelio volvió á recuperar su calma y con ella aquel humor que tanto incomodaba á Grifus.

—Pero dime, Grifus, ¿no me has visto hacer venir hasta mi ventana á los pichones de Dordrecht?

—¿Y bien?

—¿Y bien? ¿hay plato mas regalado que el de un pichon? me parece que no se morirá de hambre el que se coma un pichon todos los dias.

—¿Y el fuego? preguntó Grifus.

—¡El fuego! Pero ¿ignoras que tengo hecho un pacto con el diablo? ¿piensas tú que el diablo no me traerá todo el fuego del mundo, cuando el fuego es su elemento?

—Un hombre, por robusto que sea, no puede comerse un pichon todos los dias por mucho tiempo sin estropear su estómago. Ha habido apuestas sobre ello y ningun gastrónomo se ha atrevido.

—Bien, dijo Cornelio, pero cuando esté harto de pichones haré subir los peses del Vahal y del Mosa.

Grifus ensanchó la órbita de sus ojos.

—A mí me gusta mucho el pescado, y por cierto que este buen cocinero jamás me le pone. Ya verás; aprovecho la ocasion en que me quieres matar de hambre para regalarme como un patriarca.

Grifus estuvo á pique de perder la cabeza por la violencia de su cólera y el miedo, pero acordándose de repente:

—Espera, dijo metiéndose la mano en el pecho, puesto que me obligas á ello.

Y sacó un cuchillo de cocina.

—¡Un cuchillo! gritó Cornelio procurando defenderse con su garrote.



VIII.

**VAN BAERLE ARREGLA SUS CUENTAS CON GRIFUS
ANTES DE SALIR DE LOEWESTEIN.**

UN instante permanecieron los dos, Grifus á la ofensiva, y Cornelio á la defensiva. Luego, como la situacion podia prolongarse indefinidamente, van Baerle quiso inquirir las causas de aquella ira repentina de Grifus, y le preguntó:

—Pero veamos, ¿qué que reis aun?

—Lo que yo quiero, respondió Grifus, es que me entregues mi hija.

—¡Vuestra hija! exclamó Cornelio.

—Sí, Rosa, Rosa, que me la has quitado por tus artes diabólicas. Vamos á ver; ¿me dices dónde está?

Y su actitud era cada vez mas amenazadora.

—¿No está Rosa en Loewestein? exclamó Cornelio.

—Demasiado lo sabes tú. ¿Me entregas á Rosa?

—Bueno, dijo Cornelio, ese es un lazo que me quereis tender.

—No lo digo mas que esta vez. ¿Me entregas á mi hija? ¿me dices dónde está?

—¡Adivinalo, miserable, si no lo sabes!

—Aguarda, aguarda, gruñó Grifus, pálido y convulso por el estado en que iba poniéndose su cerebro. ¡No quieres decírmelo! verás lo que te pasa.

Y se adelantó hácia Cornelio enseñándole el arma que brillaba en su mano.

—¡Ves este cuchillo! dijo, pues bien; con él he matado mas de cincuenta gallos negros, y ahora voy á matar al diablo su maestro. ¡Aguarda! ¡aguarda!

—Pero, miserable, ¿te has empeñado en asesinar-me!

—Quiero abrirte el corazon para ver en qué sitio está mi hija.

Y al decir estas palabras con el extravío de su fiebre, se precipitó sobre Cornelio que no tuvo tiempo sino de guarecerse tras de la mesa para evitar el primer golpe.

El preso advirtió que si bien estaba salvo del golpe de la mano, podia muy bien tirarle el cuchillo y venir á herirle el pecho, y con esa idea, sin perder tiempo, asestó un vigoroso golpe sobre la mano en que estaba el cuchillo, con el baston que habia conservado casualmente.



El cuchillo cayó á tierra, y Cornelio le puso el pié encima.

Después, como veía que Grifus iba á emprender una lucha encarnizada impulsado por el dolor de la mano y la vergüenza de haber sido desarmado, tomó una resolución, y fué moler á palos con la mayor sangre fría á su carcelero.

Grifus no tardó en pedir auxilio.

Pero como mucho antes había gritado y sus rüos habían resonado en la fortaleza, había puesto en movimiento á todos los empleados subalternos. De repente aparecieron dos llaveros, un inspector y tres ó cuatro guardias que sorprendieron á Cornelio con el baston en la mano y el cuchillo bajo el pié.

En efecto, todas las apariencias le condenaban.

En un abrir y cerrar de ojos le desarmaron, y prestando socorro á Grifus, al cual levantaron y sostuvieron los recién venidos, pudo este contar la agresión y desacato cometido por aquel preso, como no le dejarían mentir sus espaldas llenas de cardenales y contusiones.

Se comenzó acto continuo la sumaria acerca de las violencias ejercidas por el preso sobre su guardian, cuyas diligencias activadas por Grifus nada dejaban que desear; tratábase nada menos que de una tentativa de asesinato, preparada largo tiempo hacia, con premeditacion y rebelion descubierta por consiguiente.

Mientras continuaba el proceso, como la presencia de Grifus, después de las declaraciones que había dado, era enteramente inútil, los dos llaveros le cogieron y llevaron á su cuarto.

Los guardias, que se habían apoderado de Cornelio, se ocuparon caritativamente en instruirle y ponerle al corriente de los usos y costumbres de Loewestein, en los que ciertamente no era muy novicio Cornelio, pues á su entrada en la prision se le había leído el reglamento, y aun mas de un artículo se le había quedado en la memoria.

Contáronle además cómo aquel reglamento se había aplicado ya á un preso llamado Matias que en 1668, es decir, cinco años antes, había cometido un acto semejante de rebelion.

Había encontrado un dia la sopa demasiado caliente y la había tirado á la cabeza del jefe de los llaveros, el cual al tratar de limpiar aquella nueva y rara ablucion, se había llevado tras del pañuelo un buen pedazo de pellejo.

Doce horas después sacaron á Matias de su calabozo.

Conducido después á la alcaldía donde fué inscrito como dado de alta.

Llevado á la esplanada, donde la vista alcanza hasta doce leguas de extension.

Allí le habían atado las manos.

Después le vendaron los ojos y recitaron tres oraciones.

Después se le indicó que se arrodillase; y los soldados de Loewestein, en

número de doce, á una señal del sargento, le habían soplado cada uno una bala de mosquete dentro del cuerpo.

Cornelio estuvo atento á aquella relacion desagradable, y cuando hubo concluido:

—Habeis dicho que dentro de doce horas. . . .

—Sí, aun no se habían cumplido á lo que creo, respondió el soldado.

—Gracias, dijo Cornelio.

No había concluido el soldado la sardónica sonrisa con que terminó su narracion, cuando se oyó en la escalera un ruido.

Los soldados se presentaron para dar paso á un oficial.

Este entró en la prision de Cornelio, cuando el escribiente aun proseguía la sumaria.

—¿Este es el número 11? preguntó.

—Sí, capitán, respondió uno de los guardias.

—Entonces esta es la celdilla de Cornelio van Baerle.

—Precisamente, mi capitán.

—¿Dónde está el preso?

—Héme aquí, señor, respondió Cornelio, sintiéndose desfallecer á pesar de todo su valor.

—¿Sois vos M. Cornelio van Baerle? preguntó dirigiéndose al mismo.

—Sí, señor.

—Pues seguidme.

—¡Oh! dijo Cornelio aterrizado y oprimido por angustias mortales, cómo se apresuran en Loewestein! y el bellaco que me ha dicho que doce horas.

—¡Eh! ¿qué es lo que yo os he dicho? preguntó el soldado historiador.

—Una mentira.

—¿Cómo?

—Me habiais prometido doce horas.

—¡Ah! sí; pero os conduce un ayuda de campo de S. A., uno de sus mas íntimos amigos, M. van Deken. Caramba, no tuvo ese honor el pobre Matias.

—Vamos, vamos; dijo Cornelio, hagamos ver á esas gentes, que un ciudadano ahijado de Cornelio de Witt puede, sin mover pestaña ni arrugar ceja, recibir tantas balas como Matias, é interrumpiendo con fiereza al escribano en sus funciones, dijo al oficial:

—Pero, señor van Deken, la sumaria no se ha concluido todavía.

—No hay cuidado por eso, respondió.

—Bueno, replicó el escribano, y dobló sus papeles y guardó su pluma para otra ocasion.

—Estaba escrito, decia para sí el infeliz Cornelio, que no he de poder cumplir mis tres nobles deseos. ¿Qué he hecho, Dios mio, para que me priveis de dar mi nombre á un hijo, á una flor y á un libro, obligaciones impuestas á

todo hombre bien organizado que goza sobre la tierra de la propiedad del alma y del usufructo del cuerpo?

Y con firme resolucion y con la cabeza erguida siguió al oficial.

Tuvo cuidado de contar los pasos que habia de la fortaleza á la esplanada para calcular su distancia, lo cual se habria excusado ciertamente si se lo hubiera preguntado al solícito y oficioso soldado.

El único sentimiento que tendria Cornelio en el tránsito, que consideraba como término de su dolorosa peregrinacion en esta vida, era ver á Grifus y no ver á Rosa. ¡Qué satisfaccion se manifestaria en el semblante del padre, y cuánta amargura en el de la hija!

Porque Grifus iba á gozarse y aplaudir aquel suplicio en venganza de un acto eminentemente justo, que Cornelio habia creído una obligacion.

Pero ¿qué seria de Rosa, á quien no volveria á ver mas, y de su gran tulipan negro, perdido para siempre, sin saber donde habia de fijar sus miradas para encontrarle, cuando despertase allá en la altura de los cielo s?

Sin embargo, cuando llegó á la esplanada, á pesar de que habia tenido cuidado de mirar por el camino á derecha é izquierda, no pudo ver ni á Rosa ni á Grifus.

En parte estaba compensado.

Cornelio buscó con la vista sobre aquella llanura á los soldados ejecutores y vió en efecto á doce que estaban reunidos y conversando.

Pero no vió los mosquetes, y extrañó que no estuviesen formados en línea; lo cual pareció al sentenciado indigno de la gravedad que ordinariamente preside á tan imponentes actos.

De repente apareció Grifus, cojeando y apoyándose en una muleta, y comenzó á vomitar un torrente de imprecaciones tal, que Cornelio dirigiéndose al oficial:

—Señor, dijo, no creo que sea justo dejarme insultar así por ese hombre y sobre todo en estos momentos.

—Escuchad, dijo el oficial riéndose; es natural que esté enfadado contra vos, después que le habeis molido á palos.

—Pero señor, eso fué por defenderme. ¿Queriais que me hubiera dejado asesinar?

—¡Bah! respondió el capitán, que diga lo que se le antoje, ¿qué os importa ahora?

Cornelio sintió correr por su frente un sudor frio, al oír esta respuesta que miraba como una ironía demasiado brutal, y sobre todo en boca de una persona que se le habia dicho era estimada por el príncipe.

El infeliz comprendió que no habia recurso, que no habia un solo amigo que le compadeciese, y se resignó.

—Cúmplase la voluntad de Dios, murmujeó bajando la cabeza.

Después, volviéndose al oficial, que parecia aguardar alegremente que concluyese sus reflexiones:

—¿Adónde me llevais?

El oficial le mostró una carroza tirada por cuatro caballos, que le hizo recordar la que habia visto en Brytenhoff en iguales circunstancias.

—Entrad, le dijo.

—Parece, murmujeó Cornelio, que no tendré el honor de morir en la esplanada.

Estas palabras las pronunció de manera que el soldado historiador que hasta entonces no le habia abandonado, pudo oírlas muy fácilmente, y creyendo que era obligacion suya dar nuevos informes á Cornelio, se acercó á la portezuela, y mientras que el oficial, con el pié en el estribo, daba algunas órdenes, le dijo en tono bajo:

—Se ha visto muchas veces conducir á los condenados á su propia ciudad, y hacer su ejecucion delante de su propia casa, para dar mayor y mas saludable ejemplo. Esto depende. . .

Cornelio hizo una señal de agradecimiento.

—¡Está bien! dijo luego para sí, he aquí un hombre que no deja de consolar á su semejante cuando halla la ocasion. A fe mia, que os estoy recordando. A dios.

El carruaje partió.

—¡Ah! ¡malvado! ¡infame! gritó Grifus, mostrando sus puños á su víctima que se alejaba. ¡Se va sin devolverme á mi hija!

—Si me conducen á Dordrecht, dijo Cornelio, veré al pasar por delante de mi casa, si están bien estropeados mis acirates.



XXXIX

IX.

DONDE SE EMPIEZA A CALCULAR QUE CLASE DE SUPPLICIO RESERVABAN A VAN BAERLE.

CONTINUÓ el carruaje todo el día; dejó á Dordrecht á la izquierda, atravesó por Rotterdam, llegó á Delft, y á las cinco de la tarde habian andado unas veinte leguas.

Cornelio dirigió algunas preguntas al oficial, que le servia á la vez de guia y de custodia; pero por mas circunspectas que fueron sus preguntas, tuvo el pesar de ver que se quedaron sin respuesta.

Cornelio sintió ya no tener á su lado aquel soldado tan complaciente que hablaba sin hacerse de rogar, pues quizás le hubiera dado detalles tan curiosos y precisos en esta su nueva aventura como se los habia dado de las dos primeras.

La noche se pasó en el carruaje, y al amanecer del día siguiente Cornelio se halló mas allá de Leyde; teniendo á su izquierda el mar del Norte, y á su derecha el mar de Harlem.

Tres horas mas tarde entraron en la ciudad.

Cornelio no sabia lo que habia ocurrido en Harlem, y nosotros le dejaremos en esta ignorancia hasta que le saquen de ella los acontecimientos.

Pero no debe suceder lo mismo con el lector, que tiene derecho á saber las cosas antes que nuestro héroe.

Hemos visto que Rosa y el tulipan habian sido dejados por el príncipe Guillermo de Orange en casa del presidente van System, como si fuesen dos hermanos huérfanos.

En aquel día no volvió la jóven á tener noticias del estatuder; pero al anochechar vino un oficial á casa de M. van System para invitar á Rosa de parte de S. A. á que fuese á las casas consistoriales.

Llegada allí, fué introducida en el gabinete de las deliberaciones; donde halló al príncipe escribiendo.

Estaba solo y tenia á sus piés un gran perro lebel de Frisia que le miraba fijamente, cómo si el fiel animal hubiese querido penetrar el pensamiento de su amo, cosa que ningun hombre era capaz de hacer.

Guillermo continuó escribiendo un instante aun; luego levantó los ojos, viendo á Rosa de pié cerca de la puerta, le dijo sin dejar de escribir:

—Entrad, entrad.

Rosa dió algunos pasos hácia la mesa.

—¡Monseñor! dijo deteniéndose.

—Sentaos, dijo el príncipe.

Rosa obedeció porque el príncipe la miraba; pero apenas el príncipe volvió á fijar la vista en el papel, se retiró avergonzada.

El príncipe acababa su carta.

Durante este tiempo, el perro se habia acercado á Rosa examinándola y acariciándola.

—¡Ah! ¡ah! dijo Guillermo á su perro; se conoce que es una compatriota, pues la saludas cariñosamente.

Luego, voviéndose á Rosa y fijando en ella su mirada escudriñadora y sombría á un mismo tiempo, dijo:

—Vamos; hija mia, no somos mas que dos, hablemos.

Rosa empezó á temblar con todos sus miembros, aunque sin embargo no habia nada mas que benevolencia en el semblante glacial del príncipe.

—¡Monseñor! . . . tartaleó Rosa.

—¿Teneis á vuestro padre en Loewestein?

—Sí, señor.

—¿No le amais mucho?

—Al menos, monseñor, no le amo como una hija debería amar á su padre.

—No es bien hecho el no amar á su padre, hija mia, pero haceis bien en no mentir á vuestro príncipe.

Rosa bajó los ojos.

—¿Y por qué razon no amais á vuestro padre?

—Porque tiene un carácter muy malo.

—¿Y de qué modo se manifiesta su maldad?

—Mi padre se complace en maltratar á los presos.

—¿A todos?

—A todos, monseñor.

—Pero, ¿no le culpais de maltratar particularmente á alguno?

—Mi padre maltrata particularmente á M. Van Baerle, que....

—Que es vuestro amante; interrumpió Guillermo.

—Que yo amo, monseñor, respondió Rosa con firmeza.

—¿Hace mucho tiempo?

—Desde el día en que le ví, monseñor.

—¿Y cuándo le habeis visto la primera vez?

—El día siguiente al en que fueron tan cruelmente asesinados el gran pensionario y su hermano M. Cornelio de Witt.

Los labios del príncipe se apretaron, su frente se arrugó, y sus párpados se bajaron de manera que ocultó por un instante sus ojos, luego repuso:

—Pero ¿de qué os sirve amar á un hombre destinado á vivir y morir en prisión?

—Para ayudarle á vivir y morir.

—¿Y aceptaríais la posición de ser la mujer de un preso?

—Sería la criatura mas dichosa y ufana si llegase á ser la mujer de M. Van Baerle; pero....

—¿Pero qué?

—No me atrevo á decirlo, monseñor....

—Veo que hay un sentimiento de esperanza en vuestro acento, veamos. Ella levantó sus hermosos ojos, y fijándolos en Guillermo llenos de inteligencia, fueron á buscar la clemencia dormida en el fondo de aquel corazón sombrío.

—¡Ah!... ya comprendo... dijo el príncipe.

Rosa se sonrió juntando las manos.

—¿Esperais en mí? dijo Guillermo,

—¡Sí, monseñor!

—¡Hum!—susurró el príncipe.

En seguida cerró la carta que acababa de escribir, y llamando á uno de sus ayudantes, le dijo cuando se presentó:

—M. Van Deken, llevad á Loewestein esta carta, leed las órdenes que doy al gobernador, y ejecutad lo que depende de vos.

El oficial tomó la carta, se inclinó y partió, y un instante después se oyó resonar en el patio de la casa el galope de un caballo.

—Hija mía, dijo Guillermo á Rosa cuando se volvieron á quedar solos, el domingo es la fiesta del tulipan, y pasado mañana es domingo. Aquí teneis quinientos florines para que os vistais de manera que esteis hermosa, pues quiero que ese dia sea una gran fiesta para vos.

—¿Cómo quiere vuestra alteza que me vista? preguntó Rosa llena de confusión.

—Con el traje de las novias frisias, respondió Guillermo, pues debe sentaros perfectamente.



Σ.

HARLEM.

HARLEM, donde hemos entrado con Rosa hace tres días, y donde acabamos de llegar con el preso y su conductor, es una hermosa ciudad que se envanece justamente de ser una de las mas umbrosas de Holanda.

Mientras que otras ciudades cifraban su amor propio en brillar por sus arsenales, por sus almacenes y bazares, Harlem ponía toda su gloria en ganar á todas las ciudades de los Estados por sus hermosos olmos frondosos, sus chopos elevados, y sobre todo, por sus paseos umbrosos, sobre los cuales se redondean formando bóvedas los tilos y los castaños.

Viendo Harlem que Leide su vecina, y Amsterdam su reina, tomaban la una el camino de la ciencia y la otra el del comercio, Harlem habia querido ser una ciudad agrícola, ó mas bien hortícola.

En efecto, bien cerrada, bien aireada, bien calentada por el sol, ofrecia á los jardineros garantías que ninguna otra ciudad hubiera podido ofrecerles.

Así se ha visto establecerse en Harlem todos esos espíritus tranquilos y pacíficos que poseían el amor de la tierra y de sus bienes, como se habia visto establecerse en Rotterdam y Amsterdam todos los espíritus inquietos y móviles que poseen el amor de los viajes y el comercio, como en la Haya se habian establecido todos los políticos y mundanos.

Leyde habia sido la conquista de los sabios, y Harlem como aficionada á las flores adoptó tambien la pintura, la música, los paseos y los parterres.

Como aficionada á las flores, lo fué entre otras extremadamente adicta al tulipan; premios en favor de los tulipanes, y hemos llegado así, como hemos visto, á hablar del que proponia el 15 de mayo de 1673 en honor del gran tulipan negro, sin mancha ni defecto, que debia valer cien mil florines á su inventor.

Harlem habia hecho pública su afición á las flores en general y particularmente á los tulipanes, en una época en que todo ardía en medio del volcán de las sediciones y la guerra: y teniendo ya la inexplicable alegría de ver y po-

seer el ideal de sus pretensiones, viendo florecer el ideal de sus tulipanes, habia querido hacer de la ceremonia de la adjudicacion del premio, una fiesta cuyo recuerdo fuese eterno en sus habitantes.

Tanto mas derecho tenia á ello, cuanto que la Holanda es el país de las fiestas, jamás unas naturalezas perezosas desplegaron mas ardor y entusiasmo en canciones, danzas y gritos como la de los buenos republicanos de las siete provincias en sus fiestas.

No hay mas que ver los cuadros de los dos Teniers.

Es indudable que los perezosos son los mas aficionados á fatigarse, no cuando se ponen á trabajar, sino cuando empiezan á divertirse.

Harlem estaba triplemente alegre, porque iba á festejar una triple solemnidad, la de haberse encontrado el tulipan negro, el asistir el príncipe Guillermo de Orange á la ceremonia como verdadero holandés; en fin, convenia á los Estados mostrar á los franceses después de una guerra tan desastrosa como la de 1672, que el edificio de la república báltava era bastante sólido para poder danzar con el acompañamiento del cañon de su flota.

La sociedad de horticultura se habia mostrado digna y celosa por su cometido, ofreciendo cien mil florines por una cebolleta de tulipan. La ciudad no habia querido ser menos, y habia aprontado igual suma para la adjudicacion.

De manera que el domingo fijado para aquella ceremonia, habia tal entusiasmo y empeño en aquellos ciudadanos que aun el mas indiferente no hubiera podido menos de admirar el carácter de aquellos buenos holandeses, tan prontos á gastar su dinero en construir un buque para combatir al enemigo y sostener el honor nacional, como para recompensar la invencion de una flor destinada á brillar un solo dia y distraer á las mujeres, á los sabios y á los curiosos.

A la cabeza de los notables de la sociedad de horticultura, veíase á Van Systens ataviado con sus mas ricos vestidos.

Aquel buen hombre se habia esforzado por igualarse á su flor favorita, por la elegancia severa de su traje, y verdaderamente lo habia conseguido.

Detrás del comité estaban las corporaciones científicas, los magistrados, los militares, los nobles y los plebeyos.

En la plaza no se trataba del triunfo de un Pompeyo ni de un César; no se celebraba la derrota de Mitridates ni la conquista de los Galos. La procesion desfilaba suavemente, como un rebaño, inofensiva como el vuelo de una bandada de pájaros.

En Harlem no habia mas vencedores que sus jardineros. Adorando á las flores daba culto al florista.

En medio del pacífico cortejo, veíase el tulipan negro sobre unas anchas cubiertas de terciopelo blanco bordado de oro. Llevaban sus varas cuatro hombres que eran relevados en ciertos parajes por otros cuatro que los seguían,

no de otro modo que cuando llevaban á Roma á la diosa Cibeles, venida de la Etruria en medio de las adoraciones del pueblo rey.

Aquella exhibicion del tulipan negro era un homenaje tributado por un pueblo sin cultura y sin gusto, al gusto y cultura de los jefes célebres, cuya sangre se habia derramado inicuamente en el Britenhoff, salvo sin embargo el inscribir los nombres de las victimas en la mas hermosa piedra del panteon holandés.

Habíase determinado que el mismo estatuder adjudicaria el premio de los cien mil florines, lo cual interesaria á todos los concurrentes en general, y tal vez pronunciaria un discurso, lo cual interesaria en particular á sus amigos y enemigos.

Finalmente, habia llegado aquel dia tan deseado; el 15 de mayo de 1675. Todos los habitantes de Harlem, incluso los de sus cercanías, se habian colocado por entre las prolongadas hileras de árboles, con la firme resolucion de no aplaudir aquella vez, ni á los conquistadores de la guerra, ni á los de la ciencia, sino á los de la naturaleza, que acababan de obligar á esta madre fecunda á que les diese lo que hasta entonces se tenian por imposible, el tulipan negro.

Nada puede mas en los pueblos que esa resolucion de no aplaudir sino tal ó cual cosa. Cuando les da por aplaudir, es lo mismo que cuando les da por silbar, no saben cuando han de cesar.

Aplaudió, pues, desde luego á Van Systens, al gran ramillete que llevaba en la mano, á la flor que llevaba en el pecho; aplaudió á las corporaciones, y con la mayor justicia (aquella vez) aplaudió á la excelente música de la ciudad que en cada parada les prodigaba alegres sonatas y composiciones hechas para el caso por un distinguido y hábil profesor, y alusivas al tulipan negro.

Las miradas de los concurrentes buscaban ansiosamente la heroína de la fiesta que era la negra flor, y luego al héroe de la fiesta, que seria naturalmente el inventor del tulipan.

Este héroe debia producir tanta conmocion y murmullos como la preseneia misma del estatuder.

Pero á nosotros no nos interesa ni el magnífico discurso del venerable Van Systens, por elocuente que fuese, ni los jóvenes aristócratas lujosamente engalanados, ni las gentes del pueblo medio desnudas. Tampoco tenemos que ver con las jóvenes holandesas, de rosada tez y blanco cuello, ni con los viajeros de Ceilan y de Java.

Lo que sí nos conviene, lo que tiene para nosotros un interés poderoso, un interés dramático, es aquella figura animada que marcha entre los miembros del comité de horticultura: nuestro interés debe concentrarse en ese personaje lleno de flores hasta la cintura, peinado con esmero, vestido de escarlata para hacer resaltar su pelo y su color cetrino.

Ese triunfador, ese héroe del día, que había de hacer olvidar con su presencia el discurso de Van Systens y la presencia misma del estatuer, era Isac Boxel, que veía marchar á su derecha sobre un almohadon de terciopelo el tulipan negro, su pretendido hijo, y á su izquierda un gran bolsón con los cien mil florines en moneda nueva de oro reluciente.

De vez en cuando apresura Boxel el paso para rozar su hombro con el de Van Systens, á ver si participaba de su serenidad, así como iba á participar de la fortuna de Rosa á quien había robado su tulipan.

Poco tiempo después llegará el príncipe; se colocará el tulipan negro sobre su trono, cediendo su lugar á aquel rival para la adoracion pública, tomará un pergamino sobre el cual estará escrito el nombre del autor y proclamará en voz alta é inteligible que se ha descubierto una maravilla, que la Holanda, por mediacion de Boxel, ha hecho que la naturaleza produzca una flor negra, y que llamará en adelante Tulipa nigra Boxeltea.

Sin embargo, Boxel de vez en cuando quita la vista del tulipan y el bolsón y mira tímidamente por entre lo muchedumbre, sintiendo encontrar cuando menos lo pensase la pálida figura de la frisia.

Esa vista sería un espectro que turbaria su imaginacion, ni mas ni menos que el de Baucó turbó el festin de Macbeth.

Y aquel miserable que ha escalado un muro, que ha escalado una ventana para entrar en la casa de su vecino, que con una llave falsa ha abierto el aposento de Rosa, aquel hombre en fin, que ha robado la gloria de un hombre y el dote de una mujer, se mira como héroe y no como un ladron.

Seguramente se podría decir por cualquiera que Boxel es el dueño del tulipan, porque nadie le ha excedido en vigilancia, nadie ha tentado mas medios por apropiárselo aunque fuese su mismo dueño tratando de revindicarlo. él le ha seguido desde el socadero de los tulipanes de Cornelio hasta el cadalso de Brytenhoff á la prision de la fortaleza de Loewestein, le ha visto tantas veces mientras crecía, en la ventana de Rosa, ha detenido tantas veces el aliento junto á él por no dañarle, le conoce tan bien por último y le tiene tanto cariño, que si alguno se le tomase en aquel instante creeria que se le hacia un robo.

Pero no descubrió á Rosa y nada turbó su alegría.

El cortejo se detuvo en una plazuela rodeada de árboles magníficos adornados de inscripciones y guirnaldas, y al son de una música encantadora, aparecieron muchas jóvenes de Harlem para escoltar al tulipan hasta el sitio elevado que debía ocupar sobre el tablado, al lado del sillón de oro de su alteza el estatuer.

Y el tulipan orgulloso, erguido sobre el pedestal, dominó á la asamblea que hizo resonar por toda la ciudad el eco de una explosión inmensa de aplausos.

LA ÚLTIMA SÚPLICA.

PASABA un carruaje en este momento solemne y cuando resonaban mas los aplausos, por el camino que borda el bosque, y seguía lentamente su curso á causa de los muchachos que se habían quedado fuera de la alameda por el ardor con que se apresuraban hombres y mujeres.

Ese coche empolvado, fatigado y rechinando sobre sus ejes, era el que traía al desgraciado Van Baerle, á quien empezaba á ofrecerse á la vista el espectáculo que acabamos de describir.

Aquel ruido, aquel lujo de todos los esplendores humanos y naturales deslumbraron al prisionero como un rayo de sol que hubiera entrado en su calabozo.

A pesar de la poca condescendencia de su compañero cuando le había interrogado sobre su propia suerte, se aventuró á preguntarle lo que significaba todo aquel movimiento.

—Es muy fácil de ver, caballero, que es una fiesta; respondió el oficial.

—¡Ah... una fiesta! dijo Cornelio con ese tono indiferente de un hombre á quien hace mucho tiempo que no le interesan las alegrías de este mundo.

Luego, después de un instante de silencio y cuando el coche había adelantado un poco, preguntó:

—¿Es la fiesta patronal de Harlem?... pues veo muchas flores.

—En efecto, caballero, respondió el oficial, es una fiesta en que las flores hacen el papel principal.

—¡Oh... qué suaves perfumes! exclamó Cornelio; ¡oh, qué colores tan bellos!

—Parad para que vea este caballero, dijo el oficial al soldado que hacia de postillon, con uno de esos movimientos de compasión dulce que solo se hallan entre militares.

—¡Oh! muchas gracias, caballero oficial, por vuestra atención, replicó me-

lancólicamente Van Baerle; pero es muy triste para mí la alegría de los otros, evítadme ese pesar, os lo suplico!

—Marchemos pues, dijo el oficial. Yo había mandado que se parase, porque tenéis la fama de amar las flores, y sobre todo la flor cuya fiesta se celebra hoy.

—¿Pues de qué flor se celebra la fiesta?

—De los tulipanes.

—¿De los tulipanes? exclamó Cornelio. ¿Es hoy la fiesta de los tulipanes?

—Sí, señor. Pero, pues que os desagrada ese espectáculo, marchemos.

El oficial se preparaba á dar la orden de partir, pero Cornelio le detuvo porque una duda dolorosa acababa de presentarse á su pensamiento.

—Caballero oficial, preguntó con voz trémula, ¿es hoy acaso cuando se adjudica el premio?

—Sí, señor, el gran premio del tulipan negro.

Las mejillas de Cornelio se pusieron purpúreas y un sudor frío corría por su frente. Luego, reflexionando sin duda que ausentes de la fiesta él y su tulipan, abortaría por falta de un hombre y una flor, exclamó:

—¡Ay Dios! todas esas pobres gentes serán tan desgraciadas como yo, pues no verán esa gran solemnidad á la que están convidados, ó al menos la verán incompleta.

—¿Qué quereis decir? preguntó el oficial.

—Quiero decir que nunca se hallará el gran tulipan negro, excepto por un sugeto que yo conozco.

—Entonces, caballero, dijo el oficial, ese sugeto que conocéis le ha encontrado, pues lo que todo Harlem contempla en este momento es la flor que considerais como imposible de hallar.

—El tulipan negro! exclamó Van Baerle, sacando la mitad del cuerpo por la portezuela. ¿Dónde está? ¿Dónde está?

—Allá... sobre aquel trono... miradle...

—¡Ya le veo!

—Vaya, ahora partamos, dijo el oficial.

—¡Oh, por piedad, por gracia, caballero oficial, no me lleveis tan pronto! exclamó Cornelio, ¡cómo! ¿lo que veo allí es el tulipan negro?... ¡bien negro!... ¿es posible?... ¡Oh señor! ¿le habeis visto de cerca? debe tener manchas, debe ser imperfecto... quizás es teñido solamente... ¡Oh! si yo estuviese allí ya sabría decirlo!... ¡Dejadme bajar, dejadme verle de mas cerca, os lo suplico!

—¿Estais loco?... ¿puedo hacerlo?

—¡Os lo suplico por Dios!

—¿Pero olvidais acaso que vais preso?

—Voy preso, es verdad, pero soy hombre de honor, y os juro por mi ho-

nor que no me escaparé, que no intentaré la fuga. ¡Dejadme solamente mirar de cerca la flor!

—¿Pero y mis órdenes, caballero?

Y el oficial hizo un movimiento para mandar al soldado que prosiguiese su camino: Cornelio le detuvo aun diciendo:

—¡Oh, caballero oficial, sed paciente y generoso! toda mi vida depende de un movimiento de vuestra compasion. ¡Ay Dios! mi vida no será quizás de larga duracion ahora. ¡Ah! vos no podeis saber lo que yo sufro, porque en fin, ¿si fuese mi tulipan? ¿si fuese el tulipan que se ha robado á Rosa? ¡Oh señor! ¿Podeis comprender la desesperacion que debe causar el haber descubierto el tulipan negro, haberle visto un instante, haber reconocido que era perfecto, que era á la vez una obra maestra del arte y de la naturaleza, y perderle para siempre? ¡Oh! es necesario que yo baje, señor, es preciso que vaya á verle; después me mandareis matar si quereis, pero le habré visto.

—¡Callad, desgraciado, y no os movais de vuestro puesto! pues he ahí la escolta de su Alteza el Estatuder que se acerca, y si el principe notase un tal escándalo seriais perdido y yo tambien.

Van Baerle mas asustado aun por su compañero que por sí mismo, se metió en el fondo del coche, pero no pudo contenerse medio minuto, y apenas habian pasado los primeros veinte hombres á caballo de la escolta, se volvió á asomar á la portezuela gesticulando y suplicando al Estatuder mismo en el momento que pasaba.

Guillermo de Orange, impasible y vestido con la misma sencillez que de ordinario, se dirigia á la plazuela para llenar sus deberes de presidente. Llevaba en la mano un pergamino arrollado que era su baston de mando en aquella fiesta.

Viendo aquel hombre que gesticulaba y suplicaba, y reconociendo al oficial que le acompañaba, mandó parar su coche; y sus hermosos caballos hicieron alto á seis pasos del coche donde estaba Van Baerle.

—¿Qué es eso? preguntó el príncipe al oficial, que á la orden de hacer alto dada por el Estatuder, habia saltado del coche donde estaba Van Baerle.

—Monseñor, respondió el oficial, es el preso que traigo de Loewestein por orden de Vuestra Alteza.

—¿Y qué quiere?

—Me pide con ansia que nos detengamos aquí un instante.

—Para ver el tulipan negro, monseñor, gritó Van Baerle juntando las manos en ademán de súplica.—Y luego, cuando le haya visto, cuando sepa lo que deseo saber, moriré si es preciso, pero moriré bendiciendo á Vuestra Alteza misericordiosa, como intermediario entre la divinidad y yo.

Era en efecto un espectáculo curioso el ver á estos dos hombres cada uno en la portezuela de su coche rodeado de sus guardias, el uno todopoderoso,

y el otro miserable, el uno cerca de subir al trono, el otro cerca de subir al cadalso.

Guillermo había mirado con frialdad á Cornelio, mientras le dirigía su ardiente súplica, y luego dijo:

—¡Ah! ¿ese hombre es el preso rebelde que ha querido matar á su carcelero?

Cornelio dió un suspiro y bajó la cabeza. Su dulce y honrada fisonomía se sonrojó: las palabras del príncipe omnipotente que por algun mensaje secreto sabía ya su crimen, le presagiaba, no solo una negativa, sino un castigo cierto.

De consiguiente no trató de defenderse, y ofreció al príncipe ese espectáculo tierno de una desesperacion sincera é inteligible para un corazon tan grande y un espíritu tan fuerte como el que le contemplaba.

—Permitid al preso que baje, dijo el príncipe, y que se acerque á ver el tulipan negro, digno de ser visto el menos una vez.

—¡Oh! dijo Cornelio próximo á desmayarse de alegría, ¡Oh, monseñor!...

Su gozo le sofocaba, y sin el brazo del oficial que le prestó su apoyo para que bajase, Cornelio hubiera dado gracias á Su Alteza de rodillas y prosteronado.

Dado el permiso, el príncipe continuó su camino en medio de las aclamaciones, y llegado al tablado donde se hallaba el trono, resonó el cañon en el horizonte.



CONCLUSION.

VAN BAERLE, conducido por cuatro guardias que se abrian paso por entre la multitud, llegó oblicuamente hácia el tulipan negro, que devoraba con sus miradas mas cercanas.

Vió por fin aquella flor única que debía aparecer un dia por las combinaciones del calor y el frio, la sombra y la luz; la vió á seis pasos y se recreó con su perfeccion y gracia. La vió rodeada de jóvenes doncellas que formaban una guardia de honor á esta reina de nobleza y pureza! Y sin embargo, cuanto mas se aseguraba con sus propios ojos de la perfeccion de la flor, tanto mas su corazon se hallaba despedazado. Buscaba en derredor suyo para dirigir una pregunta sola, pero por todas partes la atencion se dirigia al trono donde acababa de sentarse el Estatuder.

Guillermo, que atraia la atencion general, paseó una mirada tranquila sobre la multitud, y sus ojos penetrantes se detuvieron alternativamente en tres estremos de un triángulo formado enfrente de él por tres intereses y tres personas distintas.

En uno de los ángulos estaba Boxel, trémulo de impaciencia y devorando alternativamente con toda su atencion el tulipan, el príncipe, los florines y la asamblea.

En el otro, Cornelio agitado, mudo, consagrandolo al tulipan su mirada, su vida, su corazon y su amor.

Finalmente, en el tercero, bajo unas gradas entre las vírgenes de Harlem, una hermosa frisia vestida de fina lana roja, bordada de plata y cubierta de encajes que caian flotando de su casco de oro.

y el otro miserable, el uno cerca de subir al trono, el otro cerca de subir al cadalso.

Guillermo había mirado con frialdad á Cornelio, mientras le dirigía su ardiente súplica, y luego dijo:

—¡Ah! ¿ese hombre es el preso rebelde que ha querido matar á su carcelero?

Cornelio dió un suspiro y bajó la cabeza. Su dulce y honrada fisonomía se sonrojó: las palabras del príncipe omnipotente que por algun mensaje secreto sabía ya su crimen, le presagiaba, no solo una negativa, sino un castigo cierto.

De consiguiente no trató de defenderse, y ofreció al príncipe ese espectáculo tierno de una desesperacion sincera é inteligible para un corazon tan grande y un espíritu tan fuerte como el que le contemplaba.

—Permitid al preso que baje, dijo el príncipe, y que se acerque á ver el tulipan negro, digno de ser visto el menos una vez.

—¡Oh! dijo Cornelio próximo á desmayarse de alegría, ¡Oh, monseñor!...

Su gozo le sofocaba, y sin el brazo del oficial que le prestó su apoyo para que bajase, Cornelio hubiera dado gracias á Su Alteza de rodillas y prosteronado.

Dado el permiso, el príncipe continuó su camino en medio de las aclamaciones, y llegado al tablado donde se hallaba el trono, resonó el cañon en el horizonte.



CONCLUSION.

VAN BAERLE, conducido por cuatro guardias que se abrian paso por entre la multitud, llegó oblicuamente hácia el tulipan negro, que devoraba con sus miradas mas cercanas.

Vió por fin aquella flor única que debía aparecer un dia por las combinaciones del calor y el frio, la sombra y la luz; la vió á seis pasos y se recreó con su perfeccion y gracia. La vió rodeada de jóvenes doncellas que formaban una guardia de honor á esta reina de nobleza y pureza! Y sin embargo, cuanto mas se aseguraba con sus propios ojos de la perfeccion de la flor, tanto mas su corazon se hallaba despedazado. Buscaba en derredor suyo para dirigir una pregunta sola, pero por todas partes la atencion se dirigia al trono donde acababa de sentarse el Estatuder.

Guillermo, que atraia la atencion general, paseó una mirada tranquila sobre la multitud, y sus ojos penetrantes se detuvieron alternativamente en tres extremos de un triángulo formado enfrente de él por tres intereses y tres personas distintas.

En uno de los ángulos estaba Boxel, trémulo de impaciencia y devorando alternativamente con toda su atencion el tulipan, el príncipe, los florines y la asamblea.

En el otro, Cornelio agitado, mudo, consagrandolo al tulipan su mirada, su vida, su corazon y su amor.

Finalmente, en el tercero, bajo unas gradas entre las vírgenes de Harlem, una hermosa frisia vestida de fina lana roja, bordada de plata y cubierta de encajes que caian flotando de su casco de oro.

Rosa, en fin, que casi desfallecida se apoyaba en el brazo de uno de los oficiales de Guillermo.

El príncipe entonces, viendo á todos dispuestos, deslió lentamente el pergamino, y con voz pausada, limpia, aunque débil, pero que ni una sílaba se perdía, gracias al religioso silencio que guardaron de repente mas de cincuenta mil espectadores:

—Sabeis, dijo, para qué fin nos hemos reunido?

Se ha prometido un premio de cien mil florines al que encuentre el tulipan negro.

¡El tulipan negro! y esta maravilla de Holanda está aquí ante vuestros ojos, el tulipan negro se ha encontrado con todas las condiciones exigidas en el programa de la sociedad de horticultura de Harlem.

La historia de su nacimiento y el nombre de su autor, serán inscriptos para memoria eterna en los archivos de la ciudad.

Acercad á la persona propietaria del tulipan negro.

Y al pronunciar estas palabras, el príncipe echó una mirada escudriñadora sobre las tres extremidades del triángulo para ver el efecto que producian.

Boxtel se habia lanzado violentamente de la grada.

Cornelio hizo un movimiento involuntario.

Por último, el oficial que custodiaba á Rosa, la condujo y colocó delante del trono.

Un grito repetido se oyó entonces á derecha é izquierda del príncipe.

Boxtel y Cornelio exclamaron á la vez: ¡Rosa, Rosa!

—Jóven, dijo Guillermo, este tulipan os pertenece, ¿no es verdad?

—Sí, monseñor, respondió Rosa en tono balbuciente, cuando aun continuaba el murmullo universal que acababa de saludar á tan interesante belleza.

—Oh! susurró Cornelio, mentía cuando me dijo que se le habian robado. Para esto se ha escapado de Lowestein! ¡Dios mio! ¡Olvidado, vendido por ella, por Rosa á quien creia mi mejor amiga!

—¡Oh! suspiró Boxtel, soy perdido.

—Este tulipan, prosiguió el príncipe, llevará el nombre de su inventor y será inscripto en el catálogo de las flores, con el nombre de *tulipa nigra Rosa Bartensis*, á causa del nombre de Van Baerle, que será su esposo desde hoy.

Y al mismo tiempo, Guillermo tomó la mano de Rosa y la unió á la de un hombre que acababa de lanzarse pálido, conmovido y loco de alegría al pie del trono.

Y á la vez tambien un hombre que estaba junto al presidente Van Systems, caía al suelo por efecto de una emoción bien distinta.

Boxtel, anonadado y rendido por la desesperacion al ver sus esperanzas fallidas, acababa de perder el sentido.

Acudieron á levantarle, observaron su pulso y su corazón y no hallaron movimiento. Estaba muerto.

Aquel incidente no turbó la fiesta, pues ni el príncipe ni el presidente se manifestaron muy preocupados de tal suceso.

Cornelio retrocedió espantado, acababa de reconocer que el ladrón, el falso Jacob, era el verdadero Boxtel su vecino, de quien jamás el alma cándida de Van Baerle habia sospechado tan malvada conducta.

Por lo demás, para Boxtel fue una dicha que le hubiera acometido tan á tiempo aquella apoplejía fulminante, porque de esa manera no tuvo que presenciar cosas que hubieran lastimado su orgullo y su avaricia.

Después, al son de clarines, dió la vuelta la procesion, sin mas ceremonial, sino que Boxtel habia pasado á la eternidad, y Cornelio llevando de la mano á Rosa, recibia los aplausos y aclamaciones del pueblo.

Cuando entraron en la casa capitular, mostrando el príncipe á Cornelio la Bolsa de los cien mil florines de oro—

¿Se sabe, preguntó, cuál de los dos ha ganado esta suma? por que si vos habeis encontrado el tulipan negro, Rosa le ha hecho florecer y así me parece injusto dárselo á título de dote.

Por otra parte, este es un premio que da la ciudad de Harlem al tulipan negro.

Cornelio esperaba á dónde vendria á parar el príncipe en su discurso. Este continuó: De consiguiente yo doy á Rosa otros cien mil florines, por premio de su honradez, de su amor y su valor.

—Respecto á vos, gracias á Rosa, que ha probado vuestra inocencia...—Y diciendo esto entregó á Cornelio la hoja de la Biblia en que estaba escrita la carta de Cornelio de Witt, y que habia servido para envolver las cebolletas.—Respecto á vos, repito, habiéndose averiguado que padeciais injustamente, no solo sereis libre, sino que volvereis á entrar en la posesion y goce de los bienes confiscados. Sois el ahijado de Cornelio y el amigo de Juan de Witt: haceos digno del glorioso nombre que os diera uno en el bautismo y que selló el otro con su amistad. Conservad el recuerdo de sus méritos, la tradición de sus heroicas virtudes, porque los dos Witt, inicuaente juzgados é injustamente castigados en un momento de agitacion popular, eran dos grandes hombres de que Holanda debe hoy envanecerse.

El príncipe, después de pronunciar estas palabras con una voz débil y conmovida, dió á besar sus manos á los esposos que se arrodillaron á sus piés.

Después, lanzando un suspiro:

—¡Ah! dijo, cuán feliz sois soñando con la verdadera gloria de la Holanda y no pensando sino en conquistarle nuevos colores de tulipanes!

Y miró hácia el lado de la Francia como si hubiese visto amontonarse hácia aquella parte del horizonte nuevos nublados.

Luego subió al carruaje y partió. Cornelio se dirigió en aquel mismo día á Dordrecht en compañía de Rosa, la que por medio de la anciana Zug, que fué enviada en calidad de embajadora, notició á su padre cuanto habia pasado.

Los que hayan conocido el carácter del viejo Grifus, comprenderán que difícilmente se reconciliaría con su yerno. Tenia sobre su alma los garrotazos recibidos y los habia contado por cardenales; montaban segun su cálculo á cuarenta y uno; pero al fin se reconoció por no ser menos generoso que su alteza el estatuder.

Convertido en guardián de las flores después de haber sido guardián de prisioneros, fué el mas rudo jardinero que se podia encontrar en todo Flandes, y no dejaba de ser curioso el verle espantando los insectos peligrosos y matando los ratones y abejas.

Como sabia la historia de Boxel y se avergonzaba de haber sido burlado por el supuesto Jacob, él mismo quiso echar por tierra el observatorio levantado por Boxel detrás del cicómoro, porque su cercado, vendido á pública subasta, pasó á la propiedad de Cornelio, con lo que sus acirates quedaron de manera que desafiaban á todos los telescopios de Dordrecht.

Rosa, cada vez mas bella, y cada vez mas aplicada, sabia al cabo de dos años leer y escribir con tal perfeccion, que pudo por sí misma encargarse de la educacion de dos hijos, frutos queridos de su dichosa union.

Van Baerle fué fiel á Rosa como lo habia sido á los tulipanes. Su único anhelo fué durante su vida la felicidad de su mujer y el cultivo de las flores, merced al cual, halló gran variedad de ellas que fueron inscritas en el catálogo holandés.

Los adornos principales de su casa eran las dos hojas de la Biblia de Cornelio de Vitt en dos cuadros de oro. Sobre la una, como recordará el lector, estaba el aviso que le daba su padrino de que quemase la correspondencia del marqués de Louvois. La otra contenia el legado que habia hecho á Rosa de las cebolletas del tulipan negro, con la condicion de que se habia de casar con un jóven de 26 á 28 años, cuya condicion se habia cumplido religiosamente.

Finalmente, para no ver turbada su paz en lo sucesivo, escribió encima de su puerta las palabras que Grocio habia grabado el día de su fuga en la pared de su prision:

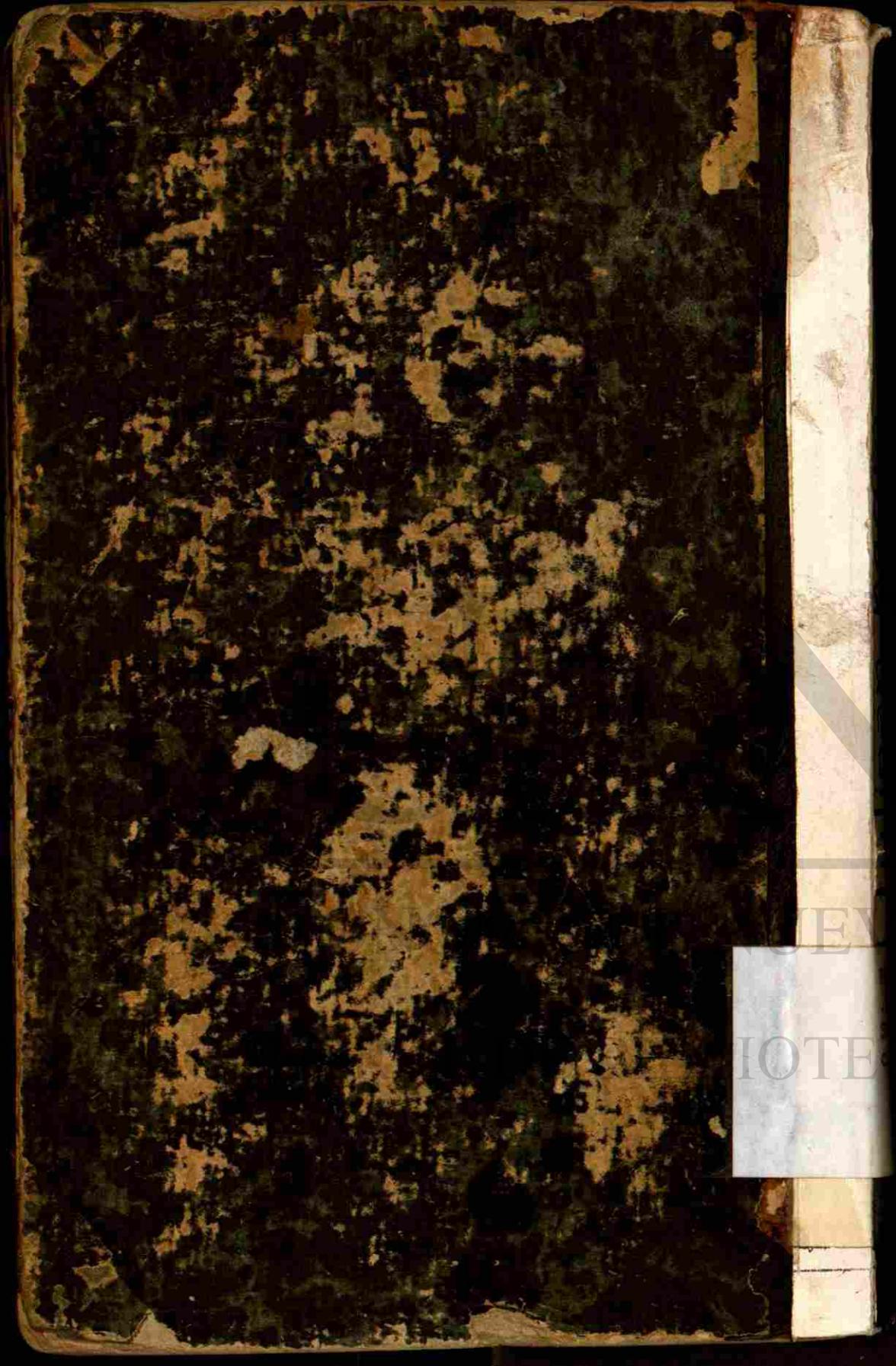
«Demasiado he sufrido, para que pueda decir alguna vez: Soy feliz.»

FIN.

R. Barman

Mamee Berg
marzo 1819

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EX
HOTEL